



NUNCA LO PROHIBIDO FUE TAN TENTADOR

el Arcángel
de Luz

RAQUEL CRUZ

última línea

última línea
de narrativa



el Arcángel
de Luz

RAQUEL CRUZ

Primera edición, marzo de 2014 © Raquel Cruz, 2014

© Última línea, S.L., 2014 Luis de Salazar, 5 28002 Madrid

www.ultimalinea.es editorial@ultimalinea.es

Publicado de acuerdo con Página Tres Agencia Literaria

Diseño de cubierta: Pablo Magdalena García

Revisión de textos: Ana Belén López de la Reina García Abadillo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas: UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad ISBN: 978-84-16159-01-7 Depósito legal: MA 366-2014 IBIC: FMR, FA, FRD, FT



Imprime Estugraf

Printed in Spain — Impreso en España

Agradecimientos

En 2011 escribí *El Arcángel De Luz* y desde entonces he conocido gente maravillosa a la que hoy no puedo dejar de agradecer estas líneas. Empezando por mis primeras lectoras, que desde un principio creyeron en mí y en esta historia: Mónica Campos, María Dolores Martí, Úrsula Martínez. A Rocío Carrelón, la primera persona que conocí del mundillo literario y la primera en enseñarme tanto. A Itsy Pozuelo, porque desde que leyó mi novela se ha convertido en su seguidora más leal y siempre logra arrancarme una sonrisa con su entusiasmo. A mi querido grupito de locas, Martita Fernández, Cristina Mas, Yuliss Hale, y la maravillosa escritora María Martínez. Gracias chicas, por arroparme en tantos momentos, por creer en mí y por apoyarme. Gracias, en fin, por todo eso y muchas más cosas que no podría describir en tan solo una página.

A otras amigas que me han ayudado mucho, Enone Cantosereno, Merche Perles, Susana Eevee, Vanessa Lucas y Bea Magaña, que pulió mi novela e hizo que brillara más.

Debo agradecer igualmente a mi agente literario, Piluca Vega, por ser la primera en apostar por mí en lo profesional y a mi editor, Gonzalo Sichar, por cumplir mi sueño de ver esta historia publicada.

En lo personal quiero dar las gracias a esa persona tan especial que día a día, comparte su vida conmigo y me hace ser mejor persona. Mi Pablo. Gracias a mi tía María José, por ser mi amiga y confidente. Por suplir con una sonrisa comprensiva una parte de ese vacío. A mi abuela Flora, que me ha malcriado desde pequeña. Espero que sigas haciéndolo por muchos años más.

Y por último, a ti lector, que me has brindado horas de tu valioso tiempo y has dado vida a esta historia a través de tu corazón. Trataré

de compensártelo mejorando cada día.

PREFACIO

«¿Qué diferencia hay entre el bien y el mal?, ¿entre la noche y el día?», me preguntó el ángel del abismo. La respuesta no es la carencia de un alma o la ausencia del sol. Es el silencio que trae consigo la soledad. En el interior de la Fosa, en el Valle del Olvido, no existe el eco de tu propia voz. Y empezarás a gritar tratando de arrancar una respuesta al silencio. Pero jamás sucederá, puesto que, ¿quién va a acercarse al borde de un abismo para escucharte? A los gritos le sucederá la amargura, lamerás la locura y, más tarde, en el transcurrir de la eternidad, te habrás dado cuenta de que tan solo sollozas.

PARTE I

LUCES Y SOMBRAS

¡Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la mañana! Derribado fuiste a tu tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías a tu corazón: «Subiré al cielo. En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono y en el monte del testimonio me sentaré, en los extremos del norte; sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo» Mas tú, derribado, eres hasta el Seol, a lo profundo de la fosa.
(Isaías 14:12-15)

CAPÍTULO 1

Siempre llegaba tarde al trabajo, y tenía que ducharme, vestirme y tomar el café en un tiempo récord. Apagué el despertador por quinta vez y me deslicé fuera de la cama. Luego, arrastré los pies hasta el aseo sin dejar de bostezar. Tenía el pelo hecho una maraña de nudos. Se me enredaba con facilidad debido a los rizos, y era horrible meter el cepillo dentro. Decidí dejarlo para después de la ducha, aprovechando que, mojado, sería menos complicado. Pero aun así me llevó más tiempo del que podía permitirme, que era ninguno, y pasé de mi pelo para correr frenética de un lado para otro de la habitación buscando qué ponerme. El desorden también formaba parte de mi vida y era algo que no iba a cambiar nunca. Suponía la típica tara que te acompañaba desde tu nacimiento hasta tu muerte, y yo había nacido bajo la estrella del caos.

Terminé de vestirme y abrí la puerta de la habitación sin quitarle la vista al reloj de pulsera.

—Dana, no puedo creerme que sigas aquí —me dijo Laura—. Hoy batirás un nuevo récord.

—Lo sé. ¿Podrías acercarme tú?

Laura suspiró.

Lo imaginaba. Vamos, o a este paso yo también llegaré tarde por tu culpa.

Laura era mi amiga desde la infancia. Era más que eso, era casi mi hermana mayor, porque me llevaba cuatro años.

Habíamos sido vecinas de pequeñas y compañeras de colegio y de instituto. Luego ella se marchó a estudiar a la facultad de Derecho y, más tarde, yo entré en Periodismo. No fue hasta hace un tiempo cuando, a mis veinticinco años de edad y asentada en mi profesión, decidimos vivir juntas para compartir gastos. Y nos trasladamos a un

pequeño piso, ubicado en la ciudad de Valencia.

Laura estacionó frente a mi trabajo sin llegar a parar el motor.

—¿Luego tomamos algo? —preguntó comprobando su imagen en el espejo retrovisor. Muy propio de ella.

—¿En el local de siempre?

—Sí.

—Vale, nos vemos allí —respondí sin entretenerme más tiempo.

Cerré la puerta con un golpe seco y me dirigí a toda prisa hacia la entrada de la redacción.

Una vez arriba, observé que mis compañeros ya se encontraban delante de sus mesas de trabajo y con el ordenador encendido. Como debía estar yo, si no hubiera llegado media hora tarde. Intenté acceder con disimulo a mi lugar de faena para no ser descubierta. Un zulo miserable que encima tenía que compartir con el becario, Iñigo.

Este me esperaba en mitad del pasillo disfrutando del espectáculo de verme agazapada en cada esquina.

—¡Dana! —me saludó con su habitual alegría cuando llegué a su lado—. Por fin apareces.

—Shhli —le silencié—. ¿Se ha dado cuenta? —pregunté vigilando alrededor.

En ese momento, se escuchó el sonido de la puerta contigua abriéndose.

—¡Román, llegas tarde! —gritó *Don Urraca* desde su despacho y volvió a encerrarse dando un fuerte golpe.

—Ahora sí—respondió Iñigo.

Resoplé irritada.

El señor Santana estaba al mando del pequeño periódico local —*El Diario La Fuente*— donde trabajaba como periodista.

Siempre que se enfadaba conmigo me nombraba por mi apellido porque sabía que detestaba las formalidades. Pero su verdadera intención era desquitarse del mote con el que yo le había hecho famoso en la redacción, *Don Urraca*; debido a su fijación por

coleccionar objetos valiosos o llamativos que se compraba a costa de racanearnos el presupuesto en los reportajes y llorarnos el sueldo.

Me senté delante del ordenador, con Iñigo justo en la mesa de al lado. Estábamos aislados del resto de la oficina, como parte de un castigo más de *Don Urraca*. Me había colocado en aquel rincón, cuando comprobó la facilidad que tenía para alterar al personal y ponerlo en su contra si se pasaba de la raya. Por supuesto, había justificado mi destierro alegando que: «*al igual que mis queridas piezas de arte, mereces una urna*». Después, contrató a Iñigo y lo metió adentro conmigo.

Sin apartar la vista del ordenador, le pregunté a éste por un informe que necesitaba tener cuanto antes para un artículo. Se trataba del caso llamado «el asesino del pañuelo», en el que llevaba tiempo trabajando y que me había supuesto casi la vida. Me pasé las manos por el cuello al recordar cómo había sucedido todo.

Tras meses colaborando con la policía, obtuve datos que me condujeron hacia la persona en quien menos pensaban todos: el concejal de Urbanismo. Un hombre corrupto y sin dos dedos de frente que cometía errores que otros a su alrededor se encargaban de tapar. Entre ellos, la propia policía. Ellos sabían que todas las víctimas estranguladas con un pañuelo de seda habían estado relacionadas de alguna manera con el concejal. Bien por una relación sentimental o porque trabajaron durante un período de tiempo bajo sus servicios. Pero la policía prefería ignorar este dato, por lo que acudí a *Don Urraca* y le expuse mi sospecha, pero al carecer de pruebas que respaldaran aquella acusación grave, me ordenó que abandonara el caso. Decidí ignorarle y me convertí en la sombra del concejal a espaldas de *Don Urraca*. Hasta que una noche le seguí cuando se adentró en una fábrica abandonada.

Estaba segura de que obtendría algo interesante de esa excursión, y me escondí detrás de la maquinaria con mi cámara de fotos preparada. Pero cometí el error de distraerme un momento y perdí de

vista al concejal. Eché un vistazo y al no verlo, me recorrió un sudor frío. Algo no iba bien. Permanecí quieta, agudizando los sentidos mientras barajaba la idea entre salir disparada hacia al coche y mandar todo al cuerno, o seguir estancada allí a la espera de que el peligro cediera. Finalmente, salí pitando del escondrijo, pero antes de que pudiera darme cuenta, alguien me hizo la zancadilla. Entonces caí de bruces contra el suelo, y con un rápido movimiento mi agresor colocó un pañuelo de seda en mi cuello. Imaginé lo que vendría a continuación y me agité histérica, con la vista nublada por las lágrimas. Pero lejos de apiadarse, me fue cortando el flujo del aire despacio, a la vez que apretaba con fuerza su arma fetiche. El calor de la sangre se agolpó en mi cara y los pulmones se me retorcieron en llamas. Luego, todo se oscureció y lo siguiente que recuerdo es que alguien me insuflaba oxígeno a través de su boca. Era el vigilante que, por suerte, pasaba por allí. Detuvieron al concejal y pude demostrar que estaba en lo cierto. A raíz de aquello, mi periódico incrementó considerablemente la tirada de ejemplares. Y ahora, volvíamos a estar en el punto de mira, porque el juicio se celebraría en breve y yo sería una de las protagonistas, con Laura como mi letrada.

* * * * *

Salí de la redacción casi de noche y me dirigí deprisa a la cafetería donde me esperaba Laura. Aquel sitio era idóneo para relajarse, porque era de ambiente *Chill-Out* y todo el local estaba bañado por una luz tenue. Además, había un montón de enormes cojines dispersos por el suelo, en los que te podías despatarrar a gusto. Laura solía hacerlo mientras fumaba de una cachimba. Pero en lugar de esa guisa, me sorprendió verla con los codos sobre la mesa, sujetándose la cara, y con la frente llena de arrugas. Algo le preocupaba.

—¿Qué te ocurre? —pregunté sin rodeos.

Parpadeó al verse descubierta y luego desvió la mirada hacia sus manos. Algo iba muy mal.

—Vamos, escúpelos una vez —insistí nerviosa.

—Dana, ha ocurrido un contratiempo con el que no contaba respecto al juicio —habló cuando la camarera se alejó con nuestro pedido anotado—. El concejal ha cambiado de nido.

—No comprendo. ¿Tan malo es eso? —manifesté confusa.

Frunció el ceño.

—Lo cierto es que este tipo de cambios suelen ser beneficiosos para la parte contraria, ya que apenas se tiene tiempo de preparar el juicio —hizo una pausa y entendí que ahora era cuando venía lo peliagudo del asunto—. Pero me temo que es Abel Rumsfeld quien le va a representar —anunció, como si fuese algo significativo.

—¿Tendría que sonarme su nombre?

La chica dejó la bebida sobre la mesa y volvió por donde había venido.

—Su bufete tiene la sede en EE.UU. y es famoso por defender casos prácticamente perdidos y ganarlos —elijo, sacando una revista de su bolso—. Es un abogado brillante —añadió, mostrándome la hoja que había marcado con una esquina doblada.

El artículo no decía gran cosa. Simplemente, le mencionaban de pasada y tampoco me preocupó demasiado lo que leí.

—¿Y qué? —dije devolviéndole la revista.

—¿Es que te da igual?

Me encogí de hombros y le di un sorbo al refresco.

—No veo por qué tenga que preocuparme.

—Dana, te digo que es un abogado muy bueno. ¡Mejor que bueno! Y jamás ha perdido ningún caso.

—Tú también eres buena, muy buena y tampoco has perdido ningún caso —solté sin más—. Laura, la verdad, no veo el problema. Estoy segura de que, en las anteriores veces, no había indicios suficientes que probaran los hechos, pero esto es distinto. Me encuentro viva de milagro y, gracias a que me salvé, podré acusar al concejal en el juicio. Nadie tendrá manera de negar algo así, ni

siquiera ese Rumsfeld.

Saqué la cartera para pagar la bebida. Increíble, pero de repente me sentía irritada y lo único que me apetecía era llegar a casa.

—Siento haberte puesto de mal humor —se disculpó Laura.

—Olvídalo.

* * * * *

Llegamos a nuestra calle y, antes de salir del coche, Laura se toqueteó el pelo y se alisó las arrugas de la blusa. Tenía obsesión con su imagen. Pero lo cierto es que tenía razones para lucirse. La naturaleza le había otorgado una figura estilizada y unos rasgos sensuales que sabía aprovechar muy bien. Acostumbraba a perturbar a los hombres con sus labios carnosos y aquel movimiento de media melena color castaño. Y eso mismo fue lo que hizo cuando vio a su nueva víctima esperándola en nuestro portal. Un chico llamado Sergio, con el que salía hace poco. Subieron las escaleras del edificio y yo les seguí, observando, divertida, la diferencia de estatura que había entre ellos. Laura le sacaba al menos una cabeza. Cierto que ella era alta para la media, pero su nuevo ligue era un pony y tuve que esforzarme para controlar la risa.

El tipo echó un vistazo a nuestro apartamento, sin disimular su decepción. Era evidente que un sitio así no le encajaba con la sofisticada Laura y, a decir verdad, el piso era muy pequeño. Tan solo tenía dos habitaciones, un baño enano, una cocina a la que le faltaban algunos azulejos y un salón con apenas un par de sofás y una tele. Realmente llamarlo piso era exagerado, la palabra ratonera se ajustaba más al concepto. Pero, nuestra ratonera, al fin y al cabo.

Les dejé para que tuvieran intimidad y me encerré en mi habitación. Era muy temprano y todavía no tenía sueño, por lo que busqué en la estantería algún libro con el que matar el aburrimiento. Me decanté por una novela que hacía tiempo que no leía y me acomodé en la cama. Sin embargo, no pude concentrarme en la lectura porque seguía

dándole vueltas al asunto del juicio y al abogado del concejal.

Cerré el libro y me senté en el escritorio con intención de buscar información sobre ese tipo. Tuve que darle un golpecito al ordenador para que arrancara. Luego, a velocidad de tortuga, el buscador me mostró todo lo que sabía acerca de Abel Rumsfeld. Pinché en el primer enlace que aparecía y allí leí que era el socio principal del bufete Rumsfeld & Asociados, y de algunas empresas más, vinculadas con el mundo del arte. Probé suerte con el siguiente resultado, pero solo añadían a la información unos cuantos nombres de clientes representados por él, y los siguientes artículos estaban la mayoría escritos en inglés. «Esto es ridículo», me dije. ¿Qué hacía perdiendo el tiempo de esa forma? Volví a la cama enfadada conmigo misma y traté, por todos los medios, de conciliar el sueño.

* * * * *

A la mañana siguiente, se me volvieron a pegar las sábanas, pero al menos contaba con tiempo para tomarme un café. Cuando acabé el desayuno, dejé la taza en el fregadero y salí pitando por la puerta. Tenía una entrevista que cubrir en el centro y había quedado con Iñigo. Enseguida vi su coche por la cantosa carrocería de un amarillo chillón con el dibujo de unas llamas anaranjadas en los laterales, que procuraban darle cierto aire peligroso de auto de carreras. En realidad, era un modelo sencillo en el que Iñigo invertía buena parte de su sueldo en remodelar, como buen amante del *tuning*.

Dentro también lo había ataviado en la misma línea deportiva, con tapicería roja, a juego con las fundas de los asientos y un sin fin de interruptores y lucecitas. Traté de encontrar la radio en medio de tanta extravagancia. Iñigo me lanzó una mirada cargada de irritación, mientras yo seguía pulsando aquellos botones que, para mi sorpresa, más de la mitad eran de pega. Al final lo conseguí, pero le desprogramé el aire y le escuché refunfuñar por lo bajo. Me disculpé con una sonrisa. Ese día nos tocaba hacer una entrevista al viejo pintor

Shar Pei Le apodaban así por su peculiar costumbre de retratar a modelos ancianos y porque él mismo estaba lleno de arrugas. También tenía fama de ser bastante huraño y puntilloso, razón por la que Iñigo se encontraba de mal humor. Detestaba los conflictos y a las personas que tuvieran pinta de provocarlos. Cuando *Don Urraca* y yo discutíamos —algo que solía ser frecuente—, Iñigo se sentía violento y comenzaba a sudar por su rostro lleno de pecas.

Shar Pei nos recibió criticando nuestra impuntualidad, e Iñigo me miró con expresión contraída. Pero enseguida se le pasó al divisar desde la entrada una cesta con galletas encima de una mesita de té. Además de los coches, su gran debilidad era la comida. Algo incomprensible, teniendo en cuenta que estaba hecho un espárrago triguero.

El pintor comenzó a mostrarnos entusiasmado sus últimos lienzos, a la espera de oír elogios. Pero se llevó un gran chasco, porque Iñigo continuaba masticando galletas, ajeno a todo, y yo no era muy dada a ese tipo de pamplinas, lo que le irritó aún más. Para colmo, ese hombre provocaba los mismos electos que un somnífero cuando hablaba y en un momento dado, se me cerraron los ojos.

—Joven, ¿me estás escuchando?

—¿Yo? ¡Sí, sí, por supuesto! —mentí como una bellaca.

Demasiado tarde, se había dado cuenta de que estaba medio sopa.

—¡Menuda entrevista! —montó en cólera—. Luego dicen que los artistas somos los chiflados y mira tú con lo que me encuentro, al monstruo de las galletas y a la Bella Durmiente.

—Lo siento mucho —fue todo lo que me salió.

—¿Que lo sientes? Claro que lo vas a sentir en cuanto le haga llegar mis quejas a sujete.

Iñigo había dejado de comer y estaba paralizado. Esperaba que nos echara a patadas de un momento a otro.

—De veras que lo siento —volví a disculparme—. Por favor, si hay algo que pueda hacer...

A *SharPei* le brillaron los ojos.

—Bueno —dijo, en un tono amable—, ya que lo mencionas, la verdad es que sí hay algo.

Lo miré con desconfianza.

—Verás —continúo diciendo—, llevo un tiempo con la idea de cambiar de registro y en cuanto te he visto con esos ojos verdes espectaculares, no he podido evitar emocionarme con la idea de que quizá...

—¡En cueros! —se escandalizó el hasta entonces mudo becario.

Shar Pei le ignoró y permaneció a la espera de mi respuesta.

Ese hombre deliraba. ¡Yo de modelo! Era joven, sí, pero una chica del montón.

—¿Por qué quieres pintarme a mí? Seguro que puedes encontrar a alguien mucho mejor.

Mi amiga Laura, por ejemplo.

—Tonterías —gruñó—. Eres la persona ideal. Claro que, si no quieres, tampoco puedo obligarte. Pero me daría pena que al final no haya sido posible una reconciliación entre nosotros... —dejó caer con intención.

—Aceptaré el chantaje —concluí entre dientes.

—¡Bravo! Entonces no hay nada más que hablar. En cuanto te sea posible, vienes por aquí y empezamos, ¿eh?

Nos guió hasta la salida y nos despidió con una sonrisa resplandeciente. Iñigo seguía sin salir de su asombro. ¡Iba a ser la musa desnuda de un pintor! Ni yo me lo creía, y prefería no darle muchas vueltas al asunto, o estaba segura de que jamás me iba a atrever. De hecho, comenzaba a arrepentirme...

—Deja que lo sepa todo el mundo, ¡van a flipar! —dijo, mientras nos dirigíamos a la redacción.

—Más te vale que el mundo no se entere —mascullé.

—Pero...

—Pero nada. Esto no lo debe saber nadie más, ¿queda claro?

Se quedó pensativo.

—¡Iñigo!

—Está bien —aceptó, aunque a regañadientes. Se rio—. Pero no me negarás que como cotilleo de oficina habría estado genial. Solo de pensar en la cara *Don Urraca*...

Por eso mismo no le voy a dar el gusto —gruñí al imaginar a ese pajarraco divirtiéndose a mi costa.

CAPÍTULO 2

Las dos semanas siguientes resultaron extrañas y agobiantes. *Don Urraca* se había pasado todo ese tiempo obsesionado por mí y por cómo iba a afrontar el juicio, con una preocupación a la que no me tenía acostumbraba. Pero eso también tenía su lado bueno, y era que disfrutaba de más descansos para tomar el café, y hasta me permitía salir de la oficina mucho antes, por lo que pude pasarme casi todas las tardes posando en la casa de *Shar Pei*. *Don Urraca* entró en nuestro zulo y arrojó cuatro tarjetas escritas con letras elegantes. Eran invitaciones para la gala benéfica que se celebraba anualmente y en la que diversos artistas participaban donando una obra suya.

—Me pregunto cómo te has metido a ese viejo antipático en el bolsillo —opinó mi jefe en voz alta.

En el rostro de Iñigo vi claramente sus esfuerzos por no hablar y le lancé una mirada asesina que hizo que abandonara cualquier duda. *Don Urraca* echó un vistazo a su reloj de pulsera y supe que me diría lo mismo de las últimas semanas.

—Dana, puedes irte. Mañana es el juicio y necesitarás estar fresca.

Acepté su oferta y salí disparada hacia la calle. A mis espaldas podía sentir las miradas envenenadas de mis compañeros.

Hacía una tarde calurosa y decidí ir hasta el trabajo de Laura recorriendo la enorme arboleda que bordeaba el río Turia. De camino, paré en una heladería y compré un helado de chocolate, mi favorito. A pesar de que llevaba una camiseta de tiras, unos pantalones cortos y el pelo recogido en un moño alto, seguía teniendo calor. Pero aun así, no me desprendí de mi pañuelo fetiche: la palestina. Absurdo, pero sin ella me sentía casi desnuda.

Llegué a la calle donde estaba el bufete de Laura y vi a los abogados que trabajaban con ella, hablando entretenidos entre ellos. Los

distinguí enseguida por sus ropajes elegantes y oscuros. Después de la toga, los trajes eran sus segundos uniformes.

Laura se puso a hacer aspavientos desde la distancia para que la viera. Pero cuando hice ademán de moverme en su dirección, choqué contra una pared de granito. O eso creí en un principio, por su consistencia. Sin embargo era un hombre de carne y hueso, el que me había arrollado como si yo fuera una pluma. Aterricé de pleno con el trasero. Desde aquella humillante postura, alcé la vista —todavía atontada por la caída— buscando al culpable de semejante trompazo. Por más que levantaba la cabeza no terminaba de llegar al final de ese rascacielos humano. Hasta que alcancé sus ojos y entonces sentí que me aplastaban por segunda vez consecutiva. Tenía la mirada más gélida y penetrante que jamás contemplé en mi vida. Me cortó la cara, igual que una ventisca. El color de sus ojos era igual de frío... y extraño. De un azul apagado, quizás, no estaba segura. Pero hubo algo más que me resultó violento, y era su manera de observarme. Parecía como si le resultase familiar, a juzgar por su ceño fruncido y su expresión pasmada, casi de asombro.

Reaccionó segundos más tarde y me bordeó para desaparecer calle abajo a la velocidad de la luz. Luego escuché el correteo de unos tacones acercándose hacia mí.

—Dana, ¡menuda leche! ¿Estás bien? ¿Puedes ponerte en pie? —preguntó alarmada Laura, mientras me ayudaba a incorporarme.

—Tranquila, mañana será solo un moratón —contesté dolorida.

Mañana iba a morir al intentar sentarme, pero no había por qué hacerlo público.

—¡Tía!, ¿sabes quién era ése? —no me dio tiempo adivinar—. ¡Abel Rumsfeld! ¡El hombre más guapo que he visto en mi vida! —añadió suspirando.

Me froté el trasero entumecido. En ese momento era lo único que me importaba, e ignoré a Laura y sus reacciones de excitada adolescente.

—No me digas que no te has fijado —me criticó al ver que no opinaba nada.

—La verdad es que no.

Al menos en lo que al conjunto se refería era así. El impacto de su mirada había acaparado toda mi atención.

—Pero me parece un maleducado —le juzgué de manera suave—. Después de atropellarme podía haber tenido el gesto de quedarse a preguntar.

—Lo cierto es que no es muy amable que se diga —admitió.

Dejó entrever cierta decepción en sus palabras y me pregunté cuándo había tenido ocasión de tratarle.

—¿Has hablado con él?

—Vino a presentarse antes del juicio de mañana —me confirmó.

—De modo que es educado cuando quiere —volví a mascullar.

Entonces Laura me observó con detenimiento y rompió a reír.

—¿Por casualidad has comido helado de chocolate? —me preguntó divertida.

La miré confundida y lo entendí todo.

—Genial... —gemí humillada —. Así que tengo boceras.

Transformó su sonrisa en otra carcajada y no paró de reír durante todo el trayecto a casa, lo que me enfurruñó de veras.

* * * * *

Cuando llegamos al rellano de la puerta, supe que mi madre se encontraba dentro, por cierto olorcillo a comida casera que dotaba en el ambiente. Después, las sospechas fueron más que evidentes al apreciar un orden inusual por toda la estancia.

Mi madre apareció desde la cocina con un delantal puesto y un cucharón sujeto en la mano.

—Niñas, la cena está lista —nos saludó sonriente.

—Berta, huele genial —opinó Laura sentándose a la mesa.

La saludé con un beso en la mejilla y corrí a llenarme el pialo de su

guiso recién hecho. Pero observé que su expresión era algo apática.

¿Sucedó algo?

—Hoy es el aniversario de la muerte de tu padre y tu tío le ha dedicado una misa —musitó cabizbaja.

Apoyé una de mis manos encima de la suya y ella sonrió. Me había olvidado de esa fecha, como todo lo relacionado con mi padre. Yo tenía ocho años cuando murió y apenas conservaba recuerdos de él. Mi mente sencillamente' los había borrado, actuando de manera protectora contra el posible síndrome de niña huérfana. En cambio, mi madre respetaba a rajatabla su condición de viuda y nunca había tenido ojos para nadie que no fuéramos mi tío *el párroco* y yo.

—Deberías ir algún día a la iglesia a visitar a tu tío Agustín.

—Ya nos vemos en Navidad.

—¡Dana!

No tenía nada en su contra. Pero aquella sotana le daba una apariencia de cuervo que desde niña me intimidaba. Era un trauma infantil, como con los payasos.

—Está bien, mamá. Algún día me pasaré...

Puso mala cara, sabía que le estaba dando esquinazo. Laura también lo sabía y rio por lo bajo.

—Y mañana, ¿qué te piensas poner para el juicio? —preguntó cambiando de tema— ¡No irás a llevar ese pañuelo!

Resople crispada y Laura se rio abiertamente.

—Se llama PA-LES-TI-NA y sí, pensaba llevarla. Es un juicio, no una boda —repliqué picada por su crítica.

—De ninguna manera. ¡No vas a ir así como una andrajosa!

—Pues el resto de la ropa que tengo es parecida, así que...

Laura y ella intercambiaron miraditas de complicidad y me temí lo peor.

—Vale, soltadlo ya —les exigí.

—Te va a encantar —me dijo Laura, mientras mi madre se escabullía de la mesa.

Apareció de nuevo al cabo de unos segundos, con un par de bolsas. Abrí la primera, como quien desactiva una bomba. Supuse que debía de tratarse de ropa, pero aun así temí por lo que pudiera encontrarme. Y la realidad resultó ser mucho peor. Dentro había una blusa blanca y un cárdigan de punto amarillo. Hasta aquí todo normal. ¡Pero también había una falda! «¿Cuándo fue la última vez que me puse una?» ¡Ah sí!, en el colegio de monjas. Un mal recuerdo.

—Hija, te has quedado paralizada y con cara de espanto.

—Son ideas tuyas —mentí.

—¿Entonces, te gusta? —esta vez preguntó Laura.

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

—¡Pues abre la otra bolsa!

Observé a mi madre, que no dijo nada pero al igual que Laura se mostraba ansiosa, y resignada me armé de valor.

Deslicé la mano dentro de la bolsa y saqué un paquete con forma rectangular. Rogué por que fueran las zapatillas de deporte que me hacían falta. Pero me dio un patatús cuando vi unos zapatos de tacón de al menos siete centímetros de alto. Esta vez no me tomé la molestia de disimular.

—Tacones —gemí en voz alta.

Vale, que no cunda el pánico.

—Tranquila —me consoló Laura—. En realidad, es fácil caminar con ellos. Solo tienes que mantener el equilibrio.

La miré fastidiada.

—La última vez que me dijeron eso fue cuando aprendí a montar en bici sin ruedines.

Ya está, era oficial, había entrado en estado de shock.

—Me da igual —gruñó mi madre—. Te pondrás todo esto e irás presentable a ese juicio. Estoy harta de que mi hija vista siempre de cualquier forma. Así jamás encontrarás un novio.

—No empieces otra vez —la corté, antes de que diera paso a su retahíla de sermones sobre maridos, bodas, niños y todo eso que me

producía urticaria y estrés.

Terminamos de cenar y, después, mi madre se marchó. Dejé las bolsas con la ropa en mi habitación, sin volver a mirarlas siquiera — no quería alterarme de nuevo— y me acomodé en una de las butacas de la sala de estar. Era jueves y tocaba sesión de cine. Laura había alquilado una película de ésas que prometían ser un drama romántico. No era el género que me gustaba ver, pero tuve que conformarme. Solo deseaba desconectar un rato y olvidarme de ese Abel Rumsfeld, de *Don Urraca* y de todo el tema del juicio, que empezaba a agobiarme.

A mitad de la película, se me cerraron los ojos y de pronto me vi en un sendero pedregoso, que se abría paso ante mí.

CAPÍTULO 3

Arboles de aspecto robusto se entrelazaban en lo alto y formaban un pasillo que daba lugar a contrastes de luces y sombras. Caminé siguiendo la ruta hasta llegar a una pradera en la que había un lago. Tenía mucho calor, por lo que me arrodillé para refrescarme en la orilla y no tardé en darme cuenta de que allí había alguien más.

Despacio alcé la vista y observé a un hombre medio sumergido en el agua enfrente de mí. Su pelo era de un rubio trigo y sus ojos verdes tenían una tonalidad mucho más oscura que la mía.

Apenas podía recordarle, pero sabía que era mi padre. Me sonrió desde la distancia indicándome que me acercara y así lo hice. Cuando estuve lo suficientemente cerca, me sostuvo por los hombros.

—Hija, tengo poco tiempo. Así que presta mucha atención —dijo, señalando al agua.

Confusa, miré en esa dirección y vi que el agua se había convertido en un espejo, en el se reflejaban imágenes, como fragmentos de una película basada en otra época. Hombres luchando con espadas, algunos de ellos llevaban la cruz roja de San Jorge bordada en la capa, como Los Templarios. Mis conocimientos sobre Historia eran escasos, pero sabía lo suficiente para hacerme una idea del distintivo de sus ropajes. Más hombres, más imágenes. Un salón lujoso donde personas vestidas de época conversaban entre ellas. Y, por último, mi propio padre, con el rostro agonizante en un pantano sombrío; eran sus instantes finales de vida. Las imágenes parecían ser un resumen del paso de los siglos, hasta más reciente. Sin embargo, hubo algo que me llamó poderosamente la atención. En todas esas escenas se veía la silueta alta de alguien acechando desde las sombras. Entonces, el agua volvió a la normalidad.

—Las personas a las que has visto fueron protectores del manuscrito —me explicó— y al igual que ellos, cuando llegue la hora, deberás estar preparada.

— *¿Qué manuscrito?, ¿qué hora?*

— *La hora de tu despertar.*

Todo se tornó borroso indicando el final del sueño, pero antes de abrir los ojos pude escuchar a lo lejos, casi en un susurro, la voz de mi padre una vez más.

— *Dana, él no es lo que parece. ¡Aléjate de él!*

Cuando abrí los ojos, lo primero que sentí fue que Laura me agitaba con suavidad.

— Dana, despierta, ¡es la hora!

— ¿La hora de qué? —pregunte somnolienta y con miedo de que también ella se desvaneciera.

— La hora de que te prepares para irnos al juzgado.

— ¿Ya?, pero si estábamos viendo una película.

Se echó a reír.

— Dana, te quedaste dormida en el sofá y pasaste aquí la noche, ¿es que no te acuerdas?

Me moví un poco y comprobé que decía la verdad. Tenía el cuerpo totalmente agarrotado. «La voz de Laura ha tenido que colarse hasta lo más recóndito de mi mente y de mi imaginación», pensé aturdida. Sacudí la cabeza. Era ridículo buscarle la lógica a un sueño, así que me apresuré a meterme en la ducha. Luego, corrí a vestirme. Tanto la blusa como la chaqueta me quedaban largas de manga. Se notaba que Laura había sido la referencia porque de haber sido mi madre, la ropa me hubiera estado más ancha, pero justa en la medida. La lada negra era demasiado corta y acentuaba mi tono claro de piel. Pero el momento crucial llegó con los tacones. «Seguro que hoy también acabo en el suelo». Sacudí la cabeza. No me convenía pensar en catástrofes si quería sostenerme sobre *eso*. Me calcé deprisa los dichosos tacones y cuando me sentí un poco más segura, salí al pasillo.

Laura se olvidó del reloj y me miró alucinada.

—Dana, ¿no pareces tú!
—¿A quién si no?
—A una mujer —bromeó.
—Muy graciosa.

Por primera vez desde que llevaba viviendo en el edificio, maldije que el ascensor no funcionara. Nunca me había importado no usarlo. El ejercicio no me asustaba. Pero bajar las escaleras con aquel calzado se me hizo aterrador. Iba de escalón en escalón como quien camina a tientas en la oscuridad. Un verdadero pato. Evidentemente, esto divirtió a Laura, que no paró de reírse hasta que por fin alcancé una superficie plana.

Dio un respingo al acordarse de la hora y salió disparada en busca del coche, yo la seguí dando tumbos y muy despacio. Cuando por fin llegué al coche, mis pobres pies gritaban clemencia.

* * * * *

Al final llegamos de las últimas a la entrada del juzgado. Se había formado un corrillo de gente y entre ellos estaban *Don Urraca* e Iñigo. Laura me dejó con ellos y entró en el edificio para preparar los últimos detalles del juicio.

—¿Qué hacéis aquí? —dije, acusándoles con la mirada.
—Yo vengo porque como jefe tengo derecho, y éste —dijo mirando hacia Iñigo— porque alguien tiene que cubrir la noticia.
—Está bien —farfullé entre dientes.

Ambos se sonrieron, triunfales.

El alguacil nos hizo pasar al interior de la sala y observé la mesa principal donde se sentaría el juez. Había también una silla para aquél que fuese llamado a declarar, una mesa ocupada por Laura, y otra, donde se encontraba él, con la vista sumergida en unos papeles.

Era tan alto que impresionaba el doble verle vestido con la toga negra. Aunque a ese hombre no le daba la apariencia de un cuervo, como hacía el hábito en mi tío. Quizá porque todo él desprendía un

halo oscuro y siniestro, y el negro formaba parte de su identidad. O quizás también porque era guapo y todo le quedaba bien.

«Vamos, mírame», supliqué, deseando volver a ver esos ojos que tanto me habían perturbado la primera vez que me crucé con ellos. Y como si se hubiera hecho eco de mis pensamientos, alzó su rostro y me miró. La ansiedad me embargó al momento. Había una arrogancia en su mirada, que no dejaba lugar a dudas: él era el cazador y yo su presa. En ese preciso instante brotó de mí, un rechazo profundo e ilógico que nacía de mis adentros.

Esbozó una sonrisa torcida, como si nuevamente hubiera sido capaz de leer dentro de mi cabeza, y supe que nos habíamos jurado la guerra.

¡Cariño, aquí! Te he guardado un sitio justo a mi lado.

Parpadeé atónita. ¿Mi madre?

Me dirigí hacia la mano levantada que agitaba un pañuelo desde la otra punta de la sala.

—Mamá, ¿qué haces tú aquí?

¡Pues acompañarte! —contestó como si fuera obvio.

—¿Y se puede saber por qué?

Ignoró mis quejas y analizó mi nuevo aspecto.

—¡Oh, cariño!, estás preciosa.

—¿Quieres contestarme? —insistí.

Arrugó la nariz, se sentía acorralada.

—Si Laura puede acompañarte, no veo por qué yo no — contestó indignada.

—¡Laura es mi abogada!

—Y yo soy tu madre —replicó—. He estado en tu bautizo, tu comunión y tu confirmación, no entiendo por qué aquí no deba hacer lo mismo. Somos tu familia y tenemos derecho a estar aquí...

—Mamá, esto es un juicio, no una fiesta —mascullé, y en ese momento caí en un detalle—. Un momento... ¿somos?

Antes de que mi madre contestara, alguien se disculpó a mis

espaldas.

—Siento la tardanza.

Me di la vuelta. Estupendo, mi tío también había venido. Suspiré. Al menos no llevaba puesta la sotana.

—Cariño, ¿qué mejor ocasión que esta para veros?

—¿En un juzgado? —exploté.

—Dana —intervino mi tío—, deja la mala sangre y dame un abrazo.

Me sonrojé mientras obedecía. Con el enfado ni siquiera le había saludado. Debía de pensar que era una grosera.

El alguacil anunció la aparición del juez y todos nos pusimos en pie para recibirle. El juicio dio comienzo. Laura fue la primera en exponer su alegato por tratarse de la acusación y después le siguió la defensa, Abel Rumsfeld. Este se irguió y habló al jurado sin guion, con voz firme y segura, de un modo que desmereció por completo las palabras del papel que leyó Laura. Le hizo parecer una novata frente a él. Me pregunté si era solo un ejemplo de lo que vendría a continuación y sentí una punzada de ansiedad. Luego, llegó la parte más dura, el pleito. Nuevamente, le correspondió el turno a Laura y llamó desde su micrófono al primer testigo, el vigilante que me había salvado la vida.

Éste juró decir la verdad y contestó correctamente a todas las preguntas que había ensayado con ella tiempo atrás. Incluso reconoció el pañuelo del interior de la bolsa de pruebas, con el que intentó estrangularme el concejal. Todo marchaba bien, así que me relajé de nuevo.

Laura se sentó y cedió el turno del interrogatorio a la parte contraria, Abel Rumsfeld. Y aquí empezó mi pesadilla. Éste no solo logró que el vigilante se pusiera nervioso y se contradijera varias veces, sino que también volvió en mi contra su declaración. Me hizo parecer una neurótica ambiciosa, cuya obsesión era conseguir el artículo a costa de cualquier cosa. Incluida mi propia vida. ¿Dónde había quedado mi deseo de hacer justicia?, ¿mi noble intención de descubrir al asesino?, ¿de evitar nuevas víctimas?

A lo largo de la mañana, continuaron los interrogatorios y los cruces de acusaciones. Cada vez que Laura trataba de sacar algo en claro de los testimonios, ese tipo se las arreglaba de tal modo que conseguía echarlos abajo y les daba la vuelta para que jugaran a su favor. Era un manipulador nato. Un cerdo mezquino. Comencé a preguntarme cuándo sería mi turno. Deseaba terminar de una vez con todo eso. En parte, para desprenderme de los zapatos de tacón que continuaban acribillándome los pies cada segundo que pasaba.

Unos policías trajeron al concejal esposado en el momento en que Laura lo llamó a declarar. Su estado era deplorable. Esos meses que había estado en prisión se hacían visibles en su miserable físico. Pero donde más se notaba era en la expresión de su rostro: la de un hombre derrotado. Casi sentí lástima por él, casi, hasta que clavó sus ojos en mí con tal desprecio que no tuve dudas de a quién culpaba de su suerte. Escuché atenta las respuestas que el concejal daba a las preguntas de Laura. Pero a pesar de su juramento, y tal como era de esperar, mintió. Se notaba quién le había asesorado por la agudeza con la que salía airoso en las contestaciones. Una agudeza nada propia de la mente del concejal.

Por otro lado, me dio a entender que Abel Rumsfeld se esperaba cada movimiento de Laura y estaba bien preparado. Nada de lo que ella pudiera hacer o decir iba a sorprenderle. Tenía todo bajo control. Y quise morirme al darme cuenta de a quien me enfrentaba.

Abel Rumsfeld volvió a intervenir desde su micrófono.

— Llamo a declarar al señor Enrique Santana.

Don Urraca se quedó rígido al escuchar su nombre y luego permaneció en su sitio, pensando que debía de tratarse de una confusión. Laura y el juez supusieron lo mismo y revisaron la lista de los testigos buscando ese nombre. Entonces, Abel Rumsfeld los sacó de dudas repitiendo la llamada con total seguridad.

Éste obedeció como quien se dirige al patíbulo. Seguramente estaba arrepentido de haber ido al juicio. Iñigo, que se encontraba sentado a

su lado, le observó avanzar sin salir de su asombro igual que todos nosotros.

—¡Un momento! —reaccionó Laura—. Este hombre no figura como testigo y no puede declarar.

Abel Rumsfeld la ignoró y se dirigió al juez.

—Señoría, le aseguro que es de suma importancia para este tribunal lo que el señor Santana tenga que decir, y solicito una excepción —dijo, captando su interés.

—Está bien —accedió el juez tras pensárselo—. Pero no toleraré más improvisaciones.

Laura estaba atónita, incapaz de pronunciar palabra, así que habló en su lugar.

—Con el debido respeto, señoría, no es justo que permita eso —protesté poniéndome en pie.

—Señorita Román, aquí decido yo lo que es justo y lo que no —dijo el juez.

Abel Rumsfeld sonrió burlón, lo que provocó que me enfureciera aún más.

—¡Pero no es justo! —insistí alterada.

Se escuchó un murmullo general en la sala.

—Letrada, haga el favor de controlar a su denta —le pidió enfadado el juez.

Desde su asiento, Laura me hizo señas suplicándome que me comportara y obedecí a regañadientes.

—Si la señorita Román me lo permite, empezaré con la primera pregunta —dijo irónico—. ¿Es usted el responsable del periódico en el que ella trabaja?

Sí, y es una buena profesional...

—Solo hice una pregunta —le recordó el abogado bruscamente.

Don Urraca no estaba acostumbrado a que le trataran de esa forma y puso mala cara.

—¿Cómo diría que es ella en su trabajo?

—Le decía que es una profesional de la que no tengo queja replicó muy molesto.

Al parecer ese tipo no solo me irritaba a mí.

—Recuerde que está usted bajo juramento y la mentira no está permitida.

Este le miró con incredulidad.

Me temo que no le entiendo.

Que le hicieran quedar de tonto era otra de las cosas que detestaba *Don Urraca*, aparte de que le tacharan de mentiroso, claro.

—Me refiero a que no es tan eficiente como intenta hacernos creer. Según tengo entendido, cuestiona su autoridad continuamente, llega tarde siempre e incluso le ha puesto un mote, ¿cómo era...?, ¡ah sí!, *Don Urraca*—se mofó para risa de todos.

Mi jefe enrojeció al escuchar el apodo y yo me hice cada vez más pequeña en mi asiento.

—Lo ha convertido a usted en el hazmerreír de sus empleados, ¿y aún se atreve a hacernos creer que la señorita Román es un ejemplo del buen hacer? Señor Santana, déjeme decirle que, como autoridad, se le suben a las barbas.

Se volvieron a escuchar risas de fondo.

Ya era oficial. Abel Rumsfeld había hecho del juicio un espectáculo donde solo él movía los hilos a su antojo. Me sentía totalmente maniatada y descolocada. No llegaba a comprender cómo había conseguido esa información. En realidad, no comprendía nada.

Cuando los ánimos se relajaron, Abel Rumsfeld prosiguió con el interrogatorio.

—Señor Santana, ¿es cierto que prohibió usted a la señorita Román seguir en el caso de mi cliente?

—Sí.

—¿Hizo caso?

—No —respondió a regañadientes.

—Me lo imaginaba. ¿Y en lugar de eso, qué hizo ella?

Mi jefe no dijo nada. Se dedicó a mirarle furibundo al verse arrinconado, de manera que Abel Rumsfeld contestó por él.

—En lugar de obedecer continuó a sus espaldas, ¿no es cierto?

—Sí, pero al final resultó tener razón con respecto a su cliente — soltó airado, intentando devolverle el golpe.

—Eso está por ver —replicó, dándole la espalda—. De momento, no tengo más preguntas, señoría.

—Entonces, letrado, si ya ha terminado, —intervino el juez— esta sesión hace una pausa por descanso. Creo que todos lo necesitamos — dijo haciendo referencia al revuelo formado en general.

CAPÍTULO 4

Abel Rumsfeld fue el primero en levantarse y abandonar la sala como una flecha. Los demás le siguieron en estampida, agolpándose unos contra otros en la puerta, hasta que casi no quedó nadie. Solo había un corrillo en torno a Laura formado por mi madre, mi tío e Iñigo, y todos ellos —menos *Don Urraca*, que permanecía callado en un rincón lamiéndose las heridas—, la bombardeaban a preguntas, que ella contestaba paciente, igual que una famosa compareciendo ante los medios. Todos querían saber qué iba a pasar, cuál sería el siguiente *As* que Abel Rumsfeld se sacaría de la manga. Pero a mí no me hacía falta preguntar algo así. Me lo podía imaginar perfectamente, el *As* era yo.

—Necesito tomar el aire —anuncié, poniéndome en pie de un salto.

A mi espalda, escuché la voz de Laura.

—Regresa rápido. El juez no ha de tardar.

Salí a unos pasillos llenos de puertas de despachos, oficinas y oírás salas. La mayoría estaban vacíos por ser la hora del almuerzo. No tenía mucha hambre, aun así metí unas moneda; en la máquina de sándwiches fríos. Lo siguiente fue buscar un baño para descalzarme. Me costó dar con uno entre tanta puerta pero, cuando lo encontré, fue un alivio absoluto el poder notar de nuevo mis pies sobre una superficie lisa.

Luego me refresqué la cara, terminé el sándwich y entré en el ascensor. Antes de salir a la calle me calcé a regañadientes.

Hacía calor como de costumbre, pero corría una brisa fresca muy agradable. Me apoyé en la pared y cerré los ojos, imitando a Laura cuando se relajaba en ese local al que solíamos ir.

—¿Dónde he visto antes esos ojos verdes? —me sorprendió una voz por encima de mi cabeza.

Alcé la mirada y era él.

—Sí, ya lo recuerdo —prosiguió con aire pensativo—. Pero tú te apellidas Román —agregó, como si aquel dato no le encajara en la ecuación.

Su expresión se había vuelto igual de confusa que la primera vez que le vi. En cualquier caso, no me apetecía quedarme a preguntarle sus motivos y me puse en movimiento, deseosa de perderle de vista cuanto antes. Sin embargo, su mano se aferró a mi brazo, impidiéndomelo, y millones de micro cristales helados atravesaron y recorrieron mi cuerpo. Me quedé paralizada, igual que si me hubieran aplicado una descarga, en lugar de un simple roce.

—No —manifestó con seriedad—. No me equivoco, pero fue hace mucho tiempo...

Consciente de la impresión que me produjo su contacto, volvió a soltarme.

—Espero, señorita Román, que arriba se muestre más comunicativa —dijo, recuperando el trato formal, con cierto fastidio por mi reticencia a hablar.

Al margen de esto, sus palabras escondían un claro aviso que no dejaba lugar a dudas. Dentro de un rato comenzaría nuestro duelo.

Entré disparada en el juzgado y corrí por la planta en busca del ascensor. Estaba ocupado, así que esperé mi turno mientras echaba miradas recelosas hacia la entrada del edificio. Ese tipo me provocaba inquietud y rechazo. Hacía que deseara querer estar lo más lejos posible de su compañía. Sentía que el instinto me gritaba desde dentro. Ese mismo instinto que te dice: no te acerques al borde del precipicio, cuidado con el filo del cuchillo, o que te advierte de cualquier otro peligro. ¡Sí, eso era! Abel Rumsfeld significaba peligro.

El maldito ascensor continuaba ocupado y, en ese instante, apareció el juez del caso, con una sombra sospechosamente alta pisándole los talones. Me olvidé del ascensor y subí las escaleras. La sala se encontraba otra vez llena. Salvo por una I >a ja de última hora, la de

Don Urraca, los demás regresaron ansiosos de más sorpresas.

El juicio se reanudó y Laura llamó al estrado a otro testigo, tal como con los anteriores, Abel Rumsfeld lo echó abajo, haciendo que su testimonio pareciera dudoso o falto de peso. Ende ver la desesperación crecer en la cara de ella, junto con la mía propia. No era posible que ese tipo fuera a salirse con la suya. No, aquello no estaba sucediendo. Me negaba a creerlo.

* * * * *

Laura por fin se sentó, agotada. Estaba segura de que éste era, con diferencia, el juicio más duro al que se había enfrentado. Me compadecí de ella y de mí misma. Tanto trabajo para nada, y todo sería por culpa de ese cretino. Esa nueva sensación me sorprendió. Comenzaba a sentir algo más que miedo recelo, era rabia. Y en ese preciso momento, él giró su cara hacia mí y me clavó los ojos. Sentí como me traspasaba el hielo de su mirada y me quedé petrificada en mi asiento. Entonces, como si hubiera percibido ese cambio, trazó una sonrisa perversa en actitud desafiante. Aparté inmediatamente mis ojos de los suyos y me obligué a ignorarle. Pero enseguida escuché su voz retumbar en la sala.

— Llamo a declarar a la señorita Román.

El corazón me dio un brinco.

— Hija, te has puesto pálida — dijo mi madre sosteniéndome una mano —, ¡y estás fría! ¿Te encuentras bien?

— Señorita Román, ¿tiene intenciones de venir? — masculló Abel Rumsfeld.

Resultaba obvio que no le gustaba esperar. Así que caminé a paso lento; en parte por los zapatos de tacón y también por los nervios. Cuando finalmente llegué al estrado, tal como esperaba se le veía más irritado y no pude evitar regodearme en mi fuero interno.

Abel Rumsfeld se plantó delante para formular la primera pregunta.

— Señorita Román, como ya sabemos, usted decidió desobedecer a

su jefe, ¿puede decirnos el motivo?

Traté de mantener los nervios a raya y me aclaré la voz antes de hablar.

—Tenía la sospecha de que el concejal estaba relacionado con los asesinatos que investigaba la policía —expliqué, intentando parecer lo más convincente posible.

—Tengo entendido que ellos no encontraron nada que pudiera involucrar a mi cliente, ¿por qué entonces usted llegó a esa conclusión?

—Eso no es del todo cierto —le contradije—. Ellos sí encontraron indicios, lo que sucede es que consideraron que no eran lo suficientemente importantes.

—¿Está usted diciendo que en el cuerpo de policía existe la corrupción? —enfaticó para dar mayor dramatismo, y funcionó.

Se pudo escuchar un murmullo a lo largo de toda la sala, que tuvo que silenciar el juez. ¡Maldito manipulador!

—Yo no he dicho eso —siseé.

Aunque ciertamente lo pensaba.

—No obstante acaba de insinuarlo; y dígame, señorita... Román —dijo pronunciando mi apellido con cierta ironía —, ¿qué detalle importante fue el que usted no pasó por alto?

—Todas las víctimas guardaban relación con el concejal.

Esperó un momento a que continuara y, como no añadí nada, prosiguió.

—¿Y ya está? ¿Ése es el motivo por el cual se vio impulsada primero a desobedecer a su jefe y luego a acosar a mi cliente?

—¡Acosar! —exclamé sin dar crédito.

Ese tipo me ponía enferma.

—Usted persiguió a mi cliente durante meses y durante los cuales no dejó de tomarle fotos en distintos lugares y eso, por si no lo sabe, también es un delito.

—¡Intentaba demostrar que era culpable! —me defendí.

—Así que reconoce haberle condenado —dijo, arrinconándome otra vez.

—Por supuesto que sí —exploté furiosa—, porque lo es, y también quiso matarme como a las otras víctimas.

—¿Pudo ver su cara en el momento de la agresión?

Estaba demasiado ocupada intentando respirar.

—De modo que no pudo —insistió, ignorando mi sarcasmo.

—No —reconocí a regañadientes—. Sin embargo, momentos antes le vi entrar en aquella fábrica abandonada, por lo que sé que era él.

—¿Hay fotos que demuestren eso?

Ante aquella salida, le miré perpleja.

—Iba... iba a hacerlas —expresé con dificultad—, pero justo en ese instante perdí de vista al concejal y después sucedió todo.

—¡Así que no las hay! —exclamó pletórico.

Y me dio la espalda, para dirigirse hacia los asistentes.

—¡Qué curioso! La señorita Román hace instantáneas a mi cliente todas las veces que le sigue, y precisamente esa noche no.

—¿Qué insinúa? —manifesté indignada.

Desoyó mi pregunta y continuó hablándole al público.

—Como bien sabemos por boca de su jefe, la señorita Román no responde a órdenes y se comporta de una forma irrespetuosa. Parece no detenerse ante nada, ni tener límites.

Le escuché muy atenta preguntándome a dónde quería llegar con su discurso.

—Seguramente —prosiguió—, después de meses persiguiendo a mi cliente sin obtener nada, salvo fotos que tampoco demuestran nada, vio su artículo en peligro y decidió ir más allá. ¿Cómo? Muy sencillo: ¡inventádoselo todo!

Esta vez el cuchicheo del jurado popular irrumpió con mayor fuerza en la sala.

—¡Silencio! —volvió a ordenar el juez.

—Letrado —gritó Laura—, lo que usted afirma no tiene sentido. El

vigilante estaba en el momento de la agresión y lo vio todo, ¡cómo se va a inventar algo así mi clienta!

—Él también dijo que, antes de poder verle la cara, el sospechoso salió corriendo —le recordó—. ¿Quién nos dice que era mi cliente? Quién sabe si lo que vio el vigilante no fue a dos amantes en un arrebatado de pasión y lo confundió con otra cosa —bromeó de forma ruin.

La mayoría rieron su gracia, mientras que a mí me ardían las mejillas de pura rabia. Si alguna vez sentí temor por él, no era nada comparado con el deseo de despellejarle vivo.

—Lo cierto es que no hay nada que demuestre la culpabilidad de mi cliente —continuó—. Existe un pañuelo con sus huellas, sí, pero a lo mejor la misma señorita Román se las ingenió para comprometerle. ¿De qué manera se explica, entonces, que justamente no haya fotos de mi cliente esa noche? Es porque sencillamente no estaba allí.

Continuó su estudiada tesis, pero yo ya era incapaz de oír con claridad. Me encontraba aislada dentro de una burbuja í; »miada por mi propia ira, desde donde solo alcanzaba oír a duras penas las voces de la gente, y de pronto reaccioné.

A medida que me descalzaba un pie iba sintiéndome más desahogada y por fin fui libre cuando lancé el zapato contra Abel Rumsfeld, mandando a ambos al cuerno. Los asistentes siguieron el rumbo del proyectil en tensión, igual que el disparo de un futbolista a punto de marcar un gol. Pero, en el último momento, él lo esquivó como si tuviera ojos en la nuca, y finalmente fallé.

Se hizo un silencio abrumador. Abel Rumsfeld se dio la vuelta hacia mí, completamente perplejo, y yo le sonreí llena de deleite. Al menos seríamos dos los sorprendidos en ese día. Pero enseguida adoptó una pose arrogante.

—Su puntería deja tanto que desear como sus formas.

Maldije en voz alta y me descalcé el otro pie. Esta vez no iba a fallar. Pero los guardias de seguridad fueron más rápidos a la hora de

frenarme. Los asistentes despertaron de su pasmo y empezaron a berrear sin control alguno.

—¡Guardias! —gritó el juez en medio del caos—. ¡Echen a la señorita Román de aquí! ¡Ya!

Dos gorilas uniformados me arrastraron a paso firme y no me soltaron hasta llegar al pasillo. Al rato, apareció Laura con mi zapato y en compañía de Iñigo, que no paraba de reír a carcajadas sin importarle la mirada con que le recriminaba ella. Yo la conocía lo suficiente para saber que su mal humor se debía más bien a su primer fracaso como abogada, que a mi improvisada intervención. Porque aunque el juez no había aún dictado sentencia, no necesitábamos la confirmación para saber que Abel Rumsfeld nos había hecho morder el polvo.

Laura, visiblemente cansada, se puso en marcha arrastrando los pies. La seguí con el mismo pesimismo, hasta que Iñigo me detuvo y me recordó un pequeño detalle. Había quedado con *Shar Pei* esa misma tarde.

Gemí de frustración y cansancio. Lo único que deseaba era llegar a casa y borrar de mi memoria todo lo ocurrido. «Como si eso fuera posible», me dije al mismo tiempo.

—Dana, ¿vienes o no? —preguntó Laura, impaciente.

No me di cuenta de que se había quedado a esperarme. La despedí con un simple ademán y se marchó sin objetar nada más. Justo en ese instante escuchamos el picaporte de la puerta girar a nuestras espaldas. El primero en salir de la sala fue el juez, que me miró de manera airada, haciéndome responsable del gallinero formado ahí dentro. El siguiente fue el mismo Abel Rumsfeld, exhibiendo una expresión triunfal y una sonrisa altanera. Maldito cretino arrogante.

—¿Puedes dormir haciendo eso? —le espeté, furiosa.

—Se llama trabajar.

—Eso que haces no puede llamarse trabajo. Es más bien actuar como un cerdo.

Comprobó la hora en su reloj, ignorando mi insulto, y luego me miró con impaciencia.

Señorita Román, me temo que no tengo tiempo para un arrebató de los suyos, por mucho que me divierta, y reconozco que lo hace —añadió burlón, lo que terminó por desquiciarme, y mientras se alejaba le grité:

—¡Veremos si se divierte tanto cuando husmeé en su vida!

Mis palabras surtieron efecto de inmediato. Se paró en seco y dio la vuelta con lentitud, clavándome duramente esos ojos tríos y de color extraño. Esta vez no había ni un atisbo de diversión, su rostro era una máscara inescrutable y mi temor volvió a oprimirme la garganta.

Aun así continué hablando.

—Todos tenemos cosas que esconder —dije al tiempo que él avanzaba hacia mí, despacio y con aire amenazador—. Me pregunto qué secretos guardas tú —dejé caer sin formalismos.

Miré de reojo a Iñigo, que temblaba como una hoja. Yo estaba de manera parecida, aunque no lo demostrara. Entonces él me arrinconó contra la pared y se inclinó ligeramente sobre mí, para que nadie más oyera lo que tenía que decirme.

—Desde el primer momento en que te vi con la cara sucia, supe que no eras más que una mocosa —expresó igual de cercano y con suma frialdad.

Mis mejillas cobraron un color escarlata. ¿Por qué tenía que recordarme aquel accidentado tropiezo? «Al parecer lo tiene muy bien grabado en su cabeza», pensé con fastidio.

—Mucho cuidado, señorita Román —prosiguió recuperando los formalismos—. No soy persona que se deba provocar y menos aún amenazar con ciertas palabras. De modo que no haga ninguna estupidez de las suyas.

Luego giró sobre sus talones y abandonó el lugar a grandes zancadas. Permanecí donde estaba, tratando de asimilar el hecho de haberle tenido a un palmo de mí, más que su amenaza, lo que me dio

qué pensar.

Iñigo fue el primero en recobrase y se acercó alterado.

—Dana, ¡no hablarás en serio con eso de investigarle! Se ve que no le ha hecho ninguna gracia.

—Por eso mismo. Está claro que esconde algo —llegué a la conclusión.

—¡Oh no!, hablabas en serio —murmuró con aire quejumbroso.

—Ese cretino se va a enterar —dije más decidida que nunca.

Y sonreí, esperanzada. En mi mente se acababa de trazar un nuevo objetivo, Abel Rumsfeld. Puede que él fuera a ganar la batalla, pero no tenía ni la más remota idea del amargo sabor que le iba a dejar.

Antes de que pudiera encontrarme con mi madre y mi tío, huí con Iñigo a la calle y me dirigí a la estación más próxima para coger el metro hacia la casa de *Shar Pei*, que se encontraba ni la otra punta de la ciudad. Me acomodé en el asiento y procuré dejar la mente en blanco. No fue fácil con tantos pensamientos revoloteando en mi cabeza. La mayoría giraban en torno a él y a lo mismo: ¿por dónde comenzar a buscar?, ya lo había intentado una vez sin apenas resultado, claro que a la ligera y sin más motivación que la curiosidad. Ahora era algo personal, e iba rebuscar a conciencia hasta dar con un hilo del que tirar.

Las estaciones donde íbamos parando ofrecían un panorama despoblado y en calma. Me resultó agradable hallar un poco de tranquilidad después de todo. Sí, calma y reposo eran lo que necesitaba para poder pensar en mi objetivo. Antes de entrar en la casa del pintor sonó mi móvil. El insistente timbre parecía reflejar el enfado de mi madre y pasé de contestarle.

Shar Pei tenía el material preparado en la habitación que usaba como estudio y me hizo pasar a un cuarto pequeño que ya conocía muy bien. Recordaba la primera vez que me desnudé en ese mismo sitio. Había tardado más de una hora en hacerlo, lo que me costó reunir el valor, hasta que al fin aparecí cubierta solo por mi propio pelo.

Agradecí que fuera lo suficientemente largo como para taparme lo necesario. Pero *Shar Pei* no había tardado en indicarme que me lo recogiera hacia atrás y sufrí otro ataque de pudor. Antes de hacerlo, le observé con cierto recelo, tratando de percibir alguna intención que estuviera más allá de lo artístico y finalmente me centré en posar.

Eran pasadas las doce de la noche cuando por fin anunció que había terminado. Miré el móvil, y tenía once llamadas perdidas de mi madre. Nerviosa, me despedí a toda prisa de *Shar Pei* y pedí un taxi. Por el camino, aproveché para llamarla, y tuve que aguantar un buen sermón hasta que se calmó. Luego, llegué a casa y Laura también me pidió explicaciones. Pero por nada del mundo iba a confesarle que me había pasado la tarde y parte de la noche posando desnuda para un pintor que podría ser mi abuelo. Así que le conté la primera mentira que se me pasó por la cabeza y me fui directa a la cama. Había sido un día duro y estaba agotada.

* * * * *

Era sábado y me levanté al primer toque del despertador. Había un motivo para mi urgencia, y es que estaba ansiosa por fisgonear en la vida de Abel Rumsfeld.

Lo primero que hice fue marcar el número de teléfono de Iñigo, sintiéndome terriblemente culpable por pedirle el favor un día festivo. Pero necesitaba ayuda para que alguien me tradujera los artículos que estaban en inglés y él había vivido un par de años en Irlanda.

—¿Diga? —contestó al quinto tono.

Su voz sonaba cargada, por lo que imaginé que estaba dormido y me sentí peor.

—Hola, Iñigo, soy yo —dije con timidez.

—¿Dana?, ¿qué haces despierta tan temprano? ¡Y un sábado! —añadió sorprendido.

—Tengo buenas razones para sacrificarme.

—Déjame adivinar, ¿Abel Rumsfeld? —preguntó con agudeza.

—Sí.

Hizo una pausa y concluyó:

—Tus razones también conllevan que me sacrifique yo, ¿verdad?

No pude evitar sonreír al contestar *sí* de nuevo.

—Me lo imaginaba —dijo suspirando—. Pues más vale que me recibas con un buen desayuno, y que sepas que, después de esto, me deberás una —me dejó bien claro.

—Eso está hecho —acepté enseguida.

Colgué el teléfono y fui rápidamente a la cocina. Abrí la nevera; como siempre, no había gran cosa: un cartón de leche y embutido. Busqué en los estantes y solo había latas de conserva. Nada que sirviera de desayuno. Decidí ir al supermercado de la esquina, antes de que se me hiciera más tarde e Iñigo llegara. Era curioso que siempre me las arreglara para terminar con prisas. A este paso, iba a coger complejo de liebre.

Era temprano y el establecimiento estaba casi vacío, por lo que terminé pronto de hacer la compra. Cuando regresé al apartamento, Laura seguía dormida, y guardé los productos con sigilo para no despertarla. Al terminar, observé el resultado con cierto orgullo y... vergüenza. Palomitas, refrescos, envases de comida precocinada. Sin duda, era la despensa más propia de unas adolescentes que del par de mujeres independientes que se suponía que éramos. Pero al menos ya no daba aprensión verla.

Sonó el timbre al mismo tiempo que la cafetera. Iñigo continuaba teniendo cara somnolienta, aunque su pelo húmedo indicaba que se acababa de duchar.

—Veo que has cumplido tu palabra —dijo al oler el café recién hecho.

—Siempre lo hago —contesté invitándole a pasar.

Nada más ver la cesta de los bollos, se sentó a comer sin esperar siquiera a que le llenara la taza. Los engullía de dos en dos, igual que un pato, y me pregunté si no tendría algún parásito intestinal. Laura

entró en la cocina vestida con un salto de cama semitransparente. Iñigo se atragantó y ésta le dedicó una sonrisa sensual, tomándoselo como un cumplido. Temí lo peor. Iba a convertir a Iñigo en una víctima descerebrada de las suyas, y antes de que sucediera, lo enganché del brazo y lo arrastré hasta mi habitación.

—Tu amiga está muy buena —opinó con esos ojillos azules emocionados—. Si me hubieras dicho la sorpresa que me tenías reservada, no te habría costado tanto convencerme para que viniera —añadió con una sonrisa pícara, pero sincera.

—Céntrate en lo que tenemos que hacer.

—Está bien —dijo a regañadientes—. ¿Por dónde empezamos?

* * * * *

La investigación no resultó tan fácil como habíamos previsto. Cada cierto tiempo, escuchaba a Iñigo chistar irritado por la lentitud de mi ordenador jurásico. Aun así, íbamos recopilando todos los datos posibles, ya que tampoco es que hubiera mucho de dónde tirar.

Así que tras una mañana entera de pesquisas, acabamos inundados de hojas con información sobre Abel Rumsfeld. Una información escasa e irrelevante, que él mismo se encargaba de facilitar a los medios.

Iñigo dio un brinco exaltado, en cuanto le colgó el teléfono a un contacto de una revista americana.

—Dana, ¡ese tipo es el propietario de un Pagani Zonda!

Lo miré confusa. No tenía ni idea de qué me estaba hablando, aunque conociendo a Iñigo, debía de tratarse de algo sobre coches. Terminó por confirmármelo, al mostrarme la foto de un vehículo estilo deportivo que llevaba en su cartera.

—¿Qué tiene de especial ese coche?

—¿¡Qué tiene de especial!? —repitió como si mi pregunta supusiera un sacrilegio—. Dana, ese coche está fabricado con el mismo material aerodinámico del que están hechos los aviones, y bueno, casi puede

volar, porque alcanza una velocidad superior a los 300km/h. Desgraciadamente, solo unos pocos privilegiados pueden acceder a esa maravilla con ruedas. Se fabrican menos de diez al año, normalmente por encargo, y desde luego su alto precio también lo hace exclusivo.

Parpadeé sorprendida.

—Iñigo, hablas como un verdadero fanático.

—Estoy enamorado de ese coche desde que lo crearon —confesó tímidamente, pasándose los dedos por su cabellera rojiza.

—¿Por eso llevas una foto de tu amor platónico en la cartera? —le inquirí, sin que se me pasara por alto ese detalle, que incluso llamaba más mi atención que el lujoso coche.

Éste me arrebató la cartera, con una mezcla de vergüenza e irritación.

—Qué quieres, no tengo novia, así que... —manifestó picado.

—En cualquier caso, ese dato no nos sirve de nada —dije, volviendo al tema principal—. Salvo que queramos demostrar que es inmensamente millonario.

Era lo único que habíamos logrado sacar en claro de todo ese mar de documentos, donde hacían mención a sus múltiples empresas de arte y a su exitosa carrera como abogado. Una lista innumerable de triunfos que no me servían para arrastrar el nombre de Abel Rumsfeld por el fango y aún menos para comprometerle.

—¿Tú qué has conseguido en el consulado?

—Algunos datos biográficos insignificantes —le contesté desmotivada—. Al parecer, fue un muchacho conflictivo y sin aspiraciones hasta que tuvo un accidente donde le dieron por muerto durante días, y a raíz de ahí cambió radicalmente su actitud. Se convirtió en el hombre que ahora conocemos. Además, unos pocos que le conocían de antes del accidente aseguran que también su físico sufrió una metamorfosis igual de espectacular.

—¡Eh!, ¿y por qué no escribes un artículo acerca de ese pasado

oscuro?

Me apresuré a negar con la cabeza.

—No serviría de nada, la gente sabe quién es Abel Rumsfeld hoy en día y más bien lo tomarían como un ejemplo de superación en lugar de lo contrario. Entenderás que ese tipo de publicidad es la que menos deseo para ese infeliz.

—Pues entonces es inútil seguir con todo esto, Dana. Ese tipo tiene una vida intachable.

Rehusé darme por vencida.

—Tiene que haber algo que nos pueda valer —dije, sentada en mi cama mientras rebuscaba entre los folios dispersos por la colcha—. Algo que estamos pasando por alto.

Y entonces vi ese algo en una de las hojas traducidas por Iñigo, donde se comentaba la desaparición de varios clientes que habían sido absueltos tras la defensa de Abel Rumsfeld.

—Iñigo, ¡lee esto! —exclamé señalando el artículo.

—Ya leí esa noticia al traducirla y solo son casos de desapariciones.

—Solo no —le contradije—. Si fuesen denuncias aisladas, no las mencionarían en un artículo dedicado a Abel Rumsfeld.

—Simplemente las mencionan como una desafortunada casualidad, Dana —expresó como si estuviera paranoica.

—Puede ser —reconocí —, pero es el único hilo sospechoso del que tirar en la vida de ese tipo.

—De todas formas, lo que pensemos son meras conjeturas que hace falta contrastar, y para eso solo se me ocurre que indagues entre sus clientes, lo que no veo posible, ya que todos son extranjeros y viven lejos de aquí.

—Menos uno —dije, con sonrisa triunfal.

Comprendió a dónde quería llegar y puso el grito en el cielo.

—¡Dana, eso es una locura! El concejal ya intentó matarte una vez.

—Desde la cárcel no puede hacerme nada. ¡Está decidido!, haré una visita al concejal.

Iñigo no insistió más. Los ojos me brillaban de la manera en que solían hacerlo cuando tenía un presentimiento y sabía que ya era imposible que desistiera en mi empeño. Abel Rumsfeld escondía algo, de eso estaba segura, y lo iba a descubrir.

Laura entró en la habitación tras llamar a la puerta. Su indumentaria era algo más recatada que la que lucía por la mañana, por lo que Iñigo no se puso a hiperventilar nada más verla. Ésta se quedó perpleja al observar todo el cuarto lleno de papeles desperdigados por doquier. Estaba acostumbrada a mi desorden, pero aquello era excesivo hasta para mí.

—¡Vaya!, esto parece un lugar secreto de la CIA —dijo sin salir de su asombro—. Me compadezco del pobre a quien le estáis siguiendo la pista.

Iñigo dio un salto como si le hubieran clavado una chincheta en el trasero.

—Más bien compadécete de nosotros —intervino exaltado—. Dana, ¿no era hoy cuando teníamos la cena?

Me eché las manos a la cabeza.

—¡No, la cena!

Estaba tan obcecada con Abel Rumsfeld que me había olvidado por completo de la dichosa cena. Iñigo se puso la chaqueta y salió disparado hacia su casa para vestirse de tiros largos. Eso me hizo recordar que yo no tenía nada para la ocasión.

—¿De qué cena hablabais? —quiso saber Laura, intrigada.

—De la cena benéfica de todos los años —le expliqué por encima, a la vez que rebuscaba desesperada dentro de mi armario.

—¡Qué suerte! Yo siempre he querido ir.

No me sorprendió oír eso de Laura y su sentido del refinamiento.

—Pues si me prestas un vestido, podrás hacerlo porque tengo otra invitación.

Se le iluminó la cara.

—Haré mucho más que eso —dijo tirando de mí hacia su cuarto.

Me invadió el pánico.

¡Oh no!, íbamos a pasar una tarde de chicas, de ésas en las que se acicalan y se espolvorean la nariz unas a otras. Era lo que más le gustaba a Laura y justo lo que más odiaba yo. Decidí aguantarme con lo que fuera necesario y cruzar los dedos para que terminara cuanto antes.

Se detuvo y me miró con expresión incierta.

—Dana, ¿y no será mejor que vayas con alguien más apropiado? Quiero decir... con ese periodista con el que sales.

—No estoy saliendo con él, solo nos vemos de vez en cuando —le aclaré—. Y no te preocupes, a Fran no le hace falta invitación. Su padre es el dueño de un periódico importante, y todos los años acuden como invitados de honor.

«Más bien, la sorpresa se la va a llevar él cuando me vea formar parte de la sofisticada reunión», pensé divertida, al imaginar la escena.

Laura volvió a mostrarse animada y trató de contagiarme a mí.

—Ya verás, Dana. Cuando acabe contigo serás toda una chica *Pink Power*— anunció sin compasión.

—*Pink Power* —repetí despacio.

Necesitaba asimilarlo.

¡Qué pavada de expresión!

—Oye, me conformo con estar presentable en la cena, y por supuesto nada de rosa.

Odiaba a muerte ese color.

Laura me lanzó una mirada severa y no volví a objetar nada más.

Empezó a cepillarme con vigor la melena; luego, trabajó durante un largo rato en mi cara y, cuando al fin estuvo satisfecha con el maquillaje, me indicó el vestido que, según ella, era perfecto para mí. Comprobé el resultado en el espejo y tuve que reconocer que me vi bonita. De hecho, era incapaz de identificarme con esa chica de mirada felina, enfundada en aquel vestido negro y atrevido. Muy del

estilo de Laura. Incluso mi pelo, que lo solía llevar recogido y sin gracia, caía por mis hombros en una hermosa cascada de rizos dorados.

Después de todo no estaba tan mal ser una chica *Pink Power*. Aunque tampoco tenía intención de que pasara de una simple anécdota, y así se lo aclaré a Laura; que ya se había hecho ilusiones y rezongó por lo bajo.

* * * * *

Observé mientras ella se vestía. Ayudarla, tal como era costumbre entre chicas, habría sido ridículo considerando mi sentido de la estética. Finalmente, optó por un pantalón de raso blanco y un corpiño de colores. Era la primera vez que iba más recatada que yo, aunque tan hermosa como siempre.

* * * * *

Nos dirigimos a uno de los hoteles más lujosos de los que bordeaban la playa de la Malvarrosa. Su estructura era completamente blanca y en la fachada principal se alzaban dos torres en cada esquina, y una tercera mucho más pequeña, que coronaba justo la entrada. El edificio conservaba cierto aire a la Casa Blanca, pero de aspecto menos compacto y más alegre, como el mediterráneo.

Nos bajamos del coche en el parking del hotel y Laura le entregó las llaves a un chico para que lo aparcara. A pesar de que el lugar estaba lleno de gente emperifollada, no tardamos en visualizar a Iñigo, esperando apoyado en una de las palmeras que adornaba el sitio.

Éste vino a recibirnos en cuanto nos vio.

—¡Laura, qué sorpresa que estés aquí!

—Dana me ha invitado —le contestó con una sonrisa.

—¡Eh, Dana!, a ti casi no te reconozco —dijo, analizando mi nuevo aspecto.

—No se lo digas a nadie —le susurré—, pero ahora soy una chica

«*Pink Power*».

Iñigo hizo una mueca. A él tampoco le gustaba cómo sonaba.

—Por cierto, tú también te ves diferente —opiné de manera amable.

Se sonrojó de inmediato. No estaba acostumbrado a oír elogios de ninguna mujer. Exceptuando su madre.

El chico vestía un traje en tono azul oscuro que le hacía parecer menos aniñado. Pero quizás iba demasiado repeinado y había abusado de la colonia. Deduje que su ropa guardaba intenciones ocultas.

Escuchamos un carraspeo detrás de Iñigo, era *Don Urraca*.

—Hola, chicos —nos saludó alegremente.

Iñigo se quedó sorprendido, pero yo esperaba verle allí. Su predilección por los objetos brillantes y de valor le delataba, y sabía de buena tinta que *Don Urraca* no perdería una ocasión, como esa subasta, para hacerse con alguna pieza.

Bueno, y ahora que estamos todos, ¿por qué no entramos? —sugirió Laura, ansiosa por tener otra perspectiva del lujoso hotel.

—Un momento —nos detuvo *Don Urraca*—. Se me ocurre que, ya que estáis aquí, podríais cubrir el evento.

—¡Pero es sábado! —gimoteó Iñigo.

Le di una pequeña palmada en el hombro para tranquilizarle. En *Don Urraca* era muy común ese tipo de triquiñuelas abusivas.

—Puede ser —intervine—, pero me pregunto qué pensarán en la redacción cuando descubran quién era uno de los invitados —solté mordaz, y añadí—. Ya sabes que hay mucho envidioso suelto que no dudará en asociarlo a tu peculiar gusto por lo estrambótico, y luego será muy difícil convencerles de que no hay presupuesto suficiente para los reportajes.

A *Don Urraca* le rechinaron los dientes y pasó indignado delante de nosotros. Iñigo y yo sonreímos con regocijo.

* * * * *

Dentro, el edificio no ofrecía un panorama menos revelador. La sofisticación estaba presente en cada detalle, como la moqueta de la entrada principal y los tresillos de diseño que la ocupaban. El hotel tenía muchas salas, y una de ellas la habían previsto a modo de galería donde las obras de los artistas estaban expuestas. Visualicé a *Shar Pei* hablando animadamente, supuse que con otro pintor. A los artistas les gustaba agruparse para intercambiar opiniones e ideas. Y críticas también. Eran tremendamente duros entre ellos y con ellos mismos.

Shar Pei me hizo señas con la mano indicándome que me acercara. Obedecí nerviosa y me alejé de los demás. ¡Iba a enseñarme mi retrato! Temí el resultado, pero al mismo tiempo estaba ansiosa por verlo. *Shar Pei* pidió a los tertulianos con los que se encontraba que se alejaran un poco de la obra para que pudiera contemplarla.

Me quedé sin palabras. La ocasión lo merecía. En el cuadro, se observaba el desnudo de la parte trasera de una mujer y solo se podía apreciar la mitad de su rostro mirando el atardecer desde una ventana. La luz en contraste con la oscuridad jugaba un papel protagonista. Hacía que la silueta femenina refulgiera en llamas rojizas sobre la penumbra de la habitación.

Me alivió saber que nadie que me conociera lograría identificarme con esa mujer más parecida a un ángel que a mí. Salvo por un detalle que identifiqué enseguida, una marca de nacimiento con forma peculiar por debajo del omóplato. Pero ese detalle solo podía reconocerlo alguien que me hubiera visto desnuda.

—¡Caray, Dana! —exclamó Iñigo—. Hoy me estoy poniendo las botas.

Le di un manotazo en el hombro. Había olvidado que Iñigo era el único al tanto del secreto. Laura y *Don Urraca* se encontraban en la otra punta de la sala y agradecí que no hubiesen escuchado el comentario.

—¿Entonces te gusta? —intervino *Shar Pei*, deseoso de escuchar mi valoración.

—¡Oh sí!, me encanta —admití—. Eres un artista magnífico.

—Bueno, no hay que exagerar —dijo con falsa modestia—. Aunque me da cierta pena subastar el cuadro.

—Es por una buena causa.

Mi argumento no pareció bastarle. Desprenderse de una apreciada obra era lo que más dolía a un artista, y se alejó de nosotros y del cuadro para no seguir encariñándose.

¡Dana, mira quién está ahí! —dijo Iñigo alterado.

Miré en su dirección y me quedé absolutamente perpleja. ¡Era él!, y también estaba en la fiesta. Abel Rumsfeld paseaba entretenido curioseando por la exposición como una sombra solitaria y oscura. Su porte elegante y su alta estatura llamaban la atención sobre el resto de señores vestidos de etiqueta. Muy a mi pesar, debía admitir que, a él, el traje negro no le convertía en un estúpido pingüino más. Un pingüino regio, quizás, pero no estúpido ni corriente.

Un instante después también se dio cuenta de que estábamos allí y recuperó su sonrisa maliciosa. Le observamos avanzar en nuestra dirección, totalmente embobados. Iñigo, porque aquel tipo era el dueño del coche de sus sueños y yo, la verdad, lo ignoro. El caso es que seguíamos en el mismo estado cuando le tuvimos delante.

—¡Qué casualidad! —expresó con un deje de retintín.

—¿Qué narices haces aquí? —reaccioné al fin.

Iñigo puso distancias de por medio, huyendo del conflicto.

—No suelo dar explicaciones, pero, ya que eres tan directa, te diré que me hospedo en este hotel.

Maldije la mala suerte de encontrármelo. Por otro lado, cabía la posibilidad de que hubiera ido a la fiesta, ya que era un coleccionista de arte.

De repente, clavó sus ojos en mi retrato.

—Vaya, vaya, por fin algo interesante que ver.

Me ardieron las mejillas.

Su mirada recorrió con atención el contorno femenino, y se detuvo

en algún punto de la espalda. Luego prosiguió analizando la figura, hasta que se paró en el trasero, mi trasero, y se puso a contemplarlo descaradamente, por lo que decidí que ya tenía bastante.

—¿Ya te vas? —preguntó sin apartar la vista de donde la tenía puesta.

—No veo por qué deba seguir aquí.

Desvió la mirada del cuadro y comenzó a observarme con el mismo descaro. Sabía que se estaba fijando en mi nuevo aspecto.

—Lástima. Ahora que empezaba a divertirme—se lamentó, esbozando una media sonrisa burlona.

Contuve las ganas de abofetearle y volví junto a Iñigo.

Al siguiente que vimos fue a Fran, pero con eso ya contaba. Se encontraba muy bien acompañado por una rubia despampanante, a la que sujetaba de la cintura con mucha familiaridad. Consideré la idea de hacer como si no existieran para evitar un momento incómodo. Sin embargo, Fran me vio antes de que pudiera escabullir me y soltó a la chica como si de repente quemara. «Confirmado», se había llevado una sorpresa.

—Dana, lo que has visto... —dijo, en cuanto se acercó a mí como un rayo.

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta*. —le interrumpí en latín.

—¿Qué?

—Excusa no pedida, acusación demostrada —le traduje—. Pero, de todas formas, no me debes explicaciones. Los dos sabemos lo que hay entre nosotros.

—Pero...

—En serio. No me debes ninguna explicación —insistí—. Es más, te agradecería que no me la dieras —agregué, demasiado incómoda como para disimular.

La rubia con la que había venido nos lanzó una mirada penetrante desde la distancia.

—Será mejor que vuelvas con ella si no quieres tener un problema

de verdad —le advertí con una sonrisa.

Obedeció a regañadientes y yo aproveché para reunirme con los demás en un pabellón exterior, que imitaba la estructura de un panteón griego y donde tendría lugar la cena.

Laura se dedicó a perturbar al camarero con su aleteo especial de pestañas, al tiempo que éste procuraba mantener el suficiente control para que los platos llegaran intactos a la mesa. Iñigo no tuvo tanta suerte con la joven de al lado y *Don Urraca* se centró en la botella de vino, y se olvidó de todo lo demás. Pero, salvo estos contratiempos, la cena transcurrió con normalidad. A veces, me sorprendí a mi misma mirando furtivamente hacia la mesa del fondo, donde se sentaba Abel Rumsfeld sin compañía. En una de esas ocasiones me descubrió, y en lugar de mostrarse incómodo, alzó la copa que tenía delante y me dedicó un brindis con una sonrisa. Giré la cabeza abochornada y no volví a espiar.

Dio comienzo la subasta y después de una interminable hora viendo desfilar obras de arte, presentaron en una pantalla las diapositivas de mi retrato, con el precio de salida de 10.000 euros. Una cifra escalofriante, teniendo en cuenta que las anteriores no habían llegado ni a la mitad. Sentí cierto temor de que nadie pujara con ese precio tan elevado. *Shar Pei* era un pintor reconocido y su pintura de una belleza innegable. Aun así...

Para mi sorpresa, alguien de atrás levantó la mano. Me giré llena de curiosidad y quise morirme al ver a Abel Rumsfeld, muy seguro de sí mismo, reclamando mi desnudo. La ansiedad me invadió cuando el moderador preguntó quién ofrecía más y los segundos pasaron sin que nadie se pronunciara. Decidí intervenir:

—¡Yo! —grité—. Yo doy diez mil y un euro más.

Todos los allí presentes rieron al escuchar la ridícula diferencia, menos *Don Urraca*, Laura e Iñigo, que se quedaron boquiabiertos. ¡Me acababa de arruinar! En fin... Todo fuese por mantener mi desnudo y mi dignidad lejos de su alcance. Y también el orgullo. Debía reconocer

que el orgullo jugaba un papel importante.

Miré a Abel Rumsfeld regodeándome de mi hazaña y éste respondió al nuevo desafío, con una sonrisa.

—¿Es que te has vuelto loca? —me regañó Laura—. ¿Cómo piensas pagar semejante cantidad, si no tienes ni para comprarte un coche?

—¿Alguien ofrece más? —preguntó el moderador.

—¡A mí no me mires! —dijo *Don Urraca* al sentirse aludido por mi forma de observarle.

—Diez mil y un euro a la una...

—Por favor, Enrique, tú sueles coleccionar este tipo de cosas...

—Así que ahora soy Enrique, ¡eh! De todas formas, es muy caro —masculló, molesto de admitir que ni siquiera para él estaba al alcance.

—Diez mil y un euro a las dos...

—Piensa que es una obra de *Shar Pei* —contraataqué angustiada—, y es especial por ser la primera vez que pinta a una joven, lo cual la convierte en una obra exclusiva, y ésta en una ocasión inigualable para hacerte con él.

—Me pregunto desde cuándo eres una experta en arte. Muy bien, ¡yo ofrezco 10.000 y cinco euros más! —gritó para mi alivio.

Abel Rumsfeld levantó la mano de nuevo.

—Ofrezco quince mil y diez euros de propina para la señorita y el caballero —alegó con sorna.

Los demás volvieron a reír por su ingenioso chiste. No sé de qué manera, pero siempre acabábamos formando parte del circo de ese tipo.

—¡Maldito bravucón! —rezongó *Don Urraca*.

—¡Yo ofrezco veinte mil euros!

Se escuchó otra voz en una de las mesas. ¡Era Fran! De nuevo, me sentí esperanzada... y extrañada. No imaginaba que también él estuviera interesado en ese cuadro.

—Veinticinco mil —insistió Abel Rumsfeld, ahora visiblemente irritado por tener que lidiar con otro adversario.

—¡Treinta mil!

—¡Arrea! —exclamó Iñigo.

Giramos la cabeza de una mesa a otra como en un torneo de ping-pong. Solo que aquí disparaban cifras desorbitadas en lugar de una minúscula pelota. Entonces, Abel Rumsfeld lanzó una contraoferta y supe que era el fin del partido y de mis esperanzas.

—Sesenta mil y estoy dispuesto a redoblar si hace falta.

Se escuchó un murmullo al unísono.

—El doble a la una... a las dos...

No pensaba pronunciarme en esta ocasión, pero por si acaso, Laura me metió una servilleta en la boca e inmovilizó mis brazos con los suyos para que no los levantara.

—¡Vendido! —gritó eufórico el moderador.

CAPÍTULO 5

Shar Pei estaba orgulloso de ser el artista más valorado de la noche. Se mostraba arrogante mientras era felicitado por sus compañeros y una multitud guardaba turno en la cola para contemplar su obra una vez más. En cierto modo, yo también sentía que había pasado a las manos de Abel Rumsfeld y me estremecí al pensar que ese tipo era el poseedor de algo tan íntimo como la imagen de mi desnudo. Pero tenía la sensación de que había aparecido en mi vida para arrebatarme mucho más que un simple retrato, y eso era lo que más me atemorizaba. Más incluso que su inquietante presencia o su gélida mirada.

—Es el retrato femenino más hermoso que he visto jamás. Ese Rumsfeld tiene mucha suerte de poder admirarlo siempre que quiera —opinó Fran a mi lado.

Le miré decepcionada. Pensé que había reconocido mi particular marca de nacimiento pintada en el lienzo, de ahí que le encontrara algún sentido a su interés por pujar.

Nos deslumbró el flash de las cámaras sobre Abel Rumsteld, que posaba resignado al lado del cuadro y de *Shar Pei*. Los tres se habían convertido en los protagonistas indiscutibles de la noche y, mientras que el pintor estaba encantado en el papel, a Abel Rumsfeld se le notaba visiblemente agobiado.

—¡Eli, Rumsfeld! —alzó la voz Fran, atrayéndole hacia nosotros.

Éste aprovechó la llamada para huir de la atención.

—Le decía a Dana que le envidio, va a poder ver a esa belleza siempre que le apetezca. Lástima que no sea de carne y hueso, eh — bromeó, soltando una risita de camaradería que no fue correspondida.

Abel Rumsfeld le miró desconcertado durante algunos segundos y luego dibujó una sonrisa.

—Sin duda, tiene usted una capacidad de observación asombrosa, igualmente le felicito.

Fran rio de nuevo con el cumplido. Pero yo miré a Rumsfeld con cierta inquietud. Lejos de parecer amable, daba la impresión de que se estaba burlando y me pregunté si tal vez... ¡No!, de ninguna manera. El hecho de conservar mi anonimato era el consuelo que tenía para aceptar que ese cretino fuera el dueño de mi retrato.

Necesitaba despejar las ideas, y con ese tipo ahí perturbándome me resultaba imposible. Caminé por el salón algo desorientada. En la distancia, pude ver a Iñigo con la chica de la cena y a Laura tonteando en medio de un grupo de chicos. Iba a ser muy inoportuno interrumpirles ahora. *Don Urraca* estaba en el bar del fondo, lamiéndose las heridas una vez más, y tampoco era conveniente intervenir. Tomé asiento en una de las mesas situadas al lado de la orquesta, y cuando vi a las parejas danzando alrededor comprendí que no había sido buena idea. Pero no creía que mi situación pudiera ser más ridícula e incómoda, hasta que descubrí a Fran robando una rosa blanca antes de dirigirse hacia mí, henchido de orgullo.

—Una flor para otra flor —dijo entregándomela—. ¿Bailas?

—Me encantaría, pero me duele la cabeza —mentí con descaro.

—Claro, eso de girar continuamente no es muy conveniente en estos casos —argumentó descontento.

La mujer con la que había venido seguía atenta a nuestros movimientos.

—¿Por qué no se lo pides a ella? Te sigue esperando.

Fran siguió el curso de mi mirada, y en vista del plantón, la idea pareció gustarle.

—¿En serio te da igual? —insistió por si acaso.

—Adelante —le animé.

No hizo falta insistir por segunda vez, se levantó de la silla y fue a por la rubia, a quien se le iluminó la cara tan pronto como se acercó hacia ella. Fran no era de los que se complicaban la vida por conseguir

a una mujer, y su pragmatismo me gustaba porque sentía que no se entrometía en la mía y respetaba algo fundamental para mí, la libertad. Por esa razón me pareció extraño volver a sentirle a mi lado.

—Ya te he dicho que no quiero bailar —repliqué irritada por su insistencia.

Pero me llevé una sorpresa al escuchar una voz aterciopelada y profunda.

—No pensaba sugerirte tal cosa —me aseguró Abel Rumsfeld—. Por cierto, debe de ser un incordio que te regalen una rosa con la que tendrás que cargar toda la noche —dijo, mirando la flor que sujetaba resignada.

Me fastidió tener que darle la razón. Pero no tenía idea de qué hacer con la flor.

Antes de que pudiera objetar nada, se sentó donde antes había estado Fran. Después de todo, a lo mejor no había sido buena idea deshacerme de él. Quedarme a solas con este tipo seguía alterándome.

—¿Sabes? He de reconocer que estoy desconcertado — continuó—. Jamás habría imaginado que pudieras permitirte pujar por un cuadro de ese valor.

A pesar de que acababa de tacharme de pobretona con total descaro, ignoré su provocación y preferí averiguar hasta qué punto estaba al tanto del origen del lienzo.

—En cambio tú no has tenido problema en ofrecer una cifra mucho más elevada de lo que se pedía. Debe de encantarte ese retrato.

Se encogió de hombros y se dejó caer en el respaldo de la silla.

—No es para tanto. En realidad, de no haber ofrecido ese dinero, habría generado muy poco interés.

Sus palabras hirieron mi orgullo y esta vez me fue imposible controlar la rabia.

—¿Entonces por qué has comprado un cuadro que no te gustaba?

—No he dicho que no me gustara, he dicho que no es para tanto — me corrigió—. Los artistas tienden a exagerarlo todo. Seguramente, la

modelo del retrato no es más que una simple chica con ínfulas de protagonismo.

—¿Qué sabrás tú de cómo es! —solté picada.

Abel Rumsfeld sonrió.

—¿Acaso sabes algo de ella?

—Claro que no —le mentí nerviosa—. ¿Por qué tendría que saberlo?

Volvió a adoptar una postura de incredulidad.

Al principio de la noche te vi hablando con *Shar Pei*, luego también mostraste interés por el cuadro, y he pensado que quizás...

No, no sé nada —me apresuré a negarlo.

Más que asustada o irritada comenzaba a sentirme incómoda. Me preguntaba quién de los dos estaba sonsacando al otro.

¿A qué has venido? —pregunté yendo al grano— Imagino que no solo a fastidiarme.

—Quiero hablar contigo —dijo igual de directo.

—Ya estamos hablando.

Se reclinó hacia delante de manera que su cuerpo quedó muy próximo al mío.

—El asunto que deseo tratar va más allá de un estúpido cuadro. Pero antes déjame ayudarte con el problema de la flor.

Me arrebató la rosa de las manos y partió el tallo por la mitad. Después, la colocó en mi pelo, a la altura de la oreja. En los segundos que llevó este proceso, no pude hacer otra cosa que mirar sus ojos. Era fácil perderse en ese extraño color. Sumamente fácil e inquietante. Me recordaba al mar en un día de tormenta, y entonces lo vi claro.

—¡Tus ojos son grises! —grité ridículamente emocionada.

—¿Qué tiene eso de especial? —inquirió, extrañado y casi a la defensiva.

No supe qué contestar. Me sentía rematadamente estúpida, por lo que desvié la mirada, avergonzada. Acababa de darle un motivo más para burlarse de mí. Sin embargo, él también parecía incómodo, incluso se mostró molesto, cuando alzó la vista y vio que Laura me

divisaba desde lejos con intención de acercarse.

Se puso en pie de un salto.

—Será mejor dejar esta conversación para otra ocasión.

Le observé deslizarse como un gato enorme entre la gente, hasta que desapareció y pude volver a pensar con claridad. «¿Para otra ocasión?», repetí escandalizada en mi fuero interno. ¿Qué otra ocasión iba a haber después de ésta? Solo se me ocurría una. Cuando le dedicara un artículo desvelando sus trapos sucios, entonces indudablemente iría a por mí y nos veríamos las caras. Pero eso él no tenía forma de saberlo y me pregunté con qué otra ocasión contaba.

Apareció Laura y nos despedimos de Iñigo y de *Don Urraca*. Mientras caminábamos por la sala hacia la entrada principal del hotel, busqué entre la gente una figura alta que destacara. En un primer momento, pensé que siempre era necesario saber dónde estaba tu enemigo para esquivarle, pero al no verle, la desilusión que sentí me sacó de mi auto-engaño. Aquel sentimiento de desazón me acompañó todo el trayecto a casa. «¿Y si no le vuelvo a ver?», me pregunté de forma ridícula. «¿Y si hemos intercambiado nuestras últimas palabras?». No. Él había prometido una siguiente ocasión. Bueno, en verdad no era una promesa, pero así necesitaba creerlo. De cualquier manera, yo iba a hacer que volviéramos a encontrarnos con ese artículo que pensaba escribir..., ya no tanto movida por la venganza.

Cuando llegamos a casa y entré en mi habitación, me encontré con una montaña de ropa de haber revuelto el armario antes de la fiesta. Y mi escritorio, el suelo y hasta la cama estaban llenos de papeles con información sobre Abel Rumsfeld. Sostuve una de las hojas y leí un dato que ya no me parecía tan irrelevante como esa mañana. Abel Rumsfeld era un hombre soltero de treinta años. «Un hombre soltero», repetí ensimismada. Un hombre soltero con el mar revuelto en su mirada.

¡Pero qué diablos tenía en la cabeza? Sin duda, ser una chica *Piule*

Power me había trastocado el cerebro. Conciliar el sueño resultó fácil. No estaba acostumbrada a una noche de fiesta y acabé más cansada que al final de un día normal de trabajo.

* * * * *

A la mañana siguiente, no fue tan fácil sacar los pies de la cama. Pero conocía la mejor forma de combatir la modorra, una buena ducha. Permanecí bajo el chorro del agua tibia bastante tiempo —lo que solía tardar en espabilarme— y salí con la idea fija de visitar la cárcel.

Conducir por el centro de Valencia los fines de semana era un infierno por culpa de las caravanas formadas por los adictos de la arena y el sol. El Centro Penitenciario de Picassent quedaba a las afueras de la ciudad, al sur, así que hasta que tomé la N-332 y logré escapar del hormiguero de coches, repartí toques de bocina e insultos a todo aquél que intentaba adelantarse en la cola.

En el centro penitenciario, una de las funcionarias que estaban situadas en la puerta principal me pidió los datos. Me luce pasar por un familiar del concejal y me dejó entrar, tras cachearme y revisarme con un escáner. El concejal quiso irse en cuanto me vio en la sala de visitas. Agarré el teléfono y golpeé ('1 cristal que nos separaba, para reclamar su atención. Este se mostró dubitativo por un momento y finalmente accedió a colocarse al otro lado de la mampara.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —hice una pregunta estúpida para romper el hielo.

—Eres la zorra que me ha metido aquí—contestó, cargado de veneno—. Si he aceptado a hablar contigo, es porque no podía dejar pasar la oportunidad de restregarte la victoria.

—¿Qué victoria? Éstas en la cárcel —le piqué intencionadamente.

Lanzó un puñetazo al cristal, lleno de rabia.

—Muy pronto me iré de aquí y me convertiré en alguien muy poderoso.

Fruncí el ceño. Aquella respuesta no la esperaba y decidí seguirle el juego.

—¿A qué te refieres exactamente?

Iba a contestarme cuando su mirada de desvió mucho más arriba de mi cabeza y enmudeció de miedo. Sabía lo que eso significaba. No le podía ver aún, pero la sombra que me envolvía me indicaba su presencia a mis espaldas. Me puse en pie despacio dejando caer el auricular y, lentamente, me di la vuelta. Abel Rumsfeld se encontraba allí parado, con sus ojos puestos en mí. Su dura mirada y su boca convertida en una fina línea me decían que estaba furioso. Me estremecí de inmediato, era como un pobre conejo a punto de ser devorado por un depredador. Porque lo cierto es que ya me había cazado. Mi presencia en ese lugar era un claro indicio de que tramaba algo.

—Yo ya me iba —dije, deseando salir de allí.

Entonces atrapó mi brazo con una mano.

—Vamos a un lugar más discreto.

No era una petición. ¡Era una orden! Y sin darme tiempo a decir nada más, comenzó a arrastrarme sin delicadeza. Me invadió la angustia. Le había visto en actitud arrogante, burlona, hasta irritado, pero jamás así. Intenté desprenderme de un tirón, consiguiendo solo hacerme más daño. Esa mano era como de acero y no pensaba soltarme.

Llegamos a la zona apartada que buscaba y por fin me soltó para arrinconarme contra la pared, bloqueándome entre ambos brazos.

—¿Acaso no te dije que te abstuvieras de hacer una estupidez de las tuyas? —preguntó con voz fría.

—No te escuché.

—¡No juegues conmigo! —explotó.

—Bueno, y qué si me has pillado —repliqué a la defensiva—. Tu actitud me demuestra que escondes algo.

Era increíble. Estaba aterrada y, sin embargo, no podía evitar

contestarle. Esto, como era de esperar, le enfureció más si cabe, pese a que tratara de reflejar tranquilidad. Una tensa tranquilidad.

—Tienes mucha suerte de que me intereses tal como estás ahora, intacta. De lo contrario, estaría ocupándome de esa naricilla metomentodo, en lugar de razonar contigo. Pero tampoco pongas a prueba mi paciencia, Dana, porque no habrá una segunda advertencia.

Escuchar mi nombre en sus labios, me supuso un impacto mayor que su amenaza. No obstante, las otras palabras también habían hecho mella.

Me escabullí entre el hueco de uno de sus brazos y corrí hacia la calle. Si pretendía darme alcance pensaba gritar pidiendo ayuda. Pero, de ser el caso, seguramente habría encontrado la manera de atraparme sin levantar sospechas. Y pensar que había sentido ganas de volver a verle. Realmente debía de estar loca.

Me detuve a recuperar el aliento a pocos metros del coche. Busqué, con manos temblorosas, las llaves en mi bolso. Al ver que no aparecían, me palpé el pantalón vaquero, y nada. De pronto, oí un ruido metálico detrás de mí y me giré sobresaltada.

—Las tengo yo —dijo, meciendo el juego de llaves en el aire—. Se te cayeron por el camino.

¡Y un cuerno! Él me las había robado, seguro. Por eso ni siquiera había tratado de detenerme cuando salí corriendo. Sabía que no llegaría lejos.

Lucía muy distinto a minutos antes, el control había vuelto a su mirada. Pero ahora era yo la que estaba descontrolada y necesitaba huir con urgencia.

—¡Dámelas! —le exigí, nerviosa, con la mano extendida.

—Cógelas.

Era una provocación en toda regla para que me acercara.

—¡No estoy para tus malditos juegos! —chillé, histérica.

Él rio, divertido.

—Hace un momento eras tú la que querías jugar.

—Está bien —dije tratando de serenarme—. ¿Qué es lo que quieres?

—Lo mismo de anoche, hablar.

—¡No pienso hacerlo! Eres un maldito cretino y no me gustas un pelo —critiqué en plena pataleta.

—Tranquilízate, Dana.

Esta vez me lo pidió él y funcionó. Escuchar de nuevo mi nombre con esa voz profunda había vuelto a dejarme paralizada.

—En realidad, para hablar no se necesita tanta química, y además... ¿qué otra opción tienes?

Meció nuevamente el juego de llaves y se las guardó en un bolsillo.

— —No puedes retenerme aquí, es lo mismo que un secuestro.

—¿Un secuestro? —preguntó con fingida incredulidad—. Simplemente estoy evitando que conduzcas nerviosa. No te he dejado escapar ahí dentro para consentir que te mates en la carretera.

Conté hasta diez controlando la respiración. Estaba claro que no iba a dejarme marchar sin salirse con la suya. Así que tenía dos opciones, seguir pataleando o permitir que me dijera lo que fuera e irme.

—Vale, habla.

—Aquí no.

—¿Entonces dónde? —volví a explotar.

—Tengo mi coche aparcado cerca —dijo, invitándome a que le siguiera.

—Pero yo no puedo irme así sin más y dejar el mío aquí.

Esta vez se mostró irritado.

—Olvídate de eso y ahora vamos.

Obedecí a regañadientes, siguiéndole a una distancia prudencial. Llegamos al aparcamiento, pero me llevé una sorpresa cuando vi un coche oscuro y sencillo, en lugar del famoso Pagani Zonda del que me había hablado Iñigo. Abel Rumsfeld dio la vuelta hasta la puerta del conductor mientras que yo permanecía quieta, observando el coche con cierto chasco.

—¿Ocurre algo? —preguntó al ver que no entraba.

—No, nada —me apresuré a decir.

Preferí ahorrarme el hecho de explicarle que conocía varios detalles de su vida a base de haber husmeado en artículos sobre él.

Dentro del vehículo olía profundamente a sándalo y al cuero de la tapicería. Ya había percibido antes aquel aroma, pero no de forma tan intensa. Ahora me hallaba envuelta por su fragancia personal y con él mismo a escasos centímetros de distancia. Y de pronto sentí lo que nunca en mi vida, claustrofobia. Pese a la amplitud de espacio yo me sentía atrapada. Debió de notar que estaba incómoda porque, aunque no dijo nada, me observaba por el rabillo del ojo con desconcierto. Intenté ignorarle distrayéndome con el paisaje, pero era imposible con aquel perfume recordándome continuamente su presencia. ¡Ya está! La radio. La radio siempre se volvía una buena opción en ese tipo de momentos donde reinaba un silencio incómodo. Extendí el dedo hacia el aparato y recibí un pequeño manotazo.

Le miré perpleja.

—No me gustan los ruidos para camuflar tensiones —dijo sin apartar la vista de la carretera.

—¿Prefieres el silencio incómodo? —pregunté aún más confusa.

—Prefiero la realidad por desagradable que sea.

Giré la cabeza hacia la ventanilla. ¡Qué estupidez! Escoger pasar un mal rato en lugar de evitarlo. Bien, pues no tenía por qué obligarme a ello, y decidí darle charla aun sin ganas.

—¿Hace mucho que te dedicas a sacar criminales de la cárcel?

Él suspiró, imaginándose por qué le hablaba.

—¿Lo quieres saber por algo en especial? —preguntó a su vez con sarcasmo.

Era evidente que mi visita a prisión le había generado recelos.

—Solo es curiosidad —contesté siendo sincera.

—Tu curiosidad ha demostrado ser peligrosa.

—Eso quiere decir que no me vas a contestar... —musité sin

intención de que me escuchara. Pero lo hizo sin tener que preguntar siquiera.

— Eso quiere decir que cuanto menos sepas de mí es mejor para ti.

Sus palabras suponían una clara barrera que, por alguna extraña razón, me molestó.

— ¿Puedo al menos saber adónde piensas llevarme?

Se encogió de hombros.

— No tengo nada decidido. Puedes proponer un lugar tú misma, siempre y cuando sea tranquilo.

Ese pequeño margen no lo esperaba y decidí aprovecharlo. Barajé varias posibilidades, pero ninguna de ellas logró convencerme. Rápidamente pensé en otro sitio que se ajustaba con la condición de tranquilo. Incluso se podía meditar. Quizás el ambiente...

— ¿Y bien?

— Gira a la izquierda.

Cuando llegamos al centro de la ciudad, le terminé de guiar hasta mi pequeño rincón de Oriente. A esas horas, el flujo de tráfico se había reducido bastante, por lo que enseguida estuvimos en el local. Nada más poner un pie allí, se quedó parado observando todo con aire suspicaz. Paseó la mirada por las cortinas de colores brillantes, los uniformes orientales de los camareros y los enormes cojines ocupados por personas. Le vi arquear una ceja. Sospeché que estaba arrepentido de haberme dejado escoger a mí. Aun así no dijo nada, y a regañadientes se sentó en uno de los simpáticos cojines. Contuve las ganas de reír. Debía sentirse ridículo, despatarrado a un palmo del suelo. Cuando lo cierto es que, él era tan grandullón, que no desentonaba sobre aquellos almohadones. Casi estaban hechos a su medida. Mientras que yo parecía una perla dentro de una ostra.

— ¿Es aquí donde juegas a ser Alí Babá? — se mofó, a la vez que me observaba fumar de la cachimba.

Se la pasé y la rechazó de pleno.

— Tú me diste opción a escoger un sitio tranquilo.

—No me refería a un lugar con luces de local de alterne —replicó, señalando el tono rojizo en el que estábamos bañados.

La camarera vino tintineando, por las medallitas que colgaban en las dos piezas de su uniforme y se ganó una mueca burlona de Rumsfeld, cuando nos tomó nota del pedido.

—Ya estamos en un lugar tranquilo, como querías, y tú...

—Tengo un nombre. Úsalo —interrumpió de golpe.

Le miré sorprendida. Aquella era una petición con la que no contaba y a la cual me costaba hacer frente.

—No tienes reparos en llamarme cretino, ¿qué problema hay con mi nombre?

—Tal y como me he expresado no está mal.

—Sin embargo, prefiero que utilices mi nombre —insistió.

—Está bien —mascullé—. ¿Qué tal si hablamos de lo que nos ha traído hasta aquí, A... Abel? —añadí con dificultad.

Se me hacía muy incómodo, muy cercano, pronunciarlo.

La camarera apareció de nuevo con la botella de vino y mi kebab, y él esperó a que se fuera para hablar. Después dio un trago a su bebida —lo único que había pedido—, y me observó detenidamente.

—Dana, tú y yo no hemos empezado con buen pie.

Solté una risita sarcástica.

—¿Ahora quieres que seamos amigos?

El también soltó una risa parecida.

—No tanto como eso. Pero tampoco tenemos por qué llevarnos mal.

—Demasiado tarde —sentenció—. Me has arruinado meses de trabajo haciéndome parecer una loca ambiciosa en el juicio, y por tu culpa probablemente salga un criminal de la cárcel.

—¿Es eso lo que no me perdonas? —preguntó como si tal cosa—. Si es ésa la razón, yo puedo solucionarlo.

Me atraganté con el kebab.

—Para eso también es tarde. El juicio se ha celebrado, así que no veo la forma de que lo puedas solucionar —repliqué.

—¿Qué pasa si lo consigo? ¿Arreglaría las cosas?

—Es imposible.

Sonrió con altanería.

—Déjame a mí. Soy experto en imposibles.

—¿Y qué me dices del mal rato que me hiciste pasar durante el juicio? —volví a atacar.

Tú me tiraste un zapato. Date por cobrada. ¿Lo ves, Dana? No es tan difícil que hablemos.

Le lancé una mirada cargada de desconfianza mientras terminaba de comer.

—Aún no me has dicho qué buscas con todo esto.

—¿Qué te hace pensar que busco algo? —preguntó, con una sonrisa divertida.

—El diablo no se muestra generoso por nada.

Esta vez rompió a reír.

—Chica lista. Tienes mucha razón, Dana. Estoy aquí por un motivo.

—Y yo sé cuál es —me atreví a deducir—. Quieres que no meta mi nariz en tus asuntos, ¿verdad?

—Me temo que ahora has patinado.

—¿No vas a pedirme eso? —pregunté con desconcierto.

Abandonó cualquier resquicio de humor y clavó sus ojos en mí con total firmeza.

—Créeme, no me haría falta pedírtelo —me aseguró, antes de volver a relajar la postura—. No, Dana. Si estoy aquí, es porque hace un tiempo que voy detrás de algo que solo tú puedes ayudarme a conseguir.

—¿Y qué te hace pensar que yo puedo ayudarte? —inquirí cada vez más confusa.

—Se me ocurren muchas razones, pero lo que me interesa es contar contigo.

—Muy bien —expresé llena de curiosidad— ¿De qué se trata?

—Ya conoces todo lo que tienes que saber, lo demás no te incumbe.

Le miré preguntándome si no se estaría quedando conmigo. Aun así decidí hacer un esfuerzo por comprenderle.

—Dices que soy la persona que necesitas para hacerte con lo que buscas. Pero no quieres explicarme de qué se trata.

¿Entonces cómo voy a poder ayudarte? —le argumenté con lógica.

—Tú desde luego que no, sin embargo tu cabeza...

—Oye, de verdad que no te sigo.

—No tienes que seguir nada, ni es eso lo que busco tampoco. Basta con que hagas lo que te pida. Dime, Dana, ¿aceptas mis condiciones?

—Eso depende de lo que tenga que hacer —le contesté, tras darle un mordisco a mi kebab.

—Oh, no te preocupes, será algo sencillo. De momento, déjame intentar algo.

—¿El qué? —quise saber antes de que hiciera nada.

—Entrar en tu mente.

Le observé más descolocada que nunca.

—A ver si lo he entendido bien, ¿dices que quieres entrar en mi mente? —le pregunté, segura de no haberle escuchado bien.

—Sí.

Volví a quedarme muda. No era un error, había escuchado perfectamente, de manera que se estaba quedando conmigo.

—Me dejas probar de una vez, ¿sí o no? —soltó, irritado de esperar—. Si no crees en lo que digo, no tiene que importarte que lo intente.

Dejé lo que estaba comiendo en el plato y accedí resoplando. ¡Debía estar loca!

—Tú solo cierra los ojos sin moverte y deja la mente en blanco.

Antes de acceder, observé a varias personas de mi alrededor que estaban con los ojos cerrados y fumando de la cachimba en actitud relajada. Al menos no llamaría la atención. Enseguida sentí que se colocaba detrás y apoyaba sus manos en mi cabeza. Noté una especie de frescor acompañado de un hormigueo. Era como uno de esos tónicos para masajes, y me pregunté con qué mejunje estaría

embadurnándome.

—Procura no dejarme el pelo perdido.

—Cállate.

Continuó hurgando en mi cabeza durante un rato que se me hizo interminable. Yo ja no prestaba atención a mi pelo ni a la crema. Estaba más centrada en regular el pulso frenético de mi corazón. Era una situación muy incómoda porque, a pesar del frescor de esa crema, comencé a notar un calor excesivo que se hizo latente en mis mejillas. ¡Genial! Seguro que tenía pinta de quinceañera delante de su ídolo. Aún no alcanzaba a comprender esa reacción tan exagerada, pero no debía tratarse de nada bueno. Kada que te alterara de esa forma podía serlo.

Se apartó de mí soltando un gruñido. Volví a abrir los ojos, alarmada.

—¡No puedo! —masculló—. Imaginé que sería difícil, pero no que fuese a resultar imposible.

Parecía realmente ofuscado y le miré sin dar crédito.

—¿En serio pensabas que podrías meterte en mi mente?

Me observó como si hubiera caído en la cuenta de algo y me lo reprochara con la mirada.

—Ésa es la razón —dio, acusándome con el dedo—. Tienes la mente totalmente envuelta en una nube de escepticismo y eso me imposibilita el acceso —me criticó.

Inaudito. Aquello era inaudito. ¿Acaso era cierto que estuviera enfadado por mi falta de Fe?

—¡Perdona si no creo en brujas montadas en escoba ni en nada que se le parezca! —exploté, cansada de esa situación surrealista, y saqué la cartera para pagar—. Dame las llaves del coche para que pueda marcharme de aquí cuanto antes.

—No —contestó sin más, y añadió—. A ninguna de las dos cosas.

—¿Qué dos cosas?

—A dejar que pagues y a devolverte las llaves del coche —alegó—.

Estas aquí por mí y por ese motivo yo me haré cargo de la cuenta. En cuanto al coche, mañana a primera hora lo tendrás en la puerta de tu casa —concluyó, dejando un billete encima de la cuenta y poniéndose en pie.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Aún no lo sé, pero pretendo acercarte a tu casa.

—Puedo pedir un taxi.

Lo prefería, antes que soportar esa fragancia torturándome de nuevo los sentidos.

—Vamos —dijo ignorando mi comentario.

CAPÍTULO 6

Anduve a su lado de forma apresurada hasta su coche. No es que tuviera prisa, pero dos zancadas tuyas, suponían diez pasos míos, y casi me vi obligada a correr para seguir su ritmo. En cierto momento, me quedé atrás, y él giró sobre sus talones con tal presteza que pareció haber desaparecido y vuelto aparecer en el mismo intervalo de tiempo. «¿Cómo lo hará?», me pregunté asombrada. En su caso, llamaba incluso más la atención porque las personas con esas proporciones solían ser menos ágiles que otras sin tanta materia que mover, y Abel Rumsfeld era un tipo enorme. De hecho, Laura y mi tío, los individuos más altos que conocía, parecían simples espigas a su lado.

Condujo con una desenvoltura que también me sorprendía siendo de fuera. En alguna ocasión, intervine para guiarle pensando que era necesario. Sin embargo luego, tomaba la calle correcta y me daba cuenta de que mi ayuda había sido innecesaria. Aunque en ninguna ocasión decidió contradecirme. Simplemente conducía en silencio y dejaba que me adelantara a las circunstancias. Era odioso en todos los sentidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó de pronto.

Le miré perpleja.

—No he dicho nada.

—Pero acabas de enfadarte, ¿por qué? —insistió irritado.

Durante unos segundos permanecí boquiabierta.

—¿Cómo adivinas siempre mi estado de ánimo?

—Dímelo tú —expresó con cierta ironía—. Probablemente, esa cabecita incrédula ha barajado alguna posibilidad.

Sacudí la cabeza, consternada.

—Bueno..., yo pienso que quizás posees una capacidad especial para

observar a la gente —reconocí.

—Pues entonces no le des más vueltas —me replicó secamente.

Esperaba oír su confirmación. Pero, por extraño que fuera, sentía que me estaba dando la razón sin más y eso me dio rabia.

* * * * *

No volvimos a cruzar palabra durante todo el trayecto. El permaneció atento a la carretera y yo desvié mi atención más allá de la ventanilla. De vez en cuando intercambiamos algunas miradas, pero nada más. En cuanto llegamos a mi calle, hice ademán de bajarme y su mano voló a mi brazo para impedírmelo.

—Cumpliré con mi parte del trato, no olvides tú hacer lo mismo —expresó con firmeza.

Suspiré.

—Todo esto me parece una locura. Aún no se me ocurre cómo vas a poder conseguir que el concejal no salga de la cárcel.

—Ese es mi problema.

—¿Y el cuadro... ? —quise aprovechar el acuerdo.

—¿Qué pasa con eso? Yo lo compré —me recordó—. Al menos que me digas por qué es importante para ti. En ese caso...

—Olvídalo —me apresuré a decir. Me negaba en redondo a confesar.

Asintió con una sonrisa y esta vez no me detuvo.

Tan pronto cerré la portezuela, aceleró bruscamente y desapareció calle arriba a gran velocidad. Agradecí que no hubiera conducido de esa forma temeraria cuando estaba en el coche. Permanecí de manera ilógica sobre la acera, esperando a que por un casual hubiese olvidado algo y diese la vuelta. Pero los segundos pasaron sin que ello ocurriera y tuve que reconocer que estaba haciendo el ridículo.

Furiosa conmigo misma, subí las escaleras del edificio pisando como un elefante, y me intenté serenar antes de entrar en casa. No tenía ganas de explicarle a Laura por qué parecía una demente

enfadada con el mundo. Y yo tampoco lo entendía. No entendía que, estando con él, me sintiera todo el tiempo expuesta e incómoda, y que lejos de su presencia, sin embargo, me embargara esa enorme desazón.

Laura soltó el mando del televisor y sonrió con expresión picara.

—Hoy has visto a Fran, ¿eh? —dedujo de manera evidente.

Lo que me desconcertó.

—¿Por qué lo piensas?

—El brillo de tus ojos te delata —respondió con voz cantarína.

—¡Pero qué dices! —salté a la defensiva.

Su sonrisa se hizo más ancha.

—Si no me crees, mírate en el espejo.

Me dirigí al baño con disimulo y me examiné en el espejo que estaba encima del lavabo. No vi que mis ojos tuvieran nada de particular. El resto de mi cara, por el contrario, era de un rojo intenso. Tenía pinta como de haber pasado la tarde en la playa. Me quise morir. Eso me recordó otra cosa y lo siguiente que examiné fue mi pelo en busca de restos de crema. No encontré nada. Mis rizos seguían tan secos y enredados como siempre.

Desde luego había sido un día muy extraño. Abel Rumsfeld era un hombre muy extraño. Aún me asombraba el hecho de que pensara que podía acceder a mi mente. Como era obvio, no lo había logrado, y reí al recordar su pequeña rabieta. Me pregunté con qué me sorprendería la próxima vez que nos viéramos. Suspiré. El acuerdo había sido otra de las locuras de ese día.

Me encerré en mi habitación. Era muy pronto para pensar en dormir, pero no tenía ganas de hacer nada que implicara esfuerzo y opté por la lectura. Busqué en la estantería de los libros y finalmente me decanté por el que se había convertido en mi favorito, desde el día en que se lo robé a un profesor de literatura en la universidad. No había tenido más opción que llegar a ese extremo, ya que aquél era un libro exclusivo que no se encontraba en las librerías. Pero no era eso lo

que lo hacía especial. Se trataba de un diario escrito en el siglo XVII por un autor desconocido que firmaba con el seudónimo de *El Arcángel de Luz*; un hombre con una capacidad extraordinaria para plasmar su alrededor, de forma tan real, dulce y, al mismo tiempo, infinitamente amarga. Su sufrimiento estaba reflejado en cada frase de cada hoja dedicada a aquello que le fue arrebatado, la luz. Imaginé que debió de haber sido un hombre ciego, porque jamás había leído descritos tantos matices de la oscuridad. Leer ese libro me provocaba lo que ningún otro manuscrito ni ninguna película conseguían de mí, que llorara de pura emoción. Razón por la cual siempre lo leía a escondidas. Y me enfrasqué en la lectura hasta que me quedé dormida con el propio libro encima de la cara.

Por la mañana, Laura me despertó zarandeándome con fuerza. La miré irritada, pero antes de que pudiera reprocharle algo, me arrojó un periódico.

—Dana, tienes que leer la noticia —dijo, señalando la página—. Se trata del concejal.

—¿Del concejal? —pregunté confusa.

Abrí el periódico y busqué la noticia con ojos somnolientos. A medida que leía sentí un escalofrío que me espabiló de golpe. ¡El concejal había desaparecido! Lo releí un par de veces más, incapaz de creer que fuese cierto.

—¿Cómo crees que ha conseguido escapar?

No dije nada. Sencillamente, no podía articular palabra. En mi mente solo existía un nombre capaz de responder a esa pregunta. La aparté de un empujón y salí de la cama de un salto.

—Tengo que irme —dije vistiéndome a toda prisa.

Necesitaba hablar con Abel Rumsfeld.

—Si tienes tanta urgencia, te puedes llevar el coche. A mí me vienen a recoger dentro de un rato —agregó con aire misterioso.

«¡El coche!», caí en la cuenta. Aún no sabía si estaba abajo tal y como me lo había prometido o, por el contrario, seguía en el aparcamiento

del centro penitenciario. Razón de más para apresurarme y averiguarlo.

—Gracias, Laura —le dije, cogiendo el periódico antes de desaparecer por la puerta.

Cuando llegué abajo, tenía la respiración entrecortada. Vi el coche aparcado enfrente de mi portal y suspiré de alivio. Pero enseguida volví a inquietarme. Esperaba que no cumpliera a rajatabla todas sus promesas.

Me acerqué y comprobé que tenía las llaves en el contacto. «El muy idiota. ¿Y si me lo hubieran robado?». Pero al mismo tiempo me dije que Abel Rumsfeld sabía lo que hacía. No le di más vueltas. Abrí la puerta, arranqué, y durante el camino prácticamente no solté el pie del acelerador. Sabía dónde podría encontrarle y llamé a *Don Urraca* para avisarle de que llegaría tarde.

Divisé el hotel y aparqué por los alrededores. Nada más entrar en el lujoso hall con tresillos blancos, el recepcionista se quedó mirando mis ropas con evidente hostilidad. Estaba claro que me culpaba de desentonar en su maravilloso espacio. Ignoré su rechazo y me acerqué a él con aire resuelto.

—Buenos días, ¿me puede informar dónde se encuentra Abel Rumsfeld?

El recepcionista cambió su expresión engreída por una de sorpresa. No se imaginaba que pudiera conocer a uno de sus distinguidos clientes.

—Señorita, no me está permitido revelar ese tipo de información —contestó con falsa cortesía.

—¿No puede decirme siquiera si se encuentra aquí? — insistí.

—El señor Rumsfeld ha pedido que no se le moleste en ningún momento durante su estancia.

—Es un asunto muy importante —volví a la carga, con mi paciencia al límite.

El recepcionista resopló, también al límite, y ambos nos miramos

ceñudos.

—¿Dana? —me sobresaltó una voz aterciopelada a mi espalda.

Me giré y casi olvido lo que tenía que decirle, al verle allí plantado vestido como un perfecto maniquí de deporte. «¿Desde cuándo un chándal sienta tan bien?», maldije para mis adentros. En cualquier caso, decidí apartar la vista para no seguir turbándome y sacudí la cabeza de regreso a la realidad.

—¿Has leído el periódico? —le pregunté, estampándoselo en el pecho.

Recogió el ejemplar desmontado y sin apartar su gélida mirada de mí, lo colocó encima de la mesa del recepcionista, que nos observaba totalmente intrigado.

Rumsfeld se dio cuenta y se dirigió a él.

—En cuanto le sea posible envíeme un desayuno al jardín —dijo con tono condescendiente al tiempo que firme. Luego me miró a mí—. Dana, acompáñame.

Se notaba que estaba acostumbrado a mandar por la naturalidad con que lo hacía. Ni siquiera *Don Urraca* había conseguido que obedeciera a la primera, pero cuando quise darme cuenta me encontré siguiéndole a través del hall.

Llegamos a un jardín sembrado con palmeras y nos detuvimos junto a una de las numerosas mesas de mimbre que había por allí. Tomó asiento, mientras me pedía con un gesto que hiciera lo mismo.

—¿Me puedes explicar lo que hay escrito? —dije, dando por hecho que lo había leído.

—¿Una mala mañana? —se mofó de mi ataque de nervios.

—Sabes perfectamente que tienes mucho que ver en eso. ¿Esa es tu forma de cumplir con tu pacto? Dime, ¿dónde lo tienes?

El recepcionista vino con el desayuno y tan pronto se hubo marchado, empujó la bandeja hacia mí.

—Apuesto a que ni has desayunado —alegó, refiriéndose en mi aspecto desaliñado.

—No, no quiero. Lo que quiero es que me digas qué has hecho con el concejal.

Se rio entre dientes.

—Deberías tranquilizarte para evitar soltar más tonterías —dijo mientras untaba mantequilla a un panecillo que luego me extendió.

—¡Te he dicho que no quiero! —gruñí obcecada—. ¿Acaso insinúas que no tienes nada que ver con esa desaparición? ¿Después de que, justamente ayer, tú y yo llegáramos a ese acuerdo?

—Y eso me convierte de forma automática en el sospechoso, ya veo. Me parece que tu opinión sobre mí va más allá de la simple antipatía, y me pregunto por qué —insinuó con recelo.

Me apresuré a bajar la mirada. Sus sospechas estaban en lo cierto. Todavía tenía muy presente aquel artículo en el que se mencionaba, casi de manera casual, la desaparición de algunos de sus clientes y pensé si no estaría exagerando.

—Pero..., pero nuestro acuerdo... —expresé, llena de confusión.

—Tengo entendido que sucedió por la tarde. Y creo recordar que a esa hora estaba contigo.

De pronto, me sentí estúpida y avergonzada.

—¿Entonces me aseguras que no has sido tú?

Esbozó una sonrisa intensa.

—Lo juro por *La Biblia*.

—Te agradezco tu firmeza, pero no hace falta tanto. No creo en Dios.

«¡Ni en nada que se le parezca!», pensé.

Soltó una carcajada.

—Y sin duda eso es lo que te acerca a mí, lo cual celebro.

Fruncí el ceño por su comentario, y me percaté de que estaba masticando el último trozo de pan. Me levanté de un salto de la silla.

—¡Me he comido el pan! —exclamé sin poder creérmelo—. ¡Me lo he comido sin enterarme! ¿Pero cómo es posible? Si no me acuerdo ni de haber dado el primer bocado —musité, dejándome caer en la silla,

mareada de puro desconcierto.

—Razón de más por la que deberías calmarte.

Parecía divertido y le lancé una mirada furiosa.

—¿Por qué me diste ese pan? ¡Te dije que no lo quería!

—Dana, ¿qué es lo que te molesta? ¿Habértelo comido o reconocer que tenías hambre?

Guardé silencio, y me sentí vulnerable y caprichosa, como una niña frente a él.

—Bien —continuó—, ahora que pareces más calmada, ¿qué tal si hablamos de cómo vas a seguir ayudándome?

Di un respingo saliendo de mi embotellamiento.

—No pienso ayudarte —dije, poniéndome de nuevo en pie—. Esta será la última vez que nos veamos.

Puede que no estuviera detrás de la desaparición del concejal y que yo me hubiera comido ese pan sin enterarme, pero por alguna extraña razón, sentía que me anulaba la voluntad y no quería pasar un segundo más a su lado.

Como era de esperar, mis palabras le molestaron profundamente y también se incorporó.

—Hiciste un pacto conmigo y tienes que respetarlo —me recordó con semblante sombrío.

Traté de ignorarle para poder contestar.

—Si como aseguras el concejal ha desaparecido sin tu ayuda, entonces ya no tienes forma de cumplir con tu palabra, puesto que el trato consistía en que precisamente no saliera de la cárcel; y, por lo tanto, yo también quedo eximida de cumplir.

Durante unos instantes se quedó paralizado, observándome con asombro y después dibujó lentamente una sonrisa.

—Está bien, mocosa taimada, si es lo que deseas, jugaremos.

—No deseo jugar ni nada de ti, adiós —Hasta la vista, más bien.

Al final llegué a la redacción mucho más tarde de lo que había previsto y *Don Urraca* me castigó, junto con el becario, a pasar todo el

día en el Centro Penitenciario de Picassent, cubriendo la noticia. Iñigo echaba chispas porque no entendía que —de alguna manera— siempre acabara pagando los pialos rotos por mi culpa.

El centro penitenciario era un hervidero de periodistas. Revoloteábamos de un lugar a otro pasándonos información y a la espera de nuevas noticias. Permití que Iñigo se librara de parte de la guardia y en una de sus excursiones regresó con comida. Almorzamos sentados en el capó de su coche tuneado. Dentro hacía demasiado calor.

Los otros periodistas que estaban allí, tampoco averiguaron nada. Solo contábamos con un comunicado oficial del centro que detallaba los hechos de forma subjetiva y comprendí fastidiada que tendría que volver al día siguiente.

Era de noche cuando llegamos a la oficina. Los demás se habían ido, y los pocos que quedaban en el edificio era el personal de mantenimiento, por lo que nos sorprendió ver encendida la luz del despacho de *Don Urraca*. No tenía por costumbre hacer horas extras. Entonces descubrimos que alguien más se encontraba con él, cuando escuchamos una conversación que provenía del interior. Toqué con los nudillos la puerta, incómoda por interrumpir la reunión, pero no quería esperar más tiempo para entregar el material de trabajo.

—¡Adelante! —gritó desde dentro mi jefe, con una voz entusiasta, que nada tenía que ver con su humor de perros de unas horas antes.

Lo que me dio a entender que algo o alguien le había terminado alegrando el día. Iñigo también se dio cuenta de ese cambio y no se resistió a entrar conmigo, para aprovechar la oportunidad de averiguar la razón. Pero nos arrepentimos de nuestra curiosidad tan pronto como estuvimos dentro. En el caso de Iñigo, se debía a que tenía ante sí los vértices de un triángulo peligroso en el que él se encontraba en medio. Uno de esos vértices lo componía *Don Urraca* y los otros dos, más peliagudos, Abel Rumsfeld y yo.

—¡Dana, qué casualidad! —expresó pletórico mi jefe—. Justamente

estábamos hablando de ti.

Abel Rumsfeld me observaba desde su asiento exhibiendo una sonrisa triunfal. Me embargó una especie de temor, al tratar de imaginar qué se traería entre manos esta vez y qué papel tenía *Don Urraca* en todo eso. Me fijé en las dos copas y la botella que se encontraba encima del escritorio, e imaginé que habían estado brindando como dos buenos amigos.

—¿Desde cuándo te cae tan bien? —le pregunté a bocajarro y sin disimular mi crispación.

Don Urraca bajó la cabeza, avergonzado ante su nuevo amigo, y Abel Rumsfeld, lejos de parecer ofendido, se mostró divertido con la escena.

—Dana, ya sé que tú y él...

—No se preocupe, Santana —le irrumpió Rumsfeld, adelantándose a lo que iba a decir—, Dana y yo hemos tenido oportunidad de limar asperezas.

Don Urraca e Iñigo me miraron preguntándose cuándo había ocurrido esto y yo sentí mis mejillas encarnadas. Desde luego se trataba de una media verdad, pero no podía negar la otra media, y era que nos habíamos visto.

—¿Por qué no le dice a Dana de una vez a qué he venido y terminamos con esto? —manifestó con repentina impaciencia, en vista de que nos habíamos quedado callados, mirándonos entre nosotros como pánfilos.

La paciencia seguía sin ser su punto fuerte.

—¡Ah, sí, claro! —volvió en sí *Don Urraca*—. El señor Rumsfeld está aquí porque me ha hecho una sustanciosa oferta a cambio de un reportaje publicitario en el lugar que elija.

—Muy bien, ¿y qué pinto yo en todo eso?

Pintas que serás tú quien lo haga —me contestó Abel Rumsfeld igual de brusco, antes de que *Don Urraca* tuviera tiempo de abrir la boca.

—¡Y un cuerno! —exploté—. Prefiero hacer turnos dobles cubriendo noticias todos los días.

—Quizás sería más conveniente que lo hiciera otra persona... —dijo *Don Urraca*, debido a mi rotunda negativa— ¡Iñigo!, Iñigo podría hacerlo. Es cierto que es un becario, pero está preparado.

Este dio un respingo nada más oír su nombre y se le contrajo el rostro.

—Dana... —me susurró—. ¿Te acuerdas cuando te dije que me debías una?

«¡Oh no!», gemí maldiciendo mi mala suerte.

—Señor Santana, se lo dije durante el juicio y se lo repito ahora. Debe mostrarse más firme con mocosas respondonas como ésta. Dese cuenta de que no le hablo de una cifra insignificante de dinero.

—Sí, pero ¿qué problema hay en que lo haga Iñigo?

—Ya conoce mis condiciones —se mostró tajante.

Observé claramente la contrariedad en la cara de *Don Urraca* y decidí no prolongar más aquello.

—Está bien, haré el reportaje —les comuniqué entre dientes.

Abel Rumsfeld e Iñigo asintieron satisfechos y *Don Urraca* me miró con una mezcla de alivio y sorpresa. No había esperado que cediera tan pronto. Claro que desconocía que yo estaba pagando una deuda moral.

Salimos todos del despacho con lo que deseaba cada uno, menos yo. Yo no alcanzaba a comprender su juego. Después de que quedara todo dicho entre nosotros, irrumpía de nuevo en mi vida sin ningún sentido. Salvo que su único interés fuera seguir fastidiándome, lo cual lo creía lo suficientemente ruin como para eso.

Me adelanté al resto escaleras abajo y le esperé afuera dispuesta a plantarle cara. A pesar de que entendió el mensaje cuando le miré, a la vez que le rebasaba, no agilizó el paso para seguirme.

Mientras aguardaba, miré al cielo oscuro y completamente despejado. De vez en cuando, me venía el olor de los jazmines

plantados del jardín de al lado. Hasta que distinguí de forma clara uno más particular. Seguía teniendo muy dentro de la nariz aquel olor a cuero y sándalo. Y apenas tuve que bajar la cabeza para encontrarme con su cara. De repente, me olvidé de todo lo demás. Continuaba teniendo sus oscuros cabellos revueltos. Debía de sucederle como a mí, que, al tenerlo con demasiado volumen y ondulado, se le enredaba enseguida. Pero observé que había cambiado su indumentaria de la mañana, por el estilo distinguido e impoluto que solía gastar. Me pregunté entonces qué era lo que fallaba en esa figura cerca de la perfección, y lo descubrí en su propio rostro. Esa mirada grisácea, gélida y dura, te traspasaba hasta en lo más profundo de tu ser. En sus ojos se podía leer claramente, «yo soy la muerte», y me eché a temblar.

Él se había quedado quieto, en silencio, dejando que le estudiara de una manera que —estaba claro— le incomodaba, pero lo camuflaba bajo una pose arrogante.

—Nunca sonríes de verdad —le solté de sopetón, sin pensar caí el sentido de mis propias palabras.

—No tengo por qué hacerlo —me replicó cargado de hostilidad—. Y será mejor que mañana estés preparada para partir.

¿Partir...?

No me dio tiempo a seguir la frase. Había vuelto a desaparecer como de costumbre. También como de costumbre, yo me quedé contemplando con cara de boba el espacio que acababa de dejar vacío.

Enfurrugada, propiné una pequeña patada al aire y me encaminé en dirección al coche. «¿Qué narices habrá querido decir con eso de estar lista para partir?», me pregunté mientras conducía hasta casa. ¡Ni por asomo pensaba salir de la ciudad!

Entré por la puerta, indignada ante la sola idea de tener que irme y me llevé una sorpresa al ver a Laura plantada en medio del salón, esperándome igual que uno de esos perros histéricos que te daban la bienvenida a casa. Y con esa misma insistencia no paró hasta que le conté con pelos y señales todo lo que sabía de la desaparición del

concejal. Es decir, casi nada. Pero solo cuando se quedó satisfecha con el interrogatorio, dejó que me fuera a la cama.

PARTE II

PEMBA

*He aquí, aunque él me matara; en él esperaré; no obstante,
defenderé delante de él mis caminos, y él mismo será mi
salvación...*

(Job, 13:15)

CAPÍTULO 7

Milagro, me desperté antes de que sonara el despertador. En un principio, llegué a creer que estaba estropeado, pero al compararlo con el reloj del ordenador, me di cuenta de que faltaba media hora para que sonara. Aproveché el tiempo extra para desayunar con más calma un donut de los que había comprado Laura. Mientras le daba el primer mordisco, memoricé el gesto con intención de evitar un patatús como el día anterior, lo que me hizo recordar que debía ser prudente con Abel Rumsfeld el tiempo que trabajáramos juntos.

Una vez en la redacción, comprobé que la mayoría de mis compañeros me miraban de manera rara y cuchicheaban a mis espaldas. No debía de ser por mi puntualidad puesto que, al no tener el coche de Laura, tuve que tomar un autobús y al final no había llegado tan pronto.

Tampoco creía que fuera por mi indumentaria, iba igual que siempre, con unos vaqueros, una blusa sencilla y mi palestina. Mi confusión se acrecentó cuando uno de ellos hizo algo más que mirarme de hurtadillas y cuchichear. Corrió al despacho de *Don Urraca* y le chivó que había venido. Este salió a mi encuentro, con una mezcla de consternación e irritabilidad.

Dana, ¿qué haces aquí?

Una pregunta estúpida pero, ya que las circunstancias lo eran, contesté sin hacer ningún comentario a su ingenio.

—Vengo a trabajar.

—Te he dejado un montón de *Whatsapp* en el móvil diciéndote que no lo hicieras —replicó—. ¿Se puede saber para qué lo tienes si no lo miras?

—¿A qué viene tanta urgencia?

—El señor Rumsfeld ha llamado esta mañana diciendo que hoy por

la noche os marcháis de viaje y por esa razón he intentado avisarte, para que te quedaras en casa haciendo la maleta.

—¿Un viaje adonde? —le pregunté, asimilando todo.

—No lo dijo. Pero será mejor que te marches y te prepares cuanto antes.

Solté una risita de rabia.

—Yo no pienso preparar nada porque sencillamente no voy a ir.

—No te puedes negar —contraatacó enfadado—. Te comprometiste a hacer ese reportaje, y una de sus condiciones es que él escoge el lugar.

—Me comprometí a hacer ese dichoso reportaje, pero no pienso irme con él a ningún lugar —reiteré furiosa—. Al único sitio donde voy a ir es a montar guardia en esa cárcel —añadí, recogiendo el material de mi mesa.

—¡Dana! —me gritó *Don Urraca* detrás de mi oreja—. ¡Dana! Vuelve a tu casa. ¡Danaaa!

Le ignoré saliendo por la puerta con un Iñigo siguiéndome violento por la situación. Yo, en cambio, estaba furiosa con *Don Urraca* y con Abel Rumsfeld y sus malditas exigencias.

* * * * *

Al igual que el día anterior, pasamos el resto de la mañana y toda la tarde sin conseguir nuevas noticias. El personal del centro penitenciario guardaba celosamente cualquier tipo de información relacionada con la desaparición del concejal. Sabían que era un caso de una gran transcendencia mediática y se mostraban cautos. De manera que volvimos a montar guardia encima de su coche. A veces intercambiamos alguna frase absurda mientras mirábamos tumbados el cielo. La conversación degeneró hasta tal punto que Iñigo me preguntó sobre el sexo de los ángeles. Le contesté que era un misterio porque se tapaban con trozos de nube, como Adán y Eva con hojas de parra. Nos quedamos callados un segundo y rompimos a reír. Los dos

estábamos afectados por la insolación, y no fue hasta que el sol se ocultó en el horizonte que recuperamos la cordura.

De vuelta a la redacción, me fui sintiendo más nerviosa. (¿Cómo se habría tomado la noticia de que me negara a salir de la ciudad? Decidí no averiguarlo, y antes de entrar en la oficina le pedí a Iñigo que subiera sin mí a dejar el material. No quería asumir el riesgo de encontrármelo dentro, esperándome enfurecido para exigirme explicaciones. Iñigo accedió extrañado y yo corrí a la estación del metro.

Por estúpido que pudiera parecer, sentí un regocijo interior cuando llegué al portal de mi edificio. Había esquivado la amenaza y respiré tranquila. Crucé el umbral con una sonrisa puesta, pero la expresión de Laura me la cortó de inmediato. Me miró con ojos cargados de reproche, y yo a ella confusa.

—¿Qué ocurre? —quise saber.

—¿Por qué no me has dicho que te ibas de viaje? —me reprochó—. Si no es por el señor Rumsfeld, no me hubiera enterado —dijo, señalando hacia el sofá que quedaba fuera de mi vista.

Sentí una punzada de ansiedad.

—¿El señor Rumsfeld?

Y entonces me quedé muda al ver emerger su sombra de aquel rincón.

—Hola, Dana —me saludó con voz queda—. ¿Lista para partir?

—Tú... —expresé entrecortadamente.

—El señor Santana me comentó que te había surgido una urgencia que no pudiste eludir, e imaginando que estarías apurada de tiempo, he venido hasta aquí para ayudarte con los preparativos.

Era evidente que estaba tergiversando la explicación de *Don Urraca*, con el fin de persuadirme por las buenas.

—No pienso ir —anuncié directamente.

Se encogió de hombros —¿Y qué piensas hacer? He ofrecido una cuantiosa cantidad por ese reportaje con dos únicas condiciones. Una

de ellas es que lo hicieras tú misma, a la cual ya te comprometiste, y la siguiente condición me da perfecta libertad de decidir el lugar que elija —se mostró desafiante, tomando asiento de nuevo.

—Me da igual —terqueé—, aun así puedo negarme.

—Entonces harás que tu jefe pierda mucho dinero y dudo que te lo perdona. Así que te sugiero que actúes con sensatez y recojas tus cosas —me insistió.

Aunque su voz seguía sonando calmada, aprecié en ella un matiz más duro que hizo que mi resistencia amainara.

—Pero en tan poco tiempo no puedo hacer la maleta.

Escuché un carraspeo de fondo.

—En realidad, ya está hecha —confesó Laura con timidez.

—¿Y tú por qué te prestas a eso? —la acusé furiosa.

Ella resopló al tiempo que entornaba los ojos en blanco.

—¡Oh, vamos, Dana! No te viene mal desconectar un poco. Además... —adoptó una pose repentinamente picara— acabo de descubrir quién estaba detrás de aquel brillito...

—¡Calla! —la frené.

Laura se marchó sonriendo a su habitación.

«¡Traidora!», mascullé para mis adentros. Algo me decía que la ocasión le venía perfecta para pasar unos días a solas con su queridísimo pony.

—En lugar de enfadarte con ella, deberías agradecersele —me dijo Rumsfeld—. ¿Crees que el hecho de no tener maleta me hubiera importado? Eso solo iba a provocar que por unos días tuviera que andar con la misma ropa, pero es algo que a mí no me afecta para nada —me expresó con sincero egoísmo.

Durante varios segundos, lo miré angustiada y sin escapatoria, hasta que pensé en una posibilidad que jamás en mi vida había contemplado y mucho menos puesto en práctica. Pero estaba desesperada y decidí arriesgarme. ¡Iba a seducirle! Me estremecí solo

de pensarlo.

Mientras me acercaba a él intenté insuflarme ánimos a mí misma. Si a Laura siempre le funcionaba tan bien, ¿por qué a mí no? Me desengañé. ¡Pues porque yo no era Laura, y no tenía su cuerpo, ni su cara, ni nada! Ignoré mi aprensión y terminé sentándome a su lado, cerca, demasiado cerca para mis nervios. Entonces él colocó su chaqueta como barrera entre nosotros y yo sentí un pinchazo en el estómago. No podía irme peor. Me arme nuevamente de valor y aparté su prenda con descaro. Él me lanzó una mirada llena de recelo.

—¿Sabes... ? —comencé a hablar de manera musical, como tantas veces había escuchado a Laura—, no hay motivo para que tengamos que salir de la ciudad a hacer el reportaje— deslicé una de mis manos por mi cuello simulando estar acalorada—; aquí también hay buenos lugares. Si quieres, yo te los puedo mostrar —concluí acercándome más a él.

Se incorporó tan rápido que tuve que echar mano del respaldo del sofá para no darme de bruces contra el mismo.

—¿Qué pretendes? —estalló—. ¿Acaso piensas que con trucos de ese tipo vas a convencerme? Recoge de una vez tu equipaje y no hagas que pierda más la paciencia.

Enrojecí de inmediato, y permanecí paralizada tratando de superar la humillación, al tiempo que me consumía la rabia. Por el rabillo del ojo pude ver a Laura, tronchándose de risa desde su escondite. Había presenciado mi patética imitación y la maldije en silencio.

Me coloqué en pie con el mínimo de autoestima que me quedaba y entré en mi habitación a recoger la maleta. Luego salí a reunirme con ese cretino.

Nos dirigimos al aeropuerto a la velocidad del rayo. Condujo tan rápido que veía pasar los edificios, los árboles y todo lo demás, fugazmente. Siempre que había ido con él en coche, se mostró prudente en la carretera. Pero le era imposible ocultar su tirantez y se desquitaba pisando el acelerador. Al menos me alegraba comprobar

que yo no era la única escaldada con el asunto. ¿Y si su rechazo hacia mí era tan profundo que no podía controlar la repulsión? Tragué saliva. De repente quería llorar, y volví a desviar la atención a esa imagen borrosa que se suponía era la calle. Prefería vomitar del mareo, a sufrir un ataque de llanto en plena guerra silenciosa. Entonces él, sin más, me miró de forma furtiva, como si hubiera captado algo molesto en mí, y luego encendió la radio. Agradecí que por una vez hiciera esa excepción.

Antes de sacar mis bártulos del maletero, me detuvo sin pronunciar palabra y se hizo cargo él. Esperé a que me guiara hasta la puerta de embarque, pero me condujo por un pasillo de la terminal, lejos del resto de los pasajeros. Un hombre uniformado que nos estaba esperando lo saludó con confianza. Éste le respondió con un ligero ademán y le entregó nuestro equipaje.

Llegamos a la pista y me detuve a observar el avión en el que haríamos el viaje. Tenía un morro afilado y totalmente blanco, sin ningún rotulo comercial. No era de gran tamaño, pero causaba impresión verlo allí, solitario y envuelto en la niebla. Comprendí con estupor que se trataba de un jet privado. Jamás había viajado en avión, y menos aún en uno privado.

Subimos las escalerillas y una azafata nos indicó, con una sonrisa amable, que pasáramos al interior. Me quedé boquiabierta en medio de la entrada. Sin darme cuenta, estaba obstaculizando el paso, y sentí que él me daba un suave empujón para que continuara adelante. El lugar no podía ser más espectacular. Parecía una casa tubular muy ostentosa. Nada que ver con el sencillo aspecto exterior.

Me senté en un sofá de cuero negro. Él se acomodó en un asiento de los que había en los laterales del avión. Observé que tenía cinturón de seguridad y creí más conveniente hacer el despegue sentada en uno de esos sillones. Ocupé el que quedaba frente al suyo y, mientras esperaba a que el avión arrancara de la pista, cogí las instrucciones de emergencia que venía en un bolsillo del asiento, y me puse a

estudiarlas, por si acaso.

Pero en cuanto observé a Rumsfeld ojeando absolutamente tranquilo el periódico, opté por imitarle de nuevo. No quería que me notase que era una novata en eso de las alturas. Un instante después, se escuchó la voz de alguien anunciando el despegue. Tenía el fiel propósito de respetar nuestra guerra silenciosa hasta el final, pero ese pájaro había iniciado el vuelo y yo seguía sin saber adónde íbamos, por lo que resolví hacer una pequeña tregua.

—No recuerdo que me hayas dicho nuestro destino —dije mirándole de soslayo por encima del hombro.

—Es porque simplemente no lo he hecho —contestó, con tal lógica que hizo que mi ironía se volviera ridícula.

Inflé los mofletes como un globo y probé de nuevo.

—¿Adónde vamos?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Es que no piensas decírmelo ahora?

—No.

Su rotunda negativa me dejó cortada.

—Espero que en la entrevista que tenga que hacerte, no te muestres tan misterioso como acostumbras siempre— solté picada.

Me mordí la lengua, pero ya había hablado de más.

Levantó despacio la vista del periódico y me la clavó a mí.

—¿A qué te refieres? —me preguntó con total desconfianza.

Nerviosa, pensé rápido en una respuesta.

—Pues... al misterio con que sueles contestar siempre, ¿a qué otra cosa me voy a referir? —dije con una sonrisa tensa, a la vez que transpiraba por cada poro de mi piel.

Sentí la fuerza de su mirada fija durante un segundo más y luego volvió a desviar su atención hacia el periódico. Solté un suspiro de alivio. Por nada en el mundo, quería que supiera hasta qué punto estaba al tanto de sus entrevistas con revistas extranjeras.

Cuando mi pulso se tranquilizó de nuevo, observé a través de la

ventanilla, ensimismada con el hecho de poder observar casas, ríos y ciudades en esa escala tan pequeña. Hasta que todo quedó oculto bajo un colchón interminable de nubes y acabé aburrida. Me recosté resoplando en el sillón y tres horas más tarde una señorita apareció con una bandeja de comida y una bolsa grande.

—La he llamado yo —contestó él—. He considerado que a lo mejor te apetecía comer y descansar un poco.

Miré la bandeja de comida sin mucho apetito, y abrí la bolsa que contenía una almohada y una manta.

—No tengo hambre.

Interrumpió lo que estaba haciendo —se encontraba trabajando en el portátil— y giró la cabeza hacia mí.

—¿Estás segura? —me advirtió.

Recordé el accidente del pan y obedecí como un rayo. Después me desabroché el cinturón del asiento y me trasladé al sofá con la almohada y la manta. A pesar de que tenía muchas ganas de dormir, no lo conseguía con él tan cerca. Era como tratar de conciliar el sueño delante de un león.

Se colocó en pie de un salto.

—Está bien, mocosa, ya me voy —me gruñó entre dientes. Pero será mejor que vayas acostumbrándote a mi compañía porque vamos a pasar mucho tiempo juntos y no pienso irme siempre que te convenga.

Le vi desaparecer por la puerta que comunicaba con la cabina del piloto, dejándome atónita. ¡Había vuelto a adivinar cómo me sentía! Era evidente que tenía una percepción increíble para captar su alrededor, pero su percepción comenzaba a asustarme de verdad.

CAPÍTULO 8

Desconocía el tiempo que llevaba dormida cuando abrí los ojos. Solo fui consciente de dos cosas: era de día y habíamos llegado. Lo supe por la misma voz que nos dio la bienvenida y que ahora anunciaba el inminente aterrizaje. Estábamos en el archipiélago de Zanzíbar y en breve tomaríamos tierra en la Isla de Pemba. Ansiosa por averiguar el lugar donde iba a pasar los siguientes días, me asomé a la ventanilla, pero aún no se veía nada, únicamente el mar. «Pemba», me repetí abstraída ¿Sería una isla grande o pequeña? ¿Llena de edificios o despoblada? Al azul del mar se le sumó una diminuta mancha de color verde, y pronto al verde le acompañó el amarillo. Era la apreciación que tenía hasta el momento de Pemba, una isla selvática bordeada de arena, en medio de la inmensidad. Entonces, a medida que el avión fue recortando altura, pude apreciar más cosas. Había numerosos grupos de casas, con plantaciones propias la mayoría de ellas y un complejo hotelero en lo alto de una colina. Me sorprendió no haber acertado en ninguna de mis conjeturas, puesto que se trataba de una isla mediana y de aspecto tranquilo, pero no despoblado.

El violento zarandeo del avión interrumpió mis pensamientos. Me pregunté si serían normales esos movimientos tan bruscos. Aterrizamos en una extensión de tierra que nada tenía que ver con la pista bien asfaltada de Valencia. En cuanto el avión se detuvo por completo, me desabroché el cinturón de seguridad y corrí hacia la salida cansada de las horas de cautiverio. Pero primero se abrió la puerta que comunicaba con la cabina del piloto y apareció él, ataviado de manera muy distinta a como le había visto unas horas antes. Llevaba una camisa clara de lino y unos pantalones flojos, preparado para el clima bochornoso del exterior. Mientras que yo ya podía notar que me sobraban los pantalones vaqueros.

Lo peor sucedió cuando finalmente la puerta de salida se abrió y nos invadió una ola de fuego proveniente de afuera. Escondí la cara detrás de ambos brazos, para utilizarlos como escudo contra el rabioso sol. Algo más aclimatada con el entorno, volví a asomar tímidamente la cabeza.

Comencé a bajar las escalerillas detrás de él y nada más depositar un pie en el suelo, me tomó por sorpresa una nueva ola. Ésta era mucho más cálida y nacía de mi interior con una fuerza implacable. Hasta el punto que tuve que sostenerme a lo primero que encontré para no caerme. Luego, muy despacio, se fue convirtiendo en un chisporroteo de energía y confort. Tenía la sensación de haberme bebido diez tazas de café y otras diez de tila. Y me di cuenta de que, a lo que permanecía sujeta, era a él. Me alejé inmediatamente. Rumsfeld permanecía atento a mis reacciones, pero no se mostró sorprendido. De alguna manera, incluso, parecía esperarlo, por lo que me dije que debía de ser muy normal sentirse así en un lugar nuevo.

Unos hombres de color vinieron a recogernos en un jeep y llenaron el maletero con nuestro equipaje. Abel Rumsfeld ocupó el sitio del conductor y yo me senté a su lado. Le echó una breve ojeada a mi exceso de ropa antes de arrancar el motor.

—Pronto podrás ponerte más cómoda —dijo mientras maniobraba.

—¿Dónde será eso?, ¿en un hotel? —aproveché para sonsacarle algún dato.

Negó con la cabeza.

—Tengo una casa al norte de la isla.

—Una casa —repetí alterada—. ¿Significa eso que no vamos a tener nuestro propio espacio?

—La casa tiene varias habitaciones, si eso te tranquiliza. De todas formas, ya te dije que más vale que te acostumbres a compartir el espacio conmigo. Como entenderás, no voy a evitarte en mi propia casa. Y tampoco debo hacerlo en ningún otro sitio —añadió molesto por haberse visto obligado antes.

Al cabo de una media hora de paisajes boscosos y carreteras de tierra, aparcó el coche cerca de una finca muy extensa. Cargó nuestro equipaje con ambas manos y atravesamos el césped hasta llegar a una casona de piedra y de aspecto señorial. Era la primera edificación que había visto hecha con este material, puesto que el resto de casas con las que nos habíamos cruzado por el camino eran básicamente de ladrillo y madera.

Pese a que se apreciaba una reforma en la madera del porche y en los marcos de las ventanas, el color de la piedra, de un gris muy oscuro y deteriorado, denotaba el paso de los muchos años. Quizás más de cien.

Había otra vivienda en la finca de al lado, totalmente de madera y de aspecto humilde; pero más en consonancia con la luz alegre del entorno. De allí salieron cuatro individuos indígenas. Abel Rumsfeld me presentó a ellos en su idioma y acto seguido se dirigió a mí.

—Dana, ésta es la familia Kanga —dijo, señalándoles con la cabeza—, y ellos se ocupan del mantenimiento de la casa cuando no estoy.

Me dedicaron una sonrisa amistosa y yo les correspondí con el mismo gesto. De otra forma, era imposible la comunicación. Nos acompañaron hasta la puerta de la casona, vieja y sombría, y se despidieron con una reverencia.

Rumsfeld dejó las maletas en el umbral y me hizo pasar al interior. Tan pronto como introduje un pie, tuve la sensación de haber retrocedido unos cuantos siglos atrás. Parecía incluso más vieja que por fuera. Toda la estancia estaba decorada con elementos de otra época. En los ventanales del salón colgaban por ambos extremos, unas pesadas cortinas de color granate a juego con la madera caoba del suelo. Del techo también colgaba una enorme lámpara de araña con las velas encendidas. El resto del mobiliario lo formaban principalmente los cuadros, que a duras penas dejaban huecos en la pared, y un sinfín de figuras antiguas. Incluso había una armadura de cuerpo entero con su correspondiente espada. Me entró un escalofrío.

Solo las había visto en las películas medievales o en las de terror. Resultaba evidente que la casa era el museo particular de un coleccionista de arte. Un coleccionista de arte con un gusto siniestro y arcaico.

La impresión que experimenté con respecto a la estancia fue una mezcla de horror y fascinación morbosa. No todos los días te encontrabas dentro de la réplica del castillo del conde Drácula. Pero se respiraba un ambiente tranquilo, al menos. Tan tranquilo, que era como si el tiempo se hubiera congelado.

Me hizo subir al piso superior y me mostró las habitaciones. Me decanté por la más pequeña, porque tenía una ventana que daba a un paisaje pedregoso, desde donde se podía escuchar el mar a lo lejos, y me pareció un sonido hermoso con el que despertar.

—Tienes una casa muy... particular.

Me costó encontrar un calificativo adecuado.

—Fue mi primera propiedad —me explicó, como si ese dato justificara su enorme antigüedad.

—¡No me digas más!, la heredaste de tu tatarabuelo como éste del suyo.

Arqueó una ceja y me miró irritado.

—Subiré tus cosas hasta aquí —dijo entre dientes, antes de desaparecer por la puerta mascullando.

Fui al cuarto de baño y abrí el grifo de la ducha. Me desprendí de la blusa y del resto de la ropa, y me introduje dentro. Allí el agua fría salía tibia. Aunque Valencia se tratara también de una región soleada, la humedad de su clima hacía mucho más llevadero el calor. En cambio, en esta isla, el aire era caliente, constante y seco.

Salí de la ducha envuelta en una toalla blanca, igual que el color del aseo y de la habitación. Además de ser el cuarto de los sonidos marinos, era la que tenía el mobiliario más claro, y parecía una habitación muy luminosa y veraniega. Mi maleta ya se encontraba encima de la cama. La abrí y comencé a rebuscar algo que ponerme.

Finalmente, me decanté por un pantalón corto y una camiseta de tiras. Miré con pena la palestina, pero por una vez prefería no ponérmela. También opté por (lijarme el pelo húmedo en un intento de mantenerme fresca, y antes de salir de la habitación decidí abusar del desodorante. La ocasión la merecía.

Cuando asomé la cabeza al exterior, olfateé el aire libre y sentí que, además de oxígeno, inhalaba fuerza. Esa misma fuerza que no me había abandonado desde mi bajada del avión y que, a cada bocanada, se intensificaba durante un intervalo de segundos. Observé el frondoso bosque que colindaba con el jardín, al otro lado de la carretera fangosa por la que habíamos venido, y eché un pie con deseos de explorar.

—¿Adónde vas? —me detuvo una voz profunda y familiar.

Giré desconcertada, porque hasta hacía un instante allí no había nadie.

—Voy a dar un paseo.

—Espera.

—¿A qué?

En lugar de responderme, silbó en dirección a la casa contigua y salió uno de los chicos jóvenes que habíamos visto antes.

—Él te acompañará.

—Vamos, no fastidies. ¡Pero si es casi un niño! ¿Cómo va a cuidar de mí un niño? —protesté indignada.

—Conoce muy bien este lugar y evitará que te pierdas.

—Me niego a que un crío cuide de mí —insistí.

—¿Prefieres acaso que lo haga yo?

Le lancé una mirada llena de rabia al comprender que no tenía opción.

—Que te diviertas, mocosa —me despidió satisfecho.

No era la primera vez que me llamaba así. Pero no estaba en condiciones de quejarme, ya que yo a él lo tildaba de cretino.

Me encaminé hacia la entrada de la finca, donde el chico me

esperaba con un palo casi tan alto como él. Supuse que era el que usaba para controlar el rebaño y eso me dio una idea de la escala en la que me encontraba yo. Intenté presentarme articulando mi nombre lento y claro, pero me miró sin entender un pito lo que le decía. Aquella excursión iba a ser todo un cruce de culturas.

El chico me condujo hacia el interior del bosque. Iba delante, parándose de vez en cuando para asegurarse de que le seguía. A medida que avanzamos, el follaje se volvió más espeso, tomando apariencia de selva. La temperatura también descendió y la humedad se volvió considerable. En algunos tramos, había claros donde se filtraban los rayos del sol, calentando con intensidad la zona. Se podía escuchar continuamente el sonido estridente de los pájaros que por allí volaban fugaces de un árbol a otro, y creaban hermosas estelas de colores hechas con sus llamativos plumajes.

Después de una hora de caminata, cruzamos un sendero pedregoso que me resultó muy familiar, y llegamos a un prado con un lago. Me acerqué a la orilla y recordé algo. ¡Era donde había visto a mi padre! Agité la cabeza sin comprender. Supuse que era el típico *déjà vu* porque tenía una percepción muy real de haber estado antes en este mismo lugar. Tan real que, a veces, creía lo contrario.

Me senté a los pies de un árbol para refugiarme del sol abrasador y, desde la sombra, me limité a observar al chico, que estaba bañándose tranquilo en el lago. De vez en cuando, lanzaba miradas recelosas hacia el agua. Pero obviamente mi padre jamás apareció para mostrarme nada.

Cuando regresamos a la finca de la casona, ya era de noche. Me sorprendió escuchar una melodía muy hermosa que provenía del interior. Fui siguiendo las notas musicales, como las raras hipnotizadas del flautista de Hamelín, y al llegar a la sala principal de la casa, encontré a Rumsfeld, en una postura muy relajada. Estaba sentado en un sofá oscuro, con ambos brazos extendidos por encima del respaldo y sujetando una copa de vino en una de sus manos.

— ¿De dónde has sacado esta música?

No contestó, y tampoco abrió los ojos hasta que la canción cesó. Solo entonces se dignó a mirarme.

— *Nella fantasia* — dijo —, es una apología al mundo perfecto, carente de maldad y lleno de buenas intenciones. El nombre se le ajusta bastante, ¿no te parece?

Lo miré, agradecida de poder ponerle nombre a aquella hermosa canción.

— Dime, Dana, ¿te gusta la ópera?

No estaba acostumbrada a escuchar ese estilo lírico, pero me gustaba.

— Sí.

— ¿Y has ido alguna vez a una?

Guardé silencio y él soltó una risa burlona.

— ¿Entonces cómo puedes afirmar que te gusta la ópera?

— Eso no tiene nada que ver — repliqué ofendida.

— Claro que sí — me contradijo—. No puedes afirmar tal cosa si nunca has presenciado una función en directo. Las emociones que allí se captan, los aplausos que ésta se roba, no se aprecian en un CD ni en ningún otro sitio que no sea en ese mismo lugar. Es casi mágico... — me explicó, dejándose llevar por el momento—. ¿Acaso el tipo ése de la flor nunca ha querido llevarte? — añadió con desdén.

— No tiene por qué — me apresuré a decir—. Él no es nada mío.

Se quedó mirándome unos segundos y esbozó una sonrisa malévola, que tanto me irritaba.

— Ven conmigo antes de que la cena se enfríe — dijo poniéndose en pie.

Me quedé sorprendida.

— ¿Qué? — soltó con desaire por encima del hombro—. ¿Pensaste que te obligaría a venir aquí para matarte de hambre?

Le seguí, aún recuperándome de la sorpresa de que hubiese preparado algo, y volví a quedarme estupefacta cuando salí al

exterior. Diversas macetas con margaritas blancas adornaban la barandilla del mirador, que daba a la parte trasera de la casa. El mantel de color melocotón formaba una combinación extraña y bonita junto con las fundas negras de las sillas. La iluminación la ponía la luna llena, rodeada por las estrellas que se podían contemplar gracias a un cielo totalmente despejado, y algunas luciérnagas revoloteando por el jardín. Desde allí, se escuchaba el sonido de las olas, rompiendo contra los acantilados. Pero ante todo se apreciaba una inmensa tranquilidad.

Sentí alivio de que ese tipo y yo no fuéramos nada, de lo contrario estaría temiéndome lo peor ante aquella estampa pastosa de cuento de hadas.

—¿Has preparado tú todo esto?

—Quién si no —contestó de manera evidente.

—Pensé que quizás la familia Kanga te había ayudado.

—Haré como si no te hubiera oído.

Llenó el culín de mi copa y me la dio a probar. Cuando le di el visto bueno, la volvió a llenar hasta la mitad. Luego lomé asiento y me sirvió un guiso que había preparado. Pero nada más probarlo me surgieron dudas acerca de quién pudo haberlo cocinarlo en verdad. Ni siquiera mi madre conseguía que la carne le quedara tan jugosa.

—¿También has cocinado tú?

Me miró crispado.

—Por supuesto que sí —gruñó—. ¿Hay alguna extraña razón por la pienses que soy manco y no pueda montar una mesa ni cocinar?

—Bueno... no imaginaba que un hombre tan ocupado como tú se tomara la molestia de adentrarse en el mundo de los fogones.

Me negaba a confesar que yo solo sabía freír unas simples salchichas.

—Practicar el arte culinario no supone ninguna molestia —aseguró—. Además, a mí me relaja.

Me dispuse a comer en silencio, temerosa de seguir metiendo la

pata. A pesar de que el sabor de la comida era realmente exquisito, no lograba identificarlo con ninguna carne conocida. Lo intenté una vez más con el último trozo que me quedaba en el plato, pero no tuve éxito.

Me arriesgué a preguntar.

— ¿Con qué has preparado este guiso?

— Esta vez debo admitir que la familia Kanga se encargó de cazar el mono que cociné.

Le observé detenidamente, tratando de hallar algún rasgo en su cara que me indicara que estaba bromeando, y al no encontrarlo quise extinguirme de la faz de la Tierra.

— ¡Me has dado de cenar un mono!? —le grité muerta de asco.

Se encogió de hombros.

— No sé por qué te escandaliza tanto. Mi comida es mucho más saludable que las porquerías que te he visto comer.

Sentí deseos de correr al hospital más próximo para que me practicaran un lavado de estómago. Pero como desconocía la distancia a la que podía estar, y seguramente para ese entonces ya me habría hecho la digestión, decidí mejor beberme de un trago toda la copa y servirme una segunda, con intención de matar cualquier resquicio de sabor del simio que me quedara en el paladar.

Mientras tanto, él retiró los platos y puso otros nuevos con el postre.

— ¡Helado de chocolate! —exclamé entusiasmada, al verlo en la heladera con un aspecto estupendo.

«Es obvio que aún tiene muy presente ese día»..., pensé ruborizada. Antes de que el vino eclipsara mi mente, decidí tratar el tema por el que habíamos venido.

— Dime, ¿y cómo te gustaría que enfocara el reportaje?

Dio un sorbo a su copa y se pasó la servilleta de tela por los labios. Luego clavó sus ojos en mí con fijeza.

— No va a haber tal reportaje —afirmó, rotundo y tranquilo.

Durante un intervalo de tiempo, mantuve su mirada,

recuperándome de mi perplejidad, y cuando la consecuyente llamarada de rabia me sorprendió, traté de reprimirla hasta estar completamente segura de que al final me había tomado el pelo una vez más.

—A ver si he entendido bien —articulé a duras penas—. ¿Me estás diciendo que no vas a hacer el reportaje?

Soltó una risotada divertida.

—Dana, francamente, ¿en serio te creíste ese rollo? — volvió a reír —. Sin ánimo de ofender, pero de haber estado verdaderamente interesado por promocionarme, no habría contratado los servicios de vuestro panfleto de barrio. Me hubiera decantado mejor por un medio más acorde para eso, como el periódico de tu amigo el de la flor, que por cierto me lo ofreció la noche de la gala benéfica —aseguró con una nota de petulancia insufrible—. No, Dana, si he representado toda esta comedia es porque tú y yo teníamos un acuerdo que te encargaste de romper de manera mañosa, de modo que no he tenido opción — concluyó, luciendo una sonrisa triunfal.

Le miré con encarado odio y haciendo sendos esfuerzos por controlarme, llené mi copa una vez más.

—Como siempre, tienes todo muy bien atado, ¿no es cierto?— dije con fingida calma. Rumsfeld, se limitó a seguir sonriéndome muy orgulloso de sí mismo—. Pues a ver si también te esperas esto — escupí en la copa y le arrojé el contenido a la cara.

Su estúpida sonrisa se borró de un plumazo.

—Perdona que haya llegado a esto, pero desde aquí no me llegaba la mano para plantarte una bofetada y no he tenido opción.

Me levanté de la mesa, con la intención de no salir de mi cuarto de invitados, si no era para ir al aeropuerto. Pero su voz retumbó a mis espaldas:

—¡Dana, siéntate!

Por unos instantes mostré reticencia a obedecer.

—Que... te... sientes —me repitió, arrastrando cada sílaba en un intento por serenar la voz.

Lo miré de reojo mientras se limpiaba su cara ensombrecida de ira, y, sin dudarlo más, tomé asiento de nuevo.

—Si no fueras tan ruin, no tendría que lanzarte nada —me justifiqué, intimidada por su expresión.

Entonces sus ojos grises se volvieron metal líquido y me estremecí entera.

—Has de saber que si osas de nuevo arrojarme algo, voy a enseñarte los modales que tu padre en vida no tuvo tiempo de inculcarte —me aseguró con voz helada.

Le contemplé atónita.

—¿Cómo sabes que mi padre está muerto?

Dibujó una sonrisa perversa recuperando el buen humor.

—Dana, yo conozco muchas cosas sobre ti —manifestó con aire travieso—. Por ejemplo, que nunca has viajado en avión, pese a que intentarás disimular. Tampoco soportas que nadie te controle, por eso no vas más allá con el pelele ése con el que te ves, ni con nadie. Y hasta sé el tipo de comida que sueles consumir, a juzgar por los envoltorios que había en la papelera de tu rincón de trabajo.

—¿Husmeaste en mis cosas? —salté indignada.

—No hizo falta llegar tan lejos —me aclaró—. Meramente me limité a observar tu mesa, de manera que también pude darme cuenta de que no eres muy ordenada.

Mis mejillas enrojecieron con una mezcla de vergüenza, irritación y, al mismo tiempo, ¡asombro! Era increíble que hubiera sido capaz de averiguar todo eso con tan solo fijarse. Incluso estaba al tanto de mi teatrillo en el avión. Había hecho un ridículo espantoso, y a pesar de la rabia que sentía, me quise extinguir del mapa.

—Pero volviendo al tema de tu padre —prosiguió—, estoy al tanto de que murió hace años y de que, además, era de ascendencia italiana... más en concreto de la ciudad de Roma, ¿verdad, señorita Román?

Tras un leve parpadeo, reaccioné de mi estado pasmado, pero con la

idea de que estaba equivocado en algo.

—El que mi apellido haga referencia a la ciudad de mi padre es pura casualidad.

—Casualidad... inspiración, llámalo como quieras —contradijo sin perder su sonrisa retorcida.

Ignoré este punto y decidí ir al grano.

—¿Cómo sabes lo de mi padre?

Negó con la cabeza.

—Ahora te toca hablar a ti.

—¿A mí? ¿Sobre qué? —inquirí confusa.

Su sonrisa se hizo más ancha. Resultaba obvio que disfrutaba con este juego.

—Dana, ¿qué sabes de mí?

Di un respingo en mi asiento.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —mentí con soltura.

Sus ojos se fundieron en los míos por unos instantes y volvió a mostrar su perfecta hilera de dientes blancos.

—Muy bien, mocosa.

Se hizo el silencio y luego preguntó:

—¿Puedo saber por qué no pruebas el helado?

Observé el mantecado de chocolate que empezaba a derretirse y clavé la cuchara, llevándomela a la boca. Era el helado más cremoso que había probado nunca, se notaba la mano casera. Pero aun así no estaba de ánimos para continuar la cata.

—Si no te importa, me voy a la cama —anuncié.

En esta ocasión, no puso objeción cuando me observó deslizarme fuera de la mesa y dirigirme al interior de la casa con aire alicaído, fiel reflejo de mi enorme confusión.

CAPÍTULO 9

Como de costumbre que me encontraba lejos de él, conseguí pensar con un poco más de claridad en la habitación. Era plenamente consciente de que estaba ante un adversario que me llevaba mucha ventaja. Mientras que yo apenas conocía ciertos aspectos irrelevantes de su vida.

Abel Rumsfeld había demostrado ser un observador nato, aunque no alcanzaba a comprender cómo sabía todo lo relacionado con mi padre. Y lo más importante, aún ignoraba qué buscaba de mí.

Me agité nerviosa en la cama; quizás debido a estas razones, o quizás también era el fantasma del mono clamando justicia, pero fuera lo que fuese, me impedía conciliar el sueño.

Se escuchó un ruido seco que provenía del piso inferior. Genial, ya tenía un motivo para salir a curiosear. Saqué los pies de la cama y asomé tímidamente la cabeza a través de la puerta. Todo estaba como boca de lobo. Caminé por el pasillo hacia las escaleras y, para no matarme, eché mano de la barandilla, al tiempo que, despacio, iba bajando los peldaños. A cada paso, se escuchaba el estruendoso chirrido de la madera en medio del silencio.

—¿Abel? —me sorprendí a mí misma llamándole a secas.

Para mi sorpresa, no me resultó tan difícil como pensaba. Incluso se me hacía bonito al escuchármelo pronunciar.

—¿Abel? —volví a insistir, sin obtener respuesta.

Llegué hasta abajo y lo busqué a tientas en la oscuridad. Allí no había nadie. Probé suerte en la sala y en ese mismo instante, un nudo me sobrecogió el cuerpo. Desde los ventanales se filtraba la luz de la luna llena, otorgando una especie de aura plateada a todo el mobiliario antiguo y dándole cierto aire de castillo fantasmagórico. «¡Ohh!», exclamé abrumada. Se me ocurrió una idea y volví a mi

habitación en busca del único libro que me había dado tiempo a guardar en la maleta. ¿Qué mejor que aquel ambiente gótico, para leer un manuscrito del siglo XVII?

Al cabo de unas páginas, ya estaba derramando las primeras lágrimas, cuando sentí un viento fresco y suave que debía haberse colado por alguna rendija de la casa. Extrañada, levanté la cabeza del libro. Comenzaba a pensar que ese tipo de fenómeno atmosférico no existía en la sofocante isla de Penaba.

—¿Qué haces aquí? —me sorprendió su voz.

Solté un grito y dejé caer el libro.

—¡Caray! —dije recuperándome del susto—. Parece que, entre tus virtudes, también se te da bien lo de aparecer por arte de magia —alegué con fastidio.

Se agachó a recoger lo que había tirado, y a pesar de que lodo estaba en penumbras, vislumbré cómo su rostro se volvía de repente rígido.

—Dana, ¿cómo tienes tú este libro? —preguntó, en un lodo de indignación más que de sorpresa.

—Es mío —contesté desconcertada.

—¿Que es tuyo? —soltó con desdén—. ¡Es un diario!

Lo miré perpleja.

—¿Conoces este libro? ¡Hay muy pocas personas que lo hayan leído! —expresé entusiasmada.

—Desde luego que lo conozco —masculló—. Por eso, te puedo asegurar que al propietario de este diario le habría molestado profundamente que una mocosa husmeara así como así en su intimidad.

—Si tanto le molestaba que otro leyera su diario, que no lo hubiera publicado —repliqué enfadada.

—No lo publicó, maldita mocosa impertinente, se lo robaron —rebatí gruñendo entre dientes—, y te aseguro que quien lo hizo pagó con creces su osadía. Pero nada pudo hacer con los fisgones que decidieron leerlo —añadió lamentándolo de veras.

—No me extraña. Conmueve a cualquiera.

—¡Lo que escribe uno para sí es íntimo!, y no le incumbe a nadie más. ¿Me oyes?

Asentí desconcertada.

—Bien, pues espero que sigas disfrutando de la lectura.

Me dio la espalda furioso y desapareció escaleras arriba. Después, escuché un portazo que venía de su habitación. Durante unos segundos, permanecí parada tratando de entender lo que acababa de suceder. ¿De verdad suponía algo tan grave leer un libro basado en un diario? Las bibliotecas estaban llenas de ejemplos, como el de Ana Frank, y jamás vi a nadie ser increpado por atreverse a leerlo. Entonces, ¿a qué venía esa reacción exagerada? La única posible explicación era que, sencillamente, Abel era un completo chiflado. ¿Cómo si no se le iba a ocurrir hurgar en mi mente y traerme hasta aquí con ánimo de a saber qué?; ¿o salir en plena noche?

Se me erizaron los pelos al recordar la manera en que apareció de la nada. Ni siquiera había oído sus pisadas acercarse. Claro que tampoco era de extrañar, siempre que cogía un libro me sumergía de tal forma entre sus hojas que todo lo de mi alrededor dejaba de existir, y eso mismo iba a seguir haciendo, como antes de que ese cretino me interrumpiera. ¿Qué me importaba a mí lo que él pensara? Me acomodé de nuevo debajo de la ventana y abrí el libro por la página en la que lo tenía. Cada vez que terminaba una frase experimentaba un regocijo interior dedicado a Abel, pero también una enorme culpabilidad. Me sentía una intrusa en medio de aquel dolor plasmado y secreto. Arrojé el libro contra el suelo. Genial. Aquel cretino ya había conseguido arruinar mi velada literaria. Se me escapó un bostezo. Bueno, después de todo, iba siendo hora de regresar a la cama.

Eran las once de la mañana cuando abrí los ojos. Me vestí a toda prisa y bajé velozmente la mitad de las escaleras, el resto de los peldaños los sobrevolé de un salto. Guau. «No imaginaba que tuviera

esa agilidad», pensé maravillada conmigo misma. Me sentía incluso más energética que el día anterior y tenía un apetito voraz. Fui a la cocina a por algo de desayuno, lo que fuera, pero que tuviera azúcar o pinta de engordar.

—Duermes demasiado —señaló él desde la entrada.

Giré sobre mis talones gruñendo para mis adentros.

—¿Es que vas a tomarte como costumbre asustarme?

—El ser humano necesita dormir ocho horas y tú casi duermes trece —insistió.

Ignoré su discurso y seguí buscando sin éxito entre los estantes.

—El desayuno está aquí —dijo señalando el frutero que estaba sobre la encimera de mármol.

—Pero es fruta... —repliqué sin disimular mi chasco.

—Suficiente para que aplaque tu apetito.

Me arrojó una pera y un plátano en distintas direcciones y atrapé las dos piezas con una agilidad asombrosa. Abel sonrió satisfecho.

—Dana, ¿te apetece estirar las piernas? Apuesto a que lo estás deseando.

—¡Sí! —respondí de forma automática.

No sabía por qué, pero necesitaba hacer ejercicio con urgencia. Y me daba igual que fuera andando, corriendo o saltando a la cuerda. Le seguí hasta el recibidor, donde había una mochila preparada de las que se llevan los excursionistas.

—Pero, ¿adónde vamos?

—A las montañas de Pemba.

—Eso no se ajusta al concepto de estirar las piernas.

Arqueó una ceja.

—¿Ahora te acobarda un poco de ejercicio extra? Hace un instante parecías entusiasmada.

Guardé mi réplica y me puse en marcha, deseosa de moverme lo antes posible. Sin embargo, tenía la impresión de que Abel era demasiado optimista en cuanto a mi resistencia física.

Se colocó la pesada mochila sobre los hombros y enseguida me alcanzó. Podía apreciarse que había llovido hacía apenas unos instantes, por la hierba mojada. Aunque el cielo estaba limpio de nubes y el sol calentaba con la misma intensidad de siempre.

Atravesamos el jardín de la casona y continuamos andando por la carretera de tierra, hasta tomar un camino solo apto para el uso de personas. Observé con mayor nitidez la espesura que bordeaba el sendero y, fascinada, fui descubriendo nuevos matices en el verde de las plantas, en los colores de las flores y en la tierra fangosa que pisaba. También escuchaba con más claridad el sonido que emitían los pájaros y algún que otro mono saltando entre el dosel de ramas de la copa de los árboles. Me invadió un escalofrío. Mono.

Noté que el olfato lo tenía más agudo y podía diferenciar la distinta gama de olores, que iban desde la humedad de la tierra, el ecosistema que me rodeaba y el perfume de Abel. Todos ellos mezclados en el aire, pero perfectamente distinguibles.

Era como si mis cinco sentidos hubieran despertado, tras una larga vida atrofiados. Vivir en una gran ciudad, ruidosa y contaminada por el humo de los coches ayudaba a que esto sucediera, pero jamás pensé que pasar unos días en el campo, supusiera un remedio inmediato y tan evidente.

A pesar de mi vitalidad, me costaba seguir el ritmo de Abel, por lo que agradecí hacer una parada cuando llegamos a un pueblo constituido por cabañas de pastores y su ganado. No tardamos en volver a ponernos en marcha y el camino se convirtió en una pendiente cada vez más pronunciada, por lo que sufrí algún resbalón o tropiezo. Abel, que caminaba con la misma facilidad que si lo hiciera por una superficie horizontal, tuvo que aminorar aún más el paso para no dejarme atrás y, en ocasiones, incluso, ayudarme a subir.

Durante el trayecto fue revelándose los entresijos de cada parte de la selva que atravesábamos. Yo escuchaba sus explicaciones interesada por el hecho de que todo eso existiera a mi alrededor. Al parecer,

sobre nuestras cabezas se alzaban unos árboles de longitudes extraordinarias, que quedaban ocultos a la vista por otros árboles de menor tamaño y de ramaje más espeso. La muerte de estos gigantes verdes, conformaban los claros por donde se filtraba la luz o la lluvia. Pero la vida algo más abajo no estaba exenta de interés. En esta parte, denominada bóveda, se localizaban los árboles que alojaban a las aves de llamativos plumajes, los monos y algún oso hormiguero. Mientras que en el monte bajo, en el que nos encontrábamos, sobresalían flores de vivo color, se elevaban los helechos y las enredaderas se adherían a los troncos, por los que colgaban las lianas y destacaban las orquídeas.

Al cabo de un buen rato, pedí hacer otra pausa.

—¿Otra vez necesitas una parada de *ésas*? —me preguntó con fastidio.

—La última fue hace dos horas y soy humana —repliqué ofendida.

«En cambio tú, parece que tienes un depósito infinito», pensé con fastidio por ser la única en mostrar sus debilidades.

—Date prisa —me pidió—, y ya sabes, no te alejes mucho.

—Y tú ya sabes, ¡no mires!

—Descuida —me aseguró con desdén.

Tampoco yo tenía dudas de que encontrarme agazapada entre los arbustos era lo que menos deseaba ver, pero aun así me sentía más tranquila si hacía que lo prometiera.

Después de aliviarme, seguí el sonido de un arroyo llena de curiosidad y descubrí un valle moteado de flores de colores, con un río al fondo que reflejaba como un espejo bajo el sol. «¡Qué hermoso!». Corrí cuesta abajo hasta caer en la hierba suave y caliente. Permanecí así durante un rato, fundiéndome con el entorno. Sentí que cada hoja, cada árbol y cada rincón de Pemba tenían vida. Estaba vivo dentro de mí.

Estiré las piernas y los brazos formando una estrella de cuatro puntas, con la idea egoísta de acaparar más centímetros de aquel suelo florido. Noté que una sombra se proyectó sobre mí y observé el cielo,

pero no vi ninguna nube pasar. Entonces tomé conciencia de Abel y me incorporé de un salto.

Éste se hallaba de pie con los brazos cruzados y fulminándome con la mirada.

—¿Ésta es tu forma de no alejarte? —replicó sarcástico—. Además, no te he dado permiso para que te detengas aquí.

—Tampoco te lo he pedido —le espeté con altanería.

Nos miramos ceñudos unos segundos y luego mi carcajada rompió el conflicto visual, lo que le dejó desconcertado.

—Siento haberme extraviado del camino. ¿Esperaste mucho tiempo?

—Más del que quisiera —farfulló.

Contuve de nuevo la risa. Me había olvidado lo mucho que detestaba que le hicieran esperar, pero mi disculpa aplacó un poco su enfado.

—Dana, tenemos que seguir, no podemos quedarnos aquí miró alrededor con notoria inquietud.

—¿Y por qué no? Este lugar es precioso.

Dana... —insistió con suavidad.

¡Oh, vamos!, en serio. ¿Por qué no te sientas y te relajas?

«¡Te vendría bien!», dije para mis adentros pensando en su semblante siempre serio. Durante unos instantes permaneció de pie y luego, a regañadientes, se sentó a mi lado. Su proximidad no se me hizo incómoda. Estaba demasiado inmersa en el paisaje para que algo así pudiera importunarme. Pero él no parecía disfrutar igual porque su cuerpo se mostraba rígido.

Esta vez rompí a reír sin disimular.

—¡No sabes relajarte! —exclamé divertida.

Me lanzó una mirada irritada.

—¿Cómo vas a apreciar las pequeñas cosas que te da la vida si no sabes tomarte un respiro para contemplarlas? —insistí.

—Y supongo que tú eres una experta en eso de apreciar la vida y

respirar tranquila.

—No sé si soy una experta —repliqué—, pero desde luego sí lo suficiente para ser feliz y que lo malo no afecte a mi cara...

Puse el freno en cuanto me di cuenta de que mi comentario sobraba. Pero Abel ya me observaba desconcertado.

—¿Qué le pasa a mi cara?

Le miré avergonzada.

—Bueno...verás, casi siempre tienes el ceño fruncido, como si estuvieras chupando un limón —confesé con timidez.

Su confusión se hizo más evidente en su rostro.

—¿Tengo cara de chupar un limón?

—Cuando frunces el ceño —le aclaré sonriendo.

Se tumbó en la hierba y cerró los ojos. Por unos segundos permanecí descolocada, sin saber si debía irme o permanecer a su lado con total naturalidad. Entonces sentí la enorme tentación de aprovechar la situación para espiarle a mis anchas. Y en el escaso intervalo de tiempo que me llevó posar mis ojos en su rostro, no dejé de repetirme continuamente que debía luchar contra aquel impulso, o caería como un insecto en las fauces de una planta carnívora, atraída por su color.

Sin embargo, un insecto siempre será de naturaleza débil frente a cualquier depredador, y del mismo modo yo también sucumbí. Me encontré absolutamente abrumada al descubrir a un Abel muy diferente del que solía intimidarme. Su rostro relajado conservaba la belleza fría y serena de un ángel esculpido en piedra. E igual de perfectos eran sus rasgos. Solo su tez morena lo hacía distinto de aquellas esculturas pálidas que custodiaban las tumbas y los altares.

Percibí su respiración acompasada y me pregunté si estaría dormido. Antes de darme cuenta, me hallaba paseando el dedo por su nariz recta y bien definida, sus pestañas largas y su abundante cabellera sedosa y algo rebelde. Me detuve en sus labios y la siguiente pregunta que me formulé logró que me escandalizara de mí misma.

—¿Sigo teniendo cara de limón? —preguntó de repente.

Aparté el dedo de su cara como si quemara y mis mejillas ardieron al rojo vivo. Abel abrió los ojos al ver que me había quedado muda.

—No —me apresuré a contestar, ocultando parte de mi sonrojo con la mano.

Pero supe que él ya se había dado cuenta, porque sus ojos grises brillaban divertidos, lo que por un momento volvió a ai urdirme. Aunque esto no bastó para aminorar ni un ápice (-I rubor que continuaba incendiándome. El estruendo de mis tripas interrumpió aquel silencio incómodo y deseé más que nunca convertirme en una hormiga, hacer un hoyo en la tierra y no salir jamás.

—¿Hora de comer?

—Sí —reconocí sin mirarle siquiera.

Abrió la mochila y sacó dos fiambreras con un par de cubiertos. Enseguida destapé la mía, muerta de hambre, y vi que había verduras con trozos de carne sospechosos.

—Dana, solo es una menestra de verdura con pollo —dijo al ver que analizaba la fiambarrera llena de recelo.

Aliviada, comencé a comer y no tardé en terminármela. Pero observé que él apenas tocaba su comida. Incluso masticaba a desgana los escasos trozos que se llevaba a la boca.

—¿No tienes hambre?

—No mucho. ¿La quieres tú?

Me mostré dubitativa.

—En serio, Dana, cómetela tú —me insistió.

Durante unos instantes, seguí dudando y finalmente acepté. Siempre que le había visto comer, dejaba su plato prácticamente íntegro. Se me hacía un verdadero misterio que pudiera mantenerse en pie, o que no estuviera tan delgado como un fideo. No obstante, era bastante corpulento y esbelto.

Terminé la segunda fiambarrera y di algunos tragos a la cantimplora. Luego pensé en caminar un poco para bajar la comida.

—¿Te importa si voy a dar un paseo?

—Adelante, pero no te alejes. Y, Dana, hablo en serio —me recalcó severo.

Asentí obediente y me dirigí hacia un pequeño montículo que había cerca. Lo escalé con suma facilidad y desde lo alto observé un hermoso paisaje, rodeado de montañas escarpadas de distintos tamaños y tonalidades verdes, cuyos picos quedaban ocultos por encima de las nubes.

Me senté en una roca y permanecí allí hasta que el sol fue bajando detrás de las montañas, con el silbido del viento como única compañía. Después y solo después, decidí regresar. Mientras descendía por el montículo, vi claramente las llamas de una hoguera que había hecho Abel. Cuando me acerqué, esbozó una media sonrisa y volvió a dejar la mirada perdida, a la vez que con un palo removía entretenido las brasas.

Había apreciado un cambio en él. Ya no se mostraba tan arrogante como de costumbre, y lo agradecí. Pero, en ese momento, su semblante abstraído y el brillo melancólico instalado en sus ojos me llamaron poderosamente la atención.

—¿Ocurre algo?

En cuanto formulé la pregunta, tuve la certeza de que contestaría con una evasiva, igual que siempre que implicaba hablar de él. Y esa misma reticencia la atisbé en sus ojos, cuando antes de hablar me miraron de soslayo.

—Hace mucho tiempo, tuvo lugar la guerra más importante jamás contada y sus perdedores cayeron justo aquí — respondió con voz apagada.

—¿Qué tiene que ver esa guerra contigo? —le pregunté muy confusa.

Me sonrió con suficiencia.

—Yo fui quien lideró aquel ejército de perdedores.

Seguí sin entender lo que decía. En los papeles que tenía con información sobre él, no constaba que hubiera participado en una

guerra. ¿Estaría hablando del accidente en el que le habían dado por muerto? Me dio rabia no poder preguntárselo claramente.

Abel, si tanto te disgusta este sitio, ¿por qué tienes una casa aquí?

Su semblante se tornó sombrío.

—Para no olvidar nunca dónde empezó mi condena.

Parpadeó recuperando la serenidad y sacó un libro de la mochila.

—Dana, te dejaste esto debajo de la ventana —dijo, entregándomelo.

Contemplé mi libro con cariño y acaricié su solapa para despedirme.

—¿Sabes?, he pensado que tú tenías razón en cuanto a leer diarios ajenos.

Antes de que pudiera arrojar el libro a las llamas, su mano me detuvo.

—No hace falta que lo hagas —me aseguró—. Basta con que me expliques por qué llorabas mientras lo leías.

Mis mejillas recuperaron el calor encarnado. La pregunta me había cogido totalmente por sorpresa.

—Bueno... yo... yo —tartamudeé abochornada, sin saber qué decir muy bien.

—Las lágrimas —me interrumpió— son la prueba más pura de la existencia del alma que habita el cuerpo. Jamás te avergüences de llorar —se inclinó ligeramente hacia mí—. Dime, Dana, ¿por qué consideras que él es digno de tu pureza?

Pensé en inventarme cualquier cosa con la que salir del paso, pero aquellos ojos grises suplicaban una respuesta sincera y me fue imposible resistirme. Entrecerré los ojos, concentrándome en las palabras que pensaba confesar.

—A veces, siendo pequeña, me encerraban en una habitación a oscuras cuando me portaba mal —comencé a explicar con voz débil bajo su atenta mirada—. Entonces me revolví y pataleaba histérica; pero a medida que los minutos transcurrían, podía sentir cómo aquella negrura iba envolviendo mi alma, debilitándome, consumiéndome. Y me arrinconaba contra la puerta, sollozando y

rogando que alguien volviera a llevarme de regreso a la luz —hice una pausa y le miré fijamente—. No quiero imaginar lo que es vivir continuamente así, rodeada de tinieblas y de infinita angustia, como ese pobre hombre —concluí mi alegato intentando controlar la humedad de mis ojos y vi que Abel me observaba atónito.

Aparté la vista. Seguro que debía de pensar que era una demente llena de traumas infantiles, me dije avergonzada. Permanecimos en silencio, sumidos en nuestros propios pensamientos, y después él, se levantó bruscamente y se dirigió hacia la hoguera. Extendió sus manos por encima de las llamas y dijo:

—Dana, duerme.

Lo miré confusa y demasiado espabilada para obedecer. Pero fijé mi atención en la hermosa danza que ejecutaban las llamas, al compás marcado por Abel, y todo mí alrededor se convirtió en una nebulosa brillante hasta que cerré los ojos.

Lo siguiente que ocurrió fue que aún, en mi estado grogui, podía sentir claramente cómo alguien trasladaba mi cuerpo, con movimientos precisos y a un ritmo contaste y veloz. A veces escuchaba el crujido de una rama rota ya en la distancia, o el roce de la vegetación que había alrededor. Luego, supe que entrábamos en un espacio cerrado por el cambio brusco de temperatura que se había producido y, a continuación, noté que me depositaban sobre una superficie mullida y blanda, en la que terminé por sumirme en un profundo sueño.

CAPÍTULO 10

Desperté en mi luminosa habitación de invitada. Intenté moverme, pero descubrí que me encontraba envuelta por una manta oscura, que no formaba parte del conjunto de la cama blanca, como la mesilla y el resto de la habitación. Tras forcejear un poco, pude liberarme de la manta. Tenía la misma ropa del día anterior y el pelo lleno de hierba seca. ¿Cómo había acabado ahí sin darme cuenta? Me senté a ordenar las imágenes que iban viniendo a mi mente de forma confusa. Recordaba el valle, a Abel, y nuestra conversación frente a la hoguera. Después, todo se volvía muy difuso y pasé a experimentar sensaciones que bien podían ser parte de un sueño. Agité la cabeza para sacudirme las musarañas. Había cosas más interesantes en las que pensar y a decir verdad, la mayoría tenían que ver con Abel. Por primera vez, habíamos conseguido hablar sin llegar a la sangre. Incluso nos habíamos reído juntos. Se me escapó una sonrisa. Sí, mucho más interesantes y maravillosas.

Me puse en pie rápido y corrí a la ducha. Seguramente él ya estaba abajo planeando hacer alguna excursión. ¿Adónde me llevaría esta vez?, ojalá implicara moverse. Por increíble que pareciera, después de lo mucho que había caminado el día anterior, no tenía ni una agujeta. Al contrario, me encontraba preparada para otra maratón por el campo. Salí de la ducha tarareando a lo tonto y busqué un atuendo que fuera desahogado. Las opciones eran escasas, un chándal viejo y ancho, o EL ARCÁNGEL DE LUZ unas mallas cortas. El chándal suponía más comodidad, pero las mallas me estilizaban más la figura. Me quedé paralizada. ¡Comenzaba a pensar como Laura!

Aun así me puse las dichosas mallas. Luego bajé las escaleras con la misma energía de la mañana anterior. Eché un vistazo por la casa, sin encontrar a Abel. ¿Seguiría dormido? Imposible, eran más de las diez

y él no tenía en absoluto pinta de ser de los que se quedaban pegados a las sábanas. Busqué en el último lugar que quedaba, la cocina, y vi una nota pegada con un imán en la puerta de la nevera que decía así:

«He salido y probablemente pase el día fuera, así que no hagas ninguna tontería como irte tú sola a pasear. Por lo demás en la nevera tienes comida y en el frutero el desayuno. Estás un tu casa. Abel»

No sé por cuánto tiempo permanecí clavada delante de la nevera. «Se ha ido», murmuré amargada. Y lo peor de todo, ¡se había ido sin mí! Arranqué la nota, hice una pelota con ella y la lancé contra lo primero que vi, imaginando que era su cara. Deambulé de un lado a otro de la cocina bufando de rabia y después me asomé al porche para recrearme en las pocas vistas que vería ese día. Desde allí, alcanzaba a escuchar las olas del mar que rompían en los acantilados. Me dirigí hasta la parte trasera de la casa atraída por el sonido, pero seguía viniendo de lejos. De repente, tuve una idea y volví al interior de la casa. Cogí la primera cesta que encontré y metí un par de sándwiches, algo de bollería y fruta para Abel. Tenía la ilusa esperanza de encontrármelo en el camino.

Salí con la cesta y tras media hora andando en línea recta, la vereda se bifurcó en dos sentidos. Tomé el camino de la derecha y pronto se fue convirtiendo en una pendiente más pronunciada. Pensé en dar media vuelta hasta el otro camino, pero perdería mucho tiempo y

nada me aseguraba que aquél fuera mejor. Me armé de valor, sujeté con los dientes el asa de la cesta y comencé a descender apoyada con el trasero y las palmas de las manos. En ese momento, se levantó un vendaval, perdí el equilibrio y aterricé en un pequeño saliente de la ladera, llena de arañazos y golpes. La cesta tuvo peor suerte y cayó al vacío. Asomé despacio la cabeza para ver a qué altura me encontraba. El corazón me dio un vuelco al comprender que si venía otra ráfaga, acabaría estampada contra las rocas afiladas, que despuntaban desde el mar. Había escogido el camino incorrecto, pero ya no tenía forma de dar marcha atrás. Solo me quedaba gritar con la esperanza de que alguien pudiera oírme, antes de convertirme en papilla humana. Me dejé la garganta pidiendo ayuda, mientras cruzaba los dedos suplicando que no se levantara más aire del que soplaba. «Voy a morir», pensé histérica, «estoy segura de que voy a morir». ¿Quién podría escuchar una vocecilla en medio de aquel perdido paraje?

Cerré los ojos, negándome a ver mi propio final, que llegaría de un momento a otro, y entonces oí a lo lejos todo un repertorio de maldiciones. Miré al fondo del acantilado y allí estaba Abel, nadando hacia la hilera de dientes, que se encontraba debajo de mí.

—¡Dana, tírate! —gritó, en cuanto hubo llegado.

Su tono de voz correspondía a su enfado, porque a pesar de la distancia, el viento era un buen intermediario para la comunicación.

—¿Estás loco? Si lo hago, me mato.

—¡Tírate! Yo estoy abajo para impedirlo —volvió a insistir.

—Mejor pide ayuda.

—No hay tiempo, ¡obedece de una vez! —vociferó furioso.

Me puse en pie con piernas temblorosas y volví a asomarme hasta el borde. Las rocas afiladas lo parecían más que hace unos instantes, haciéndome dudar si lanzarme o no.

—Dana, confía en mí —me pidió, adivinando mis temores.

Antes de arrojarme al vacío, observé detenidamente sus ojos llenos de ansiedad. Pero aquel instinto irracional de desconfianza que me

había acompañado desde el día en que le conocí, no permitía que saltara a sus brazos, por mucho que otra parte de mí lo deseara con fervor, y di un paso atrás. Su rostro se contrajo en una máscara de furia, lo que me intimidó más que la propia hilera de dientes de su alrededor. Y entonces ocurrió algo difícil de entender.

Abel pegó un salto fuera del agua y se adhirió a la pared rocosa. Comenzó a trepar sin ayuda de nada, únicamente de su cuerpo, que lo adaptaba a la perfección en cada movimiento articulado que necesitaba hacer.

En tan solo cuestión de segundos, se plantó con otro salto a mi lado. A esas alturas, me había olvidado de que corría peligro y solo podía permanecer boquiabierta.

—¿Cómo... cómo... has hecho eso? —pregunté sin salir de mi asombro.

—¿Sabes nadar? —inquirió, demasiado alterado para responderme.

—Eh... sí.

Bien.

Me atrapó por la cintura con fuerza y se lanzó conmigo al vacío sin titubear, dejando atrás mis gritos. Aunque caíamos a una velocidad vertiginosa, mi cerebro tuvo tiempo de pensar en un par de cosas: que íbamos directos a la muerte por culpa de ese chiflado suicida y que sería una muerte dolorosa. Pero volvió a ocurrir algo extraño...

A escasos metros de estamparnos contra las rocas, el curso de nuestra caída cambió de golpe y aterrizamos a salvo en el agua.

—¡Te dije que no salieras tú sola! —explotó.

Recordé que estaba viva de milagro y también reaccioné.

—¡Imbécil! Si no llega a desviarnos el viento, ahora seríamos puré.

Su expresión colérica se esfumó para dar paso al absoluto desconcierto. Después recuperó su enfado y se alejó nadando, sin esperarme siquiera. Le seguí tan rápido como alcancé a hacerlo, hasta que por fin se detuvo frente a una cala.

—Dana, ve a la playa y trae mi camisa —me pidió cuando estuve a

su lado.

Lo miré de soslayo, no había caído en la cuenta de que iba medio desnudo. «¡Qué rabia!», me dije, fastidiada por haberme perdido el espectáculo. Claro que me encontraba demasiado absorta con sus dotes de escalador, y luego solo pude pensar en la muerte.

—¿Y no puedes ir tú?

—¿Es que nunca vas a hacer lo que se te pide? —me criticó irritado.

Nadé resoplando hacia la costa, sin entender por qué narices tenía que ir yo. Cuando pisé la arena, eché un vistazo alrededor, y no tardé en encontrar su camisa, doblada cuidadosamente encima de una roca. Me pareció raro que, después de haberse tomado tantas molestias para cuidar la prenda, quisiera correr el riesgo de estropearla con el agua del mar.

Sin más preámbulos, la cogí dispuesta a entregársela. Pero antes tuve la tentación de observarle en el agua, esperando irritado a que le devolviera su dignidad. Debía de fastidiarle sobremanera no tener más opción. Y se me ocurrió una idea perversa al recordar las veces en que él me había hecho sentir así.

Me acerqué a la orilla sosteniendo sus pertenencias y dibujé una sonrisa maliciosa.

—No te atrevas —me advirtió.

Verme descubierta tan pronto hizo que por un segundo me planteara continuar. Pero recobré el valor y asumí las consecuencias.

—Si quieres tu camisa, solo tienes que cogerla tú mismo.

Me lanzó una mirada asesina.

—Vamos, he visto a hombres con menos ropa —le dije divertida por su excesivo pudor.

—Y te aseguro que no verás a otro si me haces salir del agua así —me aseguró entre dientes—. Además, debes saber que por estas aguas cálidas suele haber tiburones, y dudo que quieras vengarte hasta ese punto —añadió, apelando a mi lástima.

—Razón de más para que salgas del agua —le rebatí en firme.

Rabioso, dio una palmada al agua.

—Maldita mocosa, ¿acabo de salvarte y así me lo pagas?

—Nadie te obliga a permanecer en el agua.

Volvió a lanzarme una mirada colérica contradiciendo mis palabras.

—En serio, Abel —insistí—, no hay necesidad de que sigas arriesgándote. Si quieres tu camisa, solo tienes que venir a buscarla.

Al mismo tiempo, no dejaba de repetirme que quizás estaba yendo demasiado lejos. Pero de ser así, de existir ese riesgo y preferir asumirlo, era que su motivo iba más allá del simple pudor, por lo que decidí aprovechar mi pequeña travesura con fines más útiles.

—Abel, ¿por qué me has traído a la isla de Pemba?

—Así que esas tenemos —replicó, comprendiendo que el juego había adquirido tintes más serios.

—Responde.

—Porque tú, mocosa, posees algo que yo busco, algo oculto en el rincón más oscuro de tu mente, y sé que esta isla puede ayudarte a despejar la niebla.

—¿Aún sigues con esa locura de pretender acceder a mi mente?

—Estoy muy cerca de conseguirlo, Dana —me aseguró—. Solo es cuestión de tiempo que esa cabecita quede a mí merced.

Sus ojos adquirieron un brillo malicioso mientras lo decía.

—Definitivamente, estás más chiflado de lo que pensaba —opiné molesta y algo desilusionada de conocer su estúpido motivo en realidad—. Dime, ¿y cómo piensas justificar a mi jefe estas vacaciones improvisadas?

—Mientras cumpla con el precio acordado, no creo que le importe tener una reportera de menos. En cualquier caso, ése* sería tu problema ¿Has terminado ya con el interrogatorio?

—Una última pregunta, ¿cómo sabes lo de mi padre?

Recuperó su arrogancia con una sonrisa.

—Luca, el hombre que por amor a su familia quiso hacer un pacto con el diablo —dijo sin sentido alguno—. ¿Cómo olvidarme de él,

Dana?

—¿Qué narices quieres decir con eso? —protesté, cansada de que siguiera jugando conmigo.

—¡Basta de preguntas! Ahora es mi turno.

Antes de que pudiera replicar, Abel ya se había sumergido en el agua. Esperé un rato, convencida que tarde o temprano tendría que asomar la cabeza para coger aire. Pero los segundos pasaron y él seguía sin aparecer. El corazón comenzó a latirme con fuerza, al imaginar que tramaba algo. Solté su camisa y me apresuré a esconderme en el palmeral que bordeaba la playa. Busqué una palmera de tronco ancho con intención de montar un puesto de vigilancia. El plan era esperar allí hasta que Abel se calmara y renunciara a la idea de cobrarse la mala pasada. Caminé atenta, registrando todo el perímetro y de pronto su voz me sorprendió por la espalda.

—Caperucita, ¿buscas a tu abuelita? —se mofó de mí, interpretando a la perfección el papel del lobo feroz.

Estaba apoyado en la palmera que bien podía haber sido mi refugio y con la camisa ya puesta. Me pregunté en qué momento había podido ponérsela sin ser visto. Poco importaba ya eso. Eché el pie dispuesta a huir, pero él fue más rápido que yo y me apresó antes de que pudiera lograrlo. Luego me tapó la boca, silenciando mi grito mientras que con la otra mano me mantenía sujeta contra él.

—Shh, no te muevas —susurró—. Gira la cabeza a tu derecha.

Obedecí despacio y comprobé con horror que una serpiente de vivo color verde reptaba por el tronco de la palmera, a la altura de mi cara.

—¿No crees que hace juego con tus ojos? —se burló de forma retorcida—. Si te comportas como es debido, no te ocurrirá nada.

Permanecí paralizada presa del terror.

—¿Sabes? —continuó—. Después de nuestro pequeño acercamiento de ayer, estaba dispuesto a olvidarme del asunto, pero ahora que he visto cómo la fierecilla saca sus uñas, yo también voy a saciar mi

curiosidad —manifestó con aire malévolo—. ¿Cómo era el juego?, ¡ah sí! Uno preguntaba y el otro no tenía más opción que contestar.

Me agité nerviosa al percibir su furia camuflada con feroz sarcasmo y lo único que logré fue que me sujetara con mayor fuerza, llegando incluso a lastimarme.

—Empecemos con la primera de ellas: ¿qué sabes de mí?

Apartó la mano para que pudiera hablar, pero guardé silencio. Entonces, la serpiente avanzó un poco más hacia mí, en actitud agresiva. Casi podía notar en mi cara la humedad de su asquerosa lengua siseando y se me erizó la piel de pura grima y miedo.

—Te sugiero que hables si no quieres que tu precioso rostro acabe con una cicatriz, y más vale que no me mientas o te hagas la tonta con eso de que «no sabes a que me refiero» —me advirtió con severidad.

Aparte del miedo, sentí algo de vergüenza al entender que ese cretino, había estado al tanto de mi teatrillo.

—No sé mucho en realidad —dije siendo sincera—. Solo que eres un coleccionista de arte y que te va bien defendiendo a criminales.

Esto último no era nada nuevo, pero traté de ofenderle recordándoselo con ironía.

—Sigue —me ordenó, convencido de que estaba al tanto de más cosas.

Guardé otra vez silencio y la maldita serpiente, que parecía amaestrada por él, volvió a aproximarse.

—Está bien, está bien —me rendí, antes de que se acercara un milímetro más a mí—. Sé que varios de tus clientes han desaparecido después de que tú les defendieras —terminé escupiendo.

—¿Por eso fuiste aquel día a la cárcel?

—Sí.

Se rascó la barbilla, pensativo.

—Sabía que tramabas algo, pero no que tuvieras una sospecha clara —pensó sorprendido en voz alta—. ¿Y qué más cosas has investigado sobre mí?

—Nada más, de verdad.

Me observó detenidamente unos instantes y al fin quedé liberada de los grilletes de sus brazos.

—Y ahora que nos hemos sincerado, ¿amigos otra vez?— me preguntó como si tal cosa.

—¡Cretino! —le grité, propinándole un empujón.

Eché a andar, demasiado furiosa como para tenerle delante y no hacer ninguna tontería, y aunque oí que me llamaba en repetidas ocasiones, no detuve mi paso. Noté su mirada clavada en mi espalda mientras me alejaba. Intenté hallar una salida, pero comprendí que la playa se encontraba totalmente incomunicada. Me senté en una duna a esperar a que mi enfado menguara. El sabía que tarde o temprano, tendría que recurrir a su ayuda para salir de aquel lugar y se limitaba a esperar muy tranquilo ese momento. Me rechinaron los dientes.

—¿Tienes hambre?

Giré la cabeza sorprendida de que se hubiera acercado con tal sigilo. Abel sostenía una hoja de palmera envuelta entre sus manos. Me tendió el singular paquete y comprobé que dentro había un buen puñado de dátiles.

—¿Ésta es tu forma de disculparte?

Me miró irritado.

—No veo por qué tendría que hacer tal cosa —replicó—. A ti tampoco pareció importarte que corriera peligro en el agua.

—Eso fue porque quisiste. En cambio, yo tuve que soportar a ese asqueroso reptil a un palmo de mi cara, y si no piensas disculparte como es debido, más vale que no me dirijas la palabra.

Luego desvié la mirada y lo ignoré. Pude escuchar que gruñía por lo bajo.

—Está bien, mocosa, quizás me excedí —dijo entre dientes.

Volví a mirarle con incredulidad.

—¿Quizás?

—¿Tú también piensas disculparte por la parte que te toca? —exigió

a cambio.

Guardé silencio y me conformé con aquella media disculpa.

—Eso imaginé —replicó—. Lo cierto, Dana, es que parece que los dos tenemos serios problemas para controlar nuestro genio, ¿no crees?

—¿Significa eso una nueva tregua?

Respondió con una sonrisa resplandeciente, y, al igual que siempre, me quedé anonadada.

—¿Qué tal si firmamos este nuevo tratado de paz, dándote a conocer un sitio nuevo?

—¿Un sitio nuevo? ¿Y qué sitio es ese? —quise saber, incapaz de reprimir mi curiosidad.

—Ven, Dana —dijo tomándome de la mano, aún sonriente.

Le seguí por el palmeral comiendo los dátiles y cuando llegamos a una pared rocosa nos detuvimos en seco. El muro estaba cubierto por enredaderas con diminutas flores malvas, pero aparte de eso no tenía nada de especial. Observé a Abel sin poder disimular mi decepción. Este respondió con una sonrisa picara.

—¿Sigues teniendo miedo a la oscuridad?

Me sentí algo incómoda. Contaba con que se olvidaría de esa estúpida confesión.

—Eso fue cuando era pequeña —le aclaré ruborizada.

Volvió a tomarme de la mano, y con la otra apartó la cortina de enredaderas. ¡Había una cueva detrás! Comenzamos a avanzar por la total negrura. No entendía cómo Abel, podía caminar sin tan siquiera tener que tantear con las manos los posibles obstáculos. Mientras que yo tropezaba con cada piedra que me iba topando a mi paso. A medida que avanzamos, el techo de la gruta fue ganando altitud, y tras casi un cuarto de hora de seguirle a trompicones, nos hallamos a una cámara subterránea.

Enmudecí ante aquel paisaje más propio de las historias de Julio Verne que de la realidad. El techo creaba diversos arcos de piedra, similar a la estructura de una catedral hecha por la naturaleza. Al

fondo de la gruta, había un estanque color turquesa, donde caía una cascada formada por el agua filtrada de algún riachuelo, proveniente de la montaña que estaba justo encima. Pero lo más impactante eran los diminutos cristales blancos insertados a lo largo del suelo y las paredes, que soltaban destellos hacia todas direcciones.

Me metí en el lago sin quitarme la ropa. El agua era excesivamente fresca y me estremecía según iba sumergiéndome. Abel se limitó a observarme con fijeza, sentado en una de las rocas redondas de los alrededores del estanque.

—¿Tú no te metes? —pregunté, algo cohibida por ser el centro de su atención.

Parpadeó un par de veces antes de responder y comprendí que en realidad estaba distraído. Distraído en mí.

—No, yo prefiero permanecer sentado aquí —se apresuró a decir, visiblemente molesto de verse sorprendido.

Pero solo unos instantes más tarde, volvió a relajar el semblante sin apartar la vista de mí, y decidí darle algo en lo que pensar de verdad. Me alejé nadando al otro extremo del lago. Abel me miró cargado de sospecha. Le dediqué una sonrisa intencionada, me introduje en el agua, nadé hacia él y emergí de pronto.

—Parece que no has tenido suficiente con lo de antes —refunfuñó, cuando le salpiqué de arriba abajo.

Yo no podía dejar de reír.

Salí del agua escurriéndome la camiseta y el pelo. Acto seguido, vi por el rabillo del ojo cómo se levantaba de la roca y avanzaba hacia mí con decisión.

—Eh... Abel, era una broma —balbuceé, temerosa de su posible represalia.

No se detuvo y comencé a retroceder hasta que mi espalda topó contra la pared. Entonces él me arrinconó dejándome sin escapatoria e inclinó su rostro a un palmo del mío. En sus ojos pude apreciar una especie de lucha interna, como un león preguntándose si debe devorar

a su presa. Y lo hizo. Su boca apresó la mía, engulléndola a un ritmo constante e intenso que nos hizo caer al suelo, donde nuestros ojos volvieron a encontrarse. Su rostro se mostraba contrariado, mientras que yo, en cambio, le observaba atónita, porque acababa de obtener la respuesta a una de mis preguntas no formuladas. Y la realidad superó con creces a lo que había llegado a imaginar. Sentir sus labios había supuesto caminar por el mismísimo límite, hasta caer extasiada por culpa del vértigo. Fue como me convertí en una adicta al peligro que, insaciable, entrelacé mis dedos en su cabellera oscura y lo atraje hacia mí sin pensarlo. En un principio, reaccionó sorprendido, pero no tardó en responder al beso de una forma igual de intensa.

Aquel gesto apasionado se prolongó en una serie de caricias tiernas y cargadas de deseo. Fue una manera de alargar la misma sensación. El mismo éxtasis.

Deslicé una de mis manos debajo de su camisa y palpé algo con relieve a la altura de un omóplato. Levanté un poco la lela y observé una marca de nacimiento muy similar a la mía, aunque mucho más grande y pronunciada. «Así que ahí está la razón de su excesivo pudor», llegué a la conclusión.

Abel se apartó de mí, en cuanto fue consciente de que examinaba su espalda.

—No tienes por qué avergonzarte, yo también tengo una marca muy similar —me apresuré a decirle para que se calmara.

Permaneció estático y mudo, intentando recobrase de todo lo que acababa de suceder. Y su semblante volvió a tornarse tan serio como era característico en él.

—Esto ha sido un error —sentenció.

Su comentario me dejó helada.

—¿Te refieres a nuestro beso? —pregunté sin dar crédito.

—¡Me refiero a todo! El haberte traído a esta isla, a mi casa, luego aquí, el..., el... —no se atrevió siquiera a pronunciar la palabra. Alzó la mirada al techo, con una mano apoyada en sus revueltos cabellos y la

expresión llena de confusión—. Dana, esto jamás debe volver a repetirse. Nuestros caminos están marcados por una línea enemiga y eso no puede cambiar por nada del mundo.

—Pero tú mismo dijiste que teníamos que hacer un esfuerzo por llevarnos bien —alegué sin entender ese cambio de actitud. Sin entender nada.

—Eso no significa que podamos romper aquello para lo que estamos destinados. Y tú has sido creada con el único fin de obstaculizarme el paso, mientras que yo debo impedírtelo como sea necesario, y así tiene que seguir siendo.

Guardé silencio, sin objetar nada. Me sentía mas desconcertada que antes.

—Bien, ahora regresemos antes de que se haga de noche.

Esta vez no me cogió de la mano para guiarme en la oscuridad. Anduvo delante de mí, aminorando el paso cada cierto tiempo para que le diera alcance. Tampoco volvimos a dirigirnos la palabra. Recorrimos el camino hasta la playa en completo silencio, y cuando llegamos a una zona boscosa, atravesamos una vereda escondida detrás de unos arbustos. Aquel era el camino que debía haber escogido en un principio.

Por la tarde, continuó reinando el hostil silencio entre nosotros. Abel se abstrajo en su portátil y me ignoró, y yo Ungía leer un libro, cuando en realidad estaba reviviendo el momento de mi caída por el precipicio, hasta mi segundo descenso vertiginoso. Había sido un día extraño en todos los sentidos. La manera en que él había podido escalar por aquella pared rocosa, con la facilidad de una araña... Lo cerca que estuvimos de morir hechos papilla y cómo, en el último momento, el viento había soplado con la fuerza justa para desviarnos de la zona de peligro. Luego pensé también en las palabras de Abel acerca de mi padre, de nosotros... en nuestro beso. Eso más bien me tenía en las musarañas. Aunque no alcanzaba a entender cómo se podían torcer tanto las cosas después de un momento como ése. ¿Qué

había querido decir con que estábamos destinados a ser enemigos? ¿Y esa extraña marca parecida a la mía...? Resoplé hecha un lío. Abel escondía tantos secretos que iba a volverme loca.

De repente, se levantó de la mesa que compartía conmigo y se alejó al extremo opuesto del salón. Estaba utilizando de nuevo la distancia como barrera entre nosotros y tuve que controlar la respiración, a fin de que la rabia no brotara en forma de lágrimas. Prefería, incluso, soportar su arrogancia que su desprecio y cansada de aquella situación opté por hacer algo.

En cuanto vio que me acercaba a él, torció su cara de disgusto hacia la ventana y mi estómago se comprimió por su nuevo rechazo.

—¿Abel?

Ni se inmutó siquiera.

—... He pensado que podríamos hablar.

—No hace falta que te molestes —respondió en un tono seco, sin apartar la vista de dónde la tenía.

—Solo ha sido un beso —dije, quitando importancia al asunto.

¡El mejor de toda mi vida! Pero no era necesario otorgarle la medalla, y menos si pretendía demostrarle que por mi parte todo seguía igual. ¿O no?

Entonces giró su rostro hacia mí, pero en lugar de alivio, noté un profundo fastidio.

—Hablas como toda una experimentada —se burló con frialdad.

Contuve el aliento intentando encajar el golpe. Luego giré sobre mis talones llena de odio y casi me doy a la carrera cuando percibí que él se había movido para detenerme. No llegué a la escalera, su mano se aferró a mi brazo y tiró de mí con firmeza para obligarme a dar la cara.

—¡Dana, para! —me ordenó, al ver que no dejaba de revolverme.

—¡No tienes ningún derecho a reprocharme nada! —le grité furiosa.

—Tienes razón.

Me quedé paralizada al oír esas dos palabras pronunciadas en sus

labios.

—No es de mi incumbencia con quién hayas estado o pienses estar. De manera que me disculpo por mi grosería.

Sus ojos brillaban sinceros.

«¿Y ahora cómo voy a ser capaz de mantener mi enfado?», me pregunté entre descolocada e irritada conmigo misma. Solo le habían bastado unos instantes para conseguir disipar por completo mi rabia y que le observara tal y como lo estaba haciendo en este momento, con cara de pasmarote. «Por favor, por favor, que no sonría», rogué; que no sonriera o iba a tener serios problemas de incontinencia con la saliva. Y por supuesto, sonrió. De la forma perversa, pero arrebatadora que caracterizaba a ese granuja.

—Que descanses, mocosa —susurró dándose por perdonado.

Mi cara de pánfila así se lo había hecho saber.

Sus manos sostuvieron mi rostro y casi sufrí un síncope al presentir lo que sucedería a continuación. Sin embargo, mi decepción fue mayúscula cuando sus labios, en vez de fundirse nuevamente con los míos, se limitaron a rozar mi frente, en un beso dulce, cierto, pero demasiado casto para lo que mi mente había fraguado. Igualmente, subí las escaleras flotando. Aunque la agilidad que había ganado esos días me abandonó unos segundos y tropecé con los primeros peldaños. De reojo pude ver sus esfuerzos por no reír. Ni siquiera entonces pude enfadarme. Estaba demasiado absorta para hacerlo.

Cerré la puerta de la habitación y me dejé caer en la cama, como si en lugar de un colchón, lo hubiera hecho sobre una nube. Vale, tenía que reconocerlo, Abel Rumsfeld, ese mismo i retino que me inspiraba sospecha, que conseguía irritarme hasta límites insospechados, e incluso hacía que a veces quisiera asesinarle, también me trastocaba los sentidos por completo.

A lo mejor mi deseo por él nacía de todos los anteriores sentimientos nocivos, lo que me convertía en una masoquista. Solo así podía explicarse que me gustase jugar con fuego. Llegué a la

conclusión de que tenía dos opciones; o bien me ponía en manos de un terapeuta o intentaba ir más allá con Abel. Mientras lo debatía, el sueño fue ocupando más espacio en mi mente.

En aquel pasillo en el que me encontraba reinaba la oscuridad. Caminé despacio y no tardé en llegar a una habitación cubierta de espejos. En cuanto puse los pies adentro, la puerta se cerró de golpe y vi el reflejo de mi padre en una de las lunas de cristal. Ya no albergaba dudas, estaba soñando. A su lado apareció la imagen de una mujer con los ojos verdes tan claros como los míos y su pelo igual de rizado. No lo conocía, pero supe que guardábamos una relación sanguínea.

—Dana, el momento cada vez está más cerca —dijo mi padre con voz grave.

—¿A qué momento te refieres?

—Muchos son los enemigos que te acechan, pero él es el peor. ¡Hija, aléjate de él!

—¿De quién? —pregunté muy nerviosa.

Una sombra emergió de la nada y se apoderó de la mujer.

—Ya es tarde para ella —dijo mi padre, al ver que observaba la escena horrorizada y sin saber qué hacer.

Y luego la misma sombra apareció...

—¡Corre! —me gritó—. Tú aún puedes salvarte.

EL ARCÁNGEL DE LUZ La puerta volvió a abrirse y salí de la habitación presa del pánico. Hasta que me detuve y con la respiración entrecortada me dije: «tranquila, esto es una pesadilla. Una maldita pesadilla de la que voy a despertar en cualquier momento». Entonces algo atrapó mi pie y comenzó a tirar de mí hacia afuera. Me dejé las uñas en el intento por resistirme. Grité y pataleé con los ojos cerrados, tanto como pude, mientras la sombra intentaba apoderarse de mí, como había hecho con esa mujer y mi padre. Pero, de repente, me llamó por mi nombre en un tono de voz insistente y de preocupación.

—¡Dana! Abre los ojos —me ordenó—. ¡Dana!

Abrí primero un ojo y luego el otro. Sentí un alivio absoluto al contemplar el rostro de Abel en medio de la penumbra que rodeaba la habitación, y sin pensarlo me abalancé a su cuello para abrazarle. Su cuerpo se tornó rígido e intentó zafarse de mis brazos con movimientos suaves, pero firmes.

—¿Se puede saber qué estabas soñando para que te tenga así?

—Fue horrible —musité entre jadeos—. Primero mi padre y esa mujer en los espejos y después aquella sombra...

—¿Tu padre y esa mujer? —me interrumpió—. ¿De qué hablas, Dana?

—Había una mujer al lado de mi padre que se parecía mucho a mí, y él se puso a decirme cosas extrañas. Luego fueron atacados por una sombra que intentó hacer lo mismo conmigo.

De repente, me di cuenta de que parecía una niña de cinco años tratando de explicarse, y me sonrojé. Pero por chocante que pudiera resultar, seguía percibiendo esa sombra muy cerca de mí.

—¿De qué te habló exactamente tu padre?

Me encogí de hombros.

—De un momento cada vez más cerca y de enemigos acechando alrededor. ¡Yo que sé! —objeté confusa.

Se me hacía absurdo su interés, ya que no dejaba de ser un sueño. Pero su semblante se había ensombrecido, como si mis palabras fueran sinónimo de problemas.

—¿Qué ocurre?

—Nada —se apresuró a decir en un tono brusco—, y ahora vuélvete a dormir.

—¡Espera! —grité, antes de que desapareciera por la puerta—. Aún tengo miedo.

Resopló con acritud dándose la vuelta.

—Dana... no creo que deba ser yo quien vele por tus sueños.

—Por favor —insistí.

Lo miré con ojos desvalidos apelando a su lástima, y sorprendentemente pareció funcionar. Me gustó disponer de cierto influjo sobre él. Se sentó en el borde de la cama, para poner todas las distancias posibles entre ambos.

— ¿Dana?

— ¿Sí?

— Quizás sería mejor regresar mañana mismo a Valencia —-soltó sin más.

Alcé la mirada asombrada, hasta su rostro.

— ¿Y qué hay de tus planes de abducirme la mente y todo eso? Aún no lo has conseguido.

En el fondo, dudaba de mis propias palabras.

— Mocosita, de verdad que no me tomas en serio —gruñó antes de anunciar—. He decidido desistir.

— Bien, pues yo he decidido que nos quedemos más tiempo.

— ¿Es qué te has propuesto llevarme la contraria continuamente? — se quejó con exasperación.

— No. Solo quiero que empieces a entender que no soy una muñeca a tu antojo. La decisión de venir aquí con esa idea absurda fue tuya, y ahora no me apetece volver tan pronto sencillamente porque tú hayas fracasado en lo que te proponías que, por otro lado, ¿qué esperabas?

— No he fracasado. He desistido, que es diferente —me recalco molesto—. ¿Es qué no entiendes que es mejor así?

— Abel, si he de ser sincera, yo casi nunca te entiendo.

Ni lo que me hacía sentir tampoco, que era tan irracional como sus palabras.

— Está decidido, ¡nos quedamos!

Escuché que refunfuñaba por lo bajo. Le crispaba que me resistiera a abandonar la isla por el mero propósito de contradecirle. Pero mis razones iban más allá del deleite por fastidiarle. En realidad, había decidido que quería seguir conociendo a ese Abel apasionado, quería volver a sentir sus labios... Y ahora era yo la que tenía motivos para

seguir en Pemba, por lo que decidí pasar a la acción. Me levanté de la cama esquivando el enorme cuerpo de Abel, que me observaba desconcertado, y abrí el cajón de la cómoda.

¿Qué haces?

Esa pesadilla me dejó hecha un asco. Voy a cambiarme —respondí por encima del hombro.

En el fondo era verdad, aunque ya tenía la excusa perfecta para utilizar una de las prendas de lencería que Laura me había metido en la maleta. En un principio, había sentido deseos de matarla por ello, pero en este momento le estaba muy agradecida. Rebusqué entre tanto encaje con estampados felinos y mil horteradas de ese estilo. Se trataba de resultar atractiva, no la madame de una casa de citas. Al final, me decanté por un conjunto compuesto de una camiseta ajustada de tiras y un culote con dibujitos, y corrí a cambiarme al baño.

Antes de salir con aquello puesto, me estudié con detenimiento en un espejo que había incrustado en la pared. Era sugerente y al mismo tiempo conservaba cierto aire de inocencia. «Perfecto», me dije complacida con la imagen que pretendía mostrar. Pero cuando apoyé la mano en el picaporte de la puerta, me surgieron nuevas dudas. «¿Y si me rechaza como en Valencia?», la humillación sería horrible.

No, nada de eso. Todo esto lo había provocado él, besándome de la forma arrebatadora en que lo hizo. Así que era culpa de Abel y no mía que intentara seguir experimentando. Me sacudí los temores y salí decidida. Después aguardé nerviosa su reacción plantada delante de él. Su boca se entreabrió mientras sus ojos me recorrieron de forma pausada de arriba abajo. Luego se le crispó un músculo de la cara y su mirada se posó en la mía acusándome directamente.

—Es que ya no me queda más ropa de dormir y he tenido que coger un pijama prestado —mentí con aire inofensivo ante su posible reproche.

Sus ojos me confirmaron enseguida la escasa credibilidad que le

daba a mi explicación. Pero ya no había marcha atrás y eché un pie adelante dispuesta a meterme otra vez en la cama.

—Espera —me detuvo con la mandíbula rígida.

Salió de la habitación y volvió segundos después con varias prendas de ropa que arrojó encima de la cama.

—Puedes ponerte estas camisetas viejas que ya no uso.

Lo miré perpleja y levanté una de las camisetas, para examinarla con una mezcla de irritación y desilusión.

—Pero esto me va a llegar hasta los tobillos —me quejé al ver el tamaño desproporcionado de la tela para conmigo.

—Ésa es la idea —me aclaró—, que te tape todo lo posible.

De lo contrario, me niego a permanecer a tu lado, Dana.

Tuve deseos de tirarme al suelo y patalear de pura frustración. Pero recordé que era adulta y, a regañadientes, me puse una de aquellas camisetas. Satisfecho, se volvió a colocar en el borde de la cama y permaneció ahí en silencio. No hizo falta que me arrojara siquiera, con la camiseta era igual que llevar una sábana incorporada. Había vuelto a fracasar en el juego de la seducción.

* * * * *

Y en los días siguientes tampoco me fue mucho mejor. Abel siempre pasaba las horas lejos de mí. Se iba temprano y no aparecía hasta caer la noche; o llamaba al hijo de los Kanga y ¡c pedía que me tuviera todo el día de excursión. Uno de los pocos momentos en los que coincidíamos era durante la cena, que preparaba él. A veces le sorprendí mirándome de manera furtiva, pero enseguida me rehuía la mirada, o se levantaba de la mesa con repentinas prisas y me dejaba contemplando su vacío, al borde de las lágrimas. Su desprecio resultaba cruel e hiriente.

Al menos ya no discutíamos. Sencillamente no se daba la oportunidad de hacerlo, puesto que entre nosotros reinaba un silencio monacal. Pero había un momento del día en el que yo basaba mi

ilusión y contaba las horas de espera. Era cuando antes de irme a la cama, él rozaba sus labios en mi frente y me deseaba buenas noches. Aquel casto ritual se había convertido en toda mi razón para proseguir en Pemba. Ya no albergaba esperanzas de que entre nosotros ocurriera algo más, sabía que ese sería el único contacto que recibiría de su parte. Hasta que regresáramos a Valencia y cada uno tomara su camino.

CAPÍTULO 11

Una mañana me encontraba en el jardín con Bábila, la hija de los Kanga. La chica me estaba enseñando a hacer un collar con huesecillos de animal, mi regalo para Abel.

Al ver que él me observaba con detenimiento desde el porche, me apresuré a esconder el collar, y Abel me bordeó con intención de evitarme cuando se vio descubierto. Era la actitud que había tomado últimamente. Pero Bábila corrió por el césped para alcanzarle y, tras decirle algo en el oído, la siguió en mi dirección con evidente desgana.

—Dana, Bábila quiere saber si te gustaría asistir a la fiesta de esta noche —tradujo, sin mucho entusiasmo.

—¿Una fiesta?

—Sí, se hará en la playa.

—¿Al estilo hippie?

Siempre había querido ir a una.

Arqueó una ceja con desdén por la comparación.

—Habrá una hoguera y supongo que cantarán y bailarán alrededor de ella. Si eso te vale...

—¡Desde luego que sí! —dije encantada con la idea.

Bábila supo interpretar el sonido de mi voz y también mostró su entusiasmo, con una sonrisa llena de dientes inmaculados.

—¿Y tú vendrás? —quise saber con manifiestas ansias.

—No lo creo —contestó seco.

Mi esperanza de que aceptara era mínima, pero aun así, no pude evitar bajar la cabeza con cierto desencanto, mostrando de nuevo más de lo que deseaba. Esto pareció hacer mella en Abel, que permaneció indeciso un instante. Aunque finalmente se marchó.

Seguí a Bábila, cabizbaja, hacia el interior del bosque, donde se encontraba el prado y el lago que había visto en mis sueños.

Enseguida la adelanté porque me había vuelto bastante ágil y ya estaba acostumbrada a la zona.

Cuando llegamos al prado, observé un concurrido número de mujeres dentro del lago, que se bañaban unas a otras entre risas; mientras que, en la orilla, otra se encargaban de engalanar los cuerpos desnudos de las mujeres que iban saliendo del agua, con extraños símbolos hechos de una masilla a base de aceite y polen de flores. Puse mala cara. Algo me decía que tenía que pasar por ese trance antes de poder ir a la fiesta, y no me equivoqué. Bábila tiró de mi mano hasta el lago, dispuesta a que empezáramos con el proceso de embellecernos. ¿Es que ni siquiera en este tipo de fiestas te librabas de algo así? La única razón por la que no daba media vuelta y huía era porque las paredes de la casona de Abel me recordarían su ausencia, y la consecuente comedura de cabeza buscando una explicación a su actitud sería mil veces peor que cualquier tratamiento de belleza al que debiera someterme. Así que cuando salí del lago, aguanté que me embadurnaran el cuerpo con aquel mejunje para luego cubrímelo con una túnica color salmón. Acto seguido, me recogieron el pelo a lo alto de la cabeza y me lo adornaron con narcisos blancos.

Ya de noche, me dio rabia comprobar que los hombres se habían ocupado de lo más divertido, decorar la playa; donde en el centro se alzaba una gran pira hecha a base de ramas y hojas de palmeras. En la arena también había clavadas multitud de antorchas que rodeaban la hoguera. Las mujeres empezaron a cantar y a danzar al son de la música que tocaban sus maridos, con instrumentos fabricados con madera y membranas de la piel dura de algún animal.

Y entonces lo vi, sentado en la arena y apartado del tumulto nativo. El corazón me pegó un salto dentro del pecho. Me froté los ojos creyendo sufrir una alucinación, pero a la vez que me iba acercando, su imagen se hizo más nítida. Cuando llegué a su lado, le sonreí con timidez y él me respondió analizando mi indumentaria con atrevimiento.

—¡Al final has venido! —le saludé con una sonrisa exultante.

—He querido saber cómo te las apañabas con un puñado de nativos, y ya veo que te adaptas bien —dijo volviendo a echarme una breve ojeada.

—¿Te gusta? —inquirí sonrojada.

Era la primera vez que le formulaba esa pregunta a un hombre.

Arrugó el ceño cuando su mirada se detuvo en mi cabeza recargada de narcisos blancos. Alargó la mano y los quitó lodos, menos uno, que colocó detrás de mi oreja. Luego deshizo el moño dejando que el pelo me cayera en una cascada de espirales rubias.

Ahora incluso más que antes —dijo devolviéndome la sonrisa.

Ambos nos quedamos ensimismados el uno con el otro, hasta que él irrumpió ese momento con un leve carraspeo.

—¿Y estás disfrutando de la fiesta hippie? —se burló con simpatía.

—Sí, pero todavía no sé qué se celebra.

—En realidad, no es una celebración. Es más bien un ritual para ahuyentar a los malos espíritus o a los demonios que puedan atentar contra sus cosechas y contra ellos. Pero es obvio que no les da muy buen resultado —añadió con una nueva nota de burla.

—¿Por qué lo dices?

En lugar de contestar, desvió el curso de su mirada hacia el tumulto de personas que seguían bailando y cantando alrededor de la hoguera.

—Dana, ¿ves aquellos instrumentos que están tocando? —dijo señalando al grupo de músicos que los tenían dispersos entre ellos—. Sus nombres son: kalimba, cununo y tamboras y al parecer, los sonidos que emiten repelen toda clase de seres malignos. ¿Ves a los dos hombres que permanecen quietos al lado?

Señaló un poco más a la derecha y observé a un hombre que sujetaba un cuerno gigantesco, y a otro mucho más mayor, que contemplaba al resto en silencio.

—El instrumento que sujeta es un colmillo de elefante, y se llama

karko —me explicó Abel, bajo mi atenta mirada—. Con él anunciará al chamán que aguarda a su lado, y cuya labor consiste en officiar la ceremonia.

Después de ese momento, volvimos a quedarnos en silencio sin dejar de mirarnos. Y ahí estaba yo, increíblemente feliz porque Abel había decidido dirigirme la palabra. ¿Podía llegar a ser más patética?

Esta vez fue Bábila la que interrumpió nuestro contacto visual y tiró de mi brazo para que me uniera al baile, con Abel siguiéndonos detrás. Me quedé clavada en medio de las mujeres danzarinas, sin tener idea de cómo moverme con aquel ritmo. Abel se había sentado a unos metros de mí y observaba divertido mi semblante horrorizado, que distaba mucho del ambiente jovial de mí alrededor. Bábila se apiadó de mí y decidió darme una clase improvisada de baile. Con poco tino, comencé a imitarla danzando de la manera sensual que lo hacia ella, o al menos ésa era mi intención. Pero descubrí que Abel apartaba repentinamente su mirada, como si le doliera verme, y me dije que muy bien no debía de estar haciéndolo.

—¿Por qué no lo intentas tú también? —le insté a unirse a mí, con la idea de no ser la única torpe allí.

—No, gracias.

—¡Venga! Seguro que a ti te resulta más fácil.

—He dicho que no quiero, no que no sepa —masculló ofendido—. Además, este tipo de danza la bailan las mujeres con ánimo de seducir a sus maridos.

Me sonrojé al comprender su incomodidad y salí del círculo de féminas lo más rápido posible. De repente la música cesó, las mujeres pararon y se creó un silencio lleno de expectación. El hombre que sujetaba el colmillo lo alzó soplando por él y dio paso al chamán, tal como había predicho Abel.

El anciano se situó presidiendo el círculo y alzó las manos hacia el cielo.

—Está reclamando la atención de los espíritus guerreros de sus

ancestros para que le fortalezcan en el proceso de la purificación —me explicó una vez más.

—¿De la purificación?

Una de las mujeres se acercó hasta el chamán y le entregó algo oscuro y peludo. El corazón me dio un vuelco cuando extendió ambas manos y mostró orgulloso el cachorro de perro que pensaba sacrificar.

Dejé escapar un grito.

—Dana, será mejor que te alejes y no veas esto.

No hice caso. Me era imposible apartar los ojos del pobre animal y del chamán.

Este agarró con rudeza al tembloroso animal por la piel del cuello y con la otra mano libre, desenfundó un pequeño cuchillo que llevaba en la cintura. El cachorro se revolvió nervioso en el aire, emitiendo chillidos con los que conseguía traspasarme el alma.

Abel me dio la vuelta y con un suave empujón, me instó para que esta vez hiciera caso y no presenciara la cruenta escena. Pero según me alejaba, mi torrente sanguíneo alcanzó un nivel alarmante de excitación. Y sin más, mi cuerpo supo lo que tenía que hacer. Atravesé la distancia que me separaba del chamán a una velocidad inimaginable y antes de que el resto pudiera percatarse de lo que estaba pasando, le asesté una patada en la mano y me hice con el cuchillo en pleno vuelo. Todos los allí presentes me observaban paralizados, menos Abel, que me miraba serio, hasta irritado, pero no sorprendido.

Sin piedad alguna, presioné el arma contra la garganta del anciano y le exigí el cachorro, que en ese momento él sujetaba con manos temblorosas. Aun así, se mostró reticente a obedecer, por lo que tuve que hacerle ver que iba en serio y le propiné un corte superficial en la piel, del cual brotó un hilillo de sangre. Su olor se filtró hasta mis fosas nasales encendiendo aún más aquel lado salvaje de mí que desconocía, y tuve que contenerme para no hundir con mayor profundidad el cuchillo. El chamán, aterrado, me entregó por fin la

bola peluda. Pero continué apresándolo a modo de rehén, con intención de protegerme del ataque de sus congéneres. Esta forma de pensar, urdiendo planes de estrategias de ofensiva al más puro estilo de un profesional de combate, tampoco era propia de mí. Sin embargo, me salía cavilar así sobre la marcha. Como si fuera algo instintivo.

Los demás se habían recuperado de la conmoción y estaban estudiando la manera de cogerme desprevenida. Incluso en esos momentos desarrollé una capacidad fuera de lo común para prevenir sus movimientos y adelantarme a ellos.

Antes de que esto llegara a suceder, Abel se colocó entre ambos bandos.

—¡Dana, vete! —me gritó por encima del hombro.

De repente, con él delante captando mi atención, recuperé el juicio y tomé consciencia del lío en el que nos encontrábamos por mi culpa.

—¿Y tú? —pregunté angustiada.

—Yo estaré perfectamente —me aseguró con rotundidad—. ¡Vete!

No lo pensé por más tiempo, el mismo instinto que me había hablado hasta entonces me decía que Abel era muy poderoso, más que cualquier parte peligrosa mía; y solté al anciano y corrí veloz con el cachorro lloriqueando en mis brazos. Me adentré en la completa oscuridad del bosque y no me detuve hasta alcanzar el jardín de la finca de Abel. Después me encerré en la casona y esperé a que él apareciera, con la vista clavada en la puerta. Pero el tiempo transcurría sin rastro de Abel. «¿Estará herido?», me pregunté cargada de angustia, «¿o quizás...?» ¡No! Esa idea se me hacía inconcebible. Demasiado insoportable para imaginarlo siquiera. Sin embargo, seguía sin aparecer...

Dejé al cachorro en el suelo y pasé mis manos por mi frente sudorosa. ¿Pero qué narices me había ocurrido allí en la playa? Recordé la expresión impasible de Abel y supe que él tenía la respuesta.

Escuché girar el picaporte de la puerta y tan pronto puso un pie en el umbral, le examiné buscando heridas o indicios de lucha. Pero salvo su claro enfado, no encontré nada preocupante. Y toda la tensión acumulada hasta esos instantes salió en forma de lágrimas. Su semblante rígido quedó anulado por completo y se apresuró a estrecharme entre sus brazos, donde por primera vez me sentí segura con él.

—Dana, cálmate —susurró mientras me mecía despacio.

—Es que no consigo entender lo que me ha sucedido —dije con voz entrecortada—. En esta isla ocurren cosas que...

—A esta isla no le ocurre nada y lo sabes. Por mucho que te empeñes en lo contrario.

Me aparté un poco para tratar de leer en sus ojos. Si en ese preciso momento él confesaba las palabras más disparatadas del mundo, por ejemplo, que era un extraterrestre que vivía en la luna, o mil veces peor, que en lugar de ser un escalador formidable, en realidad tenía los poderes de una araña y que además planeaba en el aire para evitar que te estrellases contra las rocas, le iba a creer. Entonces Abel sería algo desconocido y yo huiría despavorida, por temor a que realmente fuera capaz de saber siempre lo que sentía y que tuviera poderes con los que traspasar mi mente.

Inspiré cogiendo fuerzas.

—Dime lo que quieras y te creeré. Ahora es el momento —sollocé ahogada.

Observé cómo en su rostro consideraba la opción de hacerlo y luego entrecerraba los ojos con resignación.

—Estás temblando —dijo, sosteniendo mis manos dulcemente.

—Lo que sea —musité.

—Muy bien —volvió a apretarme contra él, en su intento por acallar los repiques de mi corazón—. Dana, te arranqué de Valencia y te obligué a venir a un sitio totalmente desconocido, con nuevos estímulos... La culpa es mía —sentenció—. Te he sometido a

demasiada presión y es normal que llegues a pensar ciertas cosas.

—¿Y lo que ha pasado en la playa? ¡Tú lo sabías!

—Sabía que tarde o temprano esa tensión acumulada tenía que aflorar.

Mi desconfianza instintiva hacia él se reveló contra sus palabras, pero la acallé. Necesitaba creer en su explicación. Necesitaba hacerlo a toda costa.

—¿Piensas decirme qué vas a hacer con ese saco de pulgas? — cambió de tema.

Desvié mi atención hacia aquella bola peluda que dormía acurrucada en un rincón. Era un auténtico dilema porque no se me ocurría qué hacer con él. Mi piso no contaba con espacio suficiente para albergar animales, y además había otro problema mucho mayor: mi madre le tenía alergia a todo ser vivo con pelo.

—Quizás si te lo quedas tú...

Yo tengo demasiadas cosas de las que ocuparme como para hacerme cargo de ese chucho.

Me aparté de Abel y me acerqué al cachorrito, que olfateó mi mano con cuidado. Después, movió el rabo en actitud amistosa y supe que ya no podría desprenderme de él. Le sonreí con dulzura. Ya vería cómo me las arreglaba con mi madre y su alergia a los animales.

—Te llamaré Diablo —lo bauticé haciendo oficial la adopción.

—¡Ni hablar! —saltó Abel—. No consentiré que nadie lleve ese nombre, y menos un chucho.

—¿Y por qué no? —pregunté extrañada por su reacción—. Ese nombre es el mejor que le va, teniendo en cuenta que ha estado a punto de ser sacrificado por culpa de los demonios de esa gente.

—Mejor llámale Poncho.

—¿Poncho?

—Sí, como el apelativo de tu amigo el de la flor —me sugirió con una sonrisa maliciosa —De eso nada —protesté mirándole de forma fija.

—Te aseguro que tiene más cosas en común con ese tipo. Ambos babean igual cuando se les cruza una hembra delante —dijo observando la enorme lengua colgante del animal.

—He dicho que no. Además, tú no tienes derecho a ponerle nombre. No quisiste adoptarlo, ¿recuerdas?

—Pues acabo de cambiar de opinión. Ese chucho también es mío ahora, así que no se hable más, se llamará Poncho.

El animal se escurrió de mis brazos y corrió junto a Abel moviendo el rabo.

—¿Ves? A él también le gusta —valoró, proclamándose vencedor de la disputa.

Me crucé de brazos descontenta con el resultado. Abel dejó al cachorro en el suelo y con una sonrisa, se dirigió a mí —Que descanses, mocosa —me susurró, con mi cara entre sus manos y su mirada clavada en la mía.

Sus labios se posaron en mi frente, como de costumbre, y de la misma manera yo me encaminé levitando a mi habitación.

* * * * *

A la mañana siguiente, desperté bañada con la luz límpida y templada de todos los días, que entraba a raudales por la ventana. Pero el ruido de unos puños aporreando la puerta, rompieron la paz matinal. Somnolienta corrí a abrirla, antes de que Abel la echara abajo. Entró sin esperar a ser invitado e ignoró mi mirada con la que critiqué sus formas. Después, hizo una mueca al ver el desorden de la habitación, por lo que comencé a recoger, avergonzada.

—Olvídate de eso, debemos irnos —anunció con gesto impaciente.

—¿Adonde? —pregunte desconcertada.

—Al aeropuerto —contestó—. Hoy regresamos sin falta a Valencia.

El pánico se apoderó de mí al pensar que ya no le vería más.

—Pero, ¿por qué tantas prisas? Aún podemos quedarnos algunos días más.

Negó con la cabeza.

—Después de lo de anoche, los nativos preparan la caza de una bruja.

Fruncí el ceño.

—¿Qué bruja?

—Tú.

Abrí la boca de golpe, entre asombrada y asustada.

—Date prisa en hacer las maletas —me ordenó—. Yo ultimaré los detalles del viaje de regreso y te esperaré en el coche —concluyó, con un pie ya fuera de la habitación.

Saqué del armario la única maleta que había llevado y comencé a llenarla poniendo apenas cuidado en doblar la ropa. Guardé entre las prendas el collar de huesecillos que había fabricado para Abel, y que finalmente no me atreví a entregarle. Me había parecido buena idea como ofrenda de paz; pero cuando decidió hablarme tras días de absoluta indiferencia, tuve miedo que un simple gesto como ese, propiciara un nuevo distanciamiento y preferí no asumir el riesgo. Escuché desde fuera el claxon de su coche, llamándome de forma insistente y corrí antes de que entrara a buscarme.

Durante el camino fui despidiéndome mentalmente de los bosques, del cielo despejado con su sol radiante y del aire caliente de Pemba. Me habría gustado poder explicarle a Bábila lo ocurrido en la playa. «Pero ¿cómo?», me pregunté al mismo tiempo, si ni yo misma alcanzaba a comprenderlo. Por mucho que Abel me hubiera asegurado que todo había sido producto de mi estrés...

Un grupo de hombres indígenas nos obstaculizó el camino y Abel tuvo que pisar el freno con brusquedad para no atropellarlos. Estos, asustados, se apartaron un poco y formaron un pasillo a ambos lados del coche. Aun así Abel se vio obligado a ralentizar la marcha, por lo que pude observar mejor a la multitud y reconocí al chamán que lo lideraba. Lucía una herida pequeña en la base de la garganta y transportaba un cubo grande en una mano. Éste también se dio cuenta

de que estaba allí y comenzó a proferir un cántico a viva voz. Luego introdujo la mano en el cubo y nos arrojó visceras de animales.

Abel soltó una estruendosa carcajada.

—No sé dónde le ves la gracia a esta escena macabra — opiné, mientras veía con asco y miedo como los trozos de entrañas se iban escurriendo por los cristales del jeep.

—Ellos creen que eres un espíritu maligno y yo tu víctima —me explicó sonriendo.

—Sigo sin verle la gracia.

—La tiene. ¡Oh! Ya lo creo que la tiene —me aseguró, antes de acelerar sin importarle esta vez atropellar a alguien.

* * * * *

El avión privado ya estaba esperándonos en la pista y seguimos al comandante por las escalerillas. Abel tomó asiento en uno de los sillones y me indicó con un gesto que ocupara el de su lado. Lo miré extrañada. No solo volvía a hablarme, sino que además ya no rehusaba mi compañía. Incluso la pedía. Me pregunté a qué era debido ese cambio de actitud tan radical y una punzada me atravesó el pecho cuando intuí la razón. Seguramente había pensado que era innecesario comportarse de manera grosera en las últimas horas que debiéramos pasar juntos. Y noté cómo la tristeza y algo más se adueñaban de mí.

Cuando el avión despegó de la pista, la flojera se apoderó de mis extremidades. La vista también se me nubló y la nariz y los oídos se me taponaron. Me sentía débil, pesada, se me cerraban los párpados. «¡Vaya!», me dije sorprendida, una cosa extraña más a la que buscarle la lógica.

Duerme, Dana. No te resistas —me ordenó con ternura.

Y noté sus brazos rodeándome, antes de quedarme dormida sobre su pecho.

PARTE III

LA REVELACIÓN DE UN ARCÁNGEL

Cuando esperaba yo el bien, entonces vino el mal; y cuando esperaba lux, vino la oscuridad. Mis entrañas se agitan, y no reposan; días de aflicción me han sobrecogido...

(Job, 30:26-27)

CAPÍTULO 12

Era un domingo temprano cuando aterrizamos en el aeropuerto de Valencia. Me había despertado antes de que el avión tomara tierra. El resto del viaje lo había pasado sumida en un profundo sueño. Pero seguía tan cansada que sentía los párpados como si fueran de plomo. Abel me sostuvo de la cintura mientras bajábamos por las escalerillas. Después, me ayudó a caminar hasta que llegamos a su coche y finalmente me colocó en el asiento. Dejé que manipulara mi cuerpo a su antojo, no tenía fuerzas para resistirme. Tenía la impresión de que todo el ejercicio realizado en Pemba, me pasaba factura en ese momento.

Abel le encargó a uno de sus empleados el cuidado del cachorro y le entregó también un juego de llaves.

—¿Adónde se lo llevan? —le pregunté, en cuanto tomó asiento a mi lado.

—No te preocupes por ese chucho —dijo mientras encendía el motor—. Estará bien atendido.

Me dio pena decirle adiós a la bola peluda. Pero era mejor así. Él le podría dar todo aquello que yo no. Entre otras cosas, espacio.

Abel permaneció en silencio lo que duró el trayecto hacia mi apartamento. Pero lo preferí, a tener que escuchar palabras llenas de cordialidad, que más tarde iba a desembocar en el adiós definitivo. Bajé del coche en cuanto aparcó frente al portal de mi edificio y me apresuré a retirar mi equipaje del maletero. Deseaba escapar lo antes posible de aquella situación. Sin embargo, Abel me interceptó en plena huida.

—¿A qué viene este interés por perderme de vista? —se quejó irritado.

Lo miré con incredulidad. ¿Es qué no se daba cuenta de que era

mejor así?

Pero antes de que pudiera objetar algo, se apoderó de mi maleta y echó a andar escaleras arriba. Le seguí, maldiciéndole en silencio por prologar más aquello.

Al meter las llaves en la cerradura tropecé con algo a mis pies y al bajar la mirada, observé, con espanto, un felpudo de esos horteras que te dan la bienvenida antes de entrar en casa. Me pareció raro viniendo de Laura, pero no le di mayor importancia. Lo siguiente que me encontré ya me preocupó un poco más. Había colocado un paño de ganchillo en el mueble de la entrada, con fotos de nuestra infancia encima. Sin mencionar el cargante olor a ambientador que ya tenía incrustado en el cerebro. Abel no pudo evitar arrugar la nariz desde la puerta, lo que me hizo recordar la triste despedida. Y me planté delante de él, dispuesta a afrontar el amargo trago, mientras le tendía la mano para que me entregara mi maleta.

—Bueno, gracias por...

—¿Puedo pasar? —me interrumpió de golpe.

Lo miré descolocada durante unos segundos.

—Eh..., sí.

Se hizo un hueco por mi lado y entró en el apartamento.

—Oh, Dana, ¡ya estás aquí! —me recibió Laura, con desmedido entusiasmo.

Luego saludó a Abel con más calma.

—¿Y esta nueva decoración? —pregunté sin recuperarme del espanto.

—No ha sido idea mía, sino de Berta —se apresuró a aclararme.

—¿De mi madre?

Ya empezaba a tener sentido todo aquello.

—Sí, Dana, y ha sido horrible —se quejó con exagerado dramatismo—. Ella ha aprovechado que tú no estabas para venir al apartamento y cambiar a su antojo. Te dejé varios mensajes pidiendo auxilio, pero no me contestaste. ¿Se puede saber para qué tienes el móvil? —añadió

molesta.

—Solo he estado diez días fuera. No creo que sea para tanto —dije, aunque en el fondo me parecía una eternidad.

—¿Ah no? Pues abre la nevera y luego me lo cuentas.

Con una punzada de miedo, me dirigí a la cocina y comprobé lo que había dentro de la nevera. En el estante de arriba, había una cazuela con algo de comida —di por sentado que elaborada por mi madre—, en lugar de algún precocinado. Los cajones de abajo tenían hortalizas y fruta, y la huevera estaba llena. También había dos botellas de agua puestas a enfriar, pero los refrescos habían desaparecido. Hice una mueca. Al menos no estaba vacía como de costumbre.

—¿Te das cuenta, Dana? En este piso ya no hay comida basura porque tu madre piensa que debemos cocinar nosotras. ¡Cocinar! —exclamó, como si eso supusiera el fin del mundo.

—Tampoco sería la primera vez —disimulé, mientras miraba de reojo a Abel.

Pero éste no parecía sorprendido con lo que escuchaba y Laura no tardó en dedicarme un gesto desmintiendo mis palabras. De pronto apareció mi madre en la cocina con un carrito de la compra.

—¡Cariño, ya has vuelto y qué morena te veo! —me recibió, con mayor ímpetu que Laura.

Pero se quedó paralizada cuando vio a Abel.

—¿El abogado es tu novio?

Abrí la boca presa del escándalo. Sin embargo, éste, lejos de estarlo, le devolvió la mirada con descarada tranquilidad.

—Berta... —intervino Laura entre dientes—, ya te expliqué que el viaje era por asuntos de trabajo, y da la casualidad de que el señor Rumsfeld es el cliente del que te hablé...

Antes de que mi madre tuviera opción de replicar, Laura fingió pisarle un pie por accidente.

Pero Abel y yo, nos dimos cuenta de que habíamos sido el objetivo de sus chismorreos; y las mejillas se me encendieron, mientras él se

mantenía impasible.

—Tú me aseguraste algo diferente —se quejó mi madre, sin ocultar su evidente obsesión con emparejarme.

Laura, desesperada, volvió a pisarle el pie.

—No, Berta, yo te dije que nunca se sabe lo que puede pasar —la corrigió, a la vez que yo las asesinaba con la mirada.

Abel anunció que se iba, poniendo fin a esa situación humillante. Di un respingo y lo acompañé hasta la puerta, mientras me centraba en nuestra despedida.

—Me ha encantado conocer la isla de Pemba. Después de todo, he disfrutado del viaje.

—Me alegro. Igualmente espero que disfrutes si aceptas salir conmigo esta noche.

Lo miré con estupefacción.

—¿Sa... salir contigo esta noche? —me trabuqué debido a los nervios.

—Si aceptas, claro.

¡No me lo podía creer! ¿Acaso había escuchado bien? No era una amenaza, ni una imposición de las suyas, ¡era una invitación en toda regla!

—Por supuesto que acepto —contesté, sin reprimir mis ganas.

Abel torció una media sonrisa, satisfecho con mi clara muestra de entusiasmo.

—Es que dudo que hoy tenga otros planes —añadí ruborizada, para quitar importancia al asunto.

Su sonrisa se hizo más ancha.

—Disimulas aún peor que ese par.

Me reí dándole la razón.

—Te recogeré a las diez. Si te parece bien.

Volví a quedarme de piedra. Era la segunda vez consecutiva que pedía mi opinión.

—Sí, sí, a las diez me parece estupendo.

—En ese caso, estaré aquí a esa hora.

Sin más dilación, abrió la puerta y desapareció cerrándola tras de sí. Por un instante, contemplé la idea de permanecer donde estaba, hasta que volviera a personificarse, pero me obligué a mí misma a no caer en el melodrama y salí de mi I ranee a regañadientes. No era correcto sentir excesivo apego por alguien a quien dentro de unas horas tendría que decir adiós, pues el hecho de que me hubiese invitado a pasar con él una velada no cambiaba las cosas. Solo era una manera de posponer el momento, y hacer más agónicas todas esas horas de espera. Agónica y, al mismo tiempo, dulce espera.

Giré sobre mis talones reprimiendo un suspiro y me encontré de frente con Laura y mi madre. Ambas habían presenciado la escena, incluyendo el intervalo de tiempo en que permanecí en las musarañas.

—Te dije que entre ellos hay algo —rectificó Laura, mirando a mi madre, que recogió el comentario con una nueva oleada de esperanza.

Me pasé la tarde describiéndoles la isla de Pemba; con sus maravillosos valles y selvas, sus playas, su caluroso clima. Por supuesto, me ahorré contar el momento en el que casi resulté despeñada por el acantilado, y desde luego, tampoco dije nada de la habilidad que tenía Abel para trepar paredes rocosas, o mi destreza por hacerme con cuchillos ajenos y tomar rehenes. No quería que mi madre sufriera un síncope o, en el más probable de los casos, que ambas pensasen que me había vuelto loca. Movía cada una de mis articulaciones resentidas y a mí misma me costaba creerlo. Seguía muy cansada y con los sentidos atrofiados, como si estuviera resfriada.

Cuando mi madre se marchó, Laura se vio libre para asediarme a preguntas.

—Bueno, ¿vas a contarme qué tal te fue con ese bombón o solo visteis paisajes?

—Así es.

Me miró convencida de que estaba tomándole el pelo.

—¿Me estás diciendo que te has pasado diez días con un hombre como ése y no a habido nada de nada?

Asentí con la cabeza.

—Oh, Dana, te metí en la maleta toda mi artillería de guerra. ¡No tienes remedio!

—No todas pensamos en lo mismo —repliqué con fastidio.

Me negaba a confesar mi tentativa fallida, sobre todo porque ya había presenciado mi primer intento patético de seducción.

Se escuchó el timbre de la puerta y me abalancé por el pasillo hacia adelante, imaginando que Abel había decidido adelantar la cita. Pero me desinflé, cuando comprobé que se trataba de un hombre uniformado por una de esas empresas de mensajería.

—¿Usted es la señorita Román?

—Sí —contesté confusa, al ver que sostenía una caja de gran tamaño.

—Pues este paquete lo manda la casa de arreglos de costuras y es para usted.

—¿De costuras? —agité la cabeza, perdida. Ese nombre estaba relacionado con algo de la ropa—. Me parece que debe de haber un error.

El hombre leyó el albarán que guardaba, alzó la vista para comprobar el número de puerta y volvió a mirarme.

—Se llama Dana, ¿no?

—Sí.

—Entonces no hay ningún error. Firme aquí —dijo tendiéndome el albarán antes de darme la caja.

Cerré la puerta y me desplazé con el paquete hasta la sala, donde había dejado a Laura.

Me han mandado esto, pero no sé qué es.

¿Y a qué esperas para descubrirlo? ¡Ábrelo! Seguro que un es un paquete bomba.

Apoyé la caja sobre el sofá y con dedos nerviosos levanté la tapa.

Nada más echar un vistazo en el interior, vi una tarjeta encima del papel que cubría algo abultado. Dejé la tapa a un lado y, contagiada de la curiosidad de Laura, leí la pequeña nota: «Póntelo para esta noche. Abel».

Respiré disgustada. Mis temores eran ciertos, lo que se encontraba debajo del papel era ropa. Con aire resignado rompí el envoltorio y palpé un tejido extremadamente suave. A medida que lo fui descubriendo de la caja, comprobé que también llevaba en algunos sitios ribetes plateados y de pedrería blanca, que destacaban sobre la tela color crema.

—¡Qué vestido más hermoso! —exclamó Laura, encandilada—. Pero qué raro es.

Coincidí con ella.

El vestido parecía sacado de otra época y estaba compuesto por tres piezas; un corpiño drapeado, una falda vaporosa que llegaba hasta los pies y una chaqueta larga y con encaje.

—Qué suavidad —continuó Laura, sin resistirse a pasar una mano por el corpiño—. Juraría que... ¡sí, es de seda natural, Dana! Y fíjate en el bordado que lleva en la cintura, ¡es de hilo de plata! —alegó como entendida en el tema—. Aunque las piedras no diría que son brillantes.

Su destello me recordó enseguida a los cristales que había incrustados dentro de la cueva de Pemba, y sentí un punto de nostalgia.

—¿Pero dónde piensa llevarme vestida así? —me pregunté en voz alta, más aterrorizada que asombrada.

—Me imagino que a algún sitio elegante —argumentó Laura, en vista del corte distinguido del vestido.

Resoplé dejándome caer en el sofá.

Había supuesto que pasaríamos una velada tranquila, pero Abel tenía un plan muy distinto en mente. Ya estaba visualizándonos en un restaurante de postín y rodeados de gente emperifollada.

—Dana, deberías dar saltos de alegría en vez de tener esa cara de terror.

—Es que imaginé otra cosa.

—¿Otra cosa más maravillosa que recibir un traje así y pasar una velada en un lugar de ensueño? —expresó con incredulidad.

—Más bien pensaba en una noche tranquila y sin tanta extravagancia.

Dentro de la caja había otros dos bultos más pequeños y los desenvolví intrigada. Se trataba de unos zapatos refinados y de un bolso pequeño, del mismo color marfil del vestido. Laura se rio por lo bajo al ver que había enmudecido con mis nuevos tacones en la mano.

—Anda vamos a vestirte o se te hará tarde —dijo ante de que me hubiera podido recuperar del susto.

Laura recogió mi pelo en un moño elegante y me aplicó sobre el rostro un maquillaje claro, a juego con el traje. Era la segunda vez que me ponía en sus manos y el resultado fue igual de bueno. Después me ayudó a ponerme el corpiño y me dejó sola para que terminara de vestirme. Deslicé mis brazos por las mangas de la chaqueta y la ajusté a mi cintura. Nada más ponérmela noté cómo me recorría una especie de corriente agradable, que enseguida me recordó al chisporroteo de confort que había sentido por primera vez en Pemba. Me contemplé en el espejo del tocador de Laura y comprobé, sorprendida, que el vestido tenía el largo y la proporción exacta de mi talla.

Cuando salí de la habitación, encontré a Laura acompañada de su madre Úrsula.

—¡Úrsula, qué sorpresa verte por aquí! —exclamé con sinceridad, puesto que no solía ir a nuestro apartamento, para no tropezarse con mi madre.

Se llevaban fatal, y el motivo era que mi madre consideraba que Úrsula era una hereje de la religión católica por tener un consultorio dedicado al mundo de la quiromancia. También le reprochaba haber criado a Laura sin revelarle la identidad de su padre, la cual guardaba

muy celosamente. Pero ninguna de las dos se opuso nunca a nuestra amistad. Permitieron que creyéramos casi como hermanas y ellas simplemente optaron por evitarse.

—He venido porque una razón importante me empuja a hacerlo — confesó con sus ojos fijos en mí.

Laura la miró con preocupación.

—¿Mamá, ocurre algo?

—Nada por lo que debas inquietarte —contestó, apoyando una de sus manos sobre el hombro de Laura.

Úrsula volvió a mirarme con sus ojos igual de castaños que los de su hija.

—Veo que tienes pensado salir —dijo reparando en la indumentaria elegante que llevaba.

—Sí, Dana ya se iba —intervino Laura al tiempo que me analizaba —. Por cierto, ese vestido te sienta como un guante. Parece que te tiene bien tomadas las medidas. ¿Estás segura de que no hicisteis nada?

Censuré su curiosidad con una mirada severa y me encaminé hacia la puerta, pero justo cuando tenía la mano sobre el picaporte, la voz de Úrsula me detuvo.

—Dana, espero que en otro momento podamos hablar con más calma.

Asentí antes de salir con prisas del apartamento.

Me puse los zapatos de tacón, y al igual que la primera vez, fui bajando los peldaños de las escaleras del edificio con extrema cautela, mientras que con una mano sujetaba el bajo del vestido largo para no rasgar la seda en un posible tropiezo. Abel llegó cuando mi reloj marcó exactamente las diez en punto. Estacionó enfrente y caminó hacia mí de la forma grácil y decidida que le caracterizaba. Mis ojos se perdieron al instante en aquella figura que lucía regia e imponente en un traje oscuro, constituido por una chaqueta de talle largo y una camisa blanca, que hacía destacar su moreno. El pelo lo llevaba completamente engominado hacia atrás y dejaba asomar sobre su

rostro algunos mechones rebeldes. Lucía incluso más impecable que de costumbre.

Las palabras se me quedaron atropelladas en la boca y me olvidé del discurso que tenía pensado soltarle, como crítica a su idea. Se hacía muy frustrante y bochornoso recibirle siempre con esa expresión de pánfila. «Bueno, al menos me llevaré un bonito recuerdo», me dije, deseosa de comérmelo con algo más que con los ojos.

—Mocosa, tu mente trabaja de una manera muy extraña. Has pasado del enfado a la tristeza y de la tristeza a *algo más*, en cuestión de segundos —se quejó desconcertado.

Yo, por mi parte, lo miré atónita.

—Deja de hacer eso, ¿quieres? —le pedí tras salir de mi asombro—. Resulta muy inquietante esa facilidad tuya para descifrar según qué cosas. Y ahora dime, ¿por qué vamos de esta guisa? —dije señalando nuestros ropajes elegantes.

—Me urge remediar cuanto antes cierto problema que un inepto no hizo en su momento.

—Eso significa que no vas a decirme nada, ¿verdad? —argumenté, dado el enigma que encerraba su respuesta.

Esbozó una sonrisa confirmando mis palabras.

—Dime al menos por qué parezco una señorita de época. ¿Es que vamos a una fiesta de disfraces? —pregunté, sin darme por vencida.

—Esta noche quiero que te sientas parte de la historia que vas a presenciar; y ese camisón que llevas puesto es una reliquia del siglo XIX, que perteneció a la reina Victoria.

Me quedé boquiabierta.

—¿Me estás diciendo que voy vestida con la ropa de alguien de la realeza? Mejor dicho, ¿con el pijama?

Asintió con solemnidad.

—Me encargué de que le hiciesen los arreglos pertinentes para darle un aire más formal y que se ajustara a tu talla. La reina Victoria era más alta y corpulenta —alegó como si la hubiese conocido—. También

pedí que le colocasen todos esos cristales de la isla de Pemba que tiene en el bordado.

— ¡Así que son cristales de allí! — exclamé emocionada.

Afirmó de nuevo.

Ahora entendía la sensación que había experimentado al ponérmelo. En el fondo mi cuerpo, sabía que llevaba un trocito de aquella isla.

— Veo que he acertado con tus medidas — dijo examinándome con orgullo.

Detuvo su mirada en mi moño y arrugó el ceño, descontento. Luego extendió sus manos para liberar mi mata de rizos rubios.

— Tu cabello es un fiel reflejo de ti, rebelde y bonito. No me gusta verlo atado.

— A Laura le va a molestar que hayas deshecho su peinado alegué demasiado contenta con el cumplido como para que eso me importara en realidad.

Y él mantuvo su mirada fija en mi cabello suelto, con la misma preocupación. Me tomó de la mano y me condujo hasta el coche. Lejos de sacar algo en claro de nuestra conversación, me dejó aún más llena de curiosidad con respecto a sus planes.

«¿Pero ¿realmente tiene tanta importancia?», reflexioné. Lo cierto es que no, ni siquiera en ese momento — que se encontraba a escasa distancia de mí, deslumbrándome — me aterraba demasiado acabar en uno de esos lugares de ambiente refinado. Fuéramos a donde fuésemos, toda mi atención estaría puesta en él.

Reconocí el edificio con forma de trapecio, que se hallaba a varios metros enfrente de donde Abel había dejado el coche. Era el viejo teatro Olympia, situado en uno de los ejes importantes de Valencia. En su fachada principal destacaban dos grandes dovelas con motivos decorativos, y la entrada la custodiaban dos columnas de mármol rosado, de las cuales sobresalía una marquesina de hierro.

Abel colocó su brazo de manera que yo pudiera entrelazar el mío

con el suyo, en un gesto galante, y avanzamos a través de la multitud de forma interrumpida, debido a mi torpeza al andar con aquel calzado. Se le notaba visiblemente crispado por ello, pero como buen caballero se abstuvo de objetar nada acerca de los andares poco femeninos de su acompañante. Aunque yo encontré la ocasión perfecta para reprochárselo.

—Si no me hubieras mandado estos malditos tacones, ahora no te verías obligado a arrastrarme por la galería.

—No creas que ignoro el riesgo que corro —dijo, haciendo alusión a la vez que utilicé mis zapatos como arma arrojadiza contra él—. Pero era eso o confundirte con el reposabrazos de mi asiento y preferí la primera opción para no incomodarte.

—Pues gracias, supongo —ironicé picada por su comentario. Observé el entorno distinguido y alegre por el que me guiaba y cambié de tema—. Así que ésta era tu idea de pasar la noche, que asistiéramos a una obra de teatro.

—Algo parecido.

—¿Algo parecido? —repetí confusa.

—En realidad es lo mismo, pero con música —echó una breve ojeada a mi semblante confundido y agregó—. Mi querida y despistada amiga, después de esta noche podrás al fin afirmar que te gusta la ópera.

—¡La ópera, me has traído a la ópera! —grité entusiasmada.

De repente todo lo de mí alrededor cobró mayor interés.

Abel me condujo por el piso superior de la imponente sala, hacia uno de los palcos dorados que quedaban recogidos en las esquinas, y desde donde teníamos una perspectiva panorámica del lugar. Poco a poco se fueron ocupando los asientos de la platea de abajo color granate, al igual que el telón del escenario y la moqueta del suelo. El resto de palcos también se llenaron de personas bien vestidas, hasta que nos convertimos en un público considerable y la iluminación de la sala se volvió tenue, dando comienzo al espectáculo.

En cuanto sonaron los primeros acordes de la presentación, mi corazón enardecido reconoció de qué obra se trataba. *El fantasma de la ópera*, una novela de Gastón Leroux que más tarde fue adaptada al musical. Lo sabía porque había leído el libro y escuchado la popular pieza que estaba sonando.

La historia transcurría en el siglo XIX, dentro del palacio Garnier de París y en el entresuelo del mismo, desde donde el fantasma llamado Eric tejía sus perversos planes en contra del personal del edificio.

La dulce e inocente señorita Christine Daaé, otro de los personajes principales, que suscitaba los delirios y tormentos del fantasma, apareció en escena interpretando con su voz de soprano. Cuando finalizó la canción, todos los asistentes rompimos a aplaudir. Menos Abel, que permaneció en silencio y con los ojos cerrados. Recordé las palabras que una vez me dijo acerca de la magia que se creaba en la ópera, y entendí que en lugar de deleitarse con la voz de la soprano, lo hacía con nosotros. Con las emociones que ésta había conseguido arrebatarnos, y que de alguna forma quedaron dispersas en el aire para el disfrute de Abel, que parecía incluso alimentarse de ellas.

Volví a desviar mi atención al escenario, en el cual estaba teniendo lugar una escena igual de desconcertante que la reacción de Abel. La señorita Daaé —ataviada con un camisón de encaje blanco— se vio sorprendida por una voz que salía de un espejo de su camerino ficticio. Despacio se fue aproximando como hipnotizada hasta encontrarse cara a cara con el fantasma, situado al otro lado del mismo. Y aunque estaba asustada, aceptó su mano tendida y se perdió por los subterráneos del edificio perteneciente al decorado, con aquella figura oscura y enmascarada, que la fascinaba tanto como conseguía intimidarla.

Entonces giré la cabeza hacia Abel y tropecé con sus ojos grises, que me tentaban de la misma manera que el fantasma a la señorita Daaé. Observé el camisón de época que llevaba puesto y supe que éramos nosotros representados en ellos. El corazón me bombeó con fuerza y la

siguiente pregunta que formulé en voz alta fue fruto de un presentimiento:

—¿Qué se esconde tras tu máscara?

Se mostró desprevenido ante mi comentario y luego recuperó la seriedad.

—No quieras saberlo.

Su respuesta me dejó helada.

Siempre había imaginado que ocultaba cosas. Aspectos de él y de su vida que me atemorizaban y me hacían sospechar. Pero ahora tenía la certeza absoluta de que Abel era algo más de lo que aparentaba a simple vista, y la segunda pregunta que me hice fue, ¿era tan temible lo que escondía como para justificar mi inmensa desconfianza?

Christine Daaé le arrancó la máscara al fantasma en un arrebato de curiosidad y, al ver su rostro deforme, cayó desmayada en sus brazos. Eric, apenado por el rechazo generado en su amada, la llevó de nuevo a su camerino. Y regresó a las entrañas sombrías del edificio, desde donde se limitó a espiar —lleno de amargura y resentimiento— el flirteo entre la señorita Daaé y el conde Raoul de Chany, un joven mucho más apuesto que el fantasma y sobre todo menos inquietante.

—Nunca entendí por qué escoge al conde en lugar de al fantasma —opiné muy indignada.

Abel me miró de soslayo, divertido con mi reacción.

—El miedo puede resultar un obstáculo muy grande.

—Pero está claro que el fantasma la atrae más que el conde —insistí.

—¿Y a quién escogerías tú?

Su pregunta me dejó descolocada.

Contemplé su fascinante y perturbadora silueta, observándome desde la oscuridad como el fantasma a la señorita Daaé, y de pronto ya no tuve tan claras mis ideas.

—Tendría que verme en la situación... —respondí esquiva.

Abel se levantó de su butaca y, con un gesto rápido, me atrajo hacia él. Luego me dio la vuelta despacio, muy despacio, y con sus dedos

firmes en mi cintura, comenzó a susurrarme parte de los versos con los que el fantasma había atraído a Daaé desde el espejo:

—*Si cantas junto a mí, mi gran poder, mi influjo sobre ti podrá crecer. Querrás huir de mí, dejarme atrás. Pero yo estaré siempre en ti, en ti verás. Dime Dana, ¿a quién escogerías?* —repitió en un tono acaramelado de voz.

A esas alturas yo solo era capaz de temblar como una hoja, presa de un hechizo inexplicable. Las luces de la sala cobraron intensidad irrumpiendo en nuestro momento mágico, y el público empezó a abandonar en orden el lugar. Abel me orientó hasta el exterior del recinto con la misma caballerosidad del principio. Cuando quería podía ser tan agradable como lo contrario.

* * * * *

Una bola de ansiedad creció dentro de mí, mientras él conducía en silencio. Había tratado de concienciarme durante la tarde de que después de nuestra velada llegaría definitivamente ese momento. Ya me era imposible siquiera pronunciar la palabra, sin que me aprisionara la garganta, por lo que evitaba hacerlo a toda costa en mi empeño de aguantar el tipo.

Lloraría, eso seguro. Pero por nada en el mundo quería que Abel fuera testigo de lo mucho que habían cambiado mis sentimientos hacia él. Tanto que ni yo alcanzaba a comprenderlo. Era una especie de cóctel emocional que iba desde la fascinación hasta el deseo y la sospecha, pasando por una serie de sensaciones desconocidas; tan diferentes de lo que había experimentado hasta el momento, que me provocaban miedo. Un miedo más intenso que el que me daba descubrir esa parte oscura de Abel. Y la bola seguía creciendo en mi pecho...

De repente, se me hizo raro ver como él tomaba la autovía V-15, que conducía a las afueras de la ciudad.

—Por aquí no se va a mi apartamento —Lo sé —contestó.

Recordé que jamás se había equivocado de dirección y me sentí algo ridícula por mi aclaración. No obstante, dejó de parecerme raro.

—¿Y hacia dónde nos dirigimos?

—¿Quién te dijo que la noche de las sorpresas había acabado?

De modo que se trataba de otro misterio.

No insistí de nuevo. Sabía que sería inútil tratar de hacerle hablar. Continuamos por la autopista del Saler, bordeando un Parque Natural denominado La Albufera. Era una lengua de agua proveniente del mar y que ocupaba una gran extensión; donde había plantaciones de arroz y zonas cubiertas de cañas, que servían como refugio a los patos y a otras muchas especies. Al cabo de un rato, llegamos a uno de los pueblecitos pesqueros colindantes, El Palmar, y nos adentramos casi hasta el límite del conjunto de casas que formaban la villa.

Me fijé en una casa blanca, que destacaba en la oscuridad de la noche y que tenía un pequeño embarcadero privado. Abel aparcó el coche cerca de la bahía y yo me quité los zapatos de tacón para poder andar por aquel terreno pantanoso, sin matarme en el intento.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté sin dejar de mirar la casa, cuyo enorme y extraño tejado oscuro casi rozaba el suelo.

—Ven conmigo, Dana —dijo tirando de mi mano con una gran sonrisa.

Nada más traspasar el umbral me quedé encandilada.

Por dentro, la casa parecía de un cuento de hadas. Estaba revestida completamente de madera y tenía un mobiliario rural y una chimenea al fondo.

—¿Te gusta? —preguntó entusiasmado.

—¿Gustarme? Abel esta casa es preciosa.

—Me alegra saber que mi nueva casa te agrada más que la de Pemba.

Clavé mis ojos en él, segura de no haber escuchado del todo bien.

—¿Tu nueva casa?

—Así es.

— ¿Eso significa que...?

— Eso significa que nos veremos más, sí.

Confundida por la noticia volví a echar un repaso general a la casa. ¡Pero claro! ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Este sitio y la casona de Pemba tenían cierto aire en común muy característico de Abel. Ante todo, reinaba una gran pulcritud y orden. Y también había numerosos cuadros colgados en la pared y piezas de arte dispersas en los estantes de los muebles. Me alegró no ver mi retrato entre todos esos lienzos. Hubiera resultado muy embarazoso.

— ¿Y qué hay de aquello que dijiste de estar destinados a ser enemigos y evitar acercarnos? — dije, sin poder creerme que se quedara. Era demasiado bueno para ser verdad.

Su expresión se tornó adusta.

— Le pedí que te alejara de mi camino y una vez más no quiso escucharme, así que ahora haré lo que me plazca.

Arrugué el ceño.

— ¿A quién se lo pediste?

— ¡A Él! — dijo señalando hacia arriba sin perder la seriedad.

Lejos de aclararme nada, incrementó mi desconcierto.

El caso es que me daba igual no entenderle, ya estaba acostumbrada a lidiar con eso.

«¡Sí, no se va a ir!», me dije convencida al fin. Ya no habrá tal despedida porque no se va a ir. Y era cuanto me importaba en realidad.

Porque no había sido plenamente consciente de la herida que me estaba ocasionando el filo de su adiós, hasta que pronunció las palabras mágica, «no me voy», y me había sanado al instante.

Me acerqué a él sin pensarlo y pegué mis labios a los suyos. Abel permaneció paralizado, preso de su estupor. Pero luego fue respondiendo con timidez y cuando entrelacé mis dedos en su cabello engominado, ambos perdimos el control. Creo que en un momento dado nos caímos sobre una superficie blanda.

No le presté mucha atención. Estaba demasiado enfrascada en saborear su boca. Quizás por eso tampoco me detuve cuando oí que me llamaba y cesaban sus movimientos.

—Dana...

Volví a ignorarle.

—¡Dana!

Esta vez no esperó a que hiciese caso y me apartó con suavidad. Entonces descubrí que me encontraba encima de él, con mis manos a punto de arrancarle la camisa, igual que una tigresa hambrienta. Mis mejillas se ruborizaron ante su sonrisa divertida. Pero aquella situación hizo que me diera cuenta de lo mucho que me urgía sentir su cuerpo y decidí reanudar el ataque.

—No —dijo, incorporándose de golpe.

Su voz había sonado firme y lo miré herida.

—¿Es que no te gusto?

Tan solo formular la pregunta se me hizo insoportablemente doloroso.

—Por supuesto que no se trata de eso —respondió, como si el hecho de dudarle supusiera una ofensa para él—. Pero, Dana, no quiero que ocurra de esta manera.

—¿Entonces cómo?

—¡En igualdad de condiciones! —declaró—. En una entrega total y absoluta, también por tu parte.

—No te entiendo.

—Oh, me parece que sí me entiendes —me aseguró con rotundidad—. Quiero lo que ningún hombre ha tenido de ti y no me conformaré con menos —recalcó con severidad.

¿Lo que ningún hombre ha tenido? Eso solo podía significar que... Palidecí de inmediato.

Enseguida noté sus brazos a mí alrededor, consolándome.

—Dana, no tengas miedo, en realidad ya ha sucedido —murmuró mientras me acunaba—. Eres el aire que se ha colado por una fisura de

mi escudo hasta llegar a mí, y yo soy el agua que amenaza con derribar tu muro. Los dos somos elementos de la naturaleza, indómitos e imparables. Solo así hemos podido apresarnos mutuamente.

—No es una buena combinación —musité temblorosa—. El agua y el aire forman tempestades.

—Pero de vez en cuando es la brisa que mece suavemente las olas —dijo, imitando ese vaivén en mi cintura. Después desvió una de sus manos a un bolsillo de su pantalón y me entregó una pequeña caja con un lazo azul—. Ábrela.

Nerviosa, deshice el nudo del lazo con torpeza y vi que dentro había un juego de llaves.

—No te pido que te traslades aquí si no quieres —se apresuró a aclarar, reparando en mi semblante expuesto al borde del colapso—. Solamente he pensado que quizás te gustaría contar con un sitio al que venir cuando lo necesites. No debe de resultar muy sencillo disponer de intimidad con tanta gente frecuentando tu apartamento.

Nos interrumpió una sombra pequeña que avanzó velozmente hacia nosotros.

—¡Mi bola peluda! —exclamé entusiasmada.

Verle de nuevo fue como un soplo de aire fresco en medio de aquel sofoco.

El animal corrió a mi encuentro con la misma alegría.

—El chucho se puede quedar siempre y cuando vengas a ocuparte de él—puntualizó con astucia intentando arrancarme un compromiso. Aun así me resistí a caer en la trampa.

—Prometo pensarlo.

Y aceptó a regañadientes la respuesta.

CAPÍTULO 13

Me despedí de Poncho y salimos por la puerta de regreso al coche. Me sentía abrumada. Había pasado del disgusto por tener que decir adiós a Abel, a compartir un perro y disponer de las llaves de una misma casa. Me embargó un mareo. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado con él?

Sin embargo, a decir verdad, lo que más me inquietaba no era ninguna de estas razones. Lo que me tenía el estómago en un puño era lo que Abel esperaba de mí. Mi corazón. Pero cómo... ¿cómo abrirte en canal el pecho por alguien a quien no conoces realmente? Agua y aire. Así había dicho Abel que éramos nosotros. Y al igual que el mar es profundo y oscuro, también lo era él para mí. De apariencia serena e imperturbable, sospechosamente peligroso y oscuro en su interior.

Antes de bajar del coche decidí que era el momento de entregarle algo que hasta entonces había guardado, y saqué del bolso el collar de huesecillos fabricado en Pemba.

Me miró sorprendido.

—¿Creías que eras el único en eso de dar sorpresas? —dije sonriendo—. Déjame ponértelo.

Se inclinó para facilitarme la tarea.

Las pequeñas piezas blancas reposaban hermosas sobre su piel morena.

—Tengo entendido que sirve de amuleto contra fuerzas oscuras y malos espíritus —expliqué.

—Entonces quizás debieras ponértelo tú.

—Es de mala educación entregar algo que te regalan — objeté, ignorando el sentido de sus palabras.

Observó con semblante pensativo su collar y luego me miró a mí.

—¿Mañana puedo pasar a recogerte después del trabajo?

De nuevo, se me hizo extraño que me pidiera permiso.

—Siempre y cuando no me llegue un paquete en mitad de la tarde.

Sonrió ante la advertencia.

—Tranquila, haremos lo que tú quieras.

—En ese caso, mañana seré toda tuya.

Abel me lanzó una mirada irritada por la indirecta, y luego sus labios rozaron mi frente con la misma dulzura habitual.

—Que descanses bien, mocosa.

Respiré hondo y me despedí del confort de su compañía. No fue fácil. Tuve que recordarme a mí misma, que le vería al día siguiente.

* * * * *

Por la mañana, desperté creyendo estar aún en Pemba. Sin embargo, no tardé en recobrar la memoria en cuanto noté el ambiente fresco y falta de luz, en comparación con la habitación de los sonidos marinos.

Me preparé para ir al trabajo con mucha pereza. Mi mente seguía dispersa en alguna playa de la paradisíaca isla y se negaba a iniciar el viaje de regreso a la rutina. Finalmente, no tuve más remedio y busqué por todos los rincones de mi habitación una paleta que ponerme. Mi madre había ordenado todo y me costaba localizar mis propias cosas. Volví a probar suerte en el armario, sacando una por una cada pila de ropa debidamente doblada y colocada por clases. Pero no encontré lo que quería.

—Laura, ¿has visto mi paleta? —grité llena de frustración.

—Tu madre la cortó en trozos y la convirtió en paños para limpiar el polvo —me informó en el mismo tono, desde su cuarto.

—¡Recuérdame que la mate cuando la vea!

Me dirigí a mi maleta, que no había abierto hasta entonces y cogí la única paleta que me quedaba.

Al final llegué tarde al trabajo, pero todo el mundo estaba tan ocupado con sus quehaceres diarios, que ni se dieron cuenta de mi regreso. Incluso *Don Urraca*, que andaba siempre *ojo avizor* conmigo,

perdonó mi retraso y se retiró a su despacho. Por lo visto ya había cobrado el dinero acordado con Abel, y tal como había predicho él, no le importó saber nada del reportaje. En cuanto a lo referente al concejal, no hubo novedades. Seguía desaparecido y sin dar muestras de vida. El propio centro penitenciario había tenido que reconocer su incompetencia con otro comunicado.

* * * * *

Antes de que el reloj marcara las ocho, había terminado todo el trabajo pendiente y pude salir de la oficina. Tenía tantas ganas de verle que mis dedos volaron por el teclado. Eché un vistazo a la calle, buscando un coche negro aparcado o una silueta alta que destacara entre el resto de la gente. «¿Y si se ha olvidado de que hemos quedado?», me preocupé al no verlo por ningún sitio. Comprobé la hora en el reloj y faltaban todavía unos minutos. No, Abel era bastante quisquilloso con la puntualidad y probablemente se presentaría como un clavo a las ocho. Pero de pronto, unas manos me taparon los ojos y mi corazón se agitó emocionado.

—Vaya —dije sonriendo—. Temí que te hubieras olvidado de mí.

Escuché que soltaba un resoplido de fastidio —al verse descubierto tan pronto—, antes de quitarme las manos de la cara. Entonces me llevé una sorpresa al descubrir que en realidad se trataba de Fran. «Cómo no me he dado cuenta antes», me reproché a mí misma. Abel era demasiado serio como para prestarse a ese tipo de juegos.

—Princesa, de ti jamás podría olvidarme —dijo, dando por sentado que mi comentario iba dirigido a él, y acto seguido preguntó—. ¿Cómo has sabido tan rápido que era yo?

Muy típico de Fran el hablar antes de pensar. Me mordí el labio, incómoda.

—Lo cierto es que... —comencé a explicar, intentando hallar las palabras que menos hirieran su ego.

Emergió sobre él una gran sombra y supe que esta vez sí era Abel.

Fran giró la cabeza hacia atrás, pero tuvo que alzarla para saber a quién sonreía yo con tanto interés. La sorpresa se instaló en su rostro en el acto.

—¡Rumsfeld!

Abel, en lugar de saludarle como correspondía, se limitó a ignorarle con expresión seria, por lo que interpreté que no le gustaba verle allí. Fran volvió a desviar su atención hacia mí, sin perder su cara de asombro.

—¿Rumsfeld y tú? —preguntó, sacando conclusiones.

Pero antes de que pudiera hablar, Abel se me adelantó.

—Dana y yo ya nos íbamos —le soltó de forma cortante, con intención de sacárselo de encima cuanto antes.

Fran me miró resignado y algo resentido, por lo que decidí salir al paso.

—Bueno, en realidad no teníamos nada decidido. Así que se me ocurre que quizás podíamos ir los tres a tomar algo a un local que han abierto hace poco. Me dijeron que está bastante bien —añadí con una sonrisa forzada.

Los dos reaccionaron de manera muy diferente ante mi diplomática propuesta. Fran, aunque confuso, aceptó sin problemas. Abel, en cambio, se encargó de hacerme saber su opinión al respecto, dedicándome una mirada cargada de reproche, en medio de su sombrío rostro. Hice como si nada y eché a andar en la dirección donde me habían indicado que se encontraba el sitio. Ambos me acompañaron, uno a cada lado y en absoluto silencio. Por suerte no se hallaba lejos y en escasos minutos, pusimos fin a esa situación insoportablemente tensa.

Elegimos una mesa y nos sentamos como tres buenos amigos que van a divertirse. Pero el semblante ajado de Abel, distaba mucho de parecer que ésa era su intención. Una camarera muy atractiva se acercó a tomarnos nota. En cuanto Fran se fijó en su escote, se mostró más animado. Sin embargo, ella estaba más interesada en el hombre

moreno y de ojos grises que al mismo tiempo le prestaba el interés necesario que se requería para pedir.

Eso no impidió que yo sintiera cierto fastidio.

—Un whisky escocés, por favor.

—Lo mismo que él —dijo Fran, guiñándole un ojo a la chica—. ¡Vaya, Rumsfeld! Ya veo que no solo tienes buen gusto con la pintura, también escogiendo bebida —añadió con actitud de camaradería.

Abel, lejos de corresponderle, le dedicó una mirada llena de hostilidad y desprecio.

—Y yo veo que sigues tan observador como siempre —le contestó de forma brusca.

Al parecer, también él había captado la indiferencia de la camarera hacia Fran.

Después volvió a guardar silencio y yo me vi obligada a disimular su tirantez, hablando por los dos.

—¿Y cómo es que os habéis hecho tan amigos? —me interrumpió Fran, demasiado interesado en conocer la respuesta, como para seguir fingiendo que escuchaba mi verborrea absurda.

Me dispuse a contestarle con intención de extenderme de nuevo.

—Pues verás, resulta que Abel es abogado y...

—No, no hemos llegado a ése punto —me cortó mirando directamente a Fran. Ambos le observamos, descolocados por el comentario y él siguió hablando—. Es eso lo que quieres, ¿no? Saber si Dana y yo nos entendemos con algo más que con palabras.

—No sé a qué te refieres.

Reconocí en Fran aquel semblante que iba del desconcierto a la inquietud. También identifiqué la sonrisa de Abel con la que escondía sus sombrías intenciones, y comencé a inquietarme.

—¡Vamos! Deja ya la farsa —le pidió—. Has venido hasta aquí con el único propósito de averiguar si soy tu sustituto. Bien, pues déjame decirte que nuestra relación va más en serio que todo eso.

Esta vez nos quedamos patidifusos. Fran porque no esperaba esa noticia viniendo de mí, y yo en cierto modo por lo mismo.

—Dudo mucho lo que dices —le plantó cara, para mi sorpresa—. Sé muy bien cómo es Dana y ella nunca se complicaría la vida de esa manera.

—¿En serio crees que la conoces? —se rio burlón—. No creo que te tomaras la molestia, de lo contrario habrías entendido que ya sobrabas en su vida mucho antes de que yo apareciera y no estarías aquí haciendo el ridículo —le golpeó sin compasión. Luego se inclinó sobre su silla, con intención de rematarlo—. Alimentas con cada conquista tu ego de truhan de medio pelo y cuando te cansas de jugar, recurres a Dana creyendo hacerle un favor. Pero, en el fondo, sabes que en realidad es ella quien te utiliza, puesto que se cita contigo cuando quiere y tú aceptas sin rechistar, por temor a que se busque a otro que no restrinja su libertad, ¿me equivoco? No, claro que no, yo sí sé observar —agregó con una sonrisa desdeñosa.

Fran, mantuvo su vista clavada en él, totalmente conmocionado. Supuse que se estaba preguntando quién era aquel monstruo que había sido capaz de destripar sus entrañas de forma tan fácil y cruel. Lo que me dejó a mí también aturdida, porque conocía a Fran desde hacía mucho tiempo y jamás había sospechado de sus verdaderos sentimientos. Y, sin embargo, Abel, lo había descubierto en cuestión de unos segundos. ¿Hasta qué punto veía más allá de lo que nosotros podíamos hacerlo?

Se levantó de la silla, sacó un billete de su cartera para pagar la cuenta y se dirigió a la salida del local. Durante unos segundos permanecí paralizada, sin saber qué hacer. Pero al final salí a la calle y dejé atrás a Fran, asimilando todavía lo sucedido.

No era la primera vez que había visto a Abel tratar a alguien de forma ruin. Quizá no con esa saña, pero yo misma daba fe de lo duras y desconcertantes que podían ser sus palabras. Sin embargo, algo había cambiado en esta ocasión. Había preferido irse en lugar de

quedarse para regodearse en el dolor infligido a su víctima, por lo que intuí que él también se sentía herido.

Lo encontré apoyado en una farola y con el semblante más que pensativo. Diría incluso taciturno. Esto me afectó más de lo que imaginaba, y la mayor parte de mi enfado se disipó cuando me acerqué despacio para no interrumpir con violencia en su aparente tranquilidad.

—Eso ha sido cruel —le recriminé con suavidad.

Ladeó levemente la cabeza y soltó una risita de desdén.

—Tú eres quien se lleva aprovechando de ese imbécil todo este tiempo, ¿y yo soy cruel? En realidad, le he hecho un favor abriéndole los ojos.

—Aun así no tenías ningún derecho a cebarte con él —le critiqué.

—¡Le dije la verdad! —explotó—. ¿Y quieres que te diga algo más, Dana? ¿Quieres que te hable del motivo por el cual le invitaste a venir con nosotros?

Le miré sin entender a qué era debido ese ataque contra mí.

—Le invité porque me parecía un gesto de mala educación no hacerlo.

—¡Mientes! —me acusó con el dedo—. Lo hiciste para que él no diera por sentado que estás conmigo, ¡porque tienes miedo! Miedo a perder tu libertad, miedo a lo que sientes y no puedes explicar —sostuvo mi mentón obligándome a enfrentar sus ojos—. Y sobre todo miedo a lo que ignoras de mí.

Mantuve su mirada, incapaz de rebatir sus palabras y con la angustia anidada en mi interior.

—Cómo puedo hacerte entender que no tienes de qué temer. Yo estoy aquí, esperando a que tus dudas no te impidan saltar esta vez —murmuró afligido.

Y al igual que en el acantilado, deseé con fervor confiar en él y arrojarle a sus brazos. Pero no pude hacerlo. Abel se apartó de mí, molesto, y echó a andar esperando a que le siguiera.

—¿Adónde vamos?

—Te llevo a tu apartamento. No estoy de humor para hacer planes —contestó sin detenerse.

Por el camino, sentí el frescor de la noche. No es que hiciera demasiado frío, pero mi cuerpo seguía aclimatado al bochorno de Pemba y a la mínima brisa se me erizaba la piel. Abel colocó su chaqueta sobre mis hombros, y me hizo sentir más culpable. Él me daba cuanto quería, se preocupaba por mí y yo le pagaba con recelos.

Ya en el coche nos mantuvimos en silencio, y no fue hasta que me acompañó al portal que volvió a hablarme.

—Debo irme —soltó de pronto.

Sabía que no se refería a una marcha casual y mi corazón se agitó violento.

—¿Es por lo que ha pasado antes? —pregunté con voz temblorosa.

—Tus dudas me resultan insoportables, pero no, no es ése el motivo de que me vaya.

—Entonces no lo entiendo, creí que te habías mudado... susurré, incapaz de terminar la frase, por temor a dejar escapar la emoción contenida.

—Tengo asuntos de los que ocuparme y que he pospuesto todo lo posible. Pero ya no puedo hacerlo por más tiempo, y estaré ausente unos días.

Suspiré con gran alivio.

No es que me agradara la idea de perderlo de vista por esos días, pero no era lo mismo que no volver a verle nunca.

—¿Asuntos que tratar? ¿Son asuntos relacionados con tu trabajo? —pregunté llena de curiosidad.

Sonrió ante mi repentino cambio de humor.

—Son asuntos que no necesitas saber.

Le miré cansada de tanto misterio y se aproximó a mí, sin perder la sonrisa.

—¿Me echarás de menos, Dana? —me preguntó, sujetando mi cara

entre sus manos.

—No —mentí con resentimiento.

Lejos de ofenderle, mi pequeña rabieta pareció divertirse, y apoyó sus labios con fuerza sobre mi frente.

—No más que yo a ti —respondió, como si hubiese dicho lo contrario.

—¿Y ya está? —me quejé al ver que se iba.

Se giró muy confuso —¿Te marchas por varios días despidiéndote de esa forma tan fría? Lo menos que puedes hacer es darme un beso como Dios manda.

—Como *Dios manda* no me gusta. En cambio, como corresponde, ya lo he hecho de la manera que un hombre interesado debe besar a una joven soltera —se volvió a aproximar a mí y añadió—. Hasta que no te decidas, Daña, pienso respetar tu cuerpo.

Me estampó otro beso en la frente y se alejó, satisfecho con su hazaña.

—Eres odioso, lo sabes, ¿verdad?

Antes de perderse en la oscuridad de la noche, exhibió su perfecta hilera de dientes blancos y finalmente se marchó. Entonces caí en la cuenta de que tenía su chaqueta. Quise alcanzarle para entregársela, pero ya había desaparecido, y regresé al portal preguntándome cómo narices podía escabullirse tan rápido. A estas alturas, aún me seguía resultando un misterio.

* * * * *

Mientras subía las escaleras del edificio, ya sentía que le echaba de menos y maldije mi estupidez. A este paso me iban a volver a salir granos en la cara, como cuando era una adolescente.

Abrí la puerta de casa y escuché la estruendosa carcajada de Laura.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

Se enjugó las lágrimas y me miró risueña.

—¡En la frente! ¡Te besa en la frente! —se burló con otra carcajada.

—¡Nos has estado espiando desde la ventana!

Me ardían las mejillas de vergüenza y rabia.

—Se me hacía bastante extraño que existiera un hombre como ése, tan guapo, atento y encima adinerado. Ahora comprendo dónde estaba el fallo.

—Eso no es ningún fallo —gruñí.

—¿Ah, no? —preguntó sin creérselo.

—No —repliqué indignada, antes de añadir—. Él dice que lo hace porque me respeta.

Lejos de acallar a Laura, le provoqué una nueva oleada de risas. La verdad es que esa explicación dicha de mi boca no resultaba tan convincente como dicho por los labios de Abel.

* * * * *

Los días siguientes se me volvieron eternos esperando su regreso. Me preguntaba en todo momento, qué estaría haciendo, o si pensaba en mí tanto como yo en él. Una tarde le pedí a Laura que nos fuéramos de compras. Ésta me miró sin creer lo que escuchaba. Era la primera vez que pedía algo así de forma voluntaria. Pero estaba tan desesperada por matar el tiempo, que no me importaba padecer ese infierno si con eso perdía medio día a lo tonto.

Al final no fue buena idea. Laura quiso sacar partido de la situación y se empeñó en que me probara todas las prendas de las tiendas. Yo tampoco se lo puse fácil a ella, porque siempre encontraba algún inconveniente a los vestidos que me enseñaba. Hasta que se dio por vencida y nos despedimos en la salida del centro comercial. Laura había quedado con el pony y yo preferí regresar al apartamento.

Una vez allí, dejé las bolsas en mi habitación y me serví un calé. Solo había comprado un par de camisetas, unos vaqueros y muchas de palestinas de todos los colores. A mi madre le iba a dar un ataque cuando volviera a fisgonear en mi armario. Comprobé en el móvil si tenía alguna llamada perdida o *Whatsapp* de Abel. Pero nada. «No

parece que sea muy amigo de la tecnología», me dije, molesta por no tener noticias de él. Me obligué a no seguir pendiente del estúpido teléfono.

Puse la taza vacía en el fregadero y me dejé caer en el sofá. Se respiraba una maravillosa paz en el ambiente. Pensé en la propuesta que me había hecho antes de irse. A lo mejor no era tan mala idea disponer de un sitio tranquilo.

Llamaron al timbre y suspiré. Era demasiada tranquilidad para ser verdad.

Abrí la puerta y me sorprendió ver de nuevo a Úrsula.

—¡Hola!, Laura no está aquí. Ha quedado con un amigo.

—Lo sé. Es por eso que he aprovechado para venir a hablar contigo. Arrugué el ceño. Eso no me lo esperaba.

—¿Puedo pasar?

—¡Ah, sí, claro! —accedí haciéndome a un lado todavía confusa.

Mientras Úrsula avanzaba por el pasillo hacia el salón, observé su menuda figura. Estaba claro que Laura había heredado la estatura de otra persona. Puede que del padre que nunca había conocido. Nos sentamos y crucé los dedos para que fuera breve. Aún tenía la ilusa esperanza de verme sola.

—Dana, he venido a hablarte sobre la existencia de un mundo desconocido para ti. Un mundo mágico al que tú perteneces.

Parpadeé muy desconcertada.

—¿En serio has venido a hablarme de brujas que van montadas en escobas con verrugas en la nariz y todo eso?

—Ya veo que esto va a ser más difícil de lo que pensaba —se lamentó en voz alta, antes de volver a la carga—. Dana, será mejor que no me interrumpas y permanezcas muy atenta. Lo que voy a explicarte no es fácil de entender, aunque no por ello es menos cierto.

La miré intentando no reírme. Todo aquello era tan surrealista. ..

—En el mundo de la magia —comenzó— existen distintos tipos de seres. Están los médium, como yo, que se encargan de mediar con

energías que otros no sienten, por ejemplo espíritus. Pero también existen brujos, dotados con poderes extraordinarios y cuya labor consiste en enfrentarse a fuerzas oscuras.

—Sigo sin entender por qué me cuentas esto a mí y, sobre todo, qué tiene que ver conmigo.

Sacó un cigarro de una cajetilla que llevaba en el bolso, lo encendió, y mientras le daba una calada me miró fijamente.

—Tú, mi querida niña, descienes del linaje de brujos más antiquísimos e importantes que hay en el mundo, los Ranieri. Tu padre Luca era uno de ellos.

Permanecí muda durante varios segundos y al final me eché a reír.

—¡Insolente! —me espetó—. Tu familia son los guerreros que han podido detener al maligno.

—¿Qué maligno?

—Lucifer —reveló mirándome fijamente—. El príncipe de las tinieblas, que los Ranieri han jurado destruir.

Sacudí la cabeza cada vez más perdida.

—Bueno supongamos que mi padre era un brujo. ¿Por qué mi madre nunca me lo contó? —inquirí, intentado demostrarle que lo que aseguraba no tenía sentido.

—Porque sencillamente ella no lo sabe. Por increíble que parezca, tu padre nunca se lo dijo para mantenerla lo más alejada posible del peligro. Luego él murió y no tuvo tiempo de prevenirte a ti. ¡Por eso he venido, Dana! Para avisarte antes de que tus poderes despierten y te tomen por sorpresa.

—Pero lo que me cuentas es disparatado. ¿Cómo es posible que mi madre no sepa nada de esto y tú sí?

—Yo conocí a Luca cuando vivía en Roma. Luego se mudó aquí, se casó con Berta y el resto de la historia ya lo sabes. Pero si no me crees, pregúntale a tu tío.

—¿A mi tío?

Asintió con la cabeza.

—Él también sabe la verdad. ¿Quién te crees que le ayudó a instalarse en Valencia? Tu padre estaba harto de esa vida y decidió escuchar sus consejos. A pesar de que le aconsejé que no lo hiciese... — alegó con tristeza—. Dana, has nacido con la marca sagrada que llevas en la espalda y con una serie de habilidades que no tardarás en desarrollar, y cuando eso ocurra, vas a llamar la atención de muchos enemigos que ahora permanecen escondidos.

Sentí que me falta el aire y me levanté de golpe.

—Por favor...

—Sí, lo sé, quieres que me marche. Pero algún día tendrás que asimilar que eres una bruja. Y no una bruja cualquiera, una Ranieri.

Se alejó en silencio y procuró cerrar la puerta con el mismo sigilo. Era consciente de que ya había bastante ruido en mi cabeza.

Fui al baño a refrescarme la cara, la sentía agarrotada, como el resto del cuerpo. Solo el cerebro me respondía a un ritmo frenético asimilando toda la información, a la vez que surgían otras mil preguntas.

Mi madre tenía razón, me dije en un intento por acallar mi colapso mental. Nunca se le debía hacer caso a una charlatana, solo conseguías que te arrastrase a su mundo imaginario. Y yo había cometido ese grave error. Había prestado oídos a sus estupideces y ahora naufragaba a la deriva. Pero si de verdad lo creía, ¿por qué no dejaba de darle vueltas al asunto? No, no, no. Úrsula tenía que estar como una regadera. No era posible que yo me hubiera pasado toda mi vida engañada. ¡No podía ser!

Entonces recordé, a modo de flash, la noche en que me abalancé sobre el chamán con una destreza asombrosa, casi sobrenatural. Sin embargo, Abel me había asegurado que no sucedía nada raro. Abel... El formaba parte de todo ese misterio.

Me dejé caer en el suelo y sostuve mi aturdida cabeza entre mis piernas. En ese momento, llamaron de nuevo al timbre.

Mi sentido común decía que no abriese la puerta, que no estaba en

disposición de recibir a nadie. Pero en el transcurso del tiempo en que me llevó pensarlo, me desplazé arrastrando los pies y abrí. Mente y cuerpo me reaccionaban por separado. Y le vi delante de mí. Al oráculo de mis respuestas, al poseedor de la clave de todos los misterios.

Lucía una sonrisa radiante en mitad de su rostro desvaído. Sí, pese a mi caos mental, encontré un hueco para preocuparme y preguntarme a qué era debida su extrema palidez. Pero nuevamente, mis pensamientos fueron en sentido contrario a mi capacidad para hablar y Abel reaccionó más rápido.

—Dana, ¿estás bien? —me preguntó con rostro alarmado.

Me limité a mirarle y él volvió a insistir.

—¿Qué ocurre?

Me alejé de la puerta, con Abel siguiéndome, y luego me giré decidida a plantarle cara.

—¿Quién eres?

—Estás demasiado nerviosa...

—¡Basta! —le grité fuera de control—. Lo mismo aseguraste la noche en que te lo pregunté en Pemba, y yo te creí.

—Quisiste creerme porque te convino —se defendió. Me llevé la mano a la boca, estupefacta—. Dana, tú nunca has querido ver más allá de lo que te ha interesado y al final determiné que era mejor así —agregó con calma.

—¡Pues ahora exijo saber la verdad! —le dije furiosa.

—¿O si no, qué? —me retó, molesto por mi reclamo en firme.

—Si no eres sincero, no tendré nada contigo porque jamás podré confiar en ti.

—Dana, si sigues adelante con esto, ten por seguro que lamentarás conocer la verdad y ya nada volverá a ser lo mismo entre nosotros. ¿Estás dispuesta a que eso ocurra? Dime, ¿quieres echar todo a perder? —me advirtió con voz severa.

Sufrí una especie de retorcimiento en mi interior que hizo que me lo

replanteara en serio. Pero no, no había retorno posible. El velo que ocultaba la verdad ya se había vuelto casi transparente, y necesitaba llegar hasta el final. ¡Necesitaba saber quién era Abel en realidad! Y asumí las consecuencias.

Observé un atisbo de pena en sus ojos y luego mostró una oscura tranquilidad.

—Que así sea, pues —musitó con feroz mirada— ¡Vamos, comienza a preguntar! Estoy listo para responderte.

Tragué saliva y me armé de valor.

—¿Te llamas Abel Rumsfeld?

—No.

—Entonces, ¿cómo te llamas?

Observé que ya no quedaba ni un ápice de humanidad en su pálido rostro. En su lugar, se hallaba una máscara inescrutable y cargada de frialdad. Comenzó a avanzar peligrosamente Inicia mí, al tiempo que yo retrocedía con el corazón bombeándome descontrolado.

—Tengo tantos nombres como culpas me han achacado. Pero supongo que es parte del ser humano justificar su despreciable naturaleza—sentenció con arrogancia.

Lo miré boquiabierto.

—¿No...? ¿No eres...? —balbuceé respirando con dificultad.

Me respondió con una sonrisa malévola y no quise escuchar nada más. Giré sobre mis talones y eché a correr aprovechando que la puerta estaba abierta. Pero en ese instante, se cerró delante de mis narices. Me di la vuelta a un tris de desmayarme.

¿Crees que ha sido una corriente de aire? —se rio burlándose de mis palabras dichas en el acantilado—. Puede ser que tengas razón, pero manejo el aire a mi antojo, ¿no te parece?

Entonces la puerta volvió a abrirse, para cerrarse varias veces consecutivas, y me invadió el pánico.

—Vamos, ¿ya no quieres seguir preguntando? ¿Ya no sientes curiosidad? —me instó de forma colérica.

—Eres uno de esos brujos, ¿verdad?

Me negaba a considerarme una de ellos. Volvió a esbozar una sombría sonrisa.

—No, Dana, no soy como tú. Soy mucho más que un simple brujo, y en el fondo lo sabes —me aseguró con sus ojos fijos sobre los míos.

Me quedé sin espacio y topé contra la pared. Sus brazos me arrinconaron para impedir cualquier otro intento de escapatoria y se inclinó sobre mí.

—Pronuncia mi nombre. Sé que lo sabes, puedo sentirlo.—me susurró.

Había pensado en una posibilidad, pero era demasiado atroz para... No, Abel no podía ser el príncipe de las tinieblas.

—¡Imposible! —gemí llena de espanto.

—Oh, ya lo creo que es posible. Y estoy aquí, muy cerca de ti.

Acercó su nariz a mi pelo para inspirar su aroma y me recorrió un escalofrío doloroso a lo largo del cuerpo. Pero, de repente, caí en la cuenta de algo muy importante y todo mi miedo se transformó en desprecio.

—Tú... —dije con voz entrecortada—. ¡Tú me has engañado!

—Dana, eso no es del todo así —se apresuró a decirme sabiendo a qué me refería—. Es cierto que un principio me acerqué a ti por ser una de ellos. Pero luego... Oh, Dana, yo traté de mantenerme alejado. No quise que sucediera.

Rabiosa, le propiné un empujón para alejarlo de mí.

—¡Y aun así te acercaste! —le reproché, apuntándole con el dedo—. Me hiciste sentir culpable por no confiar en ti, cuando en realidad, ¡eres un monstruo! —grité con encarado odio.

—¡No te atrevas a juzgarme! —dijo igual de alterado—. ¿Oué sabes tú de lo que ha supuesto mi eternidad?, ¿de las atrocidades que he tenido que contemplar o soportar? Maldita mocosa, atrevida, ¡tú no sabes nada! —me aseguró con destilada amargura—. No, Dana, nada de lo que llegues a padecer, ni siquiera esto, podrá nunca compararse

a lo que entraña mi condena —concluyó más calmado.

A esas alturas tenía la vista nublada por las lágrimas y mi pecho se retorció desgarrado de dolor y miedo.

—Yo solo quiero que te alejes de mí y desaparezcas —le supliqué sollozando.

Me miró herido y suspiró con resignación.

—Como desees. Pero ten muy presente algo: si algún día le unes a los tuyos y volvemos a encontrarnos, no dudaré en tratarte como a una más de mis enemigos.

No objeté nada al respecto. Tan pronto terminó de dictar sus condiciones, las fuerzas me abandonaron por completo y me invadió una total negrura.

CAPÍTULO 14

Cuando abrí los ojos, no sabía dónde me encontraba. Desorientada, lo primero que hice fue intentar sacarme lo que tenía clavado en el brazo. Era una vía, por la que seguramente me habían administrado algún calmante. Solo así podía explicarse que, a pesar de lo que acababa de vivir, me sintiera tan serena. «Así que estoy en un hospital», deduje, al tiempo que me preguntaba cómo había acabado allí. Me incorporé en la cama con dificultad para intentar levantarme. Pero una enfermera entró en la habitación y enseguida me detuvo. Ésta llamó al doctor, que apareció al cabo de un instante junto con más enfermeras.

A pesar de que aseguré por activa y por pasiva que me encontraba perfectamente, me examinaron las pupilas, me colocaron un termómetro bajo la axila, me tomaron la tensión, y miles de cosas más. Un verdadero agobio. El médico abandonó la habitación y dejó aviso de que ya tenía permiso para recibir visitas. Entonces me estremecí al sospechar quién podía estar afuera. Aunque resultó ser Laura, y volví a respirar tranquila.

—¡Dana qué susto nos has dado! —exclamó con angustia, mientras atravesaba la habitación hasta mi lado.

—¿Os he dado? No me digas que se lo has dicho a mi madre.

Puso una mueca de circunstancias, confirmando mis temores.

—Viene de camino...

—¡Laura!

—¿Y qué querías que hiciera? Como te he dicho, me asusté cuando me llamaron del hospital diciendo que estabas aquí.

—¿Te llamaron, no me trajiste tú? —inquirí confusa.

—No, te trajo Abel. Y al parecer dio mis datos para que me avisasen.

Me entró una sacudida violenta nada más volver a escuchar ese

nombre.

—Dana, ¿qué ha ocurrido para que terminaras aquí?

—Nada, y te pido que no vuelvas a nombrarle nunca. ¿Queda claro?
¡Nunca!

—¿Es que acaso te ha hecho daño? —preguntó, alarmada por mi reacción.

—No de la forma que puedes estar pensando, y ahora mejor dejemos el tema. Solo te diré que él ya es historia.

Me miró confundida, pero se abstuvo de volver preguntar.

Por mi parte, preferí no aclarar nada. Era mejor que no supiera, ni ella ni nadie, la espeluznante verdad.

A lo largo del día, me vi obligada a permanecer postrada en aquella cama por órdenes del doctor. Mi madre no se despegó de mi lado, por supuesto. Solo aprovechó la visita de mi tío Agustín para ausentarse un momento a comer.

Éste me dedicó una sonrisa afable, ajeno a mi rencor.

—¿Cómo está mi hermosa sobrina? —me saludó con alegría.

—Sé todo lo de mi padre —solté de pronto, mientras le miraba de una forma fría.

Mi tío palideció de inmediato y tardó en reaccionar a mis palabras.

—Te lo ha dicho ella, ¿verdad? —preguntó al fin—. Esa mujer estúpida solo sabe ocasionar problemas —agregó con sorprendente desprecio.

Pensaba que solo mi madre le tenía ojeriza a Úrsula. Ignoraba que también mi tío sintiera lo mismo.

—Eso da igual —retomé el tema—. Lo importante es que me digas por qué guardaste silencio todo este tiempo.

—Dana, lo lamento mucho. Me imagino cómo debes de estar sintiéndote —se disculpó apesadumbrado.

—Lo dudo mucho. Tú nunca sabrás lo que es descubrir que el mundo tal y como es no existe. ¡Qué te has pasado toda tu vida engañada!

Mantuvo su mirada afligida.

—Si quieres odiarme por ello, adelante, pero no a Luca. Era un buen amigo, un buen esposo y un buen padre. No merece tu desprecio.

Giré la cara, airada.

Ese resentimiento solamente estaba reservado para alguien. Aun así, no estaba dispuesta a dejar pasar su silencio y volví a mirarle con intención de ajustar cuentas.

—Mi madre tiene derecho a saber la verdad. Es lo justo —sentencié.

Asintió sumiso y fue en su busca, siendo consciente de que, una vez confesara, lo más probable era que se quedara sin hermana. Al cabo de un rato, apareció con mi madre visiblemente preocupada.

—Cariño, tu tío dice que te urge contarme algo. ¿Te encuentras bien?

Nerviosa, comprobó la temperatura de mi frente. Aparté sus manos con suavidad y la obligué a que se sentase a mi lado.

—Mamá, lo que tengo que decirte te va a sorprender mucho. Yo diría que ni me vas a creer.

Me miró con angustia.

Antes de atreverme a declarar, la observé detenidamente, intentando dar con las palabras adecuadas, y entonces comprendí que no merecía la pena decir nada a esas alturas. Aquella horrible verdad había cambiado mi vida para siempre. No era necesario que también ella sufriera.

—Hija, me tienes en ascuas —protestó muy impaciente.

—¡Te quiero mamá! —solté sin más—. Como nunca te lo digo, pensé que éste era un buen momento.

Escuché cómo salía un suspiro de alivio de los labios de mi tío y la risa divertida de mi madre. Ignoraba que mis mejillas encarnadas no era porque me avergonzara mostrarme sentimental, sino por la rabia de convertirme en una cómplice más de aquel engaño.

—¡Oh! Cariño, y yo a ti. Pero no era necesario tanto misterio. Por un instante, llegué a pensar que se trataba de algo grave. Bueno, si no

necesitáis nada más, regresaré a la cafetería. Estaba a punto de almorzar cuando tu tío vino a secuestrarme —añadió, lanzándole a éste una mirada inquisitiva antes de desaparecer de nuevo.

—Me he callado porque no quiero que sufra —le dejé claro a mi tío.

Él sonrió agradecido y me revolvió el pelo de forma cariñosa, como cuando era pequeña.

—Dana, para Luca y para mí tampoco resultó sencillo guardar silencio. Espero que ahora lo entiendas —expresó con sutileza.

—¿Cómo os conocisteis? —quise saber.

Soltó una risita, y se sentó a los pies de mi cama para ponerse cómodo, mientras rememoraba viejos tiempos. Era lo que más le gustaba a mi tío, por lo que se mostró encantado con mi interés.

—Verás, ocurrió cuando estudiaba en el seminario de Roma. Acababa de llegar a la ciudad y no conocía a nadie. Hasta que un buen día tropecé con un chaval introvertido que se llamaba Luca y que vivía en el mismo monasterio que yo.

—¿Qué pintaba mi padre en un sitio así? ¿Es que también quería ser cura?

—No, nada de eso —se apresuró a aclarar—. Luca vivía allí con su familia y su hermana mayor, Cecilia.

Me observó un segundo.

—¿Sabes? Tú te pareces mucho a ella. Diría incluso que sois dos gotas de agua. Pero por fortuna heredaste la templanza y la humildad de tu padre. Ella era una joven engreída.

Recordé a la mujer de ojos claros que aparecía en mi sueño. Ya, en ese entonces, nuestro parecido no me había pasado inadvertido. Claro que imaginé que era solo un estúpido sueño y no la aparición del fantasma de mi tía.

—¿Qué hacían mi padre y su familia en un monasterio? —insistí llena de confusión.

—Vivían en la parte superior del edificio, destinado al entrenamiento de los brujos que más tarde se convierten en guerreros.

—¿Son los que luchan contra el maligno?

—¿Te refieres a Lucifer? No, que va. Él es un arcángel caído y perteneció a la alta jerarquía celestial, por lo que su poder sigue siendo inmenso. Sería un suicidio enfrentarse a él.

—Entonces, ¿contra quién luchan esos brujos?

—Contra su ejército oscuro —señaló—. Soldados creados para la gran batalla que algún día tendrá lugar.

—¿Una batalla? ¿Qué batalla? —pregunté, cada vez más pérdida.

—Lucifer lleva siglos preparando la segunda guerra de los cielos, para recuperar su lugar en la corte celestial y expulsar a los otros arcángeles, como hicieron con él en el primer enfrentamiento.

Me vino a la mente la noche en el valle, en que me habló de esa guerra.

—Los brujos intentan posponer ese momento —continuó—, eliminando el mayor número posible de sus soldados. Y los Ranieri son los que hasta ahora han conseguido detenerle en gran medida. De lo contrario, ya hace tiempo que el mundo tal y como lo conocemos hubiera dejado de existir concluyó.

Bajé la mirada ocultando mi tristeza.

Ya no albergaba dudas de su interés por acercarse a mí. ¡Quería destruirme! Aprovecharse de mi ignorancia para destruirme. Eso era yo. Una Ranieri de la que poder librarse con facilidad. «Pero... ¿por qué no lo hizo?», me pregunté acto seguido. ¿Por qué después de tomarse tantas molestias para engañarme decidió perdonarme la vida y traerme aquí?

—Dana, ¿estás llorando? —se preocupó, al reparar en el brillo sospechoso de mis ojos.

Me apresuré en enjugarme la cara.

—Es que todo esto es una locura.

—Lo sé. Sé lo desconcertante que puede llegar a ser —confesó—. Pero insisto, Dana, tu padre tampoco lo tuvo fácil. Él dejó su vida para empezar de nuevo.

—¿Y por qué lo hizo? Debe de ser duro renunciar a algo para lo que te has preparado siempre.

—La vida de un guerrero no es sencilla. Exige de un alto precio y muchos sacrificios para tan pocas gratificaciones. Es por eso que cuando su hermana Cecilia murió, tu padre no lo pudo soportar y decidió que no quería ver perder a nadie más de los suyos. Luego le ayudé a instalarse aquí, le presenté a Berta y guardé su secreto fielmente.

—¿Y lo del apellido...?

—Eso fue idea de tu padre. Él quería evitar que lo encontrasen y lo cambió por el de Román, en honor a su ciudad de origen.

«Así que él tenía razón», me dije rememorando otra de las escenas en las que sus palabras me resultaron un misterio.

—Dana, ¿te puedo yo ahora preguntar algo? —me interrumpió mi tío.

—Claro.

—¿Piensas retomar el camino de tu padre?

—¿Te refieres a convertirme en una especie de samurái y luchar contra seres oscuros? No, gracias. Estoy segura de que moriría en el primer asalto.

Sonrió, aliviado por mi respuesta.

—Me alegra saber que esa es tu decisión. Es también lo que hubiera deseado Luca. Pero si algún día cambias de opinión, sé que serías una gran guerrera. Al fin y al cabo, eres una Ranieri y lo llevas en la sangre.

Recordé la advertencia que me había dado antes de desmayarme y volví a negarme. Por alguna extraña razón, había decidido no hacerme nada, aunque eso no quería decir que me lucra a perdonar la vida una segunda vez...

Me pasé durmiendo todo el día. En parte por los calmantes, pero sobre todo porque quería olvidar la pesadilla en que se había convertido mi vida. Olvidar, olvidar, olvidar. Olvidarme de lo que yo

era y olvidarme de él. «Como si eso fuese posible», me dije con amargura.

Sin embargo, esa se convirtió en mi meta, y tan pronto me dieron el alta, me incorporé al trabajo con idea de retomar mi rutina diaria. Me esforcé más que nunca y si por un casual llegaba a completar la montaña de tareas pendientes que tenía, buscaba más en lo que ocuparme como, por ejemplo, ordenar mi cuarto. Cualquier cosa antes que disponer de tiempo para pensar. Era lo peor que me podía ocurrir, pensar y recordar. Pero solía ingeniármelas para colmarme de trabajo y llegar a la cama agotada. Aunque en el fondo, albergaba la esperanza de que, con el tiempo, tuviera que emplearme con menos ahínco, hasta que un día por fin no necesitase hacerlo. Un día en que amaneciera sin notar aquel horrible vacío que me veía obligada a llenar a toda costa.

Sin embargo, transcurrieron los meses y fracasé estrepitosamente en el intento. Mi agujero negro fue creciendo imparable, y mis esfuerzos por recuperar mi vida se volvieron desesperados. Era inútil. Me empeñara lo que me empeñara, él siempre seguía en un resquicio de mi mente, aguardando la ocasión perfecta para torturarme con su recuerdo.

Laura entró en el apartamento con una bolsa del videoclub y otra de la tienda de comestibles de abajo. Sonrió al verme por una vez fuera de mi habitación y se acercó con un bote grande —Helado de chocolate. ¿Te animas a compartirlo conmigo? —dijo ofreciéndome una cuchara.

—¡Claro! A eso nunca digo no —acepté con amabilidad.

Pero aparté a disgusto los documentos que estaba revisando.

—Además... —sacó un DVD de la bolsa —. ¡Sesión de cine!

Sonreí fingiendo mayor entusiasmo, mientras ella metía la película en el reproductor, contenta de recuperar nuestra sesión de cine de los jueves. Durante los trailers de la película, me llevé a la boca la primera cucharada de helado y sentí una punzada de nostalgia. No era *su*

helado casero.

Me apresuré a pensar en otra cosa.

—¿De qué va la película? No será de amor, ¿no?

Para culebrones románticos estaba yo... Laura sonrió dando a entender que ya imaginaba que se lo preguntaría.

—No, que va. Es de miedo.

—Ah, estupendo —opiné más tranquila.

¡Justo lo que necesitaba! Caras horripilantes o asesinos en serie con los que distraer la mente. Igual, con un poco de suerte, lograba disfrutar de la película sin tener que esforzarme demasiado. Continué saboreando el helado, dispuesta a ganarle la batalla a mi yo interior; pero a cada bocado se me hacía más insípido. Al final, lo dejé encima de la mesa, asqueada, y me centré en la película. A medida que la historia avanzaba experimenté una ligera sospecha, hasta que uno de los protagonistas comenzó a contorsionarse de forma rara y tuve que salir de dudas.

—Laura, ¿de qué trata exactamente la película?

—De un chico que ha sido tocado por el diablo y tienen que exorcizarle.

Me levanté como un resorte del sofá.

—¿Sabes qué? Mejor me voy a la cama. Estoy muy cansada.

—¡Gallina!

La ignoré y me encerré en mi habitación.

«¿Y si es eso lo que me ocurre? ¿Y si también yo estoy tocada por el diablo y necesito a un exorcista?», me pregunté cargada de angustia. La película me había puesto tan nerviosa e iba a ser incapaz de conciliar el sueño. Busqué, en la pila de papeles de mi escritorio, algún documento pendiente que completar. Pero todos estaban cubiertos y más que revisados. En la oficina tampoco es que quedaran muchos archivos que poner al día, ya me había ocupado de la mayoría de ellos. Me planteé la siguiente opción a la que solía recurrir en estos casos: ordenar mi cuarto. Sin embargo, eché un vistazo alrededor

buscando por dónde empezar y todo estaba en su debido sitio. Me entró el pánico. Si no encontraba algo pronto en lo que entretenerme, mi mente se iba a ver libre para pensar, y si esto sucedía, lo más probable era que me pusiera a soñar despierta; y ya sabía quién estaba esperándome en esos sueños. «Vamos, piensa, ¡rápido!», me exigí a mí misma. «¡Ah, ya sé!», daría un paseo.

Respiré aliviada por haber salido airosa del peligro y fui al armario a por un abrigo. Giré la cabeza por instinto hacia el perchero donde guardaba cuidadosamente su chaqueta. Hasta ese momento, solo me había permitido echarle miradas fugaces. Quería evitar posibles tentaciones. En un impulso, arranqué la prenda de la percha, dispuesta a deshacerme de la única evidencia de que él había existido. Pero justo en el momento en que iba a llevarla al cubo de la basura, cometí una imprudencia. Hipnotizada, hundí mi cara en una de las mangas y aspiré su olor. ¡Su olor! Hacía tanto tiempo que no lo sentía, que mi voluntad me traicionó. Cerré los ojos a la vez que inspiraba otra bocanada de aire y poco a poco dejé que el aroma a sándalo me inundara los sentidos. Jamás hubiera podido imaginar que estuviera tan sedienta o que semejante necesidad existiera. Y era aquel un sentimiento extraño que, si bien no debiendo, fui incapaz de controlarme. Dolía al igual que calmaba.

Abrí los ojos de nuevo, como quien se sobresalta por un mal sueño, y aturdida dejé caer la chaqueta. Recuperé el juicio y me apresuré a alejarme del objeto prohibido. Me sentía terriblemente culpable por haberme dejado llevar. Resentida conmigo misma, miré la prenda con deseos de que ardiera hasta extinguirse junto con su dueño. ¡Y para mi asombro, sucedió!

De la chaqueta empezó a brotar un hilillo de humo, que instantes después se convirtió en el inicio de un fuego. Lo primero que se me ocurrió fue cubrir la chaqueta en llamas con una toalla húmeda. Esto por un momento pareció ser de ayuda, pero la llama no tardó en recobrar virulencia. Me mordí el labio, ¡histórica!, mientras rogaba que

sucediera un milagro y la chaqueta se apagara, tan pronto como había comenzado a arder. Y también sucedió...

El fuego se extinguió de repente y ya no quedaba ni rastro de humareda, tan solo los despojos de ambas prendas carbonizadas. Me quedé estupefacta. ¿Yo había hecho eso? ¿O se trataba del milagro que había pedido? No era muy descabellado pensar algo así, puesto que si existía el diablo, también Dios. Pero no. Aquello tenía que tratarse de una de las habilidades que, según Úrsula, había predicho que desarrollaría. Increíble, tenía poderes. ¡Era una bruja de verdad!

Laura llamó a la puerta de mi habitación. Antes de dejarla pasar, me apresuré a esconder los restos carbonizados debajo de la cama. No me apetecía tener que explicarle algo tan raro. No se me ocurría ninguna excusa ingeniosa con qué hacerlo.

Laura entró con una sonrisa sospechosa.

— ¡Tienes visita! — anunció con voz cantarina.

— ¿A esta hora?

No es que fuese muy tarde, pero tampoco era una hora normal para dejarse caer.

— Dana, cariño, se trata de una visita clandestina. Ya me entiendes — agregó guiñándome un ojo.

La asesiné con la mirada.

— Pues no necesito una visita de ese tipo. Además, te dije que quería dormir.

Llevo viendo la luz encendida de tu habitación desde hace un buen rato, así que mucho sueño no debes de tener.

Pero si quieres saber mi opinión, no te vendría mal distraerte un poco. Últimamente solo sabes trabajar y dormir.

— Muy bien, pues que pase — accedí a regañadientes.

Laura me sonrió complacida e hizo entrar a la inoportuna visita. Pero en cuanto le vi, me quedé de piedra.

— ¡Fran!

— Espero que no te importe que te interrumpa tan tarde.

—No pasa nada —mentí—. Solo que no imaginaba que volvería a verte después de lo ocurrido...

—Sé que él ya no está en tu vida —confesó de golpe.

Lo miré y lo entendí todo.

Así que por eso había venido. No para aclarar o reprocharme nada, como había llegado a creer por un instante, sino a recuperar lo que consideraba perdido, a mí.

Dejó sus cosas encima de una silla y me miró esperando a que me reuniera con él. Pero fui incapaz de avanzar un solo paso. Lejos de desalentarle, tomó él la iniciativa y se acercó a mí. Por un momento pensé en esquivarle. Sin embargo, tras pensarlo mejor, decidí quedarme quieta. Si quería recuperar mi vida, tenía que empezar por hacer otra vez un hueco a Fran. Escuché una vocecilla interior que me aseguró de forma tajante que no funcionaría. La contradije y dejé que Fran me besara.

Notar la calidez de sus labios resultó agradable. Pero esa sensación duró poco tiempo porque enseguida se abalanzó sobre mí con la clara intención de no perder ni un segundo en preliminares. No pude dejar de echar en falta la ternura y la delicadeza a la que me había acostumbrado. Tan diferente a la lengua que aspiraba mi boca...

Le aparté con brusquedad.

—Vas muy rápido—protesté, sintiendo mis labios doloridos.

—Lo siento. Nunca antes te has quejado de mi forma de besar —repuso confundido.

—Quizás si lo haces con más cuidado... —le propuse, dispuesta a intentarlo de nuevo.

Se mostró de acuerdo y me besó con mayor suavidad. Pero sentí sus labios tan insípidos como el helado. Entonces, por primera vez en mucho tiempo, me vi obligada a recurrir a su recuerdo, para conseguir corresponderle como era debido. Cuando abrí los ojos, sin embargo, no era él quien estaba allí. Y comprendí que, hiciese lo que hiciese, mi vida ya siempre estaría vacía.

Me alejé de Fran, maldiciendo mi suerte.

—¿Y ahora qué? —protestó.

—Será mejor que te marches.

—Es por él, ¿verdad? —dedujo, mirando mis ojos llorosos.

Al ver que no lo negaba, montó en cólera.

—Como quieras —me susurró con ira—. Pero no pienso darte otra oportunidad cuando te dé una patada. ¿O crees que no lo hará? ¿Acaso crees que él te quiere? —se burló, destilando veneno—. ¡Vamos, desengáñate! Sé muy bien que un tío como ése no se conformará con una chica como tú. Y cuando se canse de jugar contigo, yo estaré ahí para verlo —concluyó dando un portazo.

Aguanté su pataleta sin decir nada y me dejé caer en la cama. No sé por cuánto tiempo permanecí con la mente en blanco. Solo sabía que estaba condenada. Irremediablemente condenada. Y daba igual la intensidad con la que luchara contra la fatalidad, mis sentimientos siempre serían más fuertes que mi empeño. La chaqueta calcinada era una prueba de ello y no deseaba incendiar más cosas para entender, de una vez por todas, que de alguna forma sí estaba tocada por el diablo. La pregunta era: ¿existía un exorcismo para esa clase de posesión?

CAPÍTULO 15

Por la mañana me arrancó de mis sueños algo muy distinto al sonido del despertador. Era mi madre canturreando alegremente, mientras abría la ventana para que entrase la luz de un nuevo día. Luego echó un vistazo a mi habitación, buscando cualquier indicio de desorden del que ocuparse. Pero al igual que yo, no tuvo suerte, y para mi sorpresa, tampoco pareció gustarle.

—¡Oh, cariño! Ya te has despertado.

En lugar de contestar, me rasqué la cabeza preguntándome (¿júe haría allí esa mujer tan temprano. Me dio por comprobar la hora en el reloj de mi mesilla y me quise morir. ¡Ya debía estar de camino al trabajo!

Salí de la cama de un salto y mi madre se colocó delante de mí.

—¿Qué haces? Necesito vestirme. ¡Llego tarde!

—Dana, vamos a sentarnos un momento —dijo, empujándome de vuelta hacia la cama.

Me entró miedo. Sabía que cuando mi madre se ponía seria, es que tenía en mente soltarme un sermón.

—En serio, mamá, que tengo mucha prisa —intenté zafarme.

—Sí, sí, lo sé. De un tiempo para acá siempre estás corriendo. Pero sin un rumbo fijo —alegó pensativa.

—¿A qué te refieres?

—Observa tu habitación.

La miré perpleja.

—¿Estás preocupada porque me he vuelto ordenada?

—Cariño, tú nunca has sido ordenada, ni lo serás nunca, y eso es lo que me preocupa en realidad —confesó—. Está claro que en algún sitio continúa existiendo ese desorden.

—Me temo que sigo sin comprender.

Me contempló con una sonrisa benevolente.

—Pequeña, ¿qué es lo que sucede?

Guardé silencio unos segundos y la miré con angustia.

—Mamá, ¿nunca te has preguntado si papá guardaba secretos?

—No, hija, nunca me lo pregunté porque no hizo falta. Siempre lo di por sentado.

—¿Y aun así te casaste con él? —pregunté muy sorprendida.

—En un principio, albergué serias dudas —reconoció—. Alguien que siempre se muestra tan reticente a hablar de su pasado y juega al despiste contigo puede resultar muy alarmante.

«Sí, conozco esa sensación», coincidí para mis adentros.

—Pero, Dana —prosiguió —, luego entendí que lo verdaderamente importante era lo que existía entre nosotros. No había ningún misterio en la manera limpia de demostrarme sus sentimientos, ni tampoco en su intención de hacer feliz a su familia.

—Aun así..., ¿no se te hizo duro vivir con la sospecha? ¿No te arrepentiste de haberte casado con un desconocido?

—Una vez le exigí que me contase la verdad, pero su respuesta fue de nuevo el silencio. Supongo que es difícil revelar según qué secretos si con ello te arriesgas a perder lo que amas —alegó con tristeza en sus ojos—. Y no, Dana, nunca me arrepentí de mi decisión, pues a pesar de todos sus misterios y secretos, y a pesar también de que hoy ya no está a mi lado, yo tuve la dicha de vivir el amor más bonito que se pueda alcanzar.

Me asaltó la angustia.

—Pero ¿y si esa relación es imposible o existe un gran riesgo de que no te corresponda? ¿Estás condenada por siempre?

—Eso solo lo sabrás si apartas tus miedos y te atreves a descubrirlo. Aunque sospecho que, si hablamos del mismo joven con el que regresaste de viaje, no tendrás problema.

—¿Cómo estás tan segura?

—Hija, ¿cómo no lo estás tú? —se puso en pie—. Y ahora será mejor

que te deje para que puedas ordenar tus ideas.

Se despidió con una sonrisa y me dejó más sumida en la confusión.

* * * * *

Entré en la redacción y, recuperando un viejo hábito, me agazapé de esquina en esquina hasta llegar a mi mesa. *Don Urraca* apareció por nuestro zulo para verificar que había aparecido. Pero no dijo nada de mi impuntualidad. Simplemente puso cara de pocos amigos y se marchó de vuelta a su despacho. Era la primera vez que llegaba tarde desde que había salido del hospital y, en cierta forma, también estaba sorprendido.

Me pasé la mañana pensando en las musarañas. Me devané los sesos planteándome dudas que hasta entonces me había esforzado por dejar aparcadas. ¿Por qué no había decidido acabar conmigo aquel día? Pudo haberlo hecho, ya le había descubierto, ya no tenía nada que perder y, en lugar de ello, se preocupó por trasladarme a una clínica. ¿Sería posible que mi madre tuviese razón y él...?

Sacudí la cabeza obligándome a ser realista. Era absurdo pensarlo siquiera. ¡Se trataba de él! Y al fin y al cabo, me había asegurado que no dudaría en rematar su hazaña si volvía a cruzarme en su camino. Pero se hacía tan fácil fantasear con la idea y continué así, *fantaseando* a lo largo de la tarde y la noche, hasta que caí rendida en la cama.

Noche cerrada. Así era la oscuridad que invadía mi sueño. Una oscuridad densa y silenciosa que colmaba todo el espacio donde me encontraba yo. ¿T qué lugar era aquel exactamente? No había nada. Tan solo un vacío inquietante e infinito. ¿Era ese sueño un reflejo de mi pena? Desorientada, me deslicé por entre las sombras en busca de cualquier indicio existencial. No albergaba muchas esperanzas. Todo pintaba a que aquí solamente estaba yo. Pero entonces atisbé una presencia que oscilaba desafiante a mí alrededor.

—Bienvenida a mi abismo, ser de luz —decía —, ven y acompáñame a recorrerlo.

Aunque asustada, acepté su mano tendida y dejé que me guiara a su antojo por la oscuridad. Pronto alcanzamos una especie de cámara subterránea, bañada por un resplandor sutil. A pesar de ello, su identidad siguió resultándome un misterio. No me importó demasiado. Me hallaba totalmente eclipsada por aquella figura espectral y de porte imponente. Era como un ángel tenebroso.

Soltó mi mano y, con aire entristecido, se alejó de mí a cierta distancia. Me acerqué de nuevo al ángel de aura azulada y extendí mi mano hacia donde se suponía se encontraba su rostro. Noté humedad entre mis dedos. El ángel lloraba. T me dominó la angustia al comprenderlo todo. No era ese sueño un reflejo de mi pena, sino de la suya.

Me desperté empapada en sudor y aparté de un tirón las sábanas para sentarme en el borde de la cama. El reloj de la mesilla marcaba las ocho de la mañana. «¿Será cierto lo que he soñado?», me pregunté llena de angustia. ¿Acaso era posible que un monstruo sollozara? Su tristeza parecía tan sincera... Tan sincera como el resto de sus... ¿mentiras?

Cerré los ojos y me mordí el labio. ¡Pero qué había hecho! En algún lugar, igual de lúgubre que en mi sueño, se encontrara mi ángel tenebroso esperando que le salvara de la oscuridad. Se acabó. Estaba harta de huir. Puede que mi sentido común me estuviese traicionando, puede que mi insensatez acabara por condenarme, pero la decisión ya estaba tomada. Solo me quedaba pedir perdón por ello.

Me bajé en la estación más cercana y me adentré por una callejuela hasta llegar a la iglesia Santa Catalina, donde mi tío era el párroco. Respiré hondo y, después de muchos años, traspasé de nuevo aquel umbral. El templo estaba casi vacío, y los pocos feligreses que allí había se encontraban dispersos rezando por los bancos de madera. Mientras esperaba a que mi tío se dejase ver, me entretuve contemplando los numerosos santos de la iglesia, que igualmente parecían observarte con calma desde su altar floreado y lleno de velas.

Inspiré con fuerza. Me seguía impactando ese olor a cera derretida y espiritualidad, como cuando era una niña.

Encontré una *Biblia* abierta sobre un atril del altar y no pude resistirme a ojearla. Busqué la primera de las historias del *Antiguo Testamento*, el *Génesis*, donde se relataba el origen del universo, del hombre, de su caída... Cerré *La Biblia* de golpe, negándome a seguir leyendo esos horribles pasajes que apenas decían nada bueno de él. Más bien lo describían como a un ser al que había que evitar a toda costa. ¡Evitar!

—¡Dana, qué sorpresa! —exclamó mi tío—. ¿Cómo tú por aquí?

Me giré con presteza y con el corazón en un puño confesé:

—Perdóname, padre, porque he pecado.

Enmudeció de golpe, por lo que añadí:

—Se dice así, ¿no?

—Más o menos. ¿De verdad quieres confesarte? —preguntó aún asombrado.

Asentí con la cabeza y él se echó a reír.

—Muy bien. Si tan claro lo tienes, cuéntame, hija: ¿qué falta has cometido?

Me fijé en un lienzo del fondo. Tenía pintado un grupo de querubines que parecían jugar despreocupados entre ellos. Me pregunté si él había sido así de feliz algún día. Y allí, contemplando fijamente la cara de uno de esos ángeles inofensivos, lo declaré en voz alta.

—Me he enamorado del ser más perverso de este mundo y pido a Dios perdón por ello, porque sé que no debo. Pero Él sabe que me he resistido con todas mis fuerzas y ahora ya es tarde —me enjuagué las lágrimas y añadí—. Ahora voy a ir en su busca.

—Dana, ¿puedo saber de quién se trata? —preguntó preocupado, olvidando su condición de confesor.

—De Abel Rumsfeld —pronuncié al fin su nombre.

—¿No es ése el abogado que te daba mala espina?

Asentí de nuevo. Y pensar que siempre intuí quién era...

Mi tío volvió a reír.

—Bueno, cariño, no es que me deje de sorprender. Tampoco es que ese hombre me guste, a mí también me provoca aprensión. Pero, por un momento, llegué a asustarme de verdad —admitió—. ¡No es tan grave enamorarse! Piensa en lo feliz que se va a poner tu madre.

«Desde luego», coincidí, porque no pensaba decirle quien era él en realidad.

Mi tío me mandó rezar un par de oraciones y yo acepté mi penitencia. ¡Como si eso fuese suficiente para salvarme! Mi alma le pertenecía al diablo.

Salí de la iglesia con la idea fija de empezar a buscarlo, pero fue más difícil de lo que pensaba. Tampoco tenía muchos hilos de los que tirar, salvo un número de móvil, cuyo contestador saltaba cada vez que llamaba, diciendo que esa línea había dejado de existir; y la dirección de la casa a la que me había llevado después de la ópera. Sin embargo, también me la encontré vacía y sin rastro alguno de él, por lo que regresé a mi apartamento con el corazón desolado y si ninguna esperanza.

Laura salió de su habitación en cuanto me escuchó llegar.

—Vaya, pero mira quién aparece después de todo el día, ¡si es Dana! ¿Y qué haces que no estás trabajando? —se burló.

—Le he perdido —me reproché en voz alta, ignorándola.

—Sí, anoche escuché el portazo de Fran.

La miré de soslayo, sin ganas de aclararle nada. Y de repente tuve una idea que hizo que tuviera otro rayo de esperanza.

—Laura, ¿y tu madre? ¿Dónde está tu madre?

—¿Mi madre? En su consultorio. Hoy hay luna llena y quería quedarse hasta tarde preparando un ritual. ¿Por qué?

—¿Puedo llevarme tu coche? —pregunté, demasiado apurada para responder.

—Sí, claro.

Cogí las llaves del mueble de la entrada y volví sobre mis pasos para estamparle un beso en la cara. Laura me miró todavía más confusa.

—¡Cada día estás más rara!, ¿lo sabes, verdad? —se quejó antes de que cerrase la puerta.

Crucé los dedos para que mi plan funcionara. Úrsula se había convertido en mi última oportunidad para encontrarle. Ella conocía el mundo de la magia y podía guiarme hasta él. Tenía que funcionar. ¡Tenía que funcionar!

Aparqué el coche enfrente de su consultorio que quedaba justo al lado de la casa de mi madre. Además de ser rivales, eran vecinas, por lo que esto me suponía un verdadero obstáculo para visitar a Úrsula. Si mi madre llegaba a enterarse de que me había reunido con su archienemiga, iba a considerarlo como un gesto de alta traición. Así que me deslicé encorvada hasta la entrada del consultorio —ya tenía práctica—, para evitar ser descubierta y toqué el timbre vigilando a mí alrededor. Úrsula no tardó en abrirme, pero su expresión decía claramente que era la última persona que esperaba recibir.

—¡Dana! ¿Qué haces aquí?

—Necesito tu ayuda —solté sin más—. ¿Puedo pasar?

Asintió extrañada.

Nada más entrar, me fijé en que el cuarto estaba repleto de objetos esotéricos y paganos. En cierta forma, se daba un aire a la habitación de Laura. Claro que, por otro lado, tampoco era de extrañar, teniendo en cuenta que ciertos gustos estrambóticos podían resultar hereditarios.

—Dana, si has venido para que te hable de tu familia, ya te he dicho todo lo que sé.

Úrsula no quería problemas con mi madre y se mostraba incómoda con mi visita.

—No he venido para eso —aclaré—. He venido porque necesito que me ayudes a contactar con alguien.

—¿Con alguien? ¿Con tu padre quizás?

Me apresuré a negar con la cabeza.

—No, no se trata de ningún muerto, ¡sino de él!

—¿De quién? —preguntó confusa.

—¡Del maligno!

Su cara palideció de inmediato y le costó recuperar el habla.

—¿¡Es qué te has vuelto loca!? —explotó—. ¿Cómo se te ha pasado semejante estupidez por la cabeza?

—Úrsula, no te lo pediría si no fuese importante.

—¿Y qué puedes tú querer de ese ser que sea importante? Él es muy peligroso, Dana, ¡mézetelo en la cabeza! Nada puede justificar que arriesgues tu vida de esa forma.

—¡Pero yo sé que él no me va a hacer nada! —insistí.

—¿Cómo puedes estar tan segura de algo así?

—Porque pudo haberlo hecho antes —confesé.

Me miró estupefacta y se llevó la mano a la boca.

—Dios santo... —murmuró—. Era con él con quién tenías la cita aquel día, ¿verdad? —añadió entendiéndolo todo.

Asentí.

—¿No te das cuenta? Si se ha acercado a ti, es porque ha intentado aniquilarte. Dana, eres una Ranieri, ¡y él es uno de los enemigos de los que te advertí!

—Créeme, si verdaderamente hubiera querido aniquilarme, no estaría ahora hablando contigo.

Soltó una risita sarcástica.

—Niña, ¿pero en serio piensas que te quiere?

—Ese es mi problema —le espeté.

Era la segunda vez que me formulaban esa pregunta con escepticismo, y me resultaba doloroso.

—Úrsula, por favor... —perseveré—, sé muy bien a lo que me expongo. Pero aunque sea lo último que haga, necesito encontrarle, y tú eres la única esperanza que me queda —dije casi suplicando.

Me observó, tratando de resistirse a mi semblante compungido, y finalmente resopló, dándose por vencida.

—Está bien. Pero debes saber que donde pretendes meterte es un nido de culebras. Y ahora acompáñame.

La seguí hasta una habitación que tenía estantes llenos de libros, velas y más amuletos colgados. Úrsula sacó un libro y me lo entregó.

—Este es el *Codex Gigas* o como también lo llaman, *La Biblia del Diablo*. En él, hay un conjuro por el que podrás introducirte hasta su mundo.

—¡Qué libro más grande y pesado! —exclamé.

—Es simplemente una imitación. El verdadero es mucho más grande y pesa unos setenta kilos. Este libro, Dana, perteneció a tu padre.

Se dirigió a un cajón y cogió una tiza y un abrecartas. Luego trazó en el suelo un círculo extraño y lo rodeó con las velas.

—Escucha, esto es lo siguiente que debes hacer: una vez estés dentro, evita cualquier tipo de enfrentamiento. Pide tan solo hablar con su señor, y si alguien duda, asegura que tienes un acuerdo interesante que ofrecerle. Lo importante, Dana, es que ganes el máximo de tiempo posible hasta que él aparezca. Y recuerda, ¡evita enfrentarte con esos seres! Tú no estás preparada para luchar contra ellos y lo más probable es que te derriben en el primer golpe.

—¿Qué pasa si él no aparece? —quise saber preocupada.

—Cruza los dedos para que lo haga. De lo contrario, date por muerta. Pero lo más probable es que te mate él mismo —agregó sin delicadeza.

—¿Y tú?

—Yo soy una médium, ya te lo dije. Lo mío es contactar con energías blancas, no con seres de ese alcance. Solo la sangre de una bruja puede conseguirlo. Tu sangre —dijo lanzándome el abrecartas—. Y ahora entra en el círculo marcado en el suelo, y cuando yo te lo diga, vierte unas gotas de sangre en cada vela.

Asentí introduciéndome en el dibujo de tiza.

—Dana, una cosa más —me volví para mirarla—. Ojalá tengas suerte, porque la vas a necesitar.

Supe que en su fuero interno acababa de darme la extremaunción.

Me situé en mitad del círculo y esperé. Mientras Úrsula leía el conjuro del libro en latín, sentía un nerviosismo interior, mezcla del miedo y la incertidumbre por no saber qué me iba a encontrar al otro lado. De repente, se levantó una turbulencia de aire a mí alrededor.

—¡Ahora! —gritó Úrsula.

Apunté el abrecartas a la altura de la palma de mi mano y con decisión proferí el corte. Acto seguido, con el puño cerrado, fui repartiendo el líquido espeso por las velas. Entonces, mis gotas de sangre se convirtieron en hilos de humo y las velas comenzaron a apagarse una a una, hasta que la habitación quedó a oscuras. Era tarde para echarse atrás.

CAPÍTULO 16

La luz regresó inundando todo de un color azulado y supe que ya no me encontraba en el consultorio de Úrsula. En ese lugar gélido e inhóspito se extendía un inmenso hueco oscuro. Igual que en mis sueños. Empecé a caminar buscando a mi ángel tenebroso y me sorprendió una voz a mis espaldas.

— ¡Pero mira quién está aquí! Si es mi vieja amiga Dana.

Me giré entusiasmo esperando encontrármelo, pero me llevé una sorpresa horrenda. Ante mí había una especie de bicho nauseabundo, que tenía el cuerpo cubierto de una película viscosa. Parecía un zombi en la fase inicial de la putrefacción. No estaba solo, le acompañaban otros como él, por lo que tuve que contener mis ganas de ponerme a gritar. Entonces me di cuenta de un detalle. El bicho aquél me había llamado por mi nombre.

— ¿Me conoces? — pregunté confusa.

Soltó una carcajada escalofriante.

— ¡Claro que te conozco! ¿Acaso tú a mí no? Sé que es difícil reconocerme con mi nuevo aspecto, pero si te esfuerzas, lo lograrás.

Lo observé con mayor detenimiento y me embargó el espanto cuando conseguí identificarlo.

— ¡El concejal!

¿Pero qué narices hacía allí? ¡Y con esa pinta! Volvió a reírse, divertido por mi desconcierto y me clavó sus ojos con odio.

— Pequeña zorra, tú hiciste que me metieran en prisión y que acabara así. Ahora pienso cobrarme con creces la deuda.

— No he venido a luchar — le dejé claro.

— Pues no tendrás más remedio y veremos quién te salva esta vez.

Me invadió el pánico. Enfrentarme era justo lo que había dicho Úrsula que evitara a toda cosa. «¿Pero qué puedo hacer?», me lamenté

al mismo tiempo. El concejal estaba decidido a despedazarme.

—¿Qué está ocurriendo? —irrumpió una voz al fondo.

Todos abrieron paso a la silueta de una mujer que se acercaba hacia mí con pasos decididos. Y cuando la tuve lo suficientemente cerca como para examinarla al milímetro, me di cuenta de que era realmente hermosa. Más de lo que nunca pude contemplar. ¿O sí? ¡Claro, en Abel! Aunque ella era muy rubia, casi albina, y de ojos claros. Su mirada, sin embargo, era igual de gélida e inquietante que la de él. Sonreí aliviada a la mujer que me acababa de salvar de una muerte segura. Pero ésta me traspasó con la mirada e hizo que me tragara mi entusiasmo.

—Una bruja —dijo, analizándome con desprecio.

—Esta zorra —intervino el concejal— es de quien te hablé.

—Entonces ya imagino lo que pretendes hacer con ella —dedujo la mujer, luciendo una sonrisa malvada.

El concejal le correspondió de igual forma.

—¡Está bien! Pero procura no manchar todo de sangre. Ya sabes cómo se pone mi señor con ese tema.

Sentí una sacudida violenta al ver la frialdad con la que planeaban sacarme del medio.

—Espera, espera —me apresuré a interrumpir—. He venido a hablar con vuestro señor y ¡exijo verle!

La mujer volvió a atravesarme con la mirada y soltó una carcajada.

—Bruja, tú no estás en disposición de exigir nada y ahora, ¡qué comience la lucha!

Antes de que pudiera objetar algo más, el concejal rebautizado como *el concejal mutante* se abalanzó sobre mí. No sé cómo, pero pude esquivarlo y corrí en dirección contraria. Mi intención era ganar tiempo, tal como me había aconsejado Úrsula, hasta que Abel apareciera.

Aunque traté de seguir huyendo, *el concejal mutante* me alcanzó y, con un fuerte tirón de brazo, salí propulsada por los aires para acabar

estampada contra el suelo. Pude escuchar de fondo los vítores del macabro público. Procuré volver a levantarme, sintiendo cada centímetro de mi cuerpo magullado. Entonces *el concejal mutante* se sentó sobre mí y buscó la base de mi garganta con intención de estrangularme, igual que había pretendido hacerlo con su antiguo aspecto humano. Pero, por increíble que fuese, mi preocupación principal ya no era morir. Era hacerlo sin haber tenido la oportunidad de confesarle a Abel mis sentimientos. Y ese mismo deseo me impulsó a luchar. Experimenté una subida de adrenalina —igual que en Pemba— que me inundó por completo y despertó la parte de mis ancestros. Propiné un rodillazo al *concejal mutante* y conseguí sacármelo de encima. Este se limitó a mirarme con evidente sorpresa desde el suelo. Aproveché su aturdimiento para arrojarme encima de él. Le tumbé de espaldas, tomando así el control de la situación y comencé a tirar de sus brazos hacía mí.

La idea era imposibilitar los movimientos de mi adversario lo máximo posible. Pero su carne era muy blanda y, sin querer llegar tan lejos, le arranqué una de sus extremidades. Me recordó a cuando era una niña y siempre terminaba mutilando a mis muñecas.

El concejal mutante aulló de dolor y los demás que estaban presenciando el sangriento espectáculo abuchearon descontentos. La mujer también observó la escena con la cara congestionada por la rabia. Intuí que la pelea no estaba resultando como ella esperaba. Los ignoré y en lugar de apiadarme de mi enemigo traté de despojarle de su otra extremidad. Sin los dos brazos, ya no sería ningún problema. Pero la mujer se aproximó a mí y con un fuerte tirón me apartó del *concejal mutante*.

—Veremos si a mí llegas a tocarme siquiera, bruja.

Me invadió un miedo cervical.

Sabía que, con aquella mujer, mis posibilidades eran nulas. Esta se hizo eco de mi miedo y exhibió una sonrisa páfida. Empecé a retroceder a rastras, a la vez que ella hacía lo contrario muy despacio.

Hasta que se cansó de mantener aquel juego, y con suma brusquedad, atrapó mi cabellera para elevarme a la altura de su rostro, por lo que descubrí que incluso su aroma era parecido al de Abel. Cerré los ojos, esperando mi final con ese consuelo, pero entonces el suelo empezó a temblar bajo nuestros pies y todos se apresuraron a postrarse de rodillas.

—Suéltala —ordenó una voz dura detrás de la mujer.

Ella permaneció clavada, con su mano en mi garganta y resistiéndose a obedecer.

—Ántrax, no hagas que te lo repita —insistió con mayor severidad.

Ese era su nombre, *Antrax*, tan letal como quien lo llevaba.

Tras vacilar unos segundos más, finalmente me liberó temblando de ira, y yo pude al fin descubrir quién había hecho que hasta la mismísima Ántrax le respetara. No era para menos. Aun teniendo su rostro oculto bajo una capa, daba la sensación de que era conveniente no oponerse a su autoridad.

El corazón me dio un vuelco. ¡Era Abel!

—Mi señor, esta bruja ha osado dejar inservible a uno de los nuestros y merece que acabemos con ella —exigió llena de rabia.

—Deja de gimotear y agradece que no te haga pagar por tu incompetencia. Debería avergonzarte que una simple bruja consiga crear este estropicio estando tú aquí —la reprendió duramente.

Esta bajo la cabeza, abochornada, y no volvió a abrir la boca. Yo me quedé descolocada al escuchar aquel tono despectivo con el que se había referido a mí, y de pronto no supe a qué atenerme.

—Mi señor, pero es que Ántrax tiene razón al sugerir que la matemos —intervino *el concejal mutante*— ¡Mira lo que me ha hecho!

Mostró como pudo el muñón que le quedaba.

El concejal —que nunca fue un lumbreras y era de suponer que tampoco lo iba a ser a esas alturas— no había percibido todavía que a su amo le molestaban los lloriqueos, y pude ver como éste se le aproximaba con intenciones sospechosas.

—En cuanto a ti..., no me sirves de nada manco.

Alzó una de sus manos y en un segundo *el concejal mutante*, quedó reducido a un montículo de ceniza. Me tapé la boca para reprimir el grito. ¿Y yo pretendía hablarle de amor? Úrsula tenía razón al decir que estaba loca.

—¡Dejadme a solas con la mocosa! —ordenó.

Antes de terminar la frase, todos se habían esfumado, y a mí me temblaron las piernas.

Permanecí quieta, observando aquella figura oscura que, a pesar de su evidente amenaza, me eclipsaba tanto como el ángel de mis sueños. No obstante, esta vez fue él quien se acercó a mí.

—Creo recordar haberte dicho que, si algún día nos volvíamos a cruzar, no tendría piedad de ti —dijo caminando en círculos a mí alrededor—. ¿Se puede saber por qué aprecias tan poco tu vida? —me reprochó irritado.

—Te escojo a ti —le contesté sin más.

Se quedó paralizado.

—Una vez en la ópera, me preguntaste a quién escogería si estuviese en el lugar de la señorita Daeé —le aclaré—. Bien, pues a pesar de mi temor, yo escojo al ángel tenebroso que habita aquí.

Dejó su rostro al descubierto y se preguntó en voz alta:

—¿Es eso posible?

Me recorrió con la mirada asimilando mis palabras, y nuestros ojos se encontraron. Sentí que me derretía de emoción y miedo. Y, de repente, él me tomó de la mano y comenzó a arrastrarme con rapidez.

—¿Adónde me llevas? —quise saber.

—De regreso a tu mundo. Tú no perteneces a este lugar.

—Pero, pero...

—Tranquila, Dana, esta conversación no se ha acabado aquí. Y ahora cierra los ojos —me ordenó, mientras me alzaba en brazos con suma facilidad y nos precipitábamos al vacío.

PARTE IV

RESPUESTAS ENCONTRADAS

Entonces invocarás y te oirá Jehová; clamarás, y dirá Él: aquí me hallo. Si quitaras de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad; y si dieras tu pan al hambriento, y saciaras el alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía
(Isaías, 58:9-10)

CAPÍTULO 17

Lamenté no haber hecho caso de la advertencia de Abel. Nos desplazamos a tal velocidad por aquella negrura sin aparente fin, que tuve que proteger mi rostro del viento para que no me arrancara los párpados de cuajo, y nada más posar mis pies sobre el suelo, me tambaleé mareada. Visualicé con dificultad mi alrededor y me di cuenta de que nos encontrábamos en la casa de la bahía. Entonces, lo siguiente que enfoqué fue a Abel que me estaba observando con un semblante sombrío, por lo que enseguida me inquieté.

—¿Qué ocurre?

—Tú, mocosa, has hecho que mi eternidad me pareciera un suspiro en comparación con todos estos meses sin ti. Y ahora te presentas sin más y en segundos consigues redimirme por completo. ¿Eres consciente del poder que ejerces sobre mí? —me preguntó crispado—. No, claro que no lo sabes. Ni siquiera yo alcanzo a comprenderlo.

Atrapó uno de mis brazos tirando suave, pero firme de mí y devoró mi boca con un ímpetu que me dejó aturdida. Era el mismo anhelo que el mío por volver a sentir sus labios, y proseguimos reencontrándonos durante un buen rato. Acto seguido, nos separamos con una sonrisa cargada de complicidad, que dejaba de manifiesto nuestro regocijo interior por volver a estar juntos. Pero su semblante se tornó serio otra vez.

—Dana, no debiste ir allí. ¿Tienes idea de lo que te hubiera ocurrido de no haber llegado yo a tiempo?

—No me fue tan mal hasta que esa mujer se metió en medio —dije algo herida en mi orgullo.

—Te aseguro que, de haber sido otro más experimentado que el concejal, tu suerte hubiera sido distinta. Sin mencionar lo que Antrax pensaba hacer contigo cuando llegué yo.

Me entró un escalofrío. Podía imaginármelo perfectamente.

—Abel, porque te puedo llamar de esa forma, ¿verdad? ¿O quizás prefieres...?

—Así está bien —se apresuró a decir—. El resto de nombres déjaseles para mis enemigos.

—Muy bien, pues dime, ¿qué eran esos seres tan repulsivos? ¿Soldados de tu ejército?

Me lanzó una mirada recelosa.

—Por lo que veo, no has perdido ocasión de informarte —gruñó.

—Desde luego. Y espero que me aclares más cosas. Ya no hay razón para que sigas con tus misterios —repliqué molesta, porque todavía mostraba reparos en hablar conmigo.

—Sí, Dana. Son soldados de mi ejército —confesó a regañadientes.

—¿Y cómo es que el concejal...?

—Mi trabajo consiste en ir en busca de despojos humanos y ofrecerles un pacto; la libertad a cambio de su alma.

Abrí la boca estupefacta.

—¡Ahora lo entiendo! Por esa razón, todos los criminales a los que defiendes desaparecen sin dejar rastro.

—Les ofrezco la inmortalidad y la posibilidad, algún día, de la victoria sobre el cielo. Un precio más que razonable, teniendo en cuenta su miserable vida.

—Pero, aun así, es un precio muy alto.

—Dana, yo convierto la basura en herramientas útiles, y mientras permanezco a la espera del momento oportuno para utilizarlas. Así se lo prometí a los que un día fueron desterrados conmigo y así también me lo juré a mí mismo —me aclaró con cierta rigidez.

Después me cogió de la mano y salimos a dar un paseo por el muelle para suavizar los ánimos. Hacía una noche cálida y seca, por lo que no dudé en descalzarme y meter los pies en el agua. Él se sentó a mi lado y me rodeó con sus brazos.

—¿Cómo funciona exactamente? —pregunté al cabo de un rato.

Me miró de soslayo.

—Supongo que te refieres a mi capacidad para percibir estados de ánimos.

—¿Es eso lo que haces? ¿Percibir?

Asintió con solemnidad.

—Uff... ¡qué alivio! Llegué a creer que podías leer mis pensamientos.

—No puedo saber en lo que piensas, Dana; pero es cierto que la mayoría de estados de ánimos están provocados por los pensamientos, por lo que de alguna manera, sí puedo leer la mente. Aunque solo rastreo el interior de los humanos cuando me interesa — aclaró con intención de tranquilizarme.

—¿Quieres decir que no siempre tienes esa habilidad en activo?

—Así es. Normalmente, solo lo utilizo si lo estimo conveniente o si quiero saber hasta qué punto tiene corrompido su interior esa persona, puesto que haciendo un rastreo de sus emociones y sentimientos, obtengo una percepción de cómo es su alma. Es entonces cuando decido si la quiero o no en mi ejército.

—¡Qué interesante! Es como si tuvieses un lector de almas.

—Con esa finalidad lo empleo, sí—afirmó sonriente debido a mi interés.

Por fin comprendía cómo era capaz de intuir siempre mis emociones, y me dio algo de rabia al preguntarme cuántas veces habría husmeado en mi interior. Como supuse que estaba haciendo en este momento, a juzgar por su expresión divertida.

—¡Eso es jugar con ventaja! —protesté indignada.

Se echó a reír.

—No te ofendas, pero la mayoría de los humanos sois tan predecibles que resulta sencillo imaginar lo que os disgusta o entusiasma, sin necesidad de tomarme tantas molestias. Pero he de reconocer que contigo lo he usado más de lo que acostumbro normalmente.

—Pues deja de hacerlo —mascullé—, es un fastidio que puedas rastrearne cuando te venga en gana.

Volvió a reír.

—Es curioso, hace un instante parecías interesada por descubrir cómo aplicaba mi habilidad sobre los demás —me reprochó con suavidad; y añadió después algo serio—. ¿Por qué no me lo preguntas, Dana? ¿Por qué no me preguntas qué es lo que veo en tu alma?

—Me da miedo saberlo.

Sostuvo mi mentón con firmeza y me obligó a mirarle.

—Mocosa, a pesar de lo obstinada e irritante que puedes llegar a ser; tú tienes el alma más pura de cuantos inocentes conocí en mi larga vida. Desprendes un resplandor tan intenso que me atrae como la polilla a la luz.

—Entonces no te resistas y cobíjate en ella —le ofrecí gustosa.

Cerró los ojos y se llevó una de mis manos a sus labios.

—Ni te imaginas el tiempo que llevo deseando oír esas palabras —me susurró—. He ahí que tu alma no entienda del peligro al que se expone ofreciéndome su amparo.

De repente, alzó la vista al cielo y anunció pensativo:

—Habrá tormenta.

Me costó creer lo que decía, porque vi el cielo claro y lleno de estrellas. Pero apareció un relámpago acompañado del trueno, y las primeras gotas no tardaron en caer. Entre risas corrimos —de lo que era ya un aguacero— a refugiarnos otra vez en la casa. En solo unos segundos nos habíamos empapado y quise recogerme el pelo mojado, pero Abel me detuvo.

—No, déjalo así.

Me contempló detenidamente mientras me lo decía y yo no pude evitar perderme en esos ojos grises.

—Bueno, creo que es bastante tarde y será mejor que me marche —alegré con desgana, antes de que fuese más difícil separarme de él.

—No, Dana. La noche acaba de empezar.

Me tomó en brazos y subió las escaleras al piso donde se encontraba su dormitorio. Una vez allí, volvió a depositarme en el suelo y encendió de una sola palmada una chimenea. El corazón se me desató frenético al sospechar la intención de Abel, y algo ruborizada por la evidente situación, le di la espalda y recorrí con la vista la estancia, esperando recuperar el autocontrol.

Todo estaba decorado al mínimo detalle y en perfecto orden. El dormitorio era un claro reflejo de él, meticuloso y pulcro. Justo lo contrario de lo que se esperaba de mí. Pero entonces observé que había algo que tenía que ver conmigo, mi retrato hecho por *Shar Pei*.

—Lo coloqué aquí porque no quería que nadie más pudiera verlo —dijo de pronto, desde mi espalda.

—Tú siempre lo supiste, ¿verdad?

Escuché su risita de confirmación.

—Debiste de pasártelo en grande haciéndome rabiar.

—Admito que disfruté mucho. Pero, si he de ser sincero, confieso que también compré tu retrato porque no soportaba la idea de que nadie más lo tuviera; y menos ese imbécil que, aún siendo afortunado de tenerte, era incapaz de reconocerte. Creo que, sin saberlo, ya entonces te quería —me susurró al oído.

Me giró con suavidad, hasta que nuestros rostros se encontraron, y yo volví a sentir cómo mi pulso se aceleraba. Descubrí que había cambiado su traje oscuro por una camisa de lino blanca y un pantalón en el mismo tono. Incluso con aquel estilo desenfadado, lucía impecable. Tampoco era de extrañar. A alguien con ese físico le podía sentar bien incluso un disfraz de payaso.

—¡Eh! no es justo —protesté—. Tú te has cambiado de ropa y yo sigo con la mía mojada.

—Eso tiene fácil solución —inquirió con una sonrisa cargada de intención.

Se detuvo con sus dedos sobre los botones de mi blusa y me miró

preocupado.

—Tendrás que perdonarme si no estoy a la altura. Pero nunca antes he estado con una chica.

Me quedé boquiabierta.

—¿Quieres decir que tú nunca...?

—No, nunca —se apresuró a repetir con incomodidad.

—No te ofendas —dije, conteniendo las ganas de reír —, pero se supone que eres la imagen del pecado y la lujuria.

—Los humanos soléis suponer demasiado —replicó ofendido—. Pero la verdad es que jamás se me pasó por la cabeza hacer tal cosa, porque siempre atribuí el apareamiento a un defecto más de vuestra débil naturaleza. Entonces descubrí que el amor puede provocar cierto apetito extraño con el que no contaba —me explicó con expresión contrariada.

Le sonreí enternecida y algo divertida por su inesperada ingenuidad.

—A eso se le llama deseo.

Me observó con una intensidad que me hizo ver que mi explicación llegaba tarde y nos dejamos llevar. Afuera seguía escuchándose el sonido furioso de los truenos. ¿Era el cielo capaz de intuir lo que estaba a punto de suceder aquí abajo?

Introduje mis manos por debajo de su camisa y volví a palpar esa extraña marca, similar a la mía. Pero ya no llamó tanto mi atención y a él tampoco pareció importarle. El ángel tenebroso se mostraba al fin sin su máscara. Los dos nos habíamos despojado de nuestra coraza y éramos libres para entregarnos sin reparos.

En un gesto impaciente se desprendió de la camisa y dejó a la vista su pecho, por lo que contemplé maravillada el color rojizo en el que se tornaba su piel morena bajo la luz tenue de la chimenea. Le daba un aspecto racial, casi salvaje, y hacía aún más notoria su musculatura. Era una escultura masculina cincelada a la perfección. Entonces me di cuenta de un curioso detalle. ¡No tenía ombligo! Claro que pensándolo

mejor, era lógico de entender porque Abel era un ser de origen celestial y por lo tanto, no provenía de ningún útero materno. Y entendí también el motivo por el que en Pemba no había querido salir del agua. Los enigmas se iban resolviendo al fin.

Con dedos ágiles, aunque indecisos, comenzó a desvestirme, pero antes de llegar a hacerlo por completo, se detuvo pidiendo permiso con la mirada. No esperé a que se decidiera y yo misma me desprendí de mi blusa entreabierta. Un gesto nada nuevo para mí, y sin embargo en ese momento, expuesta ante sus ojos, me ruboricé como una principiante. Y es que, de alguna manera, también era mi primera vez; o al menos así lo sentía mi cuerpo tembloroso bajo su tacto.

Abel me observaba sin reprimir su deseo.

—Eres mucho más hermosa de lo había supuesto en un principio — dijo con voz entrecortada por la pasión. Después miró al retrato y añadió —. Definitivamente ese viejo no te hizo justicia.

Comenzó a besarme de nuevo, recorriéndome despacio con sus labios; y allí, en cada rincón donde éstos se posaban, sentía tocar el cielo. Le invité de una vez por todas a unirse a mí y Abel fue oscureciendo mi cuerpo como en un eclipse de luna. Luego, dos seres de diferente naturaleza se fundieron en excelente sintonía y bailaron al mismo son. El arcángel caído más poderoso de *La Biblia* se rendía vibrante ante cada lamento de placer que provocaba nuestra danza amorosa. Nunca, de cuantas experiencias había conocido, nunca, había creído posible sentir semejante nivel de satisfacción. Nadábamos en algún punto entre el delirio y la cordura. Y encontré fascinante aquella manera de perder el juicio. Hasta que, exhausta, pero a regañadientes, pedí clemencia y descendimos de nuevo a la realidad. No nos importó el sacrificio. Habíamos descubierto el camino que nos conducía directos al paraíso, y no tardaríamos en regresar.

Me di cuenta de que estaba llorando como una estúpida, y me apresuré a enjugarme los ojos. Abel me detuvo con suavidad.

—Te dije una vez que jamás debes avergonzarte de tus lágrimas — me recriminó con dulzura.

—Pero no deja de parecerme ridículo.

—Nada de eso. Llorar por algo o alguien purifica el alma.

—¿Y los ángeles no lloran?

—Por supuesto que sí. Pero yo hace mucho tiempo que dejé de hacerlo —agregó con una nota de tristeza en su voz.

Apartó de un tirón las sábanas y se acercó a la ventana. Corrí a ponerme lo primero que encontré en el suelo —su camisa—, y me reuní con él. Afuera despuntaba un nuevo día.

—Tiene gracia —dijo—, pero cuando me condenaron a permanecer en este mundo, lo hicieron con la intención de asemejarme a los humanos y que pudiera entenderlos. ¿Y sabes qué? Consiguieron justo lo contrario de lo que pretendían porque durante mi eternidad, he sido testigo de la barbarie humana en infinitas ocasiones y no he tenido más opción que volverme impasible para sobrevivir.

Abel seguía observando el amanecer con cierta melancolía instalada en sus ojos y recordé algo que había leído en *La Biblia*.

—En la historia del Génesis dicen que Dios creó el mundo en seis días.

Soltó una risita cargada de desdén.

—En realidad, fueron siete. Un arcángel por cada día. Aunque optaron por decir que el séptimo día El descansó para excluirme también en eso.

—Pero entonces no fue Dios quién creó el mundo, ¿sino vosotros!

—Dana, Él nos creó a nosotros, y por lo tanto, también todo lo demás. Los arcángeles simplemente fuimos sus instrumentos para conseguirlo.

—¿Y cómo fue? ¿Cómo creasteis todo? —pregunté repleta de curiosidad.

—Hicimos el mundo de los elementos con los que a su vez nos concibieron a nosotros. Por ejemplo: mi hermano Uriel creó la Tierra,

Miguel le dio vida con el fuego, Rafael cubrió la Tierra de un manto verde y la abasteció de madera, Jofiel, por su parte, se encargó de reforzarla con metal, Samuel decidió crear una superficie mucho más inmensa y voluble, llamada mar. De manera que Gabriel optó por resguardar a ambas con una materia igual de voluble que el mar, pero tan liviana como para sobrevolar la Tierra, que no es otra que el aire —hizo una pausa y me miró fijamente—. Entonces, llegó el séptimo día.

—¿Y qué hiciste tú?

Volvió a desviar la vista hacia la ventana y señaló la suave línea que iluminaba el horizonte.

—¡El amanecer! ¡Tú creaste el amanecer! —exclame, con la mente exaltada por la emoción.

Y comenzó a recitar unos versos que yo conocía muy bien de haberlos leído antes:

*Yo soy hijo de la Aurora creada por Él,
el lucero que baña el alba.*

La luz bella de cada día en la Tierra.

Yo soy

El Arcángel de luz.

Me llevé las manos a la boca, presa del estupor.

—No... —susurré—. ¿¡Tú eres el autor de ese diario!?

Asintió con una sonrisa.

—¿Comprendes ahora por qué me molestó tanto verte leyéndolo aquella noche?

—Debiste de sentir mucha impotencia —alegué, sin poder evitar sonreír.

—Así es —reconoció entre dientes.

Contemplé el horizonte una vez más, donde cada vez la luz se abría paso con mayor fuerza.

Me sentía absolutamente maravillada con el hallazgo. Y pensar que había tenido tan cerca al autor de mi libro favorito... Mordí mi labio al

recordar esos versos tan hermosos y tristes con los que reclamaba la luz que le había sido arrebatada. Esa capacidad sobrecogedora con la que transmitía la oscuridad en la que se había convertido su presente. Entonces supe interpretar cada palabra del libro. Abel había sido uno de los siete arquitectos más importantes del mundo. Él había otorgado a la Tierra el escenario perfecto. Y luego, se le había despojado de todo reconocimiento o derecho que pudiera tener. Él era un artista condenado a contemplar su obra desde la oscuridad.

—Lo siento tanto... —musité apenada mientras acariciaba su rostro.

Él atrapó mi mano y se la llevó a los labios.

—No hay nada que sentir. Ahora tú eres mi luz.

Le sonreí, intentando contener un bostezo. Pero Abel ignoró mis quejas y me condujo de vuelta a la cama. Después me arropó bien, antes de colocarse a mí lado para cobijarme entre sus brazos.

CAPÍTULO 18

Abrí los ojos ya cubierta por la luz clara de la mañana. Apenas había dormido y me sentía cansada, pero mi mente bullía en más preguntas y respuestas que ansiaba conocer. Y, de repente, reparé en algo más y se me escapó una sonrisa. Sí, era mi primer día con novio. Me estiré, sintiendo que flotaba, y giré esperando encontrarme al culpable de mi desvarío. Pero en su lugar, había un joven de cabellos dorados, que me contemplaba desde el otro extremo de la habitación.

—¿Te he despertado? —me preguntó con una sonrisa afable.

Me sorprendí de mí misma al no gritar. Era lo que el sentido común te dictaba hacer, cuando te encontraban un hombre desconocido a los pies de tu cama. Sin embargo, solo fui capaz de seguir contemplando a aquel rostro dulce e increíblemente familiar.

No era de este mundo, eso seguro. Sus rasgos armoniosos y su esbelta figura indicaban que compartía con Abel la misma condición especial. ¿Pero quién era entonces? Y al observar su mata de rizos rubio, —aún más espesa que la mía—, y su cara angelical, me recordó a Cupido. Eso podía explicar la extraña pareja que formábamos Abel y yo.

No lo dudé un segundo más y saqué los pies de la cama, dispuesta a perderle de mi vista. Tenía miedo de que hubiera aparecido para enmendar su error.

—¡Espera! —gritó—. No voy a hacerte daño.

—¡Aléjate! —le contesté sacudiendo los brazos—. Me ha costado mucho aceptar lo que me has hecho y ahora no quiero que lo estropees.

Frunció el ceño.

—¿Estropear el qué? Yo solo he venido a pedirte que te alejes de mi hermano lo antes posible.

—No te molestes. Ella no acostumbra a obedecer —intervino de pronto Abel.

Estaba apoyado contra la puerta de la habitación y tenía los brazos cruzados sobre su pecho. Parecía relajado, pero supe descifrar la hostilidad que había en su mirada.

—Hola, Gabriel —lo saludó con una sonrisa lacónica.

—Un momento —interrumpí—. ¿Gabriel? ¿Se llama Gabriel?

Ambos detuvieron su desafío visual para mirarme.

—Es mi hermano. Uno de los arcángeles —me informó, y se apresuró a añadir—. Dana, por curiosidad, ¿quién creías que era?

—Sí, yo también quiero saberlo —exigió el aludido, aún más intrigado.

—Es igual, no tiene importancia.

—¡Oh, venga! Ahora no te puedes quedar callada —protestó el ángel rubio, haciendo un mohín con su dulce rostro.

—Bueno, yo... yo pensé, que eras Cupido —confesé con las mejillas ruborizadas.

Abel soltó una carcajada, y su hermano lo miró furioso. Se le notaba picado por la comparación.

—Dana, la labor de Gabriel no consiste en fomentar el amor, sino en transmitir mensajes. Y a eso ha venido, como mensajero, ¿verdad? —dijo Abel, mirando a su hermano de forma burlona.

Él le ignoró y se centró en lo que tenía que decir.

—He venido porque allí arriba están muy preocupados por lo vuestro.

—¿Y crees que me importa?

—¡Luzbel, si no ponéis fin a esta locura lo vais a lamentar! —dijo en un tono casi suplicante.

—¿Cómo te ha llamado? —pregunté extrañada.

—Luzbel, significa *luz bella* y es mi verdadero nombre —me explicó, antes de volver a centrarse en su hermano—. Escúchame, me trae sin cuidado lo que penséis o hagáis al respecto. Ese dejó de ser mi

problema hace mucho tiempo, y si os atrevéis a desafiarme no dudaré en responder.

—Sigues igual de orgulloso y altivo que siempre, Luzbel —expresó con un deje de tristeza.

—Y tú igual de pesado. Ahora esfúmate de una vez.

—Está bien, pero luego no digas que no te he avisado. A los dos —añadió mirándome fijamente.

Y acto seguido, el ángel de rizos dorados se transformó en una bola de luz brillante y comenzó a revolotear en círculos hasta desaparecer. Sus palabras me produjeron una gran inquietud, pero guardé silencio y dejé que Abel me besara. Era tan fácil olvidar lo malo bajo su influjo...

Cuando bajé al comedor, me encontré con la agradable sorpresa de que Abel había preparado un desayuno de lo más completo y variado. Incluso había helado de chocolate. Estaba hambrienta, y no me corté en llenar mi plato. Sin embargo, él se limitó a observarme, sin la más mínima intención de probar nada.

—¿No tienes hambre?

—No.

Me fijé en la veintena de platos que había sobre la mesa y me mostré más desconcertada.

—¿Cómo te ha dado tiempo a cocinar todo esto, si apenas hemos dormido?

—Tú has dormido, yo no.

Analiqué su rostro en busca de ojeras, o de algún otro rastro de desvelo. Pero lucía tan radiante como siempre y me pregunté hasta qué punto bromeaba.

Abel esbozó una sonrisa por mi lío mental.

—Dana, yo nunca tengo hambre, ni sueño, ni ninguna otra necesidad porque sencillamente no me hace falta para seguir viviendo.

—Pero yo te he visto comer y, además, cocinas...

Se encogió de hombros.

—Sé cocinar, reparar un coche, pilotar un avión y miles de cosas más. Ni te imaginas lo que da de sí la eternidad. Y me has visto comer porque sencillamente debo guardar las apariencias. Por esa misma razón, en mis casas hay dormitorios y baños completos que no necesito.

—Vaya, veo que tienes todo muy bien atado —opiné asombrada ante su capacidad calculadora.

—Así es —repuso con una sonrisa orgullosa—. Pero contigo ya no tendré que volver a fingir. Y tú tampoco tienes que seguir disimulando.

—¿A qué te refieres?

—Dana, sé que algo te inquieta.

Bajé la cabeza al verme descubierta y decidí confesar.

—La verdad es que me ha sorprendido ver a uno de los arcángeles. En *La Biblia* se dice que no os lleváis muy bien.

—De hecho, nos llevamos fatal —me aseguró—. Pero Gabriel es el único que alguna vez aparece para molestarme.

—No me pareció que fuera esa su intención.

—Mocosa, ¿por qué te preocupas tanto? —preguntó algo molesto—. Eres una Ranieri y yo el diablo, se supone que deberíamos comportarnos como enemigos. ¡Es lógico que les resulte descabellada nuestra relación! Pero tendrán que aceptarlo, o como ya he dicho, no tendré inconveniente en responderles. Y ahora que todo quedó claro, ¿no tendrías que darte prisa para llegar al trabajo? —agregó, señalando con el dedo su reloj de pulsera.

Asentí a regañadientes.

Era frustrante saber que Abel continuaba dándome esquinazo en algunos temas.

* * * * *

Abel condujo a tal velocidad que llegué a tiempo a la oficina. Mis

compañeros enseguida cuchichearon al verme con él. Los ignoré, como de costumbre, y corrí hacia el zulo, antes de que *Don Urraca* me pillara con el ordenador aún apagado.

A media mañana, hubo tiempo para un descanso, e Iñigo se acercó a mi mesa con dos cafés. Le agradecí el mío, pero sabía que era un señuelo para interrogarme. No quise extenderme en los detalles, e Iñigo tampoco insistió demasiado. Me conocía lo suficiente como para saber, que era bastante reservada con mis cosas, y más si tenía una buena razón... Después le llegó a él, el turno de hablar. Su nuevo aspecto no me había pasado desapercibido.

—¿Se puede saber qué haces con esa pinta? —pregunté observando su antiguada vestimenta.

Me dedicó una mirada picara e ilusionada.

—Es que he quedado con una chica y mi madre dice que, si llevo el traje que mi padre se puso en su primera cita con ella, a mí también me dará suerte —me explicó todo convencido de ello.

Cuestioné la idea de su madre, pero me abstuve de opinar.

—¿Y puedo saber quién es la afortunada?

—Lorena —susurró.

—¿La hija *Don Urraca*? —grité escandalizada.

—Shhh —se apresuró a hacerme callar con el dedo—. ¿Es que quieres que el jefe me mate?

Eché una mirada hacia el pasillo, por si él andaba cerca y nos había podido escuchar, y al no verle se calmó de nuevo. Critiqué en mi cabeza su relación con la hija de *Don Urraca*, porque sabía que Lorena era una joven arrogante que acostumbraba siempre a salirse con la suya, y no quería que tomara a Iñigo por una más de sus distracciones pasajeras. Aunque preferí no objetar nada, como con el traje, y me concentré en mi trabajo.

Cuando salí de la redacción, era ya de noche y corría una brisa fresca. Me froté los brazos, mientras le buscaba con la mirada entre la gente. Y me quedé atónita nada más ver a Abel salir de su flamante

coche. Parecía una pequeña nave espacial de color negro, a punto de despegar con ese morro de aspecto fiero y casi al ras del suelo. ¡Era el famoso Pagani!

Abel cerró el coche desde el mando y las luces parpadearon, dejándome tan aturdida como su dueño, cuando me saludó con una sonrisa. Le pedí que esperara un momento y me fui a buscar a Iñigo, que se encontraba una calle más abajo en compañía de la hija de *Don Urraca*. Y en cuanto lo intercepté me lo llevé secuestrado del brazo. Abel frunció el ceño al verme aparecer tirando de Iñigo. Pero un segundo más tarde, éste dejó de forcejear y se detuvo con la mirada clavada en el coche.

—¿Me puedes explicar qué significa todo esto? —me preguntó Abel, al tiempo que observaba perplejo el comportamiento de mi amigo.

—Le he presentado a su amor platónico —le contesté con una sonrisa divertida.

—¿Un coche es su amor platónico? —inquirió, arqueando una ceja con desdén—. Eso viene a ser una muestra más de lo ridículos que pueden llegar a ser los humanos.

Iñigo salió del trance y miró con sus azules ojillos emocionados, a Abel.

—¿Eres consciente de la suerte que tienes? —le preguntó eufórico—. Este..., este coche es maravilloso, ¡fantástico! ¡Único en el mundo!

—Lo cierto es que no me lo vendieron con ese entusiasmo —le contestó con rudeza.

Le propiné un pequeño manotazo para que suavizara sus formas y a mala gana accedió.

—Lo compré porque me aseguraron que era bastante rápido.

—¡Oh, ya lo creo! ¡Prácticamente puede volar!

La hija de *Don Urraca* volvió para reclamar la atención de Iñigo, y tras mucho insistir, consiguió que se despegara del coche.

Abel pasó un brazo por mi cintura y me condujo hasta el Pagani, de carrocería agresiva y elegante. Aunque por dentro, era incluso más

espectacular. Tenía casi toda la tapicería en cuero beige y el salpicadero estaba lleno de interruptores y lucecitas azules. Algo me decía que aquellos botones no eran de pega, como los del coche de Iñigo, y preferí no tocar nada.

Abel se aseguró de apretar bien el anclaje de seguridad de mi asiento, antes de encender el motor. Luego escuché un ligero ronroneo y todo se volvió borroso alrededor. Allí solo había algo igual de rápido que aquella bala negra, y era mi corazón. Tenía la espantosa sensación de que en cualquier momento saldría huyendo por algún sitio, y por si acaso, cerré la boca. Hasta que al cabo de un cuarto de hora sentí que nos parábamos y pude respirar aliviada.

—Por fin un poco de velocidad —murmuró satisfecho—. Dana, ¡estás pálida! —exclamó al girar su cara hacia mí.

—Será porque no estoy acostumbrada a que me centrifuguen —le contesté, intentando recuperar el control de mi respiración.

Me sonrió con dulzura.

—Lo siento. Es que hace mucho que no conduzco este coche y me apetecía ponerlo a punto.

—Pues hazme un favor. La próxima vez, cerciórate antes de que no me encuentre dentro.

Se rio de forma suave y me acarició la mejilla.

—Lo siento, no volverá a pasar —repitió.

—Será mejor que subamos —dije, sintiendo otro tipo de agitación.

CAPÍTULO 19

Después de veinticuatro horas sin poner un pie en mi apartamento, entré por la puerta con Abel a mi lado. ¿Cuántas cosas podían suceder en tan poco tiempo? Hacía solo un día yo me compadecía de mi misma porque, después de haber reconocido mis sentimientos, había perdido la única oportunidad de ser feliz, y de repente la vida me volvía a sonreír.

Laura se quedó paralizada cuando vio a Abel a mi lado y supe que más tarde tendría que enfrentarme a un interminable cuestionario. Luego se acordó de algo que tenía que entregarme y fue a buscarlo a su habitación. Al parecer, Úrsula había estado allí para devolverle a su hija las llaves del coche y un libro para mí: el Codex Gigas. Se lo quité de las manos y me encerré con Abel en mi cuarto.

Éste se apoyó en mi escritorio y analizó todo con sumo interés.

—Sé que es una habitación muy modesta, como el resto del piso — dije ruborizada.

—No he dicho nada al respecto.

Bajé la cabeza, sintiéndome tonta con mi justificación.

—¿Por qué de repente te inquieta lo que pueda llegar a pensar de tu piso? No es la primera vez que vengo a aquí.

—Es que antes me importaba un bledo tu opinión —confesé en voz baja.

Lejos de molestarle mi sinceridad, esbozó una sonrisa divertida.

—Pues si quieres saber lo que opino, diré que esta habitación es como tú, sencilla y bonita.

Correspondí a su cumplido con una sonrisa tan ancha como me daba la cara. En ese momento, Abel detuvo su mirada sobre el Codex Gigas, que estaba justo a su lado.

—Era de mi padre —le expliqué.

—Lo sé. Con un conjuro de este mismo libro me invocó minutos antes de su muerte.

Me quedé estupefacta.

—¿Tú estabas allí y no hiciste nada?

—Dana, cuando aparecí era demasiado tarde. El alma de tu padre había sido reclamada por Ábadon, el ángel de la muerte. Interceder hubiera significado alterar el orden natural de la vida. Y se trata de una norma inquebrantable —añadió tajante.

—¿Y desde cuando hay normas inquebrantables para ti? —me quejé enfadada y algo dolida.

—Para mí y para el resto del universo —replicó—. Todos los seres que lo habitan conocen y respetan la llamada línea del equilibrio. Menos los humanos, claro, que prefieren ignorarla, porque se creen superiores incluso a la naturaleza que les vio nacer. Los brujos y los ángeles somos la otra gran amenaza que puede romper ese equilibrio, y debemos ser muy respetuosos con sus leyes.

Se acercó y me tomó de las manos.

—Dana, te aseguro que, de haber podido hacer algo por tu padre, no hubiese dudado en ayudarlo.

—¿Y eso por qué? Eráis enemigos.

—Sí, pero tu padre tenía un manuscrito que yo llevaba tiempo buscando. Y cuando me invocó, quiso ofrecérmelo a cambio de que le salvara la vida. Pero como te dije, ya era demasiado tarde...

—¡El pacto! —recordé de pronto—. Ese es el pacto al que te referías en Pemba. ¿Y qué manuscrito es ese?

—El manuscrito que los Ranieri llevan siglos custodiando, y por el cual me acerqué a ti—se sinceró de forma directa—. Es por esa razón que también te llevé a Pemba.

—No entiendo, ¿qué tiene que ver esa isla con todo esto?

—Una vez te dije que la isla de Pemba era importante para mí, pero en realidad lo es también para ti y para los de tu clase. En esa tierra y la que bordea el Mar Rojo, tuvieron lugar muchos acontecimientos

bíblicos que dieron comienzo al mundo de la magia. Y cualquier brujo que ponga un pie allí notará que se incrementa su poder, por lo que pensé que, si te llevaba a tus orígenes y entrabas en contacto con tus instintos, tu mente se volvería más vulnerable y al fin podría obtener la clave para dar con el manuscrito.

—Entonces todas esas sensaciones que experimenté...

Asintió con la cabeza, confirmándome que eran fruto de lo mismo. Agité la cabeza en un intento por asimilar toda la información. Pero a la vez que comenzaban a esclarecerse algunas dudas, me surgían otras preguntas.

—¿Por qué te interesa tanto ese manuscrito?

—Porque contiene las pistas del lugar donde se esconde la daga sagrada del arcángel Miguel. Esa daga, Dana, fue la misma que utilizó mi hermano para expulsarme del cielo, y solamente con ella un mortal puede acabar conmigo.

El corazón me dio un vuelco de imaginar que eso pudiera suceder.

—Luca Ranieri fue el último portador del manuscrito y la siguiente serás tú.

—¿Yo? —pregunté horrorizada.

—Verás, Dana, he estado pensando en ese sueño que tuviste en Pemba y sé que no fue fortuito. Estoy seguro de que tu padre intentaba advertirte.

—Sí... ¡ahora caigo! Él me dijo que debía tener cuidado, que muchos enemigos me acechaban.

—Así es, porque no solo yo estoy interesado en ese manuscrito. Ten por seguro que hay más personas buscándolo y cuando descubran que Luca Ranieri era tu padre, no dudarán en echársete encima igual que un atajo de buitres.

Me puse muy nerviosa.

—¡Pero yo no sé dónde está ese manuscrito!

—Eso no les detendrá —me aseguró—. Intentarán hallar la manera de hacerse con el documento, aunque así tengan que penetrar en tu

mente para arrancarte la respuesta. Como quise hacer yo —objetó lleno de culpabilidad.

Le acaricié el rostro con intención de calmarle, pero me miró repleto de angustia.

—Dana, debemos hacer algo antes de que ellos te descubran. Debemos estar preparados.

—No te preocupes. Es imposible que ellos sepan que existo.

—Te equivocas —me garantizó—. Puedo sentir cómo tu poder crece cada día, y ellos no tardarán también en percibirlo.

Me alejé de Abel contagiada de su nerviosismo.

—Shhh, no temas —me susurró, arrapándome de nuevo entre sus brazos—. Ellos serán los que tengan razones para horrorizarse cuando descubran quién es tu benefactor... —concluyó con aire amenazador.

Pero su comentario me provocó más angustia, porque en mi cabeza solo había un pensamiento latente y era que, en cualquier caso, las cosas se iban a poner muy difíciles de aquí en adelante. Abel optó por utilizar un método más sutil para tranquilizarme y fue depositando pequeños besos por mi rostro, hasta que sus labios rozaron los míos y nos fundimos en un gesto más pasional. Acto seguido, sus labios se pasearon nuevamente por mi cara, retomando la dulzura, y por fin se detuvieron en mi frente, con un beso que parecía querer congelar el tiempo. Después noté una brisa fresca y al abrir los ojos, ya no estaba. Se había evaporado. «Así que es así como desaparece y aparece tan rápido», me dije frustrada. Y tuve la tentación de dibujar un círculo de tiza en el suelo, para meterme en su mundo y traerle de vuelta a terminar lo que había empezado. Pero al final me dejé caer en la cama. ¿Qué eran unas horas de espera? Mañana le volvería a ver.

* * * * *

Al día siguiente, Laura irrumpió en mi habitación para comunicarme que tenía visita. Me vestí como un rayo al imaginar que era Abel. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí, que se

trataba nada menos que de la mismísima Ántrax. Me quedé clavada en el suelo, presa de la decepción y del miedo. Y fui incapaz de hacer otra cosa que mirarla. Era irritante comprobar que su belleza te dejaba abrumada, aun sabiendo que su presencia allí suponía una clara amenaza. Supuse que formaba parte de su peligrosa naturaleza. Te hipnotizaban para luego asestarte el golpe final sin mucho esfuerzo. Lo que hizo que pensara que, de haber querido matarme, no se hubiera tomado la molestia de esperar a que Laura me despertara, por lo que decidí ignorar la señal de alarma y me mantuve expectante. Ella, por el contrario, torció la boca en una sonrisa desdeñosa que me heló la sangre.

—¿Qué haces aquí? —logré articular, tras salir de mi estado hipnótico.

—Tranquila, bruja, no vengo a matarte. En otra ocasión, quizás...— añadió deseosa de tener la oportunidad.

—Dana, ¿quién es ésta que habla así? —intervino Laura, que al igual que yo, observaba a Antrax con recelo y fascinación.

—Es Ántrax, la hermana de Abel.

Fue lo único que se me ocurrió decir, en vista de que compartían rasgos parecidos y casi la misma altura.

—¿Abel tiene una hermana? No me suena que lo hubieras mencionado antes —alegó pensativa, y agregó—: A decir verdad, no sabía que habíais vuelto hasta anoche.

—Laura, no es el momento.

—Oh, ¡está bien! —protestó—. De un tiempo a esta parte solo sabes guardar secretos, y lo peor de todo, es que incluso mi madre parece haberse contagiado de tus misterios —me criticó enfurruñada.

Sentí una punzada de culpabilidad. Siempre nos lo habíamos contado todo y era cierto que últimamente no hacía más que ocultarle cosas. ¿Pero qué podía hacer? Confesarle la verdad suponía exponerla a ella también al peligro y no estaba dispuesta a ello.

Me llevé a Ántrax a la cocina, lo que irritó aún más a Laura, que

sabía perfectamente que buscaba alejarme de su atención.

—¿A qué has venido? —le pregunté en cuanto estuvimos solas.

—Mi señor me manda que ejerza de tu niñera —dijo con evidente disgusto.

—¿De niñera?

—Él estará ausente por unos días, y mientras tanto, quiere que permanezca a tu lado.

—¿Y cómo es que no me ha dicho nada de que se iba? — manifesté muy indignada.

—Mi señor no tiene que rendir cuentas a nadie y menos a ti, bruja —replicó con desdén.

—Oh, pues lo hará. Ya creo que lo hará —le aseguré—. En cuanto a ti, puedes volver al infierno. No necesito que nadie me cuide y mucho menos una niñera diabólica.

De repente, se le crispó un músculo de la cara y supe que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para contenerse, lo que hizo que mi enfado se disipara un poco.

—Escúchame bien, porque solo te lo voy a decir una vez — habló con frialdad—. Te aseguro que no estoy aquí por decisión propia, pero acato órdenes. Así que más te vale ponérmelo fácil, ya que en los próximos días seré tu sombra, tanto si te gusta cómo si no, y la verdad es que apenas tengo paciencia, bruja.

Tragué saliva al ver que hablaba en serio y no tuve más opción que aceptar su protección. «Pero Abel pagará por esto», me juré con los dientes rechinándome de rabia. Cuando dijo que debíamos estar preparados, jamás supuse que su plan incluyera un guardaespaldas. ¿Y en qué estaría pensando para mandarme a Ántrax? ¡Ya había querido matarme una vez!

Escuchamos un ruido de fondo y Ántrax salió disparada de la cocina. La seguí sin entender a qué venía tanto escándalo por un simple televisor. Sin embargo, cuando vio el aparato encendido, lejos de recuperar la calma, soltó una retahíla de maldiciones llevándose

una mano al cinto y le lanzó un puñal. Laura, que se encontraba de espaldas viendo tranquilamente la televisión, no fue consciente de lo cerca que le pasó el arma antes de incrustarse en la pantalla y hacerla explotar. Luego pegó un grito y se alejó corriendo del estropicio.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —le recriminé a Ántrax en voz baja, para que Laura no me escuchara.

—Esa cosa era peligrosa, tenía personas atrapadas dentro.

—¿Esa cosa? ¿Es que no sabes qué es un televisor?

Me miró sin comprender lo que decía, por lo que me quedé boquiabierta.

—Ántrax, ¿es la primera vez que visitas la Tierra?

—No. Ya estuve aquí hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo exactamente?

Se quedó pensativa un segundo y volvió a mirarme.

—Unos trescientos años.

«¡Trescientos años!», grité escandalizada en mi fuero interno.

Laura se fijó en el arma que estaba en el suelo junto a un montón de cristales.

—Dana, ¿de dónde ha salido ese cuchillo?

—Ántrax se puso algo nerviosa —me apresuré a justificarla.

—¿Este desastre lo ha provocado tu amiguita? —preguntó fulminándola con la mirada.

Ántrax volvió a llevarse la mano al cinturón y sacó una bolsa de cuero.

—Espero que esto lo pueda solucionar —dijo, extrayendo un fajo de billetes.

Laura cruzó el salón en un suspiro y le arrebató el dinero.

—Oh, claro que lo puede solucionar.

Le quité el dinero y tras coger algunos billetes, le devolví el resto a Ántrax.

—Con eso bastará para reponer la televisión rota.

—Pero, Dana...

—Olvídalo. La otra parte del dinero no nos pertenece —le recordé, censurando su codicia.

Laura se conformó de mala gana con esa cantidad y se marchó a su habitación.

—Ántrax, ¿de dónde has sacado ese dinero?

—Mi señor me lo entregó para posibles accidentes.

De manera que Abel ya suponía que esto pasaría. ¡Definitivamente, lo iba a matar!

Llamé a *Don Urraca* y me inventé que estaba enferma. No quería arriesgarme a que a Ántrax le diera por destrozar la oficina cada vez que escuchara el ruido de la fotocopidora o llegara un fax. Pero tampoco encontré tiempo de aburrirme en el apartamento, ya que tuve que darle una clase a Ántrax sobre todos los avances tecnológicos que se habían inventado desde su última visita a la Tierra, lo que me llevó el día entero.

Era increíble lo rápido que aprendía. Al final de la tarde, ya podía identificar la mayoría de objetos y aparatos eléctricos que había en el apartamento. Aun así se escandalizaba con cada artilugio que le mostraba y no dejaba de criticar a los humanos que los habían ingeniado. En eso también se parecía a Abel.

Iñigo se presentó en mi apartamento comiendo un algodón de azúcar. Había venido con la excusa de saber cómo me encontraba, pero yo sabía que era el Pagani de Abel lo que iba buscando. Y entonces, sucedió un milagro. Tan pronto como sus ojos se clavaron en Antrax, se olvidó del coche y de todo lo demás, y cayó preso de la luz que desprendía su belleza.

—Iñigo, ¡reacciona! —le grité asustada.

Después de un rato lo conseguí.

—¡Oh Dana, oh Dana! —exclamó acalorado—, creo que el corazón me está haciendo *tu tun, tu tun* —me explicó, imitando los golpecitos en el lado izquierdo de su pecho.

—El corazón siempre late así—le argumenté con lógica— . Además,

¿qué hay de la hija de *Don Urraca*?

—¡Eso es agua pasada!

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora —dijo sin dejar de observar a Ántrax, mientras ella lo ignoraba descaradamente—. Dana, ¿cómo se llama?

—Su nombre es Ántrax y es la hermana de Abel.

Arrugó el ceño.

—Qué nombre más extraño. Tampoco me sonaba que tu chico tuviera una hermana, pero ahora que lo dices, se parecen mucho, salvo por su pelo... ¡Qué rubia es! —opinó nuevamente cautivado.

Se dirigió hacia ella como hipnotizado. Pero Antrax seguía de brazos cruzados, mirando por la ventana lo que parecía ser más interesante que Iñigo: el callejón de la parte trasera de mi edificio.

—Hola, me llamo Iñigo —le indicó con un titubeo—. Y soy amigo de Dana, y además...

—No me interesa tu vida, mortal. Así que deja de molestarme —le cortó de forma tajante.

Pero Iñigo, se mostró más sorprendido con el extraño calificativo con que lo había despreciado, que por sus maneras en sí.

—Veo que también compartes con tu hermano el trato directo— bromeó nervioso—. Pero me gusta, las mujeres con carácter me gustan. Soy el becario de una, así que estoy acostumbrado.

Lo miré llena de preocupación. Y yo que pensé que lo suyo con la hija de *Don Urraca* estaba destinado al fracaso... ¡Esto iba a terminar en tragedia!

—Iñigo, déjala en paz, hazme caso... —le persuadí, antes de que fuera demasiado tarde.

—Tranquila, sé cómo va esto —me prometió con una sonrisa ingenua—. Lo he visto en documentales de animales. La hembra dominante embiste contra el macho, hasta que éste ve sus esfuerzos recompensados a base de insistir. Ya verás, ¡al final lo conseguiré!

Me mordí el labio, todavía más angustiada.

Iñigo, convencido con su plan, se volvió a acercarse a Ántrax, y mis temores se vieron a un paso de cumplirse, cuando antes de que pudiese hablar, ella le aferró por la pechera de la camisa, y con suma facilidad, alzó su cuerpo enclenque del suelo.

—Estúpido mortal, si insistes en incordiar-me con tu patética vida, te arrancaré la cabeza y me la llevaré de trofeo. ¿Queda claro?

Me llevé las manos a la cabeza. Ya está, era un hecho, ¡la tragedia se mascaba en el ambiente! Pero de pronto, el olor de lo que tenía Iñigo en la mano, llamó poderosamente su atención.

—Qué es eso —gruñó —Algodón de azúcar, ¿quieres? —le ofreció desde lo alto.

Ésta, dubitativa, arrancó un trozo de esa mezcla rosácea y pegajosa, y se la llevó a la boca con cierta desconfianza. Después, a medida que lo iba degustando, fue bajando a Iñigo con la otra mano.

—¿Te gusta? ¿Quieres más?

No hizo falta que le preguntase de nuevo. En un abrir y cerrar de ojos, Antrax le arrebató el palo con algodón de azúcar y se adueñó de él.

—Si tanto te gusta, puedo comprarte uno—le ofreció, al ver cómo devoraba con avidez el que tenía.

—¿En serio puedes conseguirme más de esto?

—Ya lo creo. Tú solo sígueme...

Antrax tiró el palo al suelo.

—Bruja, no te muevas de aquí. No tardaré en volver —dijo antes de irse con Iñigo, al país del azúcar.

¡Al final el muy pillo lo había conseguido! Pero qué poco había faltado para verle morir.

Iñigo ignoraba que Ántrax con el único animal que guardaba semejanza era con el de una mantis religiosa, y seguí temiendo por la integridad de mi amigo. Aunque jamás hubiera supuesto que a dos seres tan dispares les uniría la gula.

Aproveché aquella tregua para reconciliarme con Laura. No fue

difícil. Bastó con compartir algunos detalles de mi noche con Abel, para que volviera a sonreírme como siempre. Luego seguimos hablando, mientras cenábamos una pizza descongelada. De nada serio, en realidad. De su ruptura con el pony y su nuevo ligue, de su trabajo y el mío, de los últimos vestidos que se había comprado y del último artículo que había escrito yo. Las preguntas escabrosas me encargué de evitarlas y Laura supo que seguía ocultándole cosas. Pero pasó por alto mi secretismo y se conformó con las migajas que podía darle.

Sentí tristeza de que todo tuviera que ser de esa manera. Siempre habría un hueco entre las personas que quería y yo. Una línea invisible que separaba dos mundos, a los cuales pertenecía por igual. Y me pregunté cuántas veces se habría sentido así mi padre.

Recogí los platos de la cena y me metí en cama con el aquel vacío instalado dentro de mi pecho. Pese a que seguía furiosa con Abel, le echaba muchísimo de menos. «¿Por qué habrá tenido que irse? ¿Será por la misma razón que la primera vez?». Me sobrecogió la angustia al recordar lo pálido que había regresado una vez.

De pronto, vislumbré una sombra inmóvil a los pies de mi cama y me incorporé de un salto.

—Tranquila, bruja, soy yo —me tranquilizó, Ántrax.

—¿Ya has regresado de tu cita con Iñigo? —le pregunté, recuperándome del susto.

—¡No era una cita! —me contradijo molesta—. Solo se ofreció a llevarme a donde había más de esa cosa pegajosa.

Me vino a la mente la imagen de la mantis religiosa engullendo a un macho y me invadió el temor.

—Oye, Ántrax, Iñigo sigue de una pieza ¿verdad?

Guardó silencio.

—... ¿Ántrax?... ¡Ántrax!

—Mañana va a volver a llevarme a comer más de eso — confesó entre dientes, lo que provocó mi carcajada.

Todo estaba oscuro, pero noté la mirada furiosa de Ántrax.

—Te lo advierto, bruja, no se te ocurra contarle a mi señor nada de esto.

—Descuida, Ántrax, no creo que a tu señor le interesen tus citas.

—¡No es una cita! —gruñó de nuevo.

—Lo que tú digas.

Me volví a tumbar en la cama, pero era imposible conciliar el sueño con Ántrax allí de pie observándome. Aun con los ojos cerrados, notaba su presencia.

—¿Vas a estar como una estatua mucho tiempo? —protesté.

—Toda la noche.

—¡Pero así no puedo dormir!

—Mi señor me ordenó que no me despegara de ti, y yo siempre cumplo mi cometido.

—Menos cuando hay algodón de azúcar —le reproché irritada.

«¡Maldito Abel!», pataleé para mis adentros. ¿Por qué había tenido que marcharse? Volvió a embargarme la nostalgia y las dudas.

—Ántrax, ¿tú crees que él está bien?

—¿Y por qué no iba a estarlo? Mi señor siempre está bien.

—No trates de disimular— dije, molesta porque se hiciese la tonta—.

Si es como aseguras, ¿a qué es debida esa palidez?

Ántrax resopló.

—Está bien, bruja, te lo diré si así me dejas tranquila—me apresuré a aceptar—. Sucede cuando crea a un nuevo soldado porque tiene que desprenderse de parte de su energía vital y eso le deja algo debilitado por unos días.

—¿Y por qué lo tiene que hacer él? —quise saber con impotencia.

—Antes de nuestra caída, mi señor era uno de los arcángeles de la corte celestial y su poder sigue siendo mucho mayor que el de cualquiera de nosotros, por lo que solo él puede conceder la inmortalidad.

Fruncí el ceño al caer en un detalle.

—¿Y otro arcángel no podría hacer lo mismo? Quiero decir, crear seres especiales que hagan frente a los de Abel.

—Estúpida bruja, ¿y qué te crees que sois los de tu especie? Nada más que simples peones de ajedrez al otro lado del tablero —me soltó con desprecio.

Abrí los ojos como platos.

—¿Quiere decir que los brujos también fuimos creados por la magia de un arcángel?

—No exactamente... —alegó avergonzada, lo que suscitó más mi curiosidad.

—¿Entonces cómo?

—Vosotros descendéis del arcángel Miguel y una humana. Es por esa razón que habéis heredado una serie de poderes, pero también la mortalidad.

—¿Una humana? ¿Qué humana?

—María.

—¿Te refieres a María...?

—Sí, a la madre del Mesías. Él fue el primer híbrido de todos vosotros.

Me quedé estupefacta.

—Pero... pero, ¿se dice que era hijo del Espíritu Santo?

—Pues ya ves que no —masculló—. De haber sido un humano corriente, no hubiera podido caminar sobre las aguas, o multiplicar peces y panes, como bien consta en *La Biblia*. Y ahora duérmete de una vez, que yo también tengo sueño.

Me mordí el labio, enfadada. Sabía que estaba mintiéndome porque Abel me había dicho que los ángeles no dormían. Pero estaba claro que Antrax tampoco era muy dada a hablar.

CAPÍTULO 20

Los tres días siguientes transcurrieron lentos. Muy lentos. O al menos así me lo pareció, ya que cada hora se me hacía un suplicio de espera y me volvía más impaciente. Una mañana, cuando desperté, Antrax estaba allí como siempre. No se había despegado de mi lado durante todos esos días y noches, salvo algunas excepciones... Me sonrojé al contar con la posibilidad de que quizás me había escuchado roncar. No ocurría a menudo. Pero algunas veces tenía dificultades para respirar por culpa de una rotura de nariz que había sufrido en una reyerta de colegio. Me sorprendió encontrar un punto en común con Antrax, y es que ambas éramos mujeres de acción. Por lo que se me hacía extraño que fuera tan obediente con Abel. Yo era incapaz de mantener esa actitud por nadie.

Me terminé de asear y de vestir, —por supuesto con Antrax ejerciendo de mi sombra— y fui a la cocina a servirme un café. Laura dejó aparcado lo que estaba leyendo y estudió con descaro la indumentaria de Antrax. No era para menos. Llevaba un corpiño de cuero negro tan ajustado que le destacaba bastante el pecho, y el pantalón se ceñía a sus piernas como una segunda piel. Pero lo que más llamaba la atención era el juego de puñales que llevaba colgado a lo largo de la cintura. Daba la sensación de que una gran batalla se estaba librando ahí fuera y ella era la única preparada para afrontarla.

Laura continuó examinando a Antrax, lo que hizo que ésta se molestara.

—¿Qué estás mirando, mortal?

Laura recuperó la compostura y enarcó una ceja con desdén.

—Dana, dile a *Cat Woman* que debería ir vestida sin dar la nota.

—Me confundes, mortal. Yo no soy esa tal *Cat Woman*, pero quizás mi señor la conozca —aseguró sin entender la ironía.

Tampoco Laura acababa de comprender el comentario de Ántrax. Aunque la falta de entendimiento era frecuente entre ellas.

Iñigo apareció por allí y se llevó a *Cat Woman* de paseo. Esta se había vuelto realmente adicta al algodón de azúcar y necesitaba su dosis diaria.

Aproveché para leer un rato encima de la cama, y sentí cómo una brisa fresca me erizaba la piel. Me había dejado la ventana abierta, pero en lugar de cerrarla, preferí taparme con la colcha. Entonces mi sorpresa fue mayúscula cuando noté que otros dedos comenzaron a empujar la manta por mí. Me giré de inmediato y me encontré con una sonrisa maravillosa, acompañada de un rostro demacrado.

—¡Eres tú! —dije abalanzándome a sus brazos.

—Y hablando de presencias, ¿dónde está Ántrax? —preguntó mirando alrededor, con un semblante serio.

Enseguida recordé mi enfado.

—Ahora que la mencionas, ¿se puede saber en qué estabas pensando para mandarle a ella vigilarme?

—No fue para vigilarte, sino para cuidar de ti —se apresuró a matizar, al ver que le seguía fulminando con la mirada.

—¿Y no se te ocurrió nadie mejor para esa tarea?

—Ántrax puede ser algo hosca en sus maneras, pero es mi mano derecha en todo y confío en ella.

—Abel, ¿por qué no me explicaste el motivo de tu marcha? Ha sido Ántrax la que ha tenido que ponerme al corriente —le recriminé algo dolida.

—¡Oh, Dana, vamos! Si te lo hubiera dicho, habrías insistido en venir conmigo y el Seol es un lugar muy peligroso.

—¿El Seol?

—Sí; o como vulgarmente le llamáis vosotros, el infierno. Y ahora que está todo aclarado, ¿qué tal si nos demostramos lo mucho que nos hemos necesitado? —sugirió con una sonrisa maliciosa, mientras comenzaba a deslizar su mano por el interior de la manta.

Ántrax e Iñigo irrumpieron en la habitación de su vuelta del paseo, y ella, al ver a Abel, soltó el dulce, del que hasta este instante no se había podido desprender. Iñigo, por su parte, le saludó con una sonrisa tan amplia como le daba la cara.

—Abel, ¡qué alegría verte!

Éste hizo una mueca; no estaba acostumbrado a oír esas palabras.

—Tienes una hermana estupenda —le dijo Iñigo, en la misma línea alegre.

—¿Hermana? —nos miró de soslayo a Ántrax y a mí, y enseguida alegó—. No sabía que tuviese una hermana... estupenda, quiero decir.

Ántrax escondió la cabeza, abochornada.

—Pues sí—continuó Iñigo, y se le acercó para susurrarle—, y creo que a lo mejor tú yo pronto seremos familia. Ya me entiendes —agregó, dándole un pequeño codazo amistoso.

Abel recibió su comentario y su gesto, con una mirada tan siniestra que no dejaba lugar a dudas de lo que pensaba sobre ello. E Iñigo se alejó de su lado todo lo que pudo. Por fin, le veía hacer algo prudente.

—Ehh, esto Dana, yo mejor espero afuera. Tu madre está preparando un tentempié que por nada del mundo pienso perderme —me dijo antes de escabullirse por la puerta.

—¿Mi madre está aquí?

—Mi señor, si quiere le puedo explicar...

—Ahora no —la cortó con brusquedad—. Luego me rendirás cuentas de muchas cosas Antrax, pero ahora no quiero dejar de presentarme como es debido.

Me pasó la mano por la cintura y salimos de la habitación, con Antrax acompañándonos detrás. Mi madre esbozó una sonrisa radiante nada más vernos aparecer. Resultaba evidente que había estado esperando encontrarme así, de la mano de un novio formal, durante mucho tiempo.

—Ya veo que al final seguiste mi consejo —me susurró complacida.

Abel le tendió la mano con formalidad. Pero mi madre era más bien

de contacto físico y prefirió abrazarlo directamente. Intenté contener la risa observando a un Abel sin escapatoria, que trataba de zafarse de aquel exceso de cariño como buenamente podía. Por suerte para él, mi madre le dejó libre tan pronto se fijó en Ántrax.

—Dana, ¿quién es esta joven tan hermosa?

Suspiré aburrida de tener que repetir lo mismo.

—Se llama Ántrax, y es la hermana de Abel.

—¿Una hermana?

—Eso parece —contestó con ironía, Abel.

Ántrax, que sospechaba que sería la próxima víctima de mi madre, se apresuró a poner distancia entre ellas. Era otro punto en común que tenía con Abel. Ambos se mostraban esquivos a la hora de establecer contacto.

Tomamos asiento alrededor de la pequeña mesa de la cocina, e Iñigo fue el primero en comenzar a almorzar. Ántrax intentó disimular su cara de disgusto cuando se llevó un trozo de pollo a la boca. A excepción del algodón de azúcar, despreciaba el resto de las cosas mortales. Abel, por el contrario, no parecía tener problemas a la hora de aparentar. Comía mientras charlaba animadamente y mostraba interés por todo aquello que comentaba mi madre. Me resultó irritante saber que estaba interpretando el papel de novio ideal. Algo me decía que había usado su lector de almas con ella. «Tramposo», mascullé.

—Cariño, recuerda que esta noche os espero a ti y a tu tío para cenar —me dijo ella.

—¿Qué sucede esta noche? —pregunté intentando hacer memoria.

—¡Hija, pero qué cabeza tienes! Esta noche se celebra la Nochebuena. ¿Cómo lo has podido olvidar?

—Sí, Dana, ¿cómo has podido? —se mofó Abel, imitando la expresión escandalizada de mi madre. Esta se lo tomó como un cumplido y se alegró de contar con un aliado incondicional.

Asesiné a Abel con la mirada. Y él, lejos de cohibirse, me dedicó una

sonrisa burlona.

—El novio de mi hija es también bienvenido en mi casa —le dijo con una sonrisa, como premio a su apoyo.

Antrax se atragantó con la comida. Supuse que de imaginar aquella escena surrealista.

—¿Qué te ocurre, Sandra? ¿No te gusta la comida? —se preocupó mi madre.

—Por décima vez, señora, mi nombre es Ántrax —replicó con rudeza.

Abel le lanzó una mirada de advertencia y ésta enseguida abandonó esa pose antipática. En el fondo entendía la frustración de Ántrax. Mi madre tenía una memoria pésima para los nombres, y más siendo raros, por lo que había que corregirla continuamente.

—Nada me gustaría más que aceptar su invitación —le contestó Abel—. Pero resulta que ya me he comprometido a visitar un hospicio. Esos niños están solos y me ha parecido oportuno acompañarles en una noche señalada como ésta. Espero que lo comprenda —agregó con cara de circunstancias.

Mi madre cambió su semblante descontento por el de un rostro radiante. Ya no solo le gustaba, sino que además le admiraba por su generosidad. ¡Era el colmo del cinismo! Pero se me ocurrió una manera de darle un escarmiento y dibujé una sonrisa intencionada. Abel me dirigió una mirada cargada de sospecha.

—Mamá, ¿y por qué mejor no le acompañamos? Así pasaremos la navidad todos juntos.

Su expresión se tornó rígida.

—Dana, no insistas —contraatacó—, seguro que tu madre ya tiene todos los preparativos listos para esta noche, y lo que menos deseo es que se tome la molestia de cambiarlos —recalcó mirándome fastidiado, a la vez que me sonreía con los dientes apretados.

—No será molestia alguna —aseguró mi madre—. Tu gesto es tan noble que pienso que mi hija tiene razón y debemos seguir tu ejemplo.

Así que no se hable más, está noche celebraremos la llegada del señor, ¡todos juntos! —anunció contenta.

Esta vez, Abel no pudo disimular muy bien y se dejó entrever que su entusiasmo era falso.

—*Touché*, señor —se burló Ántrax, contagiada de mi travesura.

Pero enseguida se le congeló la sonrisa, cuando él la fulminó con la mirada.

—¿Sabe qué? —dijo dirigiéndose a mi madre—. No hay nada como la familia unida, y he pensado que mi hermana puede acompañarnos.

—Pero, señor...

—¡Decidido! A ti tampoco te vendrá mal un poco de espíritu navideño.

Ántrax refunfuñó por lo bajo.

Sin duda, serían las navidades más extrañas de toda mi vida.

Terminamos de almorzar y Abel se ofreció para llevar a mi madre a su casa, siguiendo fiel la línea de novio perfecto. Había asegurado que no tardaría en volver y corrí para prepararme antes de que se me hiciese más tarde. Puesto que íbamos a un hospicio, opté por vestirme de manera sencilla y cómoda. Es decir, como iba siempre, pero sustituyendo mis zapatillas de deporte por unas botas de piel y mi palestina por un colgante.

Luego me cepillé el pelo y me lo dejé suelto, cayendo en ondas por mi espalda.

Ántrax observó todo el proceso con suma atención. Supuse que ella estaba aún más verde en eso de la moda que yo y decidí echarle una mano. Pero mi vestuario no era a prueba de gigantes y tuvimos que pedir prestada la ropa de Laura, que accedió a regañadientes.

Era muy gracioso observar a Ántrax intentando adaptarse a una prenda tan femenina como un vestido. Pese a que estaba acostumbrada a ir semidesnuda de cintura para arriba, le incomodaba mostrar sus piernas y se sonrojaba a cada paso que daba. Ese día debía estar resultándole el peor de toda su eternidad.

Abel tuvo que volver a sustituir su Pagani de dos plazas por un coche mucho más amplio para que cupiésemos todos. Cuando llegamos al orfanato, vimos que apenas había gente. En el salón principal había un portal de Belén, formado por los propios niños del centro, y en el cual no faltaba detalle: pastores simulando llevar ofrendas, reyes subidos en ficticios camellos, ángeles anunciando la buena nueva. Todos interpretaban entusiasmados el papel que les correspondía. Sin embargo, ocurrió un percance. Uno de los niños que estaba subido encima del portal disfrazado de ángel, perdió el equilibrio. Pero Abel le interceptó en pleno vuelo y evitó el accidente.

—Ten más cuidado, ¿o quieres ser un ángel caído?

—Es por culpa de estas alas, ¡pesan mucho! —se quejó el pequeño.

Abel le sonrió con complicidad.

—Oh, pequeño, no sabes cómo te entiendo. Pero ¿por qué las llevas si tanto te molestan?

—Es que si no lo hago, no seré un ángel —expuso lleno de razón.

—¡Claro que seguirás siendo un ángel! Un ángel que se rebela contra la estupidez, de quien le ha dicho que debe cargar peso solo para demostrar lo que ya es.

El niño se mostró dubitativo por un instante y esbozó una sonrisa.

—¡Tienes razón! A partir de ahora seré un ángel sin alas —anunció, desprendiéndose de ellas.

De manera que pasó a haber un ángel distinto del resto. Y Abel sonrió satisfecho porque, de alguna forma, también había conseguido estar presente en aquel Belén.

Las cuidadoras, al ver que el pequeño no tenía las alas, corrieron hasta él para volver a ponérselas. Pero por más que intentaron convencerle, no hubo manera. El niño se negó una y otra vez, hasta que consiguió lo que quería, ser un ángel rebelde. Ante aquella difícil situación, las cuidadoras optaron por apartar al pequeño al recodo menos visible. Pues un ángel rebelde nunca podría encajar en un portal de Belén. Y volvió a suceder algo inesperado. Una de las niñas,

que representaba el papel de pastorcilla, se acercó hasta el niño, y con suma paciencia y dulzura, logró que el angelito de la oscuridad volviese a la luz, con ella de la mano.

Abel y yo nos quedamos paralizados y nuestras miradas se encontraron.

—¿Es tal tu poder sobre mí? —se preguntó a sí mismo y con clara inquietud.

Entonces atrapó mi mano y comenzó a guiarme a través de la gente. Parecía tener prisa por algo, a juzgar por la velocidad con la que se abrió paso, hasta llegar a unas escaleras que conducían al sótano del edificio.

Me detuve en seco al sospechar lo que pretendía.

—¿Aquí? —inquirí con sorpresa.

Se encogió de hombros.

—No creo que nos echen de menos hasta dentro de un buen rato.

Le miré insegura.

—Ven, Dana —dijo, tirando con insistencia de mi mano— déjame mostrarte lo divertida que puede ser la oscuridad.

Al cabo de un rato, salimos entre risas de nuestro escondite. Algunos de los asistentes se fijaron en mi pelo desgreñado y me dedicaron miradas suspicaces. Me apresuré a esconder la cara tras el hombro de Abel. Pero él se comportó como si nada, porque sencillamente le daba igual lo que los demás pensasen. Estaba acostumbrado a actuar bajo su voluntad, y no contaba con las opiniones ajenas.

Me alegró que mi madre no hubiera sido testigo de mi alboroto. Ella y mi tío habían tenido que irse por un repentino malestar de éste. Aunque yo sabía cuál era de verdad el problema de mi tío, que desde el principio de la noche se había mostrado esquivo con Abel.

Ántrax e Iñigo fueron los siguientes en desaparecer, y tampoco me resultó extraño. Para Ántrax, verse rodeada de mocosos disfrazados y de gente cargada de buenas intenciones era mil veces peor que para

mí volver a enfrentarme con esas criaturas horribles, y aprovechó la mínima ocasión que se le presentó para escaquearse, con Iñigo siguiéndola fielmente.

Llegó la hora de la entrega de los regalos y el director del centro anunció a viva voz la cuantiosa cifra que alguien de forma anónima había donado. No tuve dudas de quién estaba detrás de todo eso y miré con orgullo a Abel.

—No saques conclusiones precipitadas —se apresuró a advertirme—. En realidad, lo he hecho por un motivo egoísta.

—¿Cómo cuál? —le pregunté confusa.

—Quería ponerme en la piel de un estúpido de éstos que, por donar unos cuantos billetes, creen que salvan al mundo de la miseria de la que son partícipes.

—¿Y qué tal la experiencia? —quise saber, mientras nos dirigíamos al exterior.

Hizo una mueca de rechazo.

—Lo que había supuesto en un principio. Demasiadas sonrisas y falsa felicidad. Demasiada hipocresía —alegó irritado, lo que provocó mi risa.

—Y debido a tu posición maligna, tanta felicidad te resulta inadmisibile, claro —bromeé.

Me miró con seriedad.

—Dana, hace falta mucho más que unos cuantos alcornoques engreídos y con ínfulas de samaritano, para que vuestra especie se salve. Pero, a pesar de todo, la experiencia no ha sido tan mala —dijo recuperando su buen semblante.

—¿Ah, no?

—No, he conseguido arrancarle una sonrisa a la joven más bella de la fiesta.

—Claro, y eso también era premeditado.

—Por supuesto.

—Mentiroso —le repliqué riéndome—. Tú no contabas con que yo

lo adivinara. De lo contrario, no hubieses hecho ese donativo de forma anónima.

Se sentó en uno de los bancos iluminados por una farola de la calle y me obligó a que lo imitase, sobre sus rodillas. Después sus ojos grises me contemplaron con ternura, mientras que con una mano me acariciaba el pelo.

—Aún no me has dicho qué te gustaría que te regalase a ti.

—No es necesario. La chica de la fiesta ha conseguido al chico malo y ya tengo todo lo que deseaba —le aseguré perdiéndome en esa mirada.

—Y además de eso, ¿no tienes ningún otro deseo? ¿Algo que quieras de verdad? —insistió con voz suave.

Lo pensé un momento y luego, con cierta timidez, me puse sentimental.

—¿Sabes? Me habría gustado no haber perdido a mi padre. Murió cuando yo era tan niña que apenas le recuerdo.

—Dana, ni siquiera yo puedo cambiar lo que ya se ha escrito. Pero creo que puedo solucionar tu pequeño problema de memoria.

—¿A qué te refieres?

—Mocosa, estás ante el espíritu de las navidades pasadas, así que cierra los ojos y relájate.

En lugar de ello, lo observé con recelo intentando adivinar lo que tramaba. El suspiró.

—Me pregunto si algún día harás lo que se te dice. Ese problema sí que me gustaría remediarlo —protestó, cerrándome los ojos él mismo—. Y ahora relájate, Dana, ¿o también tengo que obligarte?

Esta vez obedecí.

CAPÍTULO 21

Poco a poco, mi alrededor comenzó a dar vueltas y no abrí los ojos, por temor a caerme. Hasta que, de pronto, todo se detuvo y empecé a escuchar un ruido de fondo cada vez más nítido. Abrí un ojo y luego el otro. Desconcertada, me di cuenta de que ya no me encontraba en el parque junto a Abel. En su lugar, había una habitación decorada con muebles antiguos. Y a pesar de que estaba todo muy cambiado, pude distinguir que era la casa de mi madre.

Escuché un ruido en la habitación de al lado y allí me encontré con una niña pequeña que parecía ocupada buscando no sé qué cosa. Pero cuando le pregunté qué se le había perdido, no me contestó. Simplemente alzó la cabeza, como si por un momento hubiera podido escucharme, y descubrí que esa niña jera yo!

Evidentemente, sus rasgos eran mucho más infantiles, pero pude reconocer en ella mis propios ojos verdes y el rubio de mi pelo. La niña encontró por fin lo que estaba buscando y corrió hacia fuera, muy entusiasmada. La seguí escaleras arriba donde la esperaba un hombre de mediana edad. El corazón me dio un vuelco al reconocerle.

La niña se sentó sobre las piernas de su padre y, satisfecha de sí misma, le mostró lo que había encontrado. Un documento enrollado con un lazo rojo que parecía estar bastante deteriorado.

—Muy bien, pequeña, sabía que lo conseguirías —la felicitó con orgullo.

El hombre le quitó el documento y lo hizo girar hacia donde había una especie de lacrado del color del hilo. La niña deslizó su dedo con curiosidad y yo también me acerqué un poco más, para fijarme en el grabado que contenía. Pude distinguir unas letras escritas en latín, que traté de memorizar.

—Dana, este pergamino es tu legado más preciado y algún día tendrás que recuperarlo.

—Pero, papá, yo no quiero seguir jugando al mapa del tesoro —se quejó,

cansada de buscar.

Su padre le sonrió con una nota de tristeza en sus ojos, casi tan verdes como los de ella.

—Me temo, cielo, que no tendrás elección. Eres una Ranieri y, al igual que todos los portadores de nuestra familia, has sido señalada para descifrar el manuscrito.

La niña extendió la mano para coger el pergamino. Pero su padre se lo impidió y lo mantuvo lejos de su alcance.

—Aún no estás preparada, así que lo guardaré a buen recaudo.

—¿Y cuándo lo estaré? —preguntó con impaciencia.

—Te lo haré saber —le aseguró—. Solo has de estar atenta a mis señales.

—¿Señales? ¿No me lo vas a decir tú, papá?

El hombre recuperó su semblante triste.

—Presiento que para ese entonces ya no estaré contigo.

—¿Es que te vas?

No contestó.

—¡Pero yo no quiero que te marches! —gimoteó la niña.

Su padre la meció en el regazo para calmarla.

No tengas miedo, pequeña. Es intensa tu fuerza vital, y sé que triunfarás allí donde nosotros hemos fracasado. Además, quiero que me prometas algo.

—¿El qué? —musitó llorosa.

El hombre enjugó sus lágrimas y la contempló detenidamente.

—Dana, cuando yo ya no esté, no volverás a usar tus poderes. Y eso incluye dejar de esconder las cosas a tu madre —agregó de forma seria.

—Es que es muy divertido —se excusó sonriente, lo que dejaba a la vista ciertos huecos libres en su dentadura.

Él se rio con ella, lleno de complicidad.

—Lo sé, pequeña. Pero no está bien volverla loca, y debes recordar que tu madre nunca debe saber que eres una niña especial.

—Pero tú dijiste que me enseñarías trucos nuevos —volvió a replicar, molesta.

—La magia no es un juego, y hasta que otro en mi lugar te instruya, te

olvidarás de que siquiera existe. ¿Lo prometes, Dana?

Lo pensó un momento y luego asintió a regañadientes.

—Muy bien, ahora ya puedo irme tranquilo.

Apartó a la niña y se puso en pie, con aire resignado.

—¿Dónde vas, papá? —quiso saber la niña, aferrándose con una mano a su pantalón.

—Presiento que hoy tengo una cita con Ábadon, y a él no le gusta esperar.

—¿Te veré pronto?

—Espero que no.

La niña permaneció de pie observando cómo su padre se marchaba, sin entender quién era ese tal Ábadon que no podía esperar. Pero a estas alturas yo sabía, por Abel, que Ábadon era el ángel de la muerte y que aquel adiós era definitivo. Las lágrimas rodaron por mis mejillas, ante aquel recuerdo triste.

Cuando volví a abrir los ojos, noté que estaba sobre algo mullido. Desorientada, me incorporé sola y vi a Abel acercarse con algo en la mano.

—Ten —dijo, entregándome un cuenco de sopa—, esto te reconfortará. Decidí traerte a nuestra casa para que estuvieras más tranquila cuando despertases.

—¿Nuestra casa? —pregunté, sin que se me pasara por alto ese detalle.

El esbozó una sonrisa con ese aire canallesco que le hacía tan irresistible.

—Me he tomado la libertad de comprarte algunos enseres necesarios para los días que decidas estar aquí, por lo que eso hace esta casa oficialmente nuestra. De todas formas, confío en que algún día decidas instalarte de manera definitiva —lo dejó caer, antes de cambiar de tema—. ¿Qué tal tu viaje por el pasado?

Lo miré emocionada.

—Gracias a ti he podido recordar las últimas palabras de mi padre. ¿Sabes? Él sospechaba que iba a morir y me hizo prometer que no

volviera a usar la magia. Incluso que me olvidara de ella.

—Eso explica, en cierto modo, que tuvieras la cabeza tan cerrada.

—¿Ahora ya puedes acceder a mi mente?

Asintió con una sonrisa.

—La caja fuerte que compone tu maravillosa cabecita se abrió en el momento en que descubriste que eras una bruja. Lo que me lleva a sospechar que la razón por la que tu padre te pidiera que olvidaras la magia era precisamente para que yo no pudiera acceder a tu mente si algún día te encontraba. Me parece que Luca Ranieri era más taimado de lo que creía —alegó pensativo.

Aguardé unos segundos en silencio, antes de confesar.

—Hay otra cosa que te gustará saber.

Me miró expectante.

—Mi padre me dejó el manuscrito antes de morir.

—¿Gustarme? —murmuró al fin, con cara de espanto—. Dana, eso viene a complicarlo todo.

—Pensaba que eras el primer interesado en encontrar el pergamino —dije, sin entender su actitud.

—Eso era antes. Ahora mi única prioridad es ponerte a salvo— aseguró rotundo, y añadió alterado—. Dana, ¿no te das cuenta? ¡Ahora eres la portadora del manuscrito!

—Si te sirve de consuelo, no sé dónde puede estar escondido —le aclaré, lo que ciertamente pareció tranquilizar a Abel.

Aun así intenté hacer memoria.

—Ese pergamino tenía un hilo rojo y un lacrado con unas letras grabadas en latín, que decía algo como... *sigillum militum christi* —El sello de los soldados de Cristo —tradujo al instante— Es el sello de la orden templarla que estaba encabezada por un Ranieri. Él fue quien descubrió el pergamino y se convirtió en el primer portador.

—¡Claro! Ahora entiendo aquel primer sueño que tuve de mi padre. Recuerdo que aparecían unas cruces rojas bordadas en las capas de algunos soldados —le expliqué, entusiasmada con el tema.

—Eso fue lo que en realidad otorgó a vuestra familia el poder.

—Quizás investigando un poco...

—Dana, ya te lo he dicho —soltó molesto—, cuanto menos indagues en el asunto, mucho mejor.

—Pero yo necesito saber.

—¿Acaso no he hablado con suficiente claridad? —se expresó con mayor contundencia.

Me marché furiosa del salón y me encerré en una de las habitaciones del piso de arriba.

Después de nuestra discusión, Abel intentó varias veces la reconciliación, pero mi actitud obstinada, termino por hacerlo desistir. ¿Quién se creía para dictarme órdenes? Estaba muy equivocado si pensaba que yo le obedecería como Ántrax. Buscaría ese manuscrito, con o sin su ayuda, y no pararía hasta encontrarlo.

* * * * *

Al día siguiente, decidí irme temprano al trabajo. Seguía tan molesta que no quería encontrarme con Abel. Pero no había reparado en un detalle, y es que él nunca dormía, por lo que ya estaba esperándome cuando bajé al comedor, mientras ojeaba unos documentos. Supuse que era información sobre algún cliente, «al que más tarde convertiría en su oscuro vasallo», pensé con cierto rencor.

Intenté pasar con sigilo hasta la puerta para no importunarle.

—No te esfuerces—soltó de pronto—. Puedo percibir tu veneno desde leguas, lo cual hace que te vuelvas muy ruidosa.

Ignoré su comentario mordaz. Y justo cuando abrí la puerta, volvió a intervenir.

—¿A qué se debe el milagro?

—¿Qué milagro?

—Que por un día hayas decidido ser puntual.

—Se debe a que prefiero ir sola, que soportar tu compañía —contesté igual de hostil.

Mi respuesta pareció avivar aún más su crispación, y por primera vez dejó lo que estaba haciendo para mirarme.

—Muy bien, Dana. Pero recuerda que el orgullo es un pecado que se paga muy caro, y algo entiendo sobre eso.

Giré la cabeza y finalmente me marché. Era el colmo que él me diera lecciones de moralidad.

De camino a la ciudad se me ocurrió una idea, por lo que en vez de ir hacia el centro, tomé el metro que conducía a las afueras. Mi intención era visitar a mi tío Agustín para preguntarle sobre el manuscrito. Si alguien sabía algo sobre el asunto, tenía que ser él. Aunque Úrsula era otra opción que tampoco descartaba.

Cuando llegué a la plaza Santa Catalina me sentía agitada, igual que una niña traviesa a punto de cumplir su fechoría. A unos metros de mí visualicé la fachada de la capilla, con fieles a sus puertas esperando para entrar en el templo. Me acerqué hasta allí y aguardé mi turno en la fila. Pero justo en el momento en el que iba a entrar, me envolvió una sombra tan grande como inconfundible. Giré despacio sobre mis talones y me encontré cara a cara con Abel.

Estaba de brazos cruzados y su semblante era serio.

—A ver si lo adivino, ¿haciendo pellas? —alegó con desdén.

Se me escapó una risita nerviosa a modo de respuesta.

—¿Cómo has...?

Estaba tan descolocada que no pude terminar la frase.

—¿Qué, Dana? ¿Te refieres a cómo he supuesto que tratarías de salirte con la tuya a pesar de nuestra discusión? La respuesta es fácil, contaba con tu testarudez y te seguí hasta aquí.

Decidí seguir con mis planes y observé la entrada del templo dispuesta a pasar.

—Antes de que llegues a la puerta te habré alcanzado —me aseguró, adivinando mis intenciones.

Le lancé una mirada desafiante y Abel respondió con una sonrisa altiva.

—Dana, tengo la impresión de que olvidas con quién estás tratando —me recordó, con una expresión más severa.

Tras titubear un instante más, aborté el plan y retrocedí sobre mis pasos, llena de rabia.

—Sabia decisión —me felicitó con retintín—. Bien, ¿te acerco al trabajo o aún prefieres ir por otros medios?

—¡Vete al cuerno! —le espeté, echando chispas por los ojos.

Escuchar su carcajada de fondo me enfureció más si cabe, y juré que no estaba todo dicho.

Mientras Abel conducía, percibí cómo en alguna ocasión me miraba de soslayo, divertido con mi mal humor. Así que opté por ignorarle, pero disimulaba fatal porque sencillamente sabía que estaba ahí, por lo que solo conseguí que se regódeara más a mi costa. Y cuando aparcó el coche delante de mi oficina, tampoco me fue mucho mejor. Antes de que abriese la puerta, me atrajo hacia él, y mis esfuerzos por una despedida propia de mujer encolerizada se fueron al traste con su beso.

Al principio me mantuve rígida, manteniendo el tipo. Sin embargo, a medida que iba saboreando su lengua, fui cediendo, hasta que al final logró que le correspondiera con el mismo fervor. Con cuánto ímpetu le deseaba y en ocasiones podía odiarle. Siempre lograba alzarme a la cúspide de cualquier emoción, para luego derribar en un gesto como ese todo el rencor acumulado. Pues era en mí donde residía el verdadero poder del diablo.

Me bajé del coche con las piernas temblorosas y en un estado muy diferente al que pensaba hacerlo. Pero a lo largo de la mañana, no dejé de darle vueltas a cómo llevar a cabo mi plan sin que Abel pudiera interponerse en medio.

—¿Es conmigo con quién sueñas? —bromeó Iñigo.

Le sonreí con simpatía.

—Digamos que tengo un pequeño problema con Abel — confesé, aún medio distraída.

—Pues a mí con Ántrax me va genial.

Le miré algo preocupada.

—Iñigo... ¿no se te ha ocurrido pensar que quizás ella no te conviene?

—¡Mira quién habla! Tú estás con su hermano —replicó—. Dana, aunque no lo creas, Ántrax es genial. Ninguna chica me ha gustado tanto como ella.

Suspiré, dándolo por perdido. ¿Qué tenía el mal que nos cautivaba de esa forma?

De repente, me invadió un calor exagerado, que se fue propagándose por todo mi cuerpo. Me abrí los tres primeros botones de la blusa, pero el sofoco empeoraba por segundos.

—Iñigo, ¿no tienes calor? —le pregunté, sufriendo de tener que verle envuelto en un jersey de lana gruesa.

En realidad, eso era lo normal en pleno invierno y no el estado en el que me encontraba yo. Por si fuera poco, al calor se le sumó una sed igual de intensa.

—Dana, ¿estás bien? —se preocupó, tras observarme un tanto desconcertado.

Me levanté de un salto.

—¡Rápido, tráeme agua! —le grité con desesperación.

Mi saliva se volvía cada vez más pastosa y la necesidad de beber era insufrible. Tenía que saciarme ya o moriría asfixiada por la sed. No pude esperar a que Iñigo me trajese el agua y bebí del primer recipiente que encontré, una pecera.

Iñigo, estupefacto, dejó caer el vaso al suelo.

—¡Te has bebido a mi mascota! —se quejó, lloriqueando, al ver que me había tragado a su pez naranja.

—Lo siento.

Apoyé mis manos contra la mesa, aún sofocada, y de entre mis dedos empezó a brotar humo, que no tardó en convertirse en una llama. Asustada, me alejé corriendo al otro extremo.

—¡Ahí va! ¿Cómo has hecho eso?

La llama cobró virulencia y se propagó por mi mesa. Intenté sofocar el fuego como pude, mientras Iñigo salía disparado en busca de un extintor. Pero antes de que pudiéramos arreglar aquel desastre sin llamar la atención, se activó la alarma de incendios y comencé a escuchar gritos por todo el pasillo.

Tosiendo, salí del zulo, y me encontré de frente con el caos. La gente gritaba agolpándose en las escaleras de emergencia. Iñigo miraba de un lado para el otro, como un conejillo asustado, ¡y yo empezaba a tener sed otra vez!

Me sentía tan desesperada que no sabía si patalear o huir igual que los demás, sembrando el desastre allá por donde fuera. La situación se me había ido de las manos, y lo peor de todo era que no entendía siquiera qué me estaba pasando.

—¡Dana, tenemos que salir de aquí! —me chilló Iñigo, cogiéndome de la mano y, al instante, me soltó con un quejido lastimero— ¡Tu piel quema!

—Vete, Iñigo, ponte a salvo —le pedí, a la vez que me apartaba de él, para no dañarle con mis propias manos.

—¿Y tú?

—Estaré bien. ¡Ahora te sigo! —le mentí.

En ese momento aparecieron, esquivando a la gente, nuestros ángeles salvadores: Antrax y Abel.

—Vete, muchacho —le dijo Abel a Iñigo, palmeándole la espalda de forma amistosa—. Yo me ocupo de ella.

Ántrax le cogió de la mano y le guió hacia una salida, distinta a la que se dirigían los demás. De hecho, juraría que no estaba ahí antes... Abel se acercó a mí para ayudarme pero inmediatamente volví a alejarme.

—No te acerques. Soy peligrosa —le previne nerviosa.

Ignoró mi comentario y me cargó de un solo movimiento sobre su hombro. No parecía que mi piel candente le supusiera algún

problema. Incluso, se regodeó con aquella postura humillante para mí y colocó la mano libre que le quedaba en mis nalgas. Luego, salimos al aire puro por el camino que había improvisado Ántrax. Pero enseguida noté una nueva sacudida de fuego en mi garganta y me agité desesperada encima de Abel.

—Cálmate, Dana, pronto te sentirás mejor —dijo, propinándome una pequeña palmada cariñosa en el trasero.

No veía que eso fuera posible y di por sentado que moriría de sed. Poco después de que Abel me colocara en el asiento del coche, la sed y el calor empezaron a remitir y me invadieron los temblores.

—Dime que esto es gripe —articulé a duras penas.

Abel esbozó una sonrisa compasiva sin apartar la mirada de la carretera.

—Me temo que no.

—Entonces, ¿qué es? —pregunté, con la certeza clara de que él sabía lo que me sucedía.

—Mi brujita se ha hecho mujer.

—No estoy para bromas —gruñí.

—No es una broma. Al parecer, los brujos pasáis por esto cuando llegáis a vuestro punto más álgido de la madurez. Es lo que llaman el despertar.

—¡Oh, genial! ¿Y durará mucho? —me quejé con voz lastimera.

—Irá menguando a medida que te tranquilices.

Traté de seguir su consejo durante el camino, y tal como había predicho, mi malestar se hizo más llevadero. Después, cuando llegamos a su casa, me ayudó a cruzar la finca hasta la puerta, donde esperaban Ántrax y el otro damnificado, Iñigo.

Éste corrió emocionado a mi encuentro.

—¡Ahí va! Dana, así que eres una bruja.

Me acomodé en el canapé de cuero y desde ahí pude divisar cómo Abel hablaba gesticulando nervioso con Ántrax, mientras que ella se limitaba a responder por momentos. Pero me daba rabia tener que

conformarme con mirar. Yo quería estar al tanto de lo que se dijera de mí.

—¿No vas a contarme nada? —protestó Iñigo, que sin darme cuenta había esperado impaciente a que hablara.

Me mantuve prudente.

—¿Qué te dijo Ántrax exactamente?

—Pues que eras una bruja con superpoderes y todo — expresó emocionado.

—¿Así mismo te lo explico Ántrax?

—No —admitió con timidez—. Ella más bien cree que eres una bruja molesta y que causa problemas.

—Ya me parecía —mascullé—. ¿Y qué te dijo acerca de ella?

—Que ella y su hermano son los que siempre solucionan esos problemas.

¡Maldita manipuladora!

Aun así, decidí dar por válida la versión y entre dientes alegué:

—Pues si Ántrax te ha dicho eso, ya no hace falta que yo añada nada más.

Y de pronto di con la solución a un problema que tenía en la cabeza. Pero antes de que Abel pudiera descubrirme, aproveché la oportunidad.

—Iñigo, ¿tú me podrías hacer un favor?

—Claro...

Poco después llegó Abel seguido de Ántrax. Aún se le notaba algo alterado, pero trató de disimular exhibiendo una sonrisa lo más convincente que pudo. Ántrax, por su parte, era un libro abierto y agarró por un brazo a Iñigo sin mucha delicadeza, dando rienda suelta a su tensión. Estaba claro que con ella no iba eso de aparentar y me alegré de tener una referencia clara. En cuanto se marcharon, Abel se sentó a mi lado y me acarició la mano.

—¿Qué ocurre, Dana...? —me preguntó cargado de sospecha.

—Dímelo tú —repliqué molesta.

No contestó.

—Tengo derecho a saberlo —insistí al ver que guardaba silencio.

Al final soltó un suspiro y decidió confesar.

—Está bien, Dana, tienes razón. Esto también te atañe a ti.

—Te escucho.

—Es posible que ellos hayan podido presentir tu despertar y decidan hacerte una visita, por lo que si eso ocurre, descubrirán quién eres, y ya sabes lo que conlleva.

Me mordí el labio con inquietud.

—¿Eso significa que estoy en peligro?

—De momento, tenemos que esperar a que Ántrax nos traiga noticias —contestó, mientras me observaba fijamente—. Ahora te toca a ti hablar —agregó con impaciencia.

—¿A mí? ¿Sobre qué? —manifesté de forma inocente.

—Sabes muy bien que puedo percibir que me ocultas algo —me aseguré irritado.

Y así era. Pero había decidido pagarle con la misma moneda y adopté una actitud misteriosa. No solo para molestarle. Si quería que mi plan funcionase, debía jugar con el factor sorpresa.

Por la noche, sonó el timbre y Abel me lanzó una mirada llena de recelo antes de abrir. Imaginaba que yo era la razón de aquella inesperada visita. Mi tío echó un vistazo desde la entrada, preguntándose si ésa sería la dirección correcta que le había dado Iñigo, y luego se topó con la mirada fría de Abel, que permanecía con la mandíbula rígida.

—Hoola —balbuceó mi tío—. ¿Se encuentra aquí mi sobrina Dana?

Abel le ignoró y me miró con dureza.

—Así que era esto lo que te traías entre manos.

De repente, fui consciente de lo tonta y egoísta que había sido. Estaba tan empeñada en salirme con la mía, que había conducido a un cura a la morada del diablo.

—Sí, tío, estoy aquí —me apresuré a saludarle—. Será mejor que nos

vayamos a otro sitio a hablar.

—Tranquila —intervino Abel—, seré yo quien se marche. Pero pagarás por esto, mocosa —me advirtió en voz baja, antes de dirigirse a mi tío con una sonrisa falsa.

—Padre, sea usted bienvenido a mi casa —dijo dedicándole una exagerada reverencia. Pero cuando mi tío quiso pasar, Abel le detuvo con una mano y con la otra le arrancó el alzacuello y le quitó el crucifijo que escondía en el bolsillo.

—Disculpe mis modales, padre, pero en mi casa no está permitido este tipo de elementos. Ahora sí puede usted pasar —le aseguró con otra sonrisa teatral.

Mi tío fue incapaz de dar un solo paso. Estaba realmente petrificado y tuve que ser yo quien le cogiera de la mano para guiarle hasta la sala. Este, algo más recuperado sin la presencia de Abel, se pasó un pañuelo por su frente sudorosa y tomó asiento.

—Bueno, pues aquí estoy. Espero que lo que tengas que contarme sea lo bastante importante como para que justifique esta visita y este trato —se quejó muy enfadado.

—Siento lo que ha pasado con Abel. No debió hacer eso —me disculpé avergonzada con aquella situación.

No dijo nada. Imaginé que debía de sentirse demasiado incómodo y deseaba marcharse, por lo que decidí ser directa para facilitarle la huida.

—Tío, verás..., hay más cosas que me gustaría saber sobre mi padre y un documento familiar muy importante —dejé caer, para tantear un poco el terreno.

—¿Te refieres al manuscrito de los Ranieri?

—Así que lo sabes —me dije, confirmando mis sospechas.

—Por favor, Dana —expresó molesto—. Todos los que sabemos de la existencia de la magia, conocemos también el misterio que envuelve a los Ranieri. Lo que no me explicó es cómo lo sabes tú —agregó clavando sus ojos en los míos.

Tras dudarle unos segundos, decidí ponerle al tanto.

—Hace poco reviví un viejo recuerdo en el que mi padre me entregaba un pergamino y me comentaba su importancia.

Mi tío abrió los ojos como platos.

—¡Pero eso es maravilloso, Dana! ¿Te das cuenta de la envergadura del asunto?

Sonreí satisfecha.

Después de lidiar con la actitud negativa de Abel, escuchar aquellas palabras resultaba muy reconfortante, y me sumé a la alegría de mi tío.

—Así es, y por eso te he llamado. Tú y mi padre erais buenos amigos y pensé que quizás podrías tener idea de dónde guardó ese pergamino.

—Ah, así que no sabes dónde está —dijo desilusionado—. Pues lamento decirte que yo tampoco lo sé porque Luca era muy celoso con ese tema y apenas me habló sobre ello.

—Bueno, entonces quizás Úrsula...

—¡No, Dana! —me cortó de golpe—. Tienes que saber de una vez que esa mujer no es trigo limpio.

Aguardó un instante en silencio y expresó con ojos taciturnos:

—Hasta ahora, no he querido comentar nada por respeto a tu madre, pero Úrsula siempre estuvo enamorada de tu padre y se sintió desechada cuando se casó con tu madre. Desde entonces, siempre ha tratado de malmeter.

—Así que por eso ellas se llevan tan mal —murmuré sorprendida.

Asintió con la cabeza.

—Y si me aceptas un consejo, querida sobrina, tampoco deberías fiarte de ese hombre al que acabas de conocer. Dios sabe que resulta muy inquietante —opinó con verdadera antipatía.

—Dana —dijo cogiendo mis manos— yo soy la única persona que conocía bien a tu padre y él hubiera querido que confiaras en mí. Yo soy parte de tu familia, cariño.

Entonces me soltó las manos y se mostró extrañado.

—Qué raro..., tú piel está muy caliente. ¿Tienes fiebre?

—Algo así.

—¿Sabes? Esto me recuerda a una ocasión en el monasterio. Luca comenzó a sentirse mal y luego su piel quemaba ¡como el fuego! Los otros brujos no tardaron en ir a buscarle y le tuvieron recluido durante un tiempo. Al parecer, se había vuelto peligroso...

—Es solo un poco de fiebre —me apresuré a aclararle, con algo de miedo de que me ocurriera lo mismo.

—Puede ser. Pero hay fiebres que deben ser tratadas.

Se puso en pie, dispuesto a irse y antes de dirigirse a la puerta, volvió a girar la cabeza hacia mí.

—Dana, recuerda, no confíes en ese hombre. Todavía no sé qué tiene, pero cuando te mira se te hiela la sangre.

—¡Vaya, qué pena! Y yo que albergaba esperanzas de que algún día bendijera nuestra unión —se compadeció de forma burlona Abel, que observaba a mi tío en una postura desafiante.

Éste se quedó paralizado de inmediato, y no solo por haberse visto sorprendido. A decir verdad, Abel ejercía un efecto nocivo sobre él. Era como si pudiera intuir su verdadera identidad, y se erizara por instinto igual que un perro frente a un gato.

Abel se acercó despacio hacia mí tío y él se fue haciendo más y más pequeño, hasta que por fin se detuvo ante nosotros y esbozó una sonrisa sombría que me congeló incluso a mí.

—Lo cierto, padre, es que usted tampoco me gusta a mí. Y ahora que está claro lo que pensamos el uno del otro, me veo en la libertad de pedirle que se marche.

No hizo falta decírselo dos veces. Mi tío se precipitó hacia la puerta y desapareció sin mirar atrás. Suspiré. Era mi turno de hacer frente a la cólera del diablo.

Pero Abel cruzó la habitación y se plantó delante de la cristalera del jardín, ignorándome totalmente. Imaginé que aquella guerra

silenciosa era su manera de castigarme y me negué a aceptarlo. Me acerqué a paso lento, y cuando le tuve un palmo de distancia, posé mi mano con cierta indecisión sobre su hombro. Su musculatura se tornó rígida bajo mi tacto. Aun así, mantuvo su mirada distante y me sentí azorada.

—Quizás no ha sido acertado hacer venir a mi tío — comencé a hablar para romper el hielo—. Pero tampoco era necesario que le trataras así.

—Tienes suerte de que no le matase con mis propias manos —soltó con rudeza.

Me aparté atónita por su comentario y entonces se dignó a mirarme.

—¿De verdad no tuviste en cuenta que su presencia aquí solo traería problemas? Ya que en ese caso eres más insensata de lo que pensaba.

—¿Es porque es un cura?

—No. Es porque no me gustan las encerronas, y he estado a punto de hacerte pagar tu atrevimiento con su vida.

Me invadió la culpabilidad por el desastre que podía haber provocado y sentí deseos de llorar. Abel bajó un poco la guardia y se acercó en actitud reconciliadora. No tardé en notar sus brazos cálidos rodeándome. Tampoco había tanta austeridad en su mirada. Sus ojos grises cobraron un matiz brillante que conocía muy bien. Pero muy a mi pesar, tuve que contenerme, y sacando toda mi fuerza de voluntad —algo que me sorprendió, puesto que no imaginé que tuviese tanta—, decidí alejarme, para su disgusto. -

—Abel, me gustaría hablar —manifesté con seriedad.

—Precisamente es lo que menos deseo hacer yo —respondió mientras intentaba acceder a los botones de mi blusa.

De nuevo, fui fuerte y frené sus dedos traviosos, con un pequeño manotazo.

—Está bien —refunfuñó, como el niño caprichoso al que le niegan algo.

Consciente de mi oportunidad, adopté una pose lo más convincente

posible. Es decir, como quien se dirige a un superior, con mucho tacto pero firme. Algo que también me sorprendió, porque jamás había mostrado ese respeto ni a *Don Urraca*.

Me aclaré la voz y tomé aire.

—Abel, siento haber actuado de forma imprudente con respecto a mi tío, pero debes saber que estoy decidida a encontrar ese dichoso pergamino y no te serviría de nada tratar de impedírmelo.

—Lo sé —dijo sin más.

Me quedé perpleja.

—¿Es qué no vas a oponerte como hasta ahora?

—¿Serviría de algo?

No sabía si alegrarme o llorar por la frustración. Después de prepararme mentalmente para el contraataque, resulta que ni siquiera había réplica.

—¿Y cómo es que has cambiado de opinión? —pregunté algo picada.

—Verás, Dana, tras reflexionar sobre el asunto, he llegado a la conclusión de que, haga lo que haga, tú siempre trataras de salirte con la tuya, y lo cierto es que tampoco tengo derecho a detenerte.

Lo miré boquiabierta sin poder creer lo que escuchaba, pero tras una pausa, añadió:

—Siempre y cuando cumplas unas pautas.

¡Lo sabía! Al final había trampa. Muy propio del diablo esas triquiñuelas.

—¿Qué pautas? —quise saber con recelo.

—Estarás vigilada tanto por *Ántrax* como por mí la mayor parte del tiempo y no opondrás resistencia.

Hice una mueca descontenta.

—Eso no es todo.

—¿Aún hay más?

—No pondrás tus pies en una iglesia. Ese es el único lugar al que no podemos acceder los desterrados, y no pienso correr el riesgo.

—¿No puedes entrar en una iglesia?

—Lamento comunicarte que es uno de los escasos tópicos que es cierto.

—Pero entonces ¿cómo veré a mi tío? Si aquí no lo puedo traer y en cualquier otro sitio estaréis vosotros.

—Esa es la tercera norma. No lo harás —antes de que le preguntase el motivo, explicó—. ¿Recuerdas cuando te hablé sobre la pureza de las almas? Bien, pues da la casualidad que, de las pocas que existen, ninguna lleva sotana.

—¡Pero él es mi tío! —protesté.

—Shhh —me silenció con un dedo sobre mis labios y susurró—. Ni una palabra más, Dana. Estas son mis condiciones y no pienso negociar. Además, es hora de que cumplas tu penitencia.

Fruncí el ceño y él arqueó una ceja.

—¡Qué! ¿Acaso creías que después de la encerrona con el *curita* podrías librarte de tu merecido? Mocosa, ya te advertí antes de irme que te haría pagar tu osadía —dijo con sus manos puestas en mi blusa.

Esta vez guardé silencio y acaté gustosa mi castigo.

Enseguida sentí sus labios presionando los míos y fue bajando despacio hasta posarse en la base de mi garganta; donde me dio otro pequeño beso, mientras sus manos ayudaron a despojarme del resto de la ropa que me quedaba. Noté de nuevo mis mejillas encarnadas, cuando mi cuerpo desnudo quedó totalmente expuesto ante sus ojos voraces y encandilados.

Casi de manera hipnótica, su mano voló hacia uno de mis senos y comenzó a seguir su forma redondeada. Me hacía sentir como una de esas reliquias que alguien descubre y maravillado la toca sin poderlo creer.

Mi piel se estremeció bajo sus caricias y dejé escapar un suspiro. Aquella fue la señal que Abel esperaba oír para ir más allá. Me besó con ímpetu a la vez que me depositaba con sumo cuidado sobre el canapé. Después, se tendió a mi lado y prosiguió con su minucioso

examen. Yo también quise explorar y mis dedos recorrieron su extensa espalda y su torso. Era asombroso lo suave que tenía la piel. Únicamente se tornaba áspera al tacto en aquellas zonas donde había vello. Continuamos acariciándonos así, sin prisa... Habíamos paralizado el tiempo embelesados con nosotros mismos. Hasta que sentí arder mi bajo vientre y lo reclamé en un estado febril de lujuria y dolor.

A cada movimiento rítmico íbamos alcanzando la cumbre, poniendo a prueba el límite del placer, y cuando ese momento culminante llegó, explotamos en llamas. Luego se hizo el silencio. Un silencio dulce y ebrio, que no daba cabida a nada más. No tardé en quedarme dormida, y al cabo de unas horas, sentí su mirada abriéndose paso a través de mis sueños. Cuando abrí los ojos, él aún seguía observándome de manera cautiva, apoyado sobre un brazo. Me di cuenta de que yo le contemplaba del mismo modo y tuve que admitir que nos habíamos convertido en un par de cursis.

Él me miró desconcertado, mientras yo me moría de la risa.

—Mocosa, ¿tan malo soy como amante que te provoco risa?

—¡Oh no! Por supuesto que no se trata de eso —me apresuré a negar—. De hecho, me cuesta creer que dejases de ser un novato hace poco. Te mueves como todo un experto.

Le guiñé un ojo.

—Eso no tiene ningún mérito. Cualquier hombre con un mínimo de sangre y sensatez aprendería rápido con alguien como tú con quien poder practicar.

Entretenida, paseé mi dedo por los rizos negros de su pecho.

—¿Qué se siente al ser una leyenda?

—Dímelo tú. Las brujas también sois una leyenda.

—Pero no es lo mismo. Con la figura del diablo siempre se ha especulado más.

—Por desgracia —masculló.

—Antes has dicho que hay muy pocos tópicos ciertos acerca de ti.

— Así es. La mayoría son falsos.

— ¿Como cuál? — quise saber llena de curiosidad.

— Pues que tengo cuernos y un rabo, y voy paseándome por ahí con un tridente. ¿De dónde habrán sacado esa estupidez los humanos? — alegó irritado, lo que me provocó otra carcajada.

— Tienes razón, es estúpido — coincidí con él.

Rodeé su cuello de forma cariñosa y le estampé un beso. Abel no se conformó simplemente con eso y se situó sobre mí, deseoso de algo más. Pero de pronto dejó de besarme y se quedó inmóvil. Luego puso cara de fastidio.

— Más te vale que sea algo importante — dijo sin más.

Iba a preguntarle de qué hablaba cuando rodó de costado, y pude ver a Antrax ahí de pie mirando al techo para evitar hacerlo hacia nosotros.

Me cubrí de inmediato. Pero no era la única que se sentía avergonzada. Era evidente que Antrax tampoco estaba muy cómoda con aquella situación y permaneció rígida, esperando a que Abel también se tapara.

— Habla de una vez — le gruñó.

Ésta, viendo que no tenía intenciones de cubrirse, no tuvo otra opción que dar la cara. Aunque roja como una guindilla, eso sí.

— Mi señor, traigo noticias.

— ¿Y bien?

— En efecto, tal y como esperaba se han percatado de la presencia de la bruja.

Abel resopló inquieto y despachó a Antrax, que agradecida, no tardó en esfumarse.

Después se puso en pie de un salto, subió al piso de arriba y comenzó a tirar ropa al rellano de la escalera. Algo insólito teniendo en cuenta lo quisquilloso que era con el orden. Volvió a bajar, cogió una bolsa de viaje y metió a puñados la ropa que iba seleccionando, es decir, la mía.

—¿Qué haces? —pregunté, tras salir de mi asombro.

—Vístete, tenemos prisa —contestó, metiendo también algunos enseres del baño en la bolsa.

—¿Prisa para qué?

—Vas a pasar una temporada conmigo en el Seol.

—¡En el Seol! Pero ese sitio está lleno de criaturas —repliqué nerviosa.

—El Seol es mucho más grande de lo que has visto. Además, no tengo otra opción; y ahora Dana, por favor, muévete volvió a insistir, al ver que seguía parada.

CAPÍTULO 22

No me llevó mucho tiempo buscar la blusa y los vaqueros que tenía puestos, y enseguida estuve lista. Abel, se detuvo delante de una de las paredes y empezó a hacer un juego de gestos con las manos. Entonces la pared se convirtió en un túnel de viento. Después me tomó en brazos y, antes de arrojarnos al vacío, me dio unas cuantas advertencias. Entre ellas, que no me soltara durante el trayecto, algo que ni muerta pensaba hacer. No deseaba quedar atrapada deambulando en un agujero que nada me aseguraba dónde iba a parar y si acaso tenía fin.

En cuanto sentí que nos precipitábamos hacia la oscuridad, le abracé con mayor fuerza y cerré los ojos para no marearme. Pero el viento soplaba tan fuerte contra mi cara, que de haberme atrevido a mirar, me habría quedado sin ojos. Perdí la noción del tiempo que llevábamos volando o cayendo, no estaba muy segura. Lo que sí tenía claro era que, como no tocara suelo de una vez, a esa velocidad terminaría desintegrándome por el camino. ¡Íbamos más rápido que con el Pagani!

Por fin, alcanzamos suelo, pero todo estaba en la absoluta oscuridad y empecé a alarmarme al no sentirle cerca.

—¿Abel?

No contestó.

—¿Abel? —insistí, con voz más aguda por los nervios.

«¿Y qué narices voy a hacer sola en un sitio así?», pensé aterrada. Lo único seguro era que había suelo, y me deslicé por él, yendo en su busca. De repente, se prendió una suave luz y el corazón me dio un vuelco, cuando vislumbré una figura totalmente negra y de apariencia imponente, que se alzaba ante mí. Para mi sorpresa, soltó una carcajada y todo mi miedo se transformó en rabia.

—Muy gracioso. ¿Tienes idea del susto que me has dado? —le reproché, a la vez que me ponía en pie con la mayor dignidad posible.

Abel se descubrió la cara y esbozó una sonrisa.

—Lo siento. No recordaba que fueras tan torpe desenvolviéndote en la oscuridad.

—Pues así es. De manera que la próxima vez procura no dejarme aquí sola.

Su semblante se volvió más serio.

—Dana, espero que no exista una próxima vez. Si te traje al Seol, es por la sencilla razón de que aquí ningún brujo podrá sentir tus poderes y eso les despistará. Pero confío en que con el tiempo, todo se tranquilice y pueda llevarte de vuelta a donde perteneces.

—¿Y si eso no ocurre? —pensé de pronto—. Tengo que encontrar el manuscrito y aquí no puedo hacerlo.

—¡Olvídate de eso ahora! Lo importante es que te mantengas a salvo.

Me fijé en mí alrededor, y observé que todo estaba distinto a como lo recordaba. Aunque, había algo en ese lugar que me resultaba familiar.

—Este sitio...

—Ya te expliqué que solo habías estado en una parte del Seol.

—¿Y qué parte era ésa?

—El sótano, por así decirlo. Donde tengo a mis soldados y hasta donde solo pueden acceder los brujos. Eres la primera de tu especie en poner un pie aquí. ¿Decepcionada? —preguntó, al ver que seguía observando mi alrededor con expresión extraña.

—La verdad es que imaginaba el infierno con fuego y esas cosas —bromeé recuperando un tópico.

—Y *esas cosas* —repitió irónico.

Pero había algo más que preferí no confesar y era que, en realidad, no era la primera vez que estaba allí. Al menos no del todo, puesto que ya había visitado ese sitio en mis sueños.

—Acompáñame, Dana —dijo, tendiéndome una mano, mientras que con la otra se volvía a tapar la cara—. Aún hay mucho que deseo mostrarte.

Y al igual que en mis sueños, me perdí por aquellos muros de piedra con el ángel tenebroso.

Abel se deslizó por una de las bocas que había en los muros y yo le seguí muy de cerca, temerosa de volver a perderle de vista. Pero eso no iba a ocurrir de manera tan fácil esta vez, porque él se encargó de iluminar el camino a su paso sin necesidad de nada, solo de magia. Atravesamos un canal para continuar por otro. Estaban conectados entre sí como las ramificaciones de un árbol, y cada cierto tiempo, llegábamos a una sala igual que la que acabábamos de abandonar. Proseguimos así, hasta que, en uno de los pasadizos, Abel se detuvo en seco.

—Dana, ahora te voy a pedir que mantengas la calma y no hagas ningún gesto brusco.

No entendía de qué me hablaba, pero igualmente asentí con la cabeza y volví a seguirle cuando echó a andar. A medida que avanzábamos, la luz se fue haciendo más intensa. Comencé a escuchar bullicio de fondo y aparecimos en una sala de dimensiones extraordinarias. Pude apreciarlo por la altitud abovedada del techo, ya que abajo había tal concurrencia, que era imposible ver más allá de tres metros. Sin embargo pronto salí de dudas, cuando empezaron a hacer un pasillo a nuestro paso y comprobé que era mucho más grande de lo que había supuesto en un principio.

En mitad del camino, Abel se inclinó y me susurró:

—Quédate aquí y recuerda, mantén la calma.

Luego se alejó hacia el final del pasillo y una vez se fue despejando esa zona, apareció ante mis ojos, un altar tan dorado, que sus destellos me cegaban por segundos. Abel subió por la escalinata arrastrando la capa con porte majestuoso y todos se hincaron de rodillas. Menos yo, que permanecía de pie, maravillada con aquel espectáculo psicodélico.

Observarle allí, en lo alto, con ese aire altivo, se me hacía hermoso y aterrador. Pues aunque me costara a aceptarlo, Abel era el príncipe de las tinieblas.

Su voz retumbó a lo largo del templo, en un idioma extraño y en forma de eco. Después, sus súbditos me rodearon y me convertí en el centro de su atención. Uno a uno se fue descubriendo el rostro y comprendí por qué Abel me había pedido que conservara la calma; ya que de haber imaginado aquello, hubiera huido en busca del túnel más próximo hacia mi mundo.

Los ojos de esos ángeles estaban absolutamente huecos, claro ejemplo de su interior. Eran la esencia del más puro vacío, y .1 embargo, yo los sentía traspasarme el alma, como si quisieran apoderarse de ella para suplir la carencia de la suya. Me invadió un pánico cegador y casi de manera involuntaria alcéis manos y traté de carbonizarlos.

Esquivaron mis llamas, sorprendidos ante el ataque, y emitieron un gruñido amenazador. Lejos de sentirme amedrentada, mi cuerpo se tensó para responder como era debido. Pese a que mi lógica me preguntaba qué narices hacía provocando a un hatajo de demonios, la estúpida bruja que llevaba dentro prefería morir luchando. Y levanté las manos dispuesta a volver al ataque. Pero en ese preciso momento, noté como si alguien me pegara con una fusta en los dedos y salté de dolor.

—¡Ahh! ¿Por qué has hecho eso? —me quejé con voz lastimera, mirando a Abel.

Aunque se encontraba lejos, sabía que había sido él.

—¡Estás fuera de control! —me gritó desde el altar.

Y tenía razón, porque mi impulso era mucho más fuerte que yo y me ordenaba que no parase hasta haberlos masacrado sin piedad. Pero los ángeles del infierno, dejaron de gruñirme y, de repente, se postraron de rodillas. Parpadeé sorprendida en aquella inesperada reverencia, y antes de que pudiera reaccionar, Abel me cogió de la

mano y comenzó a arrastrarme con una cierta rudeza.

—¿A dónde me llevas?

—Donde no me causes más problemas —contestó con voz fría, sin detenerse.

Estaba realmente furioso.

Cuando llegamos a una sala algo más pequeña e íntima, me soltó sin delicadeza y se despojó de la capa.

—¡Te dije que mantuvieras la calma! —vociferó, dando rienda suelta a su enfado.

—Pero ellos quisieron atacarme —me defendí en un tono más bajo.

—Solo sentían curiosidad. ¡Tú les atacaste a ellos!

—Quizás si no me hubieras expuesto a esos monstruos...

—Vigila tus palabras —me advirtió, con un aire amenazador que me congeló de inmediato.

Pero sus ojos reflejaron algo más que enfado.

—Juzgas con mucha ligereza, ¿no es cierto?

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Esos monstruos, como tú les llamas, fueron ángeles al más absoluto servicio de Él. ¿Sabes qué error cometieron? — inquirió, acercándose a paso lento—. Su error fue unirse a mi causa y revelarse contra la despreciable naturaleza humana que amenazaba con destruir todo aquello que nosotros habíamos creado y para lo que al fin y al cabo fuimos concebidos. ¿Sabes qué conseguimos en lugar de apoyo? ¡Indiferencia y desprecio! ¿Y crees que es justo? —me gruñó entre dientes, mientras me aferraba con fuerza de los brazos y me obligaba a devolverle la mirada.

Entonces, atisé dolor en sus ojos. Un dolor tan ácido que le roía las entrañas.

—¡Te he preguntado si crees que es justo! —insistió, intentando arrancarme una respuesta.

—No —musité llorosa.

Su expresión se tornó más relajada y me liberó.

—Dana, si no comprendes esto, difícilmente podrás aceptarme.
Luego volvió a coger mi mano y me condujo por la sala.

—¿Y ahora adonde me llevas?

—Quiero enseñarte algo más —contestó con repentinas prisas.

Avanzamos hacia un fondo oscuro y noté como se levantaba cada vez más aire.

Él se detuvo y me alzó en brazos. Cerré los ojos temiendo que nos adentráramos en otro túnel de viento, pero no tardó en depositarme en el suelo. Cuando volví a mirar, lo primero que hice fue aferrarme tan fuerte como pude a su pecho. Nos encontrábamos en una pasarela en medio de la nada. Y al mismo tiempo, en medio de algo inmenso que no tenía aparente fin, porque aquel paisaje era propio de una noche estrellada de verano. Y me pregunté cómo era posible que estuviese contemplado el universo.

—¡Es precioso! —exclamé boquiabierta.

Me sorprendió que Abel mirara hacia otro lado, con aparente vergüenza.

—¿Qué ocurre?

—Dana, esto no es precioso, ¡es lamentable! —contradijo con expresión amarga, y añadió—. ¡Mira a tu alrededor!, es un completo abismo.

—¿Y cómo es que está lleno de estrellas?

—No son estrellas —replicó burlón—. Cada luz que ves suspendida en la oscuridad es la guarida de un ángel caído.

Lo miré muy confusa.

—Entonces el Seol...

—Es la luz más grande de todas —. Aguardó un instante y puntualizó con cierto retintín—. La guarida de un monstruo.

—Abel...

—No, Dana, no te molestes en negarlo. Yo sé en lo que me he convertido. Todo el vacío que ves a tu alrededor y los seres de ahí dentro que tanto espanto te producen son parte de lo que soy. La

pregunta es si aun así me aceptas.

Estaba claro, Abel tenía miedo. Miedo a que le rechazara por ser lo que era, y él no entendía que le amaba por ello. Lo que representaba para mí era algo secundario. Lo que escondía bajo sus alas oscuras valía mil veces más. Y me daba igual que pensara lo contrario, porque yo podía ver al verdadero arcángel de luz. Pero... ¿podía él estar tan ciego consigo mismo?

Preferí despejar su temor de una forma natural y me puse de puntillas para besarle. Pero no llegaba y él tuvo que cooperar. Pronto su boca se movió exigente, dejando escapar la tensión acumulada, y yo le respondí con dulzura, calmando su rabia y su miedo. Después nos fundimos en un abrazo y permanecemos así un buen rato.

Nos interrumpió un carraspeo de fondo. Era uno de esos seres que había visto sin ojos y que en ese momento sí los tenía. Aunque este rasgo físico no sirvió para que mitigara mi desconfianza.

Abel se percató de mi vello erizado y le despachó de prisa hablándole de nuevo en ese extraño idioma.

—¿Qué idioma es ése? —le pregunté algo más tranquila sin el ángel cerca.

—Arameo, que fue, junto con el hebreo, de las primeras lenguas que se hablaron en el mundo y de las primeras que aprendimos después de nuestra expulsión.

—¿Es que no entiende si le hablas en el mío? —expresé algo molesta por no poder enterarme de primera mano.

—Dana, sabemos hablar cualquier idioma a la perfección. Lo que ocurre es que no se fía de ti y no quiere que te enteres de lo que decimos. Yo lo consiento si así se sienten más cómodos.

Arrugué el ceño, picada por no tener más opción que aceptarlo. ¿Qué derecho tenía a no hacerlo? Ellos tampoco me inspiraban confianza a mí. Era más que eso, me provocaban una antipatía y desprecio.

—Abel, esos ángeles no me gustan.

—Lo sé —dijo él con una sonrisa.

—Pensé que te iba a molestar.

—Lo de antes fue por mi culpa —confesó—. Tenía que haber previsto lo que sucedería ya que naciste para ser nuestra enemiga y tu cuerpo reacciona por instinto —me tomó de las manos y añadió—. Ya ves, Dana, yo también tengo que hacer un esfuerzo y aceptarte tal como eres.

Lo miré pensativa. Por fin entendía aquel rechazo que había experimentado cuando le conocí. Pero qué raro, aun así, no había querido carbonizarlo, y aunque apenas toleraba la presencia de Antrax, tampoco me provocaba matarla. Supuse que el roce podía generar excepciones. Así que con un poco de suerte, quizás con el tiempo también pudiera soportar a los ángeles del Seol.

CAPÍTULO 23

El ladrido de un perro me sacó de mis pensamientos. ¡Era Poncho! Corrió hacia nosotros y nos saludó con gruñidos alegres. ¡Qué grande estaba! Ya no era el cachorrito tembloroso que yo conocía. Se había convertido en un enorme perro de pelaje oscuro y mirada afable. El animal nos guio de vuelta a la sala. Me sorprendió la confianza con que se movía por allí. Incluso parecía relajado y feliz, a juzgar por los meneos rítmicos del rabo. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando el animal se dirigió hacia un grupo de demonios encapuchados y ellos lo colmaron de caricias y palabras cariñosas. «¿Y dónde estaba esa falta de alma que he percibido antes?», me cuestioné, ojiplática. ¿Puede que Abel tuviera razón y les hubiera juzgado a la ligera?

—El perro es la mascota oficial del Seol —me explicó Abel, divertido ante mi cara de asombro.

—¿Cómo es posible? —logré articular, sin dejar de observar la escena.

—Cuando me dijiste que no querías volver a verme, no sabía qué hacer con el perro y al final opté por traerlo conmigo. Era lo único que me quedaba de ti y no quise deshacerme de él.

Pronto se sumaron más seres de esos y comencé a inquietarme.

—Tranquila, Dana. El Seol no tiene por qué ser un lugar desapacible para ti.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que hay un sitio en el que te sentirás más cómoda.

Y sin añadir nada más, me tendió la mano y yo la acepté esperando encontrar un lugar tan asombroso como los que habíamos visto hasta entonces.

Llegado a un punto del camino, el panorama se tornó

completamente distinto. Los muros de piedra desaparecieron y dieron paso a paredes de roca que estaban revestidas por una película de agua. Señal de que nos adentrábamos en un ambiente húmedo. La luz tenue que nos había acompañado a lo largo de nuestra excursión por el Seol también fue sustituida por la penumbra, y enseguida llamaron mi atención los miles de cristalitos blancos que había incrustados por el suelo. Entonces reconocí aquel lugar y murmuré pasmada:

—No puede ser...

Abel dibujó una sonrisa, que terminó por confirmar mis sospechas. No, no, de todas formas no podía ser posible. ¿Pero era acaso menos posible poder contemplar un universo en pleno infierno?

—¡Estamos en la cueva de Pemba! —exclamé tan estupefacta, que seguía dudando.

—En realidad, la cueva es también un acceso a la superficie terrestre —me indicó, Abel.

—Todo esto es increíble.

—Lo mismo dijiste la primera vez que te traje a este sitio —me recordó sonriente.

—¿Aún sigue existiendo aquel lago donde me refresqué?

—Por qué, ¿te apetece darte un baño ligera de ropa? —lo dejó caer, con una sonrisa intencionada.

Le respondí con una mueca juguetona y decidí aceptar la sugerencia.

Comencé a desvestirme bajo su atenta mirada y cuando ya solo contaba con la ropa interior, me desabroché el sujetador y se lo tiré guiñándole un ojo, antes de salir corriendo.

—Si quieres ver el resto tendrás que alcanzarme —grité entre risas.

—Mocosa, acabas de provocar a la bestia.

El agua resultó estar más fría de lo que recordaba, pero no desistí en mi empeño. Más que nada porque dar la vuelta como una cobarde, y encima desnuda, hubiera sido muy humillante; por lo que introduje primero un pie, muy despacio el otro, y cada cierto tiempo apretaba

los dientes e iba sumergiendo el resto del cuerpo. El verdadero problema surgió cuando el agua se acercó a mi abdomen. Era la zona más insufrible de mojar, así que opté por sumergirme primero por el trasero.

Y me sorprendió su voz.

—He ahí una perfecta ninfa tratando de adaptarse al medio —se burló Abel, ya en el agua nadando como si tal cosa.

Me pregunté cuánto tiempo llevaría observando el espectáculo sin decir nada. Su risita me sacó de dudas y concluí que hubiera sido más digno darse la vuelta.

—¿Te ayudo?

Antes de que me diese tiempo a gritar un ¡NO! rotundo, Abel me estaba salpicando de arriba abajo, y, por más que supliqué entre gritos, no paró hasta haberme empapado entera.

—Te voy a matar —le aseguré, fulminándolo con la mirada.

Soltó una carcajada y lejos de detenerse, tiró de mi pie y consiguió que acabara zambullida en el agua. En cuanto saqué la cabeza a la superficie, le solté todos los insultos que se me iban ocurriendo sobre la marcha. Aunque tampoco le importó Disfrutaba más con mi rabieta y con verme nadar hacia la orilla, poniendo muecas por el frío. Pero Abel se plantó delante de mí antes de que llegara al borde del lago.

—¡Aparta! Tengo frío —protesté de malhumor.

En lugar de obedecer, me acorraló entre sus brazos.

—Me he cobrado una vieja deuda, ¿recuerdas? Además, tú me retaste a que te alcanzara y eso he hecho. Ahora reclamo mi recompensa —alegó con una sonrisa muy perversa.

—Pues te quedarás sin ella porque lo único que quiero es salir de este maldito estanque congelado. Si me dejas —añadí con ironía.

Y, de nuevo, hizo caso omiso.

—Si lo que te molesta es la temperatura del agua, yo haré que entres en calor y sin necesidad de hacer magia.

El agua era una excusa, puesto que ya no la notaba tan fría. Pero

seguía enfurruñada y no quería mostrarme receptiva. Abel mordisqueó una de mis orejas provocándome un escalofrío placentero. Luego fue depositando pequeños besos hasta perderse en la curvatura de mi cuello, donde hundió su nariz e inhaló mi aroma. Si bien su trato continuaba siendo delicado, capté un atisbo feroz en él, que hizo que le deseara del mismo modo.

—¿Aún notas el agua fría? —susurró con voz ronca.

—No —reconocí ansiosa por que siguiera con lo que estaba haciendo.

Hizo todo lo contrario y se apartó para mirarme.

—Entonces, ya no me necesitas. ¿No es cierto?

Sí que te necesito.

«¡Sobre todo en este momento!»

—¿Por qué? —preguntó con una nota de autoridad.

—Ya lo sabes —dije entre dientes, resistiéndome a darle la razón.

Volvió a inclinarse sobre mi oído.

—Quiero que me lo digas, Dana —me suplicó esta vez de una forma tan seductora y envolvente que consiguió arrancarme las palabras.

—Te deseo.

Inspiró con fuerza y cerró los ojos, como si hubiera esperado durante mucho tiempo para escuchar aquello. Luego me miró de forma ardiente.

—No más que yo a ti.

Devoró mi boca con tal avidez, que me aturdió los sentidos y apenas fui consciente de que su otra mano me arrancaba, por debajo del agua, la pieza interior que me quedaba. Él también estaba desnudo y así me lo hizo saber, cuando se apoyó de manera íntima contra mí. Rodeé sus caderas con mis piernas y un instante después, le sentí en su totalidad.

El agua se agitó violenta, fiel reflejo de nosotros mismos que, enloquecidos, aumentamos la brusquedad de nuestros movimientos. En ese vaivén frenético, clavé mis uñas en su espalda justo cuando tocamos lo más alto del placer. Abel respondió a mi gesto con un

quejido pleno de satisfacción, por haber conseguido convertirme en una fiera como él. El, y siempre él. Él era todo cuanto necesitaba de verdad. Y sujeté su hermoso rostro entre mis manos y le estampé un beso tierno sobre sus labios.

Me miró con asombro. No por mi cariño, sino porque sonreía y lloraba al mismo tiempo.

—Dana, ¿estás bien?

—Te amo —solté sin más.

Abel me dedicó una sonrisa.

—No más que yo a ti.

Me apresuré a enjugarme las lágrimas y antes de que dijese nada, alegué:

—Sí, ya sé que no debo esconderme cuando lloro. Pero créeme que, si estuvieras en mi lugar, harías lo mismo.

—Ojalá estuviera en tu lugar. Eso significaría que no estoy muerto por dentro —repuso tristemente.

—¿Piensas que estás muerto solo por no llorar? ¡Menuda tontería!

—Lo pienso por diversas razones, pero sí, la ausencia de mis lágrimas demuestra que mi alma está marchita.

—Algo me dice que tus ojos no tardaran en brillar —le aseguré antes de besarle.

No objetó nada, pero sabía que era bastante escéptico a mis palabras. Salimos del agua y nos tendimos en una parte de la cueva, donde el suelo era arenoso. Me preocupé por las posibles marcas que le había ocasionado mi arrebató pasional y Abel, a regañadientes, se prestó a que le examinara la espalda. En lo primero que me fijé fue en aquella cicatriz con relieve a la altura de su hombro. Noté que era rugosa al tacto.

Abel se movió incómodo al sentir que le hurgaba esa zona y enseguida desvié mi atención hacia otro sitio. Pero no tenía ni un leve arañazo. Algo muy extraño, ya que estaba segura de que había raspado su piel.

—Te lo dije, Dana. No tengo nada —expresó molesto porque no le hubiese creído desde el principio.

—Pero yo juraría que te herí.

Resopló, cansado de mi insistencia, y cogió una de los cristales que había incrustados en la pared rocosa.

—Observa.

Acto seguido, se cortó la mano con el cristal y aunque su piel se había rasgado, de allí no brotó ni una sola gota de sangre. Un segundo más tarde, la palma de su mano volvió a cerrarse, y a mí se me abrió la boca de golpe.

—¿Lo ves? No hay nada que pueda herirme o matarme. Salvo esa estúpida daga —añadió con resentimiento.

—¿Y esa cicatriz en tu espalda?

—Eso es distinto —se apresuró a decir.

Era obvio que le molestaba que sacara el tema.

—En realidad, no hay mucho que explicar —aseguró—. Es el símbolo sagrado, con el que se nos marcó a los arcángeles en el momento de nuestra creación.

Me llevé la mano a mi propia cicatriz y saqué conclusiones.

—Sí, Dana—dijo adivinando mis conjeturas—. Los brujos tenéis una marca similar ya que sois descendientes del arcángel Miguel.

—¿Y por qué te irrita tanto una simple cicatriz?

—Qué quieres que te diga —masculló—. No me gusta llevar una marca que asegura que le pertenezco a alguien. ¿Alguna otra pregunta que me quieras hacer?

Respondí con una sonrisa afirmativa.

—¡Oh, no! Debí suponerlo. Tú siempre tienes preguntas que hacer —protestó de broma—¿Con cuál de ellas me vas a sorprender esta vez?

Eché un vistazo a su capa arrojada en el suelo.

—¿Por qué te cubres en el Seol?

—Para ocultar mi rostro de los brujos que se cuelan a luchar contra

mis soldados. Es la manera que tengo de conservar mi anonimato.

—Por eso muy pocos te han visto —pensé en voz alta.

—Procuro que así sea —admitió—. Debo ser bastante cuidadoso para seguir moviéndome por el mundo humano sin que nadie me reconozca.

—¿Y qué pasa con los pocos que te han visto? ¿No se encargan ellos de ponerle cara a Lucifer?

Guardó silencio ante mi pregunta inocente y yo tragué saliva, al comprender lo que eso significaba.

Entonces esbozó una sonrisa tierna.

—Si te sirve de consuelo, Dana, eso no sucede a menudo. No me gustan los imprevistos, por lo que trato de evitarlos a toda costa.

Eso sí que no me tomó por sorpresa. Abel era extremadamente meticuloso, y no podía serlo menos en algo tan importante como salvaguardar su identidad.

—Puedo entender que tú necesites hacerlo —continué—. Pero antes me fijé en que los otros ángeles también llevan capas similares a la tuya. ¿Es por la misma razón?

Negó con la cabeza.

—Ellos lo hacen como muestra de respeto hacia mí. Como también lo hacían por los demás miembros de la realeza celestial, antes del destierro.

Me quedé callada un segundo, procesando toda la información, y luego con una sonrisa añadí:

—No tengo más preguntas.

—Entonces me toca a mí —soltó de repente.

—¿Y qué te llama la atención de mí?

—Mocosa, se me ocurre una lista interminable de rarezas que tienes. Sin embargo, hay algo a lo que llevo mucho tiempo dándole vueltas...

Guardó silencio un segundo para intentar encontrar el valor, y al fin se decidió.

—Dana, cuando te confesé la verdad, recuerdo tu miedo y tu

rechazo. ¿Cómo es que luego llegaste a la conclusión de que me querías?

«¡Oh no! Tenía que ser ésa pregunta», maldije para mis adentros.

—Yo he contestado sin rechistar a todo tu interminable cuestionario, así que más te vale hacer lo mismo con una sola pregunta —me advirtió, consciente de mi mala gana.

Claro que tenía derecho a hacerme una pregunta, pero... ¿por qué precisamente ésa? No podía haber escogido otra más incómoda. En el fondo, me estaba bien empleado, por hacer lo mismo infinidad de veces.

—¿Y bien? —insistió.

—Espero que no te burles.

—De modo que hay un motivo para burlarse. ¡Soy todo oídos! —manifestó, colocando los brazos detrás de la cabeza para escucharme atentamente.

Le lancé una mirada recriminadora, por hacérmelo más difícil, y continué a regañadientes.

—Es cierto es que en un principio te llegué a odiar porque no dejaba de afanarme por olvidarte. Incluso se me pasó por la cabeza que... quizás... yo...

—¿Tú, qué?

—Que quizás estaba poseída —terminé de soltar.

Esto último lo dije con voz muy bajita, esperando que no lo escuchara, pero enseguida chascó la lengua, en señal de protesta.

—¡Por favor, Dana! ¿Tú también con eso? Es otro de los estúpidos tópicos. Pensé que eras más original, pero en fin, continúa —me pidió.

Proseguí algo picada por su crítica.

—Como iba diciendo, me había convertido en una persona a la que le faltaba algo. Hasta que un buen día descubrí que ese algo eras tú, al besar a Fran.

El semblante de Abel se volvió sombrío.

—¿Te diste cuenta de que me querías besando a ese imbécil? —me

reprochó de inmediato.

—Tú pediste saber cómo descubrí mis sentimientos y fue así.

—¿Besando a otro? —repitió, cada vez más irritado.

—No resultó fácil asimilar que estaba enamorada del mal en persona y algo tan importante como eso tenía que comprobarlo.

Esto último no arregló la situación.

—Estupendo, Dana —gruñó—. Solo espero que a partir de ahora, no te surjan más dudas de ese tipo —añadió con resentimiento.

Solté una carcajada divertida, para su mayor fastidio.

—Por supuesto que no. Además, ¿qué más da lo que hiciera antes? —dije acariciando su mejilla. —¿No te basta que esté aquí contigo?

—Supongo que sí —replicó, con un matiz malhumorado en la voz, aunque más tranquilo.

Se me escapó un bostezo.

—Mocosa, tu frágil lado humano se resiente. Deberías concederle una tregua.

En realidad, no era una sugerencia. Y me atrajo hacia él para que me durmiera sobre su pecho.

De pronto, me encontraba caminando por un pasillo entre bancos de madera. Reinaba una inmensa calma, tanta, que retumbaba el eco de mis propios pasos. Alcé la vista y observé un altar, iluminado por cientos de cirios. Pero me detuve al escuchar un murmullo que procedía de un rincón. Era la voz de mi padre pidiéndome que me acercara. Cuando lo hice, solo había una pila de piedra con agua dentro. Me asomé y entonces vi su imagen reflejada. Luego gritó: ¡cuidado!, sentí un chasquido en mi espalda y al girarme, escuché el sonido ensordecedor de un disparo.

Abrí los ojos sobresaltada y jadeante. Abel ya no estaba a mi lado, pero se había tomado la molestia de arroparme con su capa. Me la coloqué por encima, y como era de esperar, me sobraba tela por todos lados. La remangué lo que pude y caminé a trompicones por la cueva,

en busca de Abel, que estaba al fondo discutiendo con Antrax.

Ésta guardó silencio cuando me acerqué, por lo que tuve claro que otra vez estaban hablando de mí.

Abel dibujó una sonrisa.

—Vaya, ya te has despertado —me saludó algo incómodo.

—¿Interrumpo algo? —pregunté, deseando saber qué estaban tramando.

—Bruja, esa capa te queda grande, y no me refiero solo al tamaño —opinó Antrax, mostrando sin tapujos su rechazo al verme con ella puesta.

La miré enfadada.

—Te lo advierto, Antrax, no estoy de humor. Y si me sigues provocando, quizás te prenda fuego con una de esas chispas que no puedo controlar —le respondí con la misma hostilidad.

Esto hizo gracia a Abel y vino a recibirme entre risas.

—No le hagas caso —dijo, dándome un beso en la frente—. Esta capa te sienta muy bien.

—Lo que me sentaría bien es saber de qué hablabais —le dije de forma directa.

Se quedó callado, resistiéndose a hablar.

—Mi señor, si ya no me necesita, yo me retiro —le pidió permiso Antrax, que veía la tormenta en el horizonte y no quería que le cogiera de lleno.

Por una vez, agradecí su tacto y tan pronto nos dejó solos, le volví a pedir explicaciones a Abel.

Él accedió de mala gana.

—Parece ser que han desistido de buscarte y Antrax cree que ha pasado el peligro.

—¿Y por qué lo cree Antrax, pero tú no?

—Es extraño —dijo sin más.

—No entiendo tu desconfianza. Al parecer, tu plan de confundirlos ha funcionado, ¿no?

—Sí, pero no es propio de ellos rendirse tan rápido. Los brujos, al igual que yo, buscan reclutar a más como ellos, y sé que tu despertar no les ha pasado desapercibido. Estoy seguro de que traman algo. Por eso, opino que debemos permanecer un tiempo más aquí.

—Pues yo opino que exageras —rebatí—. ¿Cuánto tiempo más tengo que seguir hasta que te convenzas de que todo está bien? ¿Y si no estás seguro nunca? Abel, yo necesito volver a mi mundo para encontrar el manuscrito de mi padre.

—Mocosa, ¿otra vez con eso? —farfulló con irritación.

—Prometiste que no te opondrías —le recordé.

—Tenía la remota esperanza de que acabaras desistiendo —reconoció.

—Pues ya ves que no. Y menos ahora que me llevarás de regreso a mi casa. Porque lo harás, ¿verdad? —añadí, más en un tono severo que suplicante.

Aceptó con un suspiro de resignación. Di un brinco de alegría y me tiré a su cuello para darle un beso.

PARTE V

CLAMANDO AL CIELO

He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por donde quiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho
(Génesis, 28:15)

CAPÍTULO 24

Aparecimos por una de las paredes de mi habitación. Poncho comenzó a olfatear aquel panorama nuevo para luego levantar la pata y marcar la esquina de mi escritorio. Le asesiné con la mirada y vino hasta mí moviendo la cola orgulloso de su hazaña. A lo mejor no había sido tan buena idea traerlo a casa.

Quise ir a por la fregona, pero Abel me sujetó del brazo.

—Shh. No te muevas —me susurró—. Hay alguien ahí fuera.

—Será Laura.

Abel negó con la cabeza, mientras se acercaba despacio a la puerta y la abrió de golpe.

—¿Quién eres? —gruñó al intruso.

—¡Úrsula! —exclamé en cuanto la reconocí.

Úrsula no pronunció palabra. Estaba petrificada mirando con expresión horrorizada a Abel. Sabía quién era, y él, al percibirlo, adoptó una actitud tensa.

—Dana, más vale que me asegures que es alguien de tu círculo de amistades o me veré obligado a solucionar este contratiempo de la forma en que ya te expliqué —me advirtió sin apartar la vista del problema.

Úrsula también había captado perfectamente el significado de su comentario y no dudó en arrojarse al suelo, suplicando por su vida.

—Tranquila, Úrsula, no te hará daño—le aseguré, a la vez que le ayudaba a ponerse de nuevo en pie.

—Perdona, mocosa, pero eso lo decido yo —replicó Abel.

Le supliqué con la mirada que suavizara las formas. Pero Úrsula continuó sollozando.

—Es él... ¡es él! —repetía fuera de sí.

—¿Qué sucede, vieja, acaso has visto al demonio? —se burló de

forma cruel.

—Abel, no estás siendo de ayuda —le reproché, dándole a Úrsula un vaso de agua con un tranquilizante.

Entonces, se cruzó de brazos, hastiado con la escena.

—Dana... —comenzó a hablar Úrsula, algo menos alterada por el efecto de la pastilla —, he venido a avisarte de que estás en peligro. Alguien conspira en tu contra.

—¿A qué te refieres? —quise saber.

Úrsula echó a Abel una mirada cargada de recelo.

—Más vale que hables pronto —la amenazó éste, dándole a entender que no pensaba moverse de allí.

Su semblante atento me decía que él también estaba muy interesado en escucharla. Así que Úrsula tuvo que tragarse su presencia, y trató de ignorarle en el momento en que se dirigió a mí.

—¿Te has preguntado por qué no han decidido intervenir después de tu despertar?

—¿Cómo sabes lo de mi despertar y que ellos me buscan? —manifesté con perplejidad.

—Niña, has armado tal alboroto que era imposible no darse cuenta. Hasta en la televisión salió la noticia del incendio de tu trabajo.

Busqué la mirada de Abel llena de ansiedad y me di cuenta, por su expresión, que él ya estaba al tanto.

—Pero puedes estar tranquila—continuó Úrsula—. Creen que el incendio se originó de forma accidental.

—¿Entonces, cómo sabes que fue cosa mía?

Úrsula sonrió con ironía.

—Cuando dije lo de tu alboroto, no me refería solo al incendio. En el mundo de la magia fue evidente tu despertar. Ha sido el poder propio de una Ranieri —concluyó llena de orgullo.

—¿Quién más está al tanto? —pregunté con un hilo de voz.

—Tu tío.

Cerré los ojos al escuchar ese nombre. Ya había imaginado que lo

diría..

—¿Qué tiene que ver el cura con ellos?

Esta vez intervino Abel.

—De manera directa, nada. Pero sé de buena tinta que mantiene contacto con el Vaticano.

Antes de que yo hiciese la pregunta de rigor, Abel contestó por Úrsula.

—El Vaticano es quien sustenta el monasterio de los brujos, y este último no puede tomar ninguna decisión sin su consentimiento. Lo que quiero saber ahora es qué le prometió el cura al Vaticano para conseguir que los brujos no intervengan.

Abel volvió a clavar sus ojos en Úrsula y ella se apresuró a bajar la cabeza, como si su mirada la traspasara. Y así era, ya que me figuré que él estaba escudriñando su interior en busca de alguna posible mentira en su respuesta.

—Eso lo desconozco. Lo único que sé es que traman algo, porque un allegado que trabaja en el monasterio me lo ha dicho —dijo al cabo de un rato—. Dana, yo ya he cumplido viniendo hasta aquí y avisándote. Lo que ahora hagas es cosa tuya.

Se puso en pie de un salto, dispuesta a perder de vista a Abel lo antes posible, pero un instante después se giró para mirarme.

—Por cierto, ¿has visto a Laura? Hace días que no sé nada de ella —me explicó preocupada.

—Estará con su chico.

Asintió pensativa y se marchó.

CAPÍTULO 25

A lo largo de la mañana, Abel se comportó como un neurótico. Por momentos se mostraba ausente y otros, malhumorado. No dejaba de replicar, contestaba mal y no paraba quieto ni un segundo. Intenté ser comprensiva, porque sabía que era lo que le atormentaba, pero al final me cansé de soportar sus prontos y le amenacé con echarle agua bendita si no se calmaba. Lo que más inquietud me producía era que decidiera volver a llevarme al Seol. Pensaba negarme en rotundo si eso sucedía. Nada me iba a impedir buscar el manuscrito de mi padre, y menos un hatajo de brujos ambiciosos.

De repente, Ántrax se presentó en el salón.

—¿Qué haces aquí?

—La llamé yo —me contestó Abel.

—¿Tú? ¿Y eso por qué?

Al mirarle, intuí que no iba a gustarme lo que tenía que decirme.

—Dana... tengo que ir Roma. Quiero saber qué traman esos brujos y el Vaticano de primera mano. Así que Ántrax se quedará contigo.

Aquellas palabras me abofetearon. De hecho, hubiera preferido mil veces volver al Seol, con tal de que no se alejase y de no tener que aguantar a Ántrax.

Abel me abrazó intentando consolarme. Un gesto que no aplacó mi enfado.

—¡Si quieres, vete! —dije, apartándome de él—, pero no hace falta que nadie cuide de mí.

Hablaba mi orgullo.

—Por una vez, estoy de acuerdo con la bruja. Yo tampoco quiero ser la niñera de nadie —protestó Antrax.

Abel le lanzó una mirada severa, razón más que suficiente para que ésta acatara la orden sin volver a rechistar.

—Dana, en cuanto a ti, prometiste no oponerte si tenías que quedarte con Ántrax, como ahora —me recordó.

Fruncí el ceño al sentirme presa de mis propias palabras.

—Vamos, no me lo pongas más difícil —me susurró, mientras sostenía mi cara y me obligaba a mirarle—. Sabes que también me cuesta separarme de ti y, por eso, antes de lo que imaginas estaré de regreso.

Sus labios rozaron los míos de una manera dulce y delicada. Por el rabillo del ojo pude ver a Ántrax, haciendo muecas burlonas ante nuestra escena romántica. Aunque trató de disimular cuando Abel, siguiendo el curso de mi mirada, la cazó en plena acción. Ella tampoco se había tomado muy bien la noticia y era su forma infantil de desquitarse.

Aun así, Abel no le dijo nada. Me dio un beso en la frente, y simplemente reprendió su actitud con una mirada de aviso cuando pasó por su lado. Después desapareció sin más.

Ántrax y yo permanecemos de pie, observándonos ceñudas y sin intercambiar palabra. Hasta que el sonido de unas llaves en la cerradura puso fin a esa situación incómoda. «A Laura no le va a hacer ninguna gracia encontrarse con Ántrax», pensé convencida de que era ella. Sin embargo, me había vuelto a equivocar. No era Laura, sino mi madre la que estaba allí contemplándome pasmada.

—¡Dana! ¿Estás bien? —gritó, antes de abalanzarse a mis brazos.

—¿Y por qué no iba estarlo? —le pregunté, divertida con su exagerada reacción.

—No disimules. Ya me enteré de lo ocurrido en tu redacción.

—Ah, eso —caí en la cuenta.

—¡Sí, eso! ¿Dónde andabas?

De pronto, se fijó en Antrax y esbozó una sonrisa plena.

—¡Pero si es Sandra!

—Ántrax, mamá —me apresuré a corregirla, al fijarme en la cara de fastidio de ésta.

Ántrax puso distancia, huyendo del contacto de mi madre, que lo interpretó como un exceso de timidez y la dejó en paz.

—Dana, ¿se puede saber qué hacía esa mujer aquí? —preguntó en un tono despectivo, refiriéndose a Úrsula.

—¿Cómo sabes que estuvo en el apartamento?

—Me la encontré hace un rato. Ella fue quien me dijo que habías vuelto —confesó molesta—. Al principio, pensé que era una mentira de las tuyas. Pero ya veo que tenía razón y que esa mujer sabe más de ti que yo —concluyó con excesivo dramatismo.

—Mamá... no empieces —le pedí cansada.

—Es que sabes que no soporto a esa mujer y encima tengo que enterarme a través de ella de por dónde anda mi hija.

—No entiendo por qué le tienes tanta manía. Papá ya no está.

* * * * *

Me miró extrañada.

—¿Qué tiene que ver tu padre con ella?

—Vamos, no disimules. El tío me ha contado que Úrsula siempre estuvo interesada en papá y que por eso no te cae bien.

—¿Ah, sí? ¿Y no te ha contado él su historia con esa mujer? —expresó muy indignada.

—¿Qué historia?

De repente, se dio cuenta de que había hablado de más.

—Es un tema delicado... —intentó zafarse.

—Mamá, ya es tarde para arreglarlo. Ahora tendrás que confesar —dije, dándole a entender que no pararía hasta que lo hiciera. Y ella sabía que yo era muy testaruda.

Se dirigió a la cocina y se sirvió un vaso de zumo. Luego, pensativa, tomó asiento, tratando de encontrar la mejor manera de empezar. Lo que me dio a entender que de verdad el asunto era delicado. Me senté a su lado y le cogí la mano con intención de infundirle valor.

—Dana, cuando tu tío era joven se enamoró perdidamente de una

mujer, y esa mujer era Úrsula. Ella, en un principio, parecía corresponderle, pero luego no sé por qué le dejó y se marchó a vivir a casa de unos parientes en Italia. Tu tío fue en su busca y se encontró con una desagradable sorpresa, estaba embarazada de otro hombre. Avergonzado y herido, no sé atrevió a volver a casa hasta pasados muchos años... como cura.

Le solté la mano, en estado de shock.

«¿¡Laura es mi hermana!?!». Sacudí la cabeza, aturdida. Era la conclusión a la que había llegado, en vista de que Úrsula había conocido a mi padre en Italia. Así que supuse que él tenía que ser el hombre que la había dejado embarazada. ¿Pero cómo era posible que Laura aún no hubiese dado señales de magia? Era mayor que yo. ¿Y por qué Abel no me había dicho nada? Él tendría que estar al tanto de todo. Algo no encajaba.

—Lo que no imaginábamos era que esa mujer tendría la desfachatez de venirse también, con su hija y sin un padre —agregó llena de indignación.

Mi madre comenzó a estornudar y me acordé de que era alérgica a los animales. El causante de su mal apareció con Ántrax en la cocina. Ella debía haberle abierto la puerta de mi habitación y el animal campaba a sus anchas.

—Ántrax, ¡vuelve a meterlo donde estaba! —le pedí, mientras auxiliaba a mi madre con lo primero que encontré, el rollo de papel de cocina.

—No te preocupes, cielo, yo ya me iba —dijo mientras se sonaba—. Pero podías haberme avisado de que ahora tienes un perro.

—Lo siento.

Me sonrió con cariño.

—Siempre te han gustado mucho los animales. ¿Te acuerdas de cuando te prohibí tener esa gata callejera, y tu padre y tú la ocultasteis en la iglesia? —se echó a reír—. Menos mal que descubrí vuestro escondite secreto antes que tu tío, de lo contrario la hubiera arrojado a

la calle sin contemplaciones.

Escondite secreto..., el corazón me dio un vuelco.

—Mamá. ¿En qué lugar exactamente de la iglesia? —pregunté al borde del síncope.

—Detrás de una de las figuras del altar.

«¡Sí, ya está!», grité de júbilo para mis adentros. «¡El manuscrito tiene que estar allí escondido!».

El problema era, cómo iba a librarme de Ántrax. Estaba segura de que no me iba a dejar poner los pies en un lugar donde ella no podía. Y recordé que dos de las normas de Abel consistían precisamente en no acercarme a una iglesia y no volver a ver a mi tío. Me encogí de hombros. Tendría que saltármelas porque en la iglesia estaría mi tío. Pero debía darme prisa antes de que Abel volviera de Roma. Si con Ántrax lo tenía difícil, con él sería imposible.

En cuanto mi madre se marchó, Ántrax volvió a aparecer con Poncho. Ella se dio cuenta de que la observaba de manera extraña y me lanzó una mirada llena de recelo.

—¿Qué tramas, bruja?

Como si sus palabras hubieran invocado a mi ingenio, se me ocurrió una idea.

—Oye, Ántrax, ¿no te aburre tener que vigilarme todo el día?

—Para qué preguntas lo que ya sabes —contestó con fastidio.

—¿Y no te apetece ver a Iñigo? —continué.

—No.

Su respuesta me sentó igual que una patada en la canilla.

—¿Por qué piensas que quiero verle? —alegó confusa después de un rato.

—Pensé que tú y él os entendíais...

—Bruja, ya te he dicho que lo único que me interesa de ese mortal es esa cosa rara que me da.

Albergué de nuevo esperanzas.

—¿Y por qué no quedas con él en un lugar donde haya algodón de

azúcar?

Esa propuesta pareció tentarle más y se quedó pensativa. Finalmente, se decidió.

—Está bien, bruja, pero tú vendrás conmigo.

—¿Yo? ¿Por qué tengo que acompañarte yo? No es la primera vez que quedas a solas con él —expresé decepcionada.

—Mi Señor me ha advertido de que no me fíe de ti, que eres muy astuta y que tratarás de engañarme a la mínima oportunidad. Empiezo a pensar que tiene razón —dijo, manifestando su desconfianza.

Me rechinaron los dientes. ¡Maldito Abel! Él sí que era astuto.

—Muy bien, Antrax. Si así te quedas más tranquila, te acompañaré —refunfuñé.

Ya vería la forma de librarme de ella...

Me duché rápido, más rápido de lo que hubiera querido. Pero con Antrax aporreando la puerta del baño cada poco tiempo, era imposible no darse prisa. Tampoco la paciencia era su mayor virtud. Rebusqué en el armario algo decente que ponerme y no resultó fácil. Urgía una colada. Al final me decanté por unos vaqueros bastante viejos y una camiseta muy arrugada. Volví a tomar nota: además de lavar, había que planchar. A lo que no estaba dispuesta era a salir de casa sin palestina, y volví a poner mi cuarto patas arriba, hasta que encontré una tan vieja como los vaqueros. Apenas le quedaba color y tenía algunos hilos sueltos, pero era mi palestina favorita.

Cuando salí de la habitación, me detuve en seco ante aquel espectáculo surrealista. Le había pedido a Antrax que llamara a Iñigo desde mi móvil, para ganar tiempo y de paso mantenerla entretenida mientras me arreglaba. Sin embargo, me había olvidado de que no se llevaba muy bien con la tecnología. Y en ese momento, Antrax mostraba al móvil una foto de Iñigo, a la vez que le ordenaba una respuesta. Como era evidente, no la consiguió y pasó a las amenazas. Imaginando lo que vendría después, decidí intervenir antes de que me

quedara sin móvil.

—Ántrax, ¿qué haces?

—Le he dicho a este estúpido chisme que busque al mortal de la foto y se niega a obedecer —explicó indignada.

—¿Qué te hace pensar que la foto te ayudará? —pregunté realmente intrigada.

Me entregó el retrato de malas maneras y vi que por detrás había una dedicatoria escrita: *cuando quieras comunicarte conmigo y la distancia no lo permita, tan solo mira mi fotografía y sentiré que me llamas*. Firmado: Iñigo, y al lado un corazón dibujado.

—Ya veo de dónde has sacado la idea —dije, devolviéndole la fotografía, a la vez que intentaba contener la risa.

Ántrax la rechazó rotundamente.

—Si no me sirve de nada, no la quiero.

—Está bien.

Guardé la foto en el bolso y me coloqué el abrigo, antes de salir de casa.

—¿Sabes? No estaría mal que Abel te enseñara a sobrevivir en la nueva era —le sugerí, mientras bajábamos las escaleras que daban a la calle.

—Lo que deseo es que mi señor aparezca pronto. Solo quiero volver al Seol y desaparecer de este mundo loco.

Sonreí dándole la razón.

Durante el trayecto en metro, Ántrax no pasó desapercibida. Aunque era de esperar. De vez en cuando, algún hombre de los que iban en el vagón le echaba miradas lascivas mal disimuladas. Di gracias que Ántrax estuviera entretenida investigando los entresijos del móvil, de lo contrario, le hubiera arrancado los ojos a esos tipos.

Llegamos a la feria donde habíamos quedado con Iñigo. Desde allí, podía ir caminando a la iglesia, mientras él entretenía a Ántrax. Lo tenía todo muy bien pensado. Solo cabía esperar que el plan saliera según lo previsto. Crucé los dedos para que así fuera. No quería ni

pensar en que pudiera perder la única posibilidad de dar con el manuscrito. O que tuviera que verme las caras con Abel. «Saldrá bien, saldrá bien», me repetí nerviosa.

Iñigo ya nos esperaba con el algodón de azúcar que le había prometido a Ántrax. Esta se saltó la parte de los saludos y aceptó el dulce ignorando a quien se lo entregaba. Por la expresión de Iñigo, imaginé que estaba acostumbrado. Pero lejos de molestarle, siguió contemplándola con una sonrisa de bobo.

— Toma — dije, entregándole la foto —, me parece que esto es tuyo. Sus mejillas se encendieron.

— ¿Cómo es que la tienes tú?

— Creo que Ántrax es más pragmática que romántica, por lo que tendrás más éxito si le regalas un móvil — le aconsejé.

— Por cierto, gracias a ti nos han dado vacaciones hasta que reparen el edificio — me informó, dándome las gracias con una sonrisa.

— Iñigo. No le habrás dicho a nadie...

— Tranquila, he sido una tumba y lo seguiré siendo — me aseguró. Respiré de nuevo.

— Gracias.

Observé a Ántrax distraída con el móvil en una mano y el algodón en la otra. Aquella ocasión era la que estaba esperando para hablarle a Iñigo sin tapujos.

— Necesito que me hagas un favor importante — le susurré.

Me miró con cara de espanto.

— ¡Oh, no! ¿En qué problema estás metida ahora?

— En ninguno... todavía.

— ¿Y por qué no procuras seguir así?

— Iñigo, por favor, es muy importante — insistí con ojos suplicantes.

— Está bien — suspiró —. ¿Qué tengo que hacer?

Le sonreí satisfecha.

— Necesito que entretengas a Ántrax, mientras yo voy a la iglesia un momento.

—¿Y cómo se supone que la entretendré?

—Mortales, ¡qué cuchicheáis! —nos interrumpió Antrax, que se había dado cuenta de que estábamos demasiado sumidos en lo nuestro y empezaba a sospechar.

—¡Nada! —gritamos a lo unísono.

Esperé a que pasase el peligro y volví a la carga.

—Y yo qué sé. ¿Por qué no le hablas de lo que sientes por ella?

—Pero si ni siquiera me deja cogerle de la mano —se quejó.

—Pues no debes permitirlo. Tienes que mostrarte más serio, si no quieres que siga abusando de ti. Abel lo hace y le respeta.

—¡Síiii! Eso parece, ¿verdad? —manifestó con esperanza.

Me sentía culpable manipulando a Iñigo. Pero si quería que mi plan funcionara, no tenía otra opción y le sonreí, insuflándole ánimos. Esto bastó para que Iñigo hinchara el pecho y caminara con paso firme hacia Antrax. Sin embargo, se desinfló un poco cuando la tuvo delante y contempló su rostro.

—Ántrax, me gustaría comentarte un par de cosas —le pidió, hecho un flan.

Ésta se quedó esperando a que lo hiciera.

—Si-si no te importa en otro lugar —tartamudeó a la vez que me miraba.

—Lo que tengas que decir hazlo aquí —le gruñó Ántrax, negándose a dejarme sola.

Yo hice un gesto a Iñigo para que recordara mi consejo y de nuevo se mostró firme.

—¡No! Estoy harto de tus desplantes. Por una vez, se hará lo que yo quiero, y si no, olvídate de más algodón de azúcar.

Su imitación de Abel resultó algo pobre, pero sirvió para que Ántrax se mostrara diferente. Deduje que llevaba tanto tiempo al lado de Abel que reaccionaba de manera automática a ese tono imperativo.

Esta me lanzó una mirada llena de recelo.

—Quédate aquí, bruja —me ordenó, antes de alejarse con Iñigo, que

no se creía lo que acababa de hacer y, menos aún, que hubiera tenido éxito.

CAPÍTULO 26

En cuanto se perdieron en medio de la multitud, eché a correr todo lo deprisa que alcanzaban mis pies. Comenzaba la parte más difícil del plan y no podía fallar. Los nervios, la emoción y el miedo fluían a raudales por mi cuerpo en forma de adrenalina. Atropellé en la carrera a personas de todo tipo, delgadas, bajas, altas y corpulentas, pero ninguna consiguió frenarme. El objetivo estaba claro en mi cabeza y lo demás eran obstáculos que debía superar para cumplirlo. Unos segundos podían separar el fracaso del éxito. Era ahora o nunca.

Divisé la plaza de la iglesia Santa Catalina con su torre asomando al fondo. Pronto empecé a ver el resto del templo a cada paso acelerado que daba, y no me detuve hasta alcanzar las mismas escalerillas de la entrada. Cuando lo hice, sentí el corazón saltando en llamas por el sobreesfuerzo. Accedí con sigilo al interior y escuché un par de voces. Mi tío no estaba solo. Alguien más le acompañaba, y percibí de manera difusa que se trataba de una mujer. Mejor, así no se enteraría de mi visita furtiva y no tendría que rendirle cuentas. Ya no confiaba en él.

Las paredes y los numerosos arcos de la iglesia, se apreciaban de un color blanquecino, incluso bajo la penumbra. De día, Santa Catalina era un templo lleno de luz y vida.

Caminé sin hacer ruido por el pasillo que cruzaba las filas de los bancos. Al llegar al altar, examiné una de las figuras religiosas, pero no encontré nada. Hice lo mismo con las otras, sin mejor resultado. La inquietud asomó por un instante. ¿Y si allí no estaba el manuscrito y simplemente se trataba de una simple anécdota? No, algo me decía que no, que aquel era el lugar correcto y que continuara buscando.

Pensé en positivo, antes de buscar en la última escultura que me quedaba por inspeccionar. Sin embargo, tampoco tuve suerte y me

llevé las manos a la cintura, preguntándome con desespero dónde podía estar el dichoso pergamino. Entonces se me cayeron las llaves de un bolsillo del abrigo y le supliqué a los santos que me rodeaban porque aquel sonido estridente hubiera pasado desapercibido. Permanecí atenta a cualquier señal de alarma. No escuché nada, ni siquiera las voces de mi tío y su acompañante.

El tiempo corría en mi contra, así que volví a lo mío. Cuando me agaché a recoger las llaves, noté algo extraño. Lo comprobé de nuevo dando unos pequeños golpecitos con el puño, y efectivamente, sonaba a hueco. Presioné la baldosa intentado abrirla y esta hizo un ligero *clic*. Luego se levantó la mitad de la baldosa y lo demás quedó sujeto al suelo por medio de bisagras. ¡Era una trampilla! Ya no albergaba dudas. Nadie fabricaba una trampilla a menos que tuviera algo que guardar... o esconder, y ese alguien tenía que ser mi padre. Mi corazón se agitó emocionado, consciente de que estaba a un paso de conseguir lo que quería. Introduje la mano con cierta inseguridad porque el hueco era muy oscuro y no sabía lo que iba a encontrarme. Y mi inseguridad se convirtió en repelús al palpar algo peludo. «Que no sea una rata muerta, que no sea una rata muerta», recé con cara de asco. Al sacar aquello comprobé aliviada, que era un oso de peluche roñoso y deteriorado. Incluso le faltaba un ojo. Era el Señor Kut, mi peluche favorito de niña. ¿Qué pintaba allí?

Lo dejé a un lado y metí la mano de nuevo, pero ya no había nada. «No puede ser, ¿solo está el Señor Kut?», me pregunté decepcionada. Volví a examinar el muñeco y vi que tenía una cremallera por la parte inferior. Respiré con calma mientras destripaba su relleno, ¡y allí estaba el manuscrito! Emocionada, le di un beso y lo guardé en el abrigo. Ya lo estudiaría con más tranquilidad en casa. Ahora debía darme prisa en regresar o Antrax descubriría mi ausencia.

Me dirigí deprisa hacia la salida, tan deprisa que el entusiasmo me jugó una mala pasada y tropecé contra una fuente de piedra. Tuve que echar las manos al borde, para no caerme de cabeza al agua y acabar

de nuevo bautizada. Un momento. ¡Era la pila bautismal de mis sueños! Escuché un chasquido a mi espalda y el pánico se apoderó de mí, al imaginar lo que vendría después. Mas los segundos pasaron sin que sucediera nada.

Me di la vuelta, despacio y temblorosa, para enfrentarme al que sería mi verdugo. Y cuando por fin le tuve delante, comprendí que estaba en lo cierto. Era mi propio tío. Quizás por ello me sorprendió más descubrir quién era su rehén. Laura me miraba llorosa, a la vez que mi tío la sujetaba por el cuello con una mano y con la otra, apuntaba la pistola hacia mí.

—Si me entregas ese pergamino, ella no sufrirá ningún daño —me prometió.

Tuve un presentimiento y lo miré sombría.

—Mi padre no murió de forma casual, ¿verdad?

Me respondió con una carcajada y sus ojos se llenaron de desprecio.

—El veneno que le di no levantó sospechas. ¿A que fue buena idea? —se mofó de forma repulsiva.

—Hijo de...

Mi tío volvió a reírse.

—Sí, fue buena idea lo de envenenarle. Aunque para ser sincero, pasé frío en el bosque esperando a que muriera. No creas ni por un segundo que no disfruté del espectáculo —me dejó claro—. Ver a tu padre retorcerse como un gusano, llorando mientras repetía tu nombre y el de tu madre, no tuvo precio. Pero al final tantos lamentos terminaron por aburrirme y me marché antes de contemplar su último suspiro. No te preocupes, querida sobrina, contigo seré más rápido —me dijo con ironía.

—¿Por qué? —logré articular, tras controlar a medias la impotencia.

—¿Qué por qué? —repitió, emanando odio por cada poro de su piel—. Porque me arrebató a la mujer que amaba, la dejó embarazada, y no contento con eso, luego se casó con mi hermana. ¡Tu padre me lo quitó todo y me destrozó la vida! —chilló fuera de sí—. Ahora, basta

de cháchara y dame ese pergamino.

—Suelta primero a Laura —le ordené.

No pareció tomarme en serio y sonrió burlón.

—¿Crees que soy estúpido y que no estoy al tanto de tus poderes? No pienso arriesgarme a que me achicharres. Así que hasta que no me entregues el pergamino, tu amiga será mi salvavidas.

Me quedé callada y sin moverme.

Entonces mi tío apuntó la pistola hacia la sien de Laura, que se agitó nerviosa suplicando por su vida. Aquello puso fin a mi resistencia, y le entregué despacio el manuscrito. Luego ordenó a Laura que me atara las manos a la espalda, mientras él contemplaba el manuscrito con ojos brillantes de avaricia.

—El Vaticano tendrá que cumplir su promesa de nombrarme cardenal —susurró, saboreando ese momento.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Laura—. Me aseguraste que yo también tendría mi recompensa.

Su cara afligida se había vuelto tan avariciosa como la de mi tío. La miré boquiabierta y horrorizada.

—Laura. ¿Tú?

Esta bajó la cabeza para ocultar su rostro avergonzado. Me sorprendió que aún le quedara de eso.

—Lo siento, Dana, pero estaba liaría de ser tu sombra — confesó débilmente—. Siempre he tenido que tapar los líos en los que te metes, y aun así, no solo conseguías salirte con la tuya, sino que a ojos de los demás eras maravillosa porque tenías la decisión y el arrojo que a la pobre Laurita le faltaba —dijo, rememorando nuestra infancia—. Y lo que más me duele es que el padre que nunca tuve también te prefirió a ti para darte su cariño.

Sus patéticos celos terminaron por romperme el alma, y respiré profundamente, para no derramar ni una sola lágrima que demostrara, lo herida que me sentía. El orgullo era lo único que me quedaba.

Mi tío soltó una carcajada.

—Al parecer, tu padre y tú no erais muy agudos escogiendo amigos.

Moví las muñecas tratando de comprobar la resistencia del nudo, y tal como esperaba, no era muy fuerte. Laura siempre los hacía fatal. Así que intenté ganar tiempo mientras me desataba con disimulo.

—¿Se puede saber desde cuándo conspiráis juntos?

—En realidad, surgió por casualidad —respondió Laura—. Yo le pregunté a tu madre si ella sabía por qué te traías tanto secretismo. Tu tío me escuchó y un día me llamó para contarme toda la verdad. Que habías descubierto que éramos hermanas, pero que me lo ocultabas para quedarte tú con el manuscrito y con la fortuna de los Ranieri. Así que no trates de hacerte la víctima, porque sé que tú me traicionaste primero —objetó llena de rencor.

—¡Eres una estúpida, Laura! ¿Cómo has podido creerte esa sarta de mentiras? —le reproché, con los ojos empañados por la rabia.

—Vamos, Dana, tienes que entenderlo —se metió mi tío, sonriendo de forma malvada—. Laura solo quiere pelear por lo que es suyo. Se ha cansado de ser tu sombra —dijo con la perversa intención, de reforzar su mentira. Luego volvió a sacar la pistola y me apuntó—. Y ahora Laura, despídete de tu hermanita pequeña.

—¡Espera! —le gritó interponiéndose entre los dos—. Tú me aseguraste que no le harías daño.

Moví los dedos más rápido para deshacer lo que quedaba del nudo. Ya casi estaba...

—Apártate —le ordenó.

Laura no lo hizo.

—Muy bien —dijo mi tío.

De repente, apareció Úrsula con Iñigo, y le gritó que se detuviera, pero mi tío ya había apretado el gatillo. Entonces, salté con la agilidad de una pantera y aparté a Laura de un empujón. Las dos caímos al suelo una encima de la otra. Después todos nos quedamos paralizados y en silencio.

Úrsula fue la primera en reaccionar.

—¡Idiota! —le chilló a mi tío— ¡Has estado a punto de matar a tu propia hija!

Iñigo parpadeó saliendo de su trance y echó a correr en mi dirección. Yo aún seguía en el suelo. Laura y mi tío se habían vuelto a quedar parados al oír las palabras de Úrsula.

Con un quejido lastimero, me llevé la mano al costado. Noté humedad entre los dedos, y al comprobar lo que era, me tapé con el abrigo antes de que Iñigo lo pudiera descubrir.

Este se tendió junto a mí.

—Dana, ¿estás bien? —no me dejó responder—. ¡Menuda la que se ha liado! Ántrax montó en cólera cuando se enteró de que te habías fugado y me obligó a contarle todo. Después, de camino hacia aquí, nos encontramos a Úrsula, también histérica. Al parecer, Laura le escribió una carta de despedida, diciéndole que se iba con la única persona en quien podía confiar, ¡tu tío! Y ahora resulta que tu tío es su padre. Qué culebrón, Dana. ¡Qué culebrón! —exclamó recuperando el aliento.

Le sonreí dándole la razón.

Mi tío, por fin, reaccionó.

—Entonces, ¿no estabas embarazada de Luca Ranieri?

—¡Claro que no! —le contestó Úrsula—. Cuando me quedé embarazada de ti, me asusté tanto que hui a la casa de mi primo en Italia. Allí conocí a Luca y nació una bonita amistad. La misma amistad que te brindó a ti y que tú traicionaste —le criticó—. ¿Crees que me tragué ese cuento de su accidente en el bosque? Luca era un guerrero demasiado hábil como para morir de una forma tan patética, y si no te acusé fue porque no tenía pruebas.

El semblante de mi tío se hizo más cadavérico a medida que Úrsula le revelaba su equivocación, y Laura se encontraba en una situación similar. Intenté ponerme en pie, pero el dolor me dobló en dos y me volví a caer al suelo, sudorosa.

—¡Dana, estás sangrando! —gritó Iñigo, cuando observó el pequeño charco que ya se había formado en el suelo, junto a mi costado.

Y de pronto escuchamos un ruido de fondo cada vez más atronador. Las llamas de los cirios se apagaron. Los crucifijos comenzaron a invertirse uno a uno, incluida la gran cruz que coronaba el altar. Luego las vidrieras de la iglesia estallaron en mil pedazos y la puerta principal detonó por los aires, dejando pasar un viento arrollador. Era el diablo aporreando la casa de Dios.

El rostro de Abel era una máscara furiosa, preparado para aniquilar al primero que se interpusiera delante. Ántrax apareció a su lado e hizo ademán de tocarle con intención de aplacarle un poco, pero al final prefirió no intentarlo. Ella también corría el riesgo de convertirse en un montón de cenizas. Escuché un golpe seco contra el suelo. Iñigo se acababa de desmayar. Laura se refugió en los brazos de Úrsula, chillando despavorida, y mi tío cogió la pistola y apuntó a Abel con el pulso tembloroso. Fue un grave error. Porque Abel ya se había fijado en mi mancha de sangre y el revólver terminó por inculparle. Le lanzó un rayo desde la distancia y mi tío salió despedido hasta el fondo de la iglesia.

—¡Vamos, Laura! —dijo Úrsula, acercándose a mí—. Ayúdame a incorporar a Dana para llevarla junto a él.

—¿Te has vuelto loca? ¡Es Satanás y nos matará! —se negó chillando Laura.

—El solo la quiere a ella, y no puede entrar a buscarla porque la iglesia es un lugar sagrado.

Úrsula me cogió un brazo esperando a que Laura hiciese lo propio y, tras titubear, finalmente accedió. Toda la furia de Abel se disipó dando paso a la terrible angustia, según me iba acercando con ayuda y a trompicones. Cuando le tuve delante, me dejé caer debilitada en sus brazos.

—Laura, aquí ya no tenemos nada que hacer —comentó Úrsula.

—Pero Dana está mal —lloriqueó.

—Ella se encuentra ahora en buenas manos —le respondió, instándola a que la siguiera.

En cuanto nos quedamos solos, Abel desgarró parte de mi camiseta ensangrentada.

—Me pondré bien —dije con un hilo de voz.

Pero su cara se descompuso al ver mi herida y comprendí aterrada que aquéllos serían mis últimos instantes a su lado. Me tomó en brazos y comenzó a deambular como un animal salvaje.

—¡Gabriel! —gritó a viva voz, con la vista clavada en el cielo—. ¡Sé que puedes oírme, Gabriel!

Este apareció y Abel extendió los brazos para mostrarle mi cuerpo moribundo.

—Se muere —le anunció quejumbroso.

Gabriel me examinó un segundo y miró con ojos entristecidos a Abel.

—Ya es tarde, hermano. Pronto le pertenecerá a Ábadon.

—¡Noo! ¡Aún no es tarde! —contradijo furioso—. Rafael es el arcángel de la curación y puede salvarla.

—Sabes que no te ayudará.

—Y tú sabes que jamás haría esto —noté cómo Abel se hincaba de rodillas—. Pero ahora dejo a un lado mi orgullo y te lo ruego, hermano. ¡Clamo al cielo por su vida!

Gabriel le miró impactado.

—Lo..., lo siento—negó con dificultad.

Aquel gesto lleno de humildad y misericordia, me rompió en dos.

—Abel... —musité.

Enseguida, giró su rostro en mi dirección.

—No hables, Dana. Te debilitarás más.

—Lo siento —logré decir.

Su mano me acarició la mejilla y observé un brillo sospechoso en sus ojos.

—Que lo sientes —rio con amargura—. Dana, eres tan especial...

que has logrado sorprenderme después de una eternidad entera. Tan increíblemente testaruda que aquí estoy, llorando después de siglos y de haberte dicho que no podía hacerlo —expresó con la voz entrecortada por las lágrimas. Hundió su cara en mi pecho y me desgarró el corazón, notar las sacudidas de su cuerpo, producidas por el llanto. Luego se armó de valor y tras aclararse la voz, quiso continuar—. No hay nada que sentir, Dana. Enamorarme de ti me convirtió de nuevo en el arcángel de luz que un día fui. Aunque esa luz sea un reflejo de tu propia llama. Dana, por favor, te lo suplico, no me dejes a oscuras, no te rindas, no te apagues. Y pase lo que pase, y cuando te encuentres con Ábadon por nada del mundo le sigas. ¿Me lo prometes?

Asentí al límite de mis fuerzas.

—Bien —asintió—. Porque pase lo que pase te traeré de vuelta.

La calidez de sus labios fue lo último que sentí. Pronto el dolor comenzó a cesar, mi cuerpo entero se adormeció y lo siguiente que sucedió es que desperté de nuevo. Sin comprender cómo, podía ver, oír y percibir mí alrededor, pero de una manera muy distinta. Solo era energía suspendida en el aire. Me había convertido en una conciencia sin masa e imperceptible para el resto, salvo para la otra presencia que podía notar al lado: Ábadon.

Él sí tenía cuerpo y por cierto, no llevaba túnica negra ni guadaña. Poseía, incluso, esos rasgos armoniosos que compartían todos los ángeles y que revelaba su naturaleza celestial. Se me hizo muy extraño comunicarme con Ábadon. Ninguno de los dos hablábamos, simplemente nos entendíamos con la mirada, y me indicaba que le siguiese. Sin embargo, le había hecho una promesa a Abel, que pensaba respetar. Éste se mostró insistente, y ante mis negativas, me indicó que mirase lo que estaba provocando mi pérdida. Lo que me encontré me dejó desolada.

Abel yacía en el suelo con la expresión ausente, besando y acunando mi cuerpo sin vida. Parecía un loco en plena crisis mental. Ántrax se

acercó a él e intentó que reaccionara. La respuesta que obtuvo fue un rugido de advertencia, y se alejó de inmediato. Entonces, Abel depositó mi cuerpo cuidadosamente en el suelo, y despacio volvió a ponerse en pie. En sus ojos ya no existía la súplica de antes. En sus ojos ya no existía nada. Tan solo un vacío inmenso que llenaba todo el hueco ocular, como sus ángeles del Seol. Su expresión también había abandonado cualquier rasgo significativo. Ahora era el rostro verdadero de un monstruo impredecible, y Gabriel no dudó en alejarse de la clara amenaza.

—Una vez más he suplicado en vano —comenzó a hablar con una voz pausada, pero peligrosamente fría—. Juro que esta ha sido la última vez. Ahora haré lo que deba sin importarme nada más.

—No, tú no puedes... —musitó Gabriel aterrado, al adivinar sus intenciones.

—¡Mi señor, deténgase! ¡Es una locura! —suplicó Ántrax.

Abel esbozó una sonrisa letal y anunció:

—Empieza el espectáculo.

Ábadon, que continuaba a mi lado presenciando la escena, se agitó nervioso y volvió a pedirme —esta vez desesperado— que nos fuéramos de inmediato. No hubo tiempo a que racionara siquiera.

Abel pronunció unas palabras extrañas y Ábadon apareció justo delante de él.

—¡No me puedes hacer nada! —se apresuró a decir en un tono de súplica más que de aviso—. Soy un ángel intermediario y ella me pertenece.

Aquellas palabras hicieron mella en Abel, y sin pensarlo dos veces, le disparó un rayo, que catapultó a Ábadon hacia el aire. La caída provocó un cráter enorme y el ángel se incorporó atontado por el golpe. Abel se acercó al borde del agujero y le miró con aire desafiante.

—Repite eso si te atreves —le espetó.

Ábadon le respondió con otro disparo de energía y quiso

aprovechar el momento para huir, pero Abel se recobró del impacto y con un leve chasqueo de dedos, el ángel acabó de nuevo estrellado dentro del cráter. Luego, Abel aterrizó con un gran salto a su lado y le colocó el pie encima de la cabeza, amenazando con aplastársela si no cooperaba.

—No tengo nada en tu contra —le aseguró con rigidez—. Solo quiero que ella vuelva. De modo que más te vale ayudarme o te extingo en un segundo.

Éste se quedó quieto y dejó que Abel le arrastrara por la cabellera hacia el exterior del agujero. Sabía que sus maneras hoscas se debían a que le había enfurecido el ataque de Ábadon.

Gabriel les esperaba con ojos cargados de reproche.

—Luzbel, si acabas con la muerte, acabarás también con el equilibrio de la naturaleza —alegó de forma inocente, como si Abel no supiera ya eso.

—Basta de sermones —le exigió—. Ya sabes lo que quiero. Ordena a Rafael que mueva el culo hasta aquí y vuestro mundo de juguete no sufrirá daños.

—¡Tu osadía no tiene límites!

—Mi paciencia sí —amenazó de nuevo.

Gabriel le fulminó con la mirada y cerró los ojos invocando a Rafael. Éste apareció a su lado y se dirigió a Abel muy serio.

—¿Dónde está?

—Me alegra que vayas al grano —le saludó con cinismo, Abel, mientras le guiaba en mi dirección.

Rafael se inclinó sobre mi cuerpo, extendió sus manos y lo envolvió con una luz cegadora. De pronto, noté un hormigueo molesto y escuché una voz lejana que me llamaba cada vez más y más cerca.

—Vamos, mocosa, abre los ojos. ¡Ábrelos!

Obedecí muy despacio.

La luz se hizo más débil y lo primero que pude ver fue el rostro de quien me había curado. Rafael tenía unas facciones igual de delicadas

que sus hermanos, pero se mostraba muy serio y distante. Giré la cara al otro lado, imaginando a quién me iba a encontrar, y observé sus ojos grises, repletos de amor y preocupación por mí.

Nos sonreímos de la única forma en que lo pueden hacer dos enamorados.

—Por una vez, me has hecho caso —dijo, cogiéndome de la mano.

—Me alegro de haberlo hecho. He visto cuánto sufrías y prometo no cometer más locuras.

—No prometas lo que no puedes cumplir —me aconsejó divertido, a la vez que me ayudaba a ponerme en pie.

No me costó conseguirlo. Tenía una terrible jaqueca, pero ya me encontraba perfectamente. Solo mi camiseta ensangrentada evidenciaba que había tenido una herida.

Ábadon carraspeó molesto.

—Bueno, ahora que tienes lo que querías, ¿te importa si me marchó?
—le preguntó con cierto retintín a Abel.

—Claro, ha sido un placer contar con tu ayuda —le contestó en el mismo tono.

Ábadon rezongó por lo bajo y se esfumó. Gabriel se acercó a Abel con aire sombrío.

—Has quebrantado una de las normas principales y lo pagarás caro. Espero que no te sea un placer saber eso.

Abel se encogió de hombros.

—¿Qué otra opción tenía? Pero no me preocupa. Tengo con qué responder —alegó con altivez.

—No tiene por qué ser así —intervino de pronto Rafael.

Todos giramos la cabeza en su dirección.

—¿Adónde quieres llegar? —quiso saber Abel, observándole con recelo.

Rafael respondió clavando su mirada en mí y Abel montó en cólera.

—¡Ni hablar! ¡No lo pienso permitir!

—No eres tú quien debe decidir eso, Luzbel —le dejó claro—. ¿O

quizás temes que ella te abandone una vez conozca toda la verdad? —añadió con astucia.

—¿Saber el qué? —pregunté.

Abel guardó silencio, rechinándole los dientes, y dejó que Rafael hablara.

—Dana, en tu sangre corre la esencia de nuestro hermano, el arcángel Miguel, y es su deseo que cumplas con aquello para lo que tú y tus iguales habéis sido creados. Dicho de otra forma... ¿aceptas tu destino de bruja?

—Pero eso significaría convertirme en la enemiga de Abel.

—Y también salvarle —puntualizó—. Como bien ha dicho Gabriel, él ha quebrantado una regla muy importante por ti. No niego que tal acto haya resultado noble y desinteresado. Sobre todo, viniendo de Luzbel —criticó observando directamente a éste, que le respondió con una mirada asesina—. Pero las reglas son las reglas y pagaré habérselas saltado, a menos que decidas sacrificarte también. Dime Dana, ¿es tu amor igual de grande por él?

—¡No aceptes, Dana! —explotó Abel—. No tienes por qué aceptar su chantaje, y menos por mí.

No me cabía duda de que Rafael era mañoso. Nada que ver con el dulce Gabriel y más parecido a Abel. ¿Pero qué otra opción tenía sino aceptar? Prefería hacerlo mil veces antes que condenarle. Sin embargo, mi respuesta le iba a herir y me odiaría por ello. No pude reprimir mis lágrimas al pensarlo, y Abel bajó la cabeza al comprender lo que eso significaba.

Rafael en cambio sonrió satisfecho.

—Borra esa estúpida sonrisa —le dije llena de rabia—. Sabes el motivo por el que acepto.

—Quizás es conveniente explicarte que, llegado el momento, no estarías obligada a seguir si no quieres.

—¿Qué momento es ése?

—Cuando honres tu apellido, destacando por tu poder.

—¿Quiere decir eso que, para entonces, si decido no continuar seré de nuevo libre?

Volvía a tener esperanzas, y el corazón me saltó entusiasmado.

—Formar parte del mundo de la brujería es una decisión que se tiene que tomar libremente y de corazón. Solo así puede hacerse llevadero un camino constante y lleno de sacrificios.

—Tranquilo, no pienso hipotecar mi vida.

—Tampoco creo que de aquí a entonces le escojas a él — me aseguró, igual de tajante.

Se dio la vuelta dispuesto a irse, pero Abel le aferró de un brazo.

—No tan deprisa —masculló—. Se te olvida que, obligando a Dana a ser parte de ellos, también la expones ante quien vaya detrás del manuscrito, y no pienso volver a perderla.

Rafael se liberó de un tirón y le dedicó una mirada igual de hostil.

—No te preocupes por eso, Luzbel, nuestro hermano Miguel seguirá de cerca sus pasos. El tiene depositadas muchas esperanzas en ella y no permitirá que le ocurra nada malo.

Volvió a clavar sus ojos en mí.

—Una cosa más, Dana, no puedes decirle a nadie lo que hay entre tú y Luzbel. De lo contrario, jamás te admitirán, y tu sacrificio no serviría de nada. ¿Queda claro?

Asentí sin ganas y luego Rafael y Gabriel, desaparecieron.

* * * * *

Permanecí quieta, sin decir nada y cabizbaja. Temía el posible rechazo que pudiera encontrarme en sus ojos, de sus posibles acusaciones, de perderle. Esto último era inevitable. Acababa de declararme como su enemiga. Aun así, no tenía valor para escuchar de sus labios lo que en unos instantes diría. Lo que ya una vez me había dicho y en su momento no entendí, que nuestros caminos estaban marcados por una línea enemiga y que eso jamás cambiaría. Lo nuestro era imposible. Y mis ojos se nublaron de lágrimas, al sentir

aquel vacío que ya me atenazaba el alma.

Abel me tomó de la cintura y me besó con exigencia.

—Mocosa, tu dramatismo resulta perturbador —dijo, secándome las lágrimas con sus manos—. ¿Creíste que te ibas a librar de mí?

—Pero...

¡Pero nada! Ya deberías saber que no permito que me controlen y mucho menos mis hermanos.

Abel, una de las condiciones es que no debemos seguir juntos —le recordé llena de pena.

Me parece que no has entendido bien —me rebatió—. Rafael dijo que nadie debe conocer lo nuestro, eso no significa que no podamos estar juntos.

—¿Y cómo lo vamos a lograr si estaré rodeada de brujos?

Se colocó detrás de mí, estrechándome entre sus brazos, y suspiró.

—Mucho me temo que, hasta que consigas ser una brujita ejemplar, no tendremos más opción que fingir esa enemistad. Pero eso es mejor que nada, ¿no te parece? Y será un placer fastidiar a mis hermanos cuando comprendan que su plan de separarnos no ha funcionado —añadió como un niño travieso.

Solté una risita divertida y me uní a su perverso plan.

—Me alegro de que estés de mejor humor —le dije con una sonrisa.

Aún se me ponían los pelos de punta al recordar su aspecto en la iglesia.

—¿Qué te hace pensar eso?

Fruncí el ceño y alcé la vista, mientras seguía apoyada contra su pecho. Su semblante se había vuelto más serio, pero también le divertía mi confusión.

—Mocosa, desde luego que tendrás que explicarme un par de cosas, especialmente cómo es que al final te hiciste con esto —dijo, entregándome el documento enrollado.

—¡El manuscrito! —exclamé llena de emoción.

Volvía a tener en mi poder el manuscrito de mi familia, y la

esperanza de seguir con Abel. Después de todo, la noche no había resultado ser tan mala.

Se lo devolví con orgullo.

—En realidad, lo busqué para ti. Ya nadie podrá hacerse con la daga del arcángel Miguel porque solo tú sabrás dónde está. ¡Ahora eres invencible!

Abel observó unos instantes el manuscrito que contenía su invulnerabilidad y lo rechazó con la mano.

—No, Dana. Este pergamino ha pertenecido a tu familia durante siglos y así debe continuar siendo. No podría estar en mejores manos.

Me miró fijamente mientras me lo decía y luego sujetó mi mentón con suavidad y firmeza.

—Mocosa, no debiste arriesgarte —me regañó con dulzura—. Quisiste hacerme invencible y casi logras matarme. ¿Sabes? Me volví loco cuando Antrax me confesó dónde estabas. Incluso sentí deseos de aniquilarla por haberlo permitirlo.

—Ella no es responsable —me apresuré a explicarle—. Yo me las arreglé para engañarla.

—Lo sé. No creas que te eximo de tu parte de culpa. Pero Ántrax se dejó engatusar por tus tretas, aun cuando estaba advertida de ello —enfaticó de forma severa.

Sonreí y deslicé mis manos alrededor de su cuello de forma seductora, con intención de mitigarle un poco.

—Lo siento —ronroneé—. ¿No podrías dejarlo pasar?

Los ojos de Abel centellearon maliciosos.

—Te advierto de que yo no me conformo con algodones de azúcar. Conmigo tendrás que esmerarte más si quieres convencerme —bromeó haciéndose el interesante.

—¿Ahora? —pregunté escandalizada.

Abel soltó una carcajada.

—No, Dana, ahora necesitas descansar. Ya te dije que no me conformo con cualquier cosa y mi ego masculino no te perdonaría que

te quedaras dormida.

De pronto, me acordé de alguien.

—¡Espera, Abel! Iñigo sigue en la iglesia.

Negó con la cabeza sin detenerse.

—Ántrax está con él explicándole todo. No te preocupes, lo asimilará.

Enseguida critiqué sus palabras en mi cabeza. No se me ocurría de qué forma podías hacer comprender a una persona, sin correr el riesgo de provocar su locura, que su amiga es una bruja, que el novio de ésta es el mismísimo diablo y que la chica de sus sueños es en realidad un ser demoníaco. Además, cabe añadir que no imaginaba a Ántrax siendo delicada para comunicar algo así. En realidad, no imaginaba a Ántrax siendo delicada en ningún sentido.

* * * * *

Me quedé dormida en la comodidad de sus brazos, como una niña pequeña. Me despertó cuando, ya una vez en su casa, el baño que había preparado estuvo listo. Y con manos hábiles me quitó la ropa ensangrentada, antes de meterme dentro. Mis músculos se aflojaron al notar el agua caliente y empecé a entreabrir los ojos. Escuché su risa de fondo, cuando se apoderó de la esponja que yo sujetaba de manera pesada. Ni que decir tiene que notar sus manos trabajando en mi cuerpo de forma tan delicada, terminó por dejarme K.O. Cuando más tarde abrí los ojos, aún somnolienta, ya estaba en la cama, arropada y con Abel a mi lado acariciándome el cabello.

—Sigue durmiendo, Mocosa —me susurró—. Pareces un ángel cuando lo haces.

Y con el diablo endulzando mi oído, me abandoné sin más.

EPILOGO

UN TRISTE ADIÓS DESEMBOCA EN OTRO COMIENZO...

Los días pasaron, y con ellos un par semanas, hasta que Gabriel apareció esa mañana para comunicarme que dos de los miembros del monasterio estaban de camino y que aquella misma noche iniciaría con ellos el viaje de regreso. Un viaje con personas que no conocía de nada y hacia una nueva vida que no me entusiasmaba lo más mínimo. El estómago se me hizo una pelota y controlé la respiración para evitar que mis temores atravesaran el dique que había construido tan concienzudamente. Pero las primeras grietas ocurrieron de forma inevitable en mi mente.

Iba a dejar todo cuanto conocía: mi ciudad, mi trabajo, mi madre... absolutamente todo, por una carrera de saltos y obstáculos en la que me veía obligada a participar. «¡Maldito destino!», bufé furiosa. Estaba segura de que todo lo que había pasado era solo el principio de lo que se me venía encima. Al menos tenía a Abel y siempre que me fuese posible, le vería a escondidas, hasta que al fin obtuviera mi libertad. Si al menos supiera cuánto tiempo iba a tardar en llegar ese momento, habría considerado meter un calendario en la maleta, para tachar los días igual que un preso. Suspiré. Aún no había puesto un pie allí y ya estaba soñando con mi libertad y con saltarme las normas.

Seríamos como esos protagonistas de las historias trágicas de Shakespeare. Y sí, mientras tanto, anhelaría ese instante de final de cuento con perdices incluidas. Se me escapó un ligero lagrimeo y corrí a secar las pruebas del delito, antes de que él pudiera verme. Subiría a recogerme enseguida y no quería que me encontrara así. A lo largo de

esas dos semanas, ya me había resultado bastante duro mantenerme firme en mi decisión. A pesar de que Abel insistió hasta el cansancio en que no era necesario que me sacrificara, que dejara todo en sus manos. Pero Rafael había sido muy claro en sus palabras, y no iba a permitir que Abel sumara otra condena. No mientras pudiera evitarlo.

Recordar los motivos de mi decisión me devolvió la calma, y pude sonreír cuando él emergió en la habitación con su característica brisa.

—Deberías llamar a la puerta —repliqué.

—¿Por qué? ¿Tienes algo que ocultar? —dijo a la vez que me devolvía la sonrisa.

Sus palabras dieron en el blanco porque, de haber aparecido minutos antes, me hubiera pillado lloriqueando.

—¿Y si hubiera estado desnuda?

Abel frunció el ceño.

—Ésa era la idea —contestó medio en broma—. Dime, Dana, ¿desde cuándo te preocupa que te vea?

«¡Desde que lloro a escondidas!».

—Solo era un comentario —me excusé, intentando quitar hierro al asunto.

Pero sin éxito, puesto que Abel me observó con mayor detenimiento y supe que estaba fisgoneando en mi interior.

—Odio que hagas eso —le reproché indignada.

—Y yo odio que trates de fingir cuando sabes que conmigo no te servirá de nada.

Resopló molesto.

—Dana, sabes que no tienes por qué hacer esto si tanto te disgusta.

Me sostuvo por los hombros de forma delicada, pero firme, mientras me lo decía.

—No empieces otra vez, por favor —le supliqué con voz débil.

Temía que, si insistía una vez más, solo una, acabara convenciéndome. Y antes de que eso ocurriera, puse distancia entre los dos y salí de la habitación. Abel bajó las escaleras detrás de mí, sin

decir nada más, y me acompañó hasta su coche. Luego encendió el motor y condujo hacia mi piso.

Hasta el momento, no había querido volver por allí para no verme las caras con Laura. Sin embargo, ya no podía continuar demorándolo por más tiempo. Aún tenía la mayoría de mi ropa en el apartamento y necesitaba terminar de hacer la maleta. No solamente la maleta. También necesitaba despedirme de mi antigua vida y no dejar nada pendiente. Y por mucho que me doliera admitirlo, Laura era más que un asunto pendiente. Ella era una herida abierta, a la que debía decir adiós, para que empezara a cicatrizar.

Sabía, por medio de Abel, que estaba preocupada por mí. Debo reconocer que me sorprendió que hubiera sido capaz de aparcar su terror para preguntarle, y me dejó más perpleja que él se prestara a actuar de intermediario. Claro que, Abel mejor que nadie, con su capacidad de escudriñarte las entrañas, conocía mi dolor y creía conveniente aquel reencuentro.

Noté la caricia de su mano en mi muslo, a la vez que con la otra, sujetaba el volante. Era su manera de hacerme saber que acababa de volver a escanearme y estaba al tanto de mi tristeza. Últimamente no dejaba de hacerlo por temor a que llegara el momento en que me fuese a derrumbar. Lo que resultaba conmovedor, a la par que molesto. Me hacía revivir aquellos recuerdos, de cuando era una niña y estaba aprendiendo a montar en bici. Y mi madre no dejaba de pronosticar la tragedia, hasta que terminaba cayéndome y encima me decía, «ya te lo advertí». Abel se comportaba con esa excesiva protección, siempre pendiente de mí y a la espera de mi caída. Y yo, que a duras penas ya me sostenía en pie, sentía su aliento robándome la poca seguridad que me quedaba. Solo pedía que no ocurriera bajo su atenta mirada.

Subíamos las escaleras de mi edificio y escuchamos música de fondo. Venía del interior de mi piso, pero cuando miré a Abel, no se mostró sorprendido. Se oyó también una carcajada y las voces de varias personas, por lo que me apresuré a meter la llave en la

cerradura.

Abel me detuvo.

— Espera. No debemos arruinarles la sorpresa.

— ¿Qué sorpresa?

Dibujó una sonrisa y llamó al timbre.

Entonces, escuchamos carreras de un lado para el otro, como si de una estampida se tratara, y apagaron la música y las luces. Resoplé al entender lo que estaba pasando.

— Así que una fiesta sorpresa — adiviné sin mucho entusiasmo—. Pues lo siento pero a estas alturas ya no me sorprende nada.

— Te viene bien divertirse un poco — me aseguró—. En cuanto a las sorpresas, yo no estaría tan seguro. Aún hay cosas que jamás imaginarías.

— Lo dudo — repliqué con sinceridad.

Abel torció la comisura de la boca y supe que se acababa de tomar mi comentario como un reto.

Sentirme rodeada de un ambiente alegre y con ganas de celebración, cuando yo no encontraba un motivo para hacerlo, era lo que menos me apetecía en el mundo.

Alguien empujó la puerta y corrió a esconderse junto a los demás. Entramos despacio, y a mitad del pasillo, la luz volvió a encenderse y todos gritaron ¡¡sorpresa!! Parpadeé pensando cómo reaccionar sin resultar grosera o desagradecida.

— Vaya... — fue cuanto pude decir al cabo de un rato.

— ¿Qué tal si sonríes? Creo que les gustará notar cualquier gesto de aprobación por tu parte — me propuso Abel en voz baja, sin apartar la vista del grupo de conocidos, que a la vez nos observaba impaciente.

Obedecí esbozando una sonrisa no muy entusiasta, pero lo suficiente para que ellos se mostraran satisfechos, y dieran paso a la fiesta, confirmando sus palabras.

Allí no faltaba nadie, y cuando digo nadie, me refiero a que había, entre los rostros conocidos, personas que jamás vi antes, o por lo

menos no lo bastante para recordarlas. «Sobra incluso la mitad», pensé mientras intentaba abrirme paso por mi propio apartamento, con Abel pisándome los talones. Me detuve al reconocer a Laura en medio del tumulto. Ella bajó la mirada y después se acercó con cierta timidez. Yo me mantuve estática, observándola muy seria y con los músculos agarrotados por la tensión.

—Me alegro de que estés bien, Dana —me saludó con voz átona.

No dije nada. No podía, estaba demasiado nerviosa.

Alcé la vista en busca de Abel, pero se había alejado de forma prudente.

—Al final no somos hermanas —volvió hablar Laura, en vista de que seguía muda.

Reaccioné a su comentario clavándole una mirada llena de rencor.

—Te consideraba una hermana mucho antes de que me traicionaras —expresé con frialdad.

Laura no aguantó mi reproche y se apresuró a esconder la mirada.

—Lo siento, Dana —manifestó al borde de las lágrimas—. Yo sabía que me estabas ocultando muchas cosas, y después él me hizo creer que me engañabas para quedarte tú con todo.

—¿Con todo, Laura? —pregunté con amarga ironía—. No tienes idea de lo que ha cambiado mi vida.

—Si lo sé —se apresuró a decir—. Mi madre me ha contado la historia. Sé lo que eres y el motivo por el que te vas. También sé quién es Abel... —lo dejó caer—. ¡Oh, Dana! — me abrazó sin obtener respuesta—. Ahora ya entiendo tantas cosas. Tuviste que pasarlo fatal al descubrir toda la verdad —Se apartó para mirarme y prosiguió hablando—. Pero juro que él pagará por todo. Me aseguraré de que se pudra en la cárcel.

—¿Mi tío está vivo? —inquirí con perplejidad.

Lo había dado por muerto después de haberle visto estampado contra la sacristía.

—Sí, yo testifiqué en su contra y les conté cómo él me había

confesado el asesinato de tu padre y dónde guardaba aún el veneno.

—¿Y eso no te sitúa a ti como su cómplice? —pregunté, preocupada más que agradecida.

—No te preocupes por mí. Tengo un buen abogado —dijo con una sonrisa.

—¿Quién?

—Yo —contestó una voz a mis espaldas.

Me giré rápidamente y me topé con la mirada de Abel.

—¿Tú eres su abogado? —dije, sin salir de mi asombro.

—¿Sorprendida, mocosa? —expresó burlón.

Esbozó una sonrisa triunfal, dándome a entender que acababa de ganar el reto.

—Pero tenía entendido que solo defendías a criminales — le susurré, para que Laura no me pudiera escuchar.

—Si no rematé a tu tío aquella noche, fue porque la muerte hubiera significado un alivio más que un castigo, y me juré que convertiría lo que quedara de su existencia en una tortura.

Me fijé en que sujetaba una bandeja con montaditos multicolores.

—¿Qué es eso?

Se encogió de hombros.

—Tu madre se las apaña bien en los fogones. Pero no tiene ni idea de montar canapés.

—¿Mi madre ha venido?

—¿Tú sabes cocinar? —preguntó a la vez Laura, con los ojos totalmente abiertos.

Estaba claro que Abel, no le encajaba con la imagen que tenía del diablo.

—Solo ayudo a Berta —le contestó, quitando importancia al asunto.

Mi madre apareció sujetando otra bandeja y sin dejar de sonreír. Se la veía muy distinta a como la había visto la última vez, demacrada y con la mirada ida, por la pena de saber que su único hermano le había arrebatado su único amor. Aquel día que le conté la verdad fue

realmente duro. No le revelé quién era mi padre. Prefería no agrandar la herida más de lo necesario y solo opté por explicarle los motivos que habían desencadenado su muerte. El porqué del odio de mi tío y el papel que jugaba Úrsula en todo eso. Ahora ya sabía que Laura no era fruto de una relación cualquiera. Era su propia sobrina y, por tanto, mi prima.

—Tu novio es un amor —opinó, tendiéndome una copa de la bandeja.

Acepté la bebida, y asentí feliz de verla con mejor cara.

Ambas observamos a Abel ofrecer sus canapés entre la multitud, ejerciendo como perfecto anfitrión. Le seguía una sombra, que de vez en cuando alargaba la mano hacia su bandeja. Era Iñigo, y a su lado estaba Ántrax cruzada de brazos. Me pregunté a cuál de ellos acompañaba realmente.

—Cariño, sé por qué te marchas —me soltó de sopetón mi madre.

La miré desconcertada y con un punto de ansiedad.

—No se trata solo del curso ése que quieres hacer, ¿verdad? Te vas para escapar de este lugar y del recuerdo de tu tío.

Respiré tranquila de nuevo.

Le había dicho que me iba a Italia a hacer un máster, y fue otra de las cosas duras que le tuve que contar. Abandonar a mi madre justo cuando había ocurrido todo aquello se me hacía un suplicio. Pero lo prefería, a tener que decirle que me iba a emprender una nueva vida donde el riesgo estaba asegurado.

Decidí confirmar su teoría.

—Necesito cambiar de aires.

Mi madre escondió su mirada entristecida y yo sentí un nudo dentro, presionando con fuerza.

—Mamá, lamento dejarte tan sola. Créeme que lo siento.

La abracé, intentando a duras penas controlar la emoción. Ella me devolvió el gesto con cuidado de no derramar las copas de la bandeja y después clavó sus ojos en mí, igualmente cargados de afecto.

—Haz lo que tengas que hacer, hija. No será fácil soportar la distancia, pero tampoco quiero que te marches con la idea de que me dejas sola.

—Dana, eso es cierto —interrumpió Laura—. Tu madre no estará sola ni un segundo porque nos tendrá a nosotras —alegó, apoyando un brazo de manera cariñosa en su hombro, al tiempo que Úrsula hacía lo mismo por el otro lado.

Me quedé totalmente perpleja ante esa escena. ¡Úrsula y mi madre amigas!

—Mamá, ¿y cuándo ha sucedido el milagro? ¡Si no podíais estar en una misma habitación juntas!

—No vayas tan deprisa—saltó enseguida—. Aún es pronto para considerarlo una amistad, pero se puede decir que, después de haber hablado, nos hemos entendido —reconoció, resistiéndose a dar su brazo a torcer del todo.

Sonreí al ver de dónde había sacado yo la terquedad.

—Ve tranquila, Dana —dijo Úrsula, sin hacer caso de sus palabras—. Yo me encargaré de esta vieja gruñona.

Y se la llevó, rezongando por el camino y con Laura riéndose detrás de ellas.

Las vi alejarse mientras le daba un pequeño sorbo a la copa. Me sentía ridículamente apenada. Sabía que Úrsula y Laura cuidarían de ella, y eso me dejaba más tranquila, pero también algo triste, por tener que irme cuando todo por fin marchaba bien. Era como si los astros se confabularan a mi favor, para que cumpliera con mi destino sin ataduras en la mente. Me embargó la ansiedad. Dentro de unas horas ya estaría rumbo hacia mi nueva vida. «No pienses en eso, no pienses en eso», me dije intentando no caer en el drama, o lo que era peor, de la tentación de huir despavorida hasta que el peligro cesara.

Escuché la voz de Iñigo persiguiendo a Abel.

—Por favor, ¡solo uno más, por favor! ¡Por favor! —le suplicó por un canapé.

—No —se negó tajante e irritado, antes de seguir.

Se me escapó una risita divertida.

Algunas cosas no cambiarían nunca, y la gula de Iñigo era una de ellas. Me alegraba saber que, después de todo, no le temía a Abel. Aún sabiendo que era el diablo, Iñigo también había visto algo más en él. Y es que, por mucho que Abel aborreciera la idea, en el fondo, muy en el fondo, había resquicios de lo que un día fue, un arcángel de luz tan intensa que aún seguía soltando destellos desde el interior de la fosa.

—Román, te voy a echar de menos —admitió *Don Urraca*, acercándose a mí.

—Y yo voy a echar de menos que alguien me llame así —confesé con tristeza, por tener que sustituirlo por el de Ranieri.

Don Urraca me miró extrañado porque, hasta donde él recordaba, siempre me había enervado que se dirigiera a mí con ese formalismo. Pero tampoco se esforzó en entenderme. Hacía mucho tiempo que no lo intentaba.

—Por cierto, ¿se sabe algo de lo que pudo originar el incendio? —pregunté como si nada.

Arrugó la frente con expresión dubitativa.

—Pues por lo visto las instalaciones del edificio eran tan viejas que pudo ser la causa.

—Vaya, eso significa que tendrá que dejarse un buen pico en una oficina nueva. ¡Qué lástima! Seguro que ya le había echado el ojo a una de esas piezas raras que colecciona —me burlé con cariño.

Escuché el rechinar de sus dientes y tuve que reprimir las ganas de reír. Yo también le echaría de menos.

Me perdí entre el tumulto y, lo que quedó de fiesta, traté de hacer acto de presencia, charlando por aquí, sonriendo por allá, intercambiando bromas. Luego, me fui a la habitación he hice lo que me quedaba de la maleta, con ayuda de mi madre. Antes de abrir la puerta, me detuve y tomé aire. Había llegado el momento de las despedidas.

Iñigo fue el primero. Le sonreí con ternura y entonces a él se le escapó un puchero.

—Has sido el mejor compañero de trabajo y el amigo más fiel —enfaticé mirando a Laura, que se apresuró a esconder la mirada—. Y me encantará si algún día vienes a probar la comida italiana.

—¡Sí! Dicen que está muy buena —coincidió, entusiasmado con la idea.

—Ántrax, no me importará si le haces compañía —la invité, aprovechando que estaba a su lado.

—Bruja, te he dejado una perdida en el móvil con mi número —soltó presumiendo de jerga actual.

—¿Tienes móvil? —pregunté sin poder contener la risa.

Orgullosa, sacó el pequeño aparato de color rojo brillante y me lo mostró.

—Seguí tu consejo —me informó con una sonrisa Iñigo.

—¿Y a mí no piensas invitarme a nada? —protestó de broma mi madre.

—Contigo no hace falta utilizar ningún pretexto. Sé que cualquier día te presentarás en Italia sin previo aviso —le respondí, abrazándola con ganas.

—Cómo me conoces —admitió a regañadientes.

Laura fue la siguiente.

—A ti también te echaré de menos —confesé más seria.

—¿Podrás perdonarme, Dana? —preguntó medio llorosa.

Guardé silencio un segundo y la miré sonriente.

—Solo si vienes a verme.

Su cara mostró un gran alivio.

—¡Claro que sí! —aceptó con entusiasmo—. Ya sabes que nunca hemos podido estar mucho tiempo separadas.

Le volví a sonreír y busqué a Abel con la mirada. Lo hallé al fondo del todo, solitario, y observando la escena con ese semblante suyo, serio y seguro de sí mismo. ¡Oh, cómo le amaba!

—Chicos, la fiesta ha terminado —anunció mi madre, instando a todo el mundo a que se fueran para concedernos intimidad.

Me dio un beso en la mejilla y se unió a la estampida.

Cuando nos quedamos a solas, nuestros ojos se volvieron a encontrar. Aquello iba a ser más duro de lo que imaginaba.

Avancé despacio hacia él y cuando le tuve a un palmo de distancia, me arrojé a sus brazos presa ya del desconsuelo. Después de tanto contenerme, al final había caído frente a él.

—Dana, mírame —me ordenó con dulzura.

No hice caso. Estaba tan compungida que no podía hacer otra cosa que llorar sin moverme. Me apartó con suavidad, obligándome a mirarle, y me enjugó la cara totalmente arrasada en lágrimas.

—No existe despedida posible entre nosotros —pronunció de forma pausada—. Lo comprendí en el momento en que no pude soportar que Ábadon te arrancara de mí.

Pegó su frente a la mía y me acarició la cara.

—Ya es tarde para dejarte marchar —susurró—. Simplemente, no concibo la idea de quedarme de nuevo a oscuras.

—¿Significa eso que estarás conmigo? ¿Que no me dejarás?

—Solo cuando te canses de jugar en la penumbra.

—Entonces querré jugar siempre —respondí agitada.

—Siempre, es una palabra que se escapa del concepto humano —me dijo, antes de besarme de manera sutil en los labios—. No obstante, los dos sabemos que tú no eres ni de lejos una humana normal, y quizás decidas que siempre esté a tu lado.

Y entonces su boca atrapó la mía con una intensidad que me aturdió como de costumbre. Intenté memorizar aquel sabor dulce, para recrearlo en mis momentos de mayor fragilidad. Sabía que me esperaban muchos en Italia.

Gabriel apareció y nos separamos de mala gana.

—Llegó la hora, Dana. Ellos te están esperando —me comunicó.

—Ve tranquila, Dana —me dijo Abel, llevándose mi mano a sus

labios—. Prometo que te esperaré el tiempo que haga falta. Hasta entonces, aguardaré paciente en las sombras y jamás me apartaré de tu camino. Por mucho que lo intenten —añadió clavando sus ojos en Gabriel.

Ambos se miraron con aire retador y yo me alejé de aquel duelo con el corazón desgarrado por la pena. Una vez en la calle, se me acercó una mujer.

—Tú debes de ser la *ragazza* que hemos venido a buscar, ¿verdad?
—me preguntó amable y apurada.

—Sí —musité, esperando que no me hubiera oído. Pero no tuve suerte.

—¡*Madonna mía!* —exclamó, mientras se llevaba las manos a la cabeza— ¡Qué *felice* se van a poner todos cuando te vean! En especial el *giovane* Ranieri.

Un hombre interrumpió a la mujer.

—*Ma* creo que ya habrá *tempo* ¿/que se entere *di* eso, ¿*non* te parece, *caro*?—le sugirió por la bajo, fijándose en mis ojos llorosos.

La mujer me observó con lástima y desvió la mirada hacia mis pies en busca de algo.

—¿*Non* traes equipaje?

—Yo... sí, lo dejé arriba —dije atontada por la amargura.

El hombre que la acompañaba se adentró en el edificio para recoger mis cosas. De repente caí en la cuenta de que quizás Abel y su hermano aún podían seguir en el apartamento, y el pulso se me aceleró. Pero el hombre apareció al cabo de un rato con total normalidad y con mis maletas en las manos. La mujer me abrió la puerta trasera de un coche antiguo, mientras él guardaba mi equipaje en el maletero. Unos segundos después, partía hacia mi destino. El destino de una Ranieri.



Para la impresión de este libro se utilizó papel Coral Book Ivory 1.2 de 90 gr./nr, que cuenta con las siguientes certificaciones

Elemental Chlorine Free-, Papel fabricado con celulosa que no ha sido blanqueada con cloro gas. Garantiza mínimos contenidos de cloro en el papel.



Eco-Management and Audit Scheme-, Sistema comunitario gestión y auditoría ambiental de carácter voluntario que promueve la mejora continua del comportamiento ambiental de las organizaciones públicas y privadas.